

ANSELMO LORENZO

**EVOLUCIÓN PROLETARIA
EL PUEBLO
CONTRA LA IGNORANCIA**



Anselmo Lorenzo

**EVOLUCIÓN PROLETARIA
EL PUEBLO
CONTRA LA IGNORANCIA**

Índice

EVOLUCIÓN PROLETARIA

- PREFACIO (Tarrida del Mármol)
- I. PRELIMINAR
- II. EL PUEBLO TRABAJADOR
- III. CAPACIDAD PROGRESIVA DEL PROLETARIADO
- IV. PUNTO CULMINANTE
- V. EL DERECHO A LA EVOLUCIÓN
- VI. EL DERECHO A LA SALUD
- VII. SINDICALISMO
- VIII. EL POSEEDOR ROMANO
- IX. CRITERIO LIBERTARIO
- X. ENGORDAR PARA MORIR

CONTRA LA IGNORANCIA

LECCIÓN HISTÓRICO-SOCIOLÓGICA

EL PUEBLO

- PREFACIO (Piotr Kropotkin)
- I. ¿QUÉ ES EL PUEBLO?
- II. CAUSA Y ORIGEN DE LA DESIGUALDAD
- III. EL DERECHO DE ACCESIÓN
- IV. EL TRABAJO ENVILECIDO Y MALDITO
- V. EL DERECHO
- VI. LO QUE SE CREE Y LO QUE SE SABE
- VII. VÍA LIBRE AL PROGRESO
- VIII. DE LA RESPONSABILIDAD POPULAR
- IX. LA EVOLUCIÓN COMUNISTA
- X. LA MUJER: PARTE I
- XI. LA MUJER: PARTE II
- XII. LA MUJER: PARTE III
- XIII. LA MUJER: PARTE IV
- XIV. EL ESTADO

VIDA Y OBRA DE ANSELMO LORENZO (Federica Montseny)

EVOLUCIÓN PROLETARIA

PREFACIO

Anselmo Lorenzo ha sufrido, ha luchado, pero ha sido sobre todo un creador de ideas. Ha escrito mucho y bueno. Pocos saben, como él, plantear con nítida claridad y lógica irresistible los problemas sociales más complejos. Sabe extenderse cuando es necesario, condensar cuando es posible. Véase como se expresa en uno de sus más bellos trabajos. El derecho de accesión:

«Los economistas, el papa infalible, el Espíritu Santo hablando por la boca o por la pluma de los autores de la Biblia, los legisladores cristianos, los legisladores demócratas, todos los funcionarios de la justicia histórica, la masa total de los propietarios, la masa ignorante de los desheredados que cree y acata a los que mandan y usurpan el patrimonio universal, y a los que justifican a mandarines y usurpadores, todos, todos incurren en una contradicción, en un absurdo gravísimo: tanto, que por él se ha desangrado la humanidad, se han derramado torrentes de lágrimas, se ha esterilizado la inteligencia de millones de seres humanos, se ha imposibilitado la felicidad y, lo que es peor, vivimos fuera de un centro racional y el progreso sigue vías que no conducen al ideal natural y positivo humano. Todos esos usurpacionistas hablan del hombre, y sobre su trabajo fundan su derecho a la propiedad; pero, ¿no son hombres aquellos a quienes el derecho de accesión despoja del fruto de su trabajo? ¿Acaso son trabajadores, creadores, recolectores y conservadores de su propiedad todos los propietarios?»

¿Es posible decir más verdades en tan pocas palabras?

No es este libro una producción especial compuesta para una demostración teórica.

Se compone de fragmentos de diferentes conferencias, cada una con un fin especial, en virtud de circunstancias transitorias, pero concordantes todas por un criterio racional en un principio: la esencialidad de la igualdad social humana, y en una aspiración ideal: la práctica científico-económica de las relaciones humanas.

Figuran en esta recopilación trabajos de la juventud y de la ancianidad del autor, que si revelan progreso en el dominio del idioma y en el arte de exponer, de demostrar y de persuadir, apenas se ve diferencia en el valor del pensamiento: casi no hay progreso intelectual.

Semejante juicio, que para muchos sería una censura o cuando menos un motivo de desconsideración, constituye el mérito principal del autor, debido a que desde el primer momento vio claro y se posesionó de una vez de aquella idea que envuelve la emancipación del proletariado y la justicia social que viene buscando la humanidad.

Toda la producción literaria del autor son manifestaciones de esa idea considerada desde diversos puntos de vista. En el corto número de sus libros, en el relativamente importante de sus folletos y el número de sus artículos en la prensa obrera y algunos en la prensa burguesa ha glosado de mil maneras las grandes y trascendentales verdades contenidas en el histórico programa de La Internacional.

Con esa constancia que, tras medio siglo de actividad, no ha degenerado en monotonía ni en estacionamiento, sino que por el contrario, se manifiesta siempre militando en la avanzada emancipadora, por lo que ha sido premiado con la confianza y la amistad de los buenos en el extenso campo de la lucha por el ideal, puede presentar hoy como interesante resumen de sus trabajos esta profunda obra *Evolución proletaria*.

Desde su participación en el Congreso de Barcelona de 1870, hasta su colaboración actual en *Tierra y Libertad* y su campaña pro diario *Solidaridad Obrera*, se ve en el autor el mismo hombre, el mismo pensador, el mismo propagandista, sin que por sus escritos pueda conocerse al joven de 24 años ni al anciano de 72. Por mi parte puedo asegurar que la misma serenidad, el mismo entusiasmo he observado en Anselmo cuando discutíamos graves problemas sociales en el transcurso de una alegre jira campestre en el Tibidabo, que cuando discurríamos juntos en el sombrío calabozo número 1 del Puente, en Montjuich, o en los días del destierro, allá en París donde, como buenos hermanos, compartíamos penas, alegrías y algunos pedazos de pan.

Proletarios o intelectuales, correligionarios o adversarios, todos leerán con igual interés, mezclado de respeto, este nuevo libro del admirable patriarca del movimiento social español.

F. Tarrida de Mármol
Londres, febrero 1914.

CAPÍTULO I

PRELIMINAR

PREDISPOSICIÓN PRIMITIVA

Tanto por excitación de numerosos amigos como por decisión propia, me he determinado a la publicación de este libro.

Con esta especie de recapitulación de trabajos fragmentarios deseo prestar un servicio a mis compañeros de trabajo, que si es pequeño en sí, en su valor intrínseco, es grande en mi deseo. Quisiera yo unificar e intensificar las manifestaciones de la verdad y la justicia, tal y como yo las encontré en mi juventud, a fin de que, iluminando rápidamente las inteligencias, determinaran con igual rapidez de las voluntades y se pusiera límite y fin a las costumbres rutinarias, al error vestido de verdad y a la injusticia codificada.

Muchos hombres de mi tiempo se transformaron intelectual y volitivamente sólo con la lectura de *Las Ruinas de Palmira*, declarándose irreligiosos. Los mismos se declararon socialistas leyendo *La Reacción y la Revolución*, de Pi y Margall, y sus traducciones de las obras de Proudhon.

Con la ingeniosa y racional asamblea de las religiones de Volney tuvieron bastante mis contemporáneos para comprender que entre los centenares de dogmas que, según las religiones y las sectas, imponen la fe a los creyentes, no podía hallarse aquella verdad axiomática y evidente que, a su sencilla manifestación, acata todo el mundo.

Con el *Homo sibi Deus*, de un filósofo alemán, popularizado por Pi y Margall, y con *La capacidad política de las masas jornaleras*, de Proudhon, comprendieron igualmente que en la sociedad no había base para el privilegio.

Inteligencias preparadas de modo tan sencillo y a la vez tan lógico y enérgico, se hallaron suficientemente determinadas para emprender una gran obra

progresiva y revolucionaria, y removieron el proletariado español, aprovechando la agitación promovida por aquella revolución de 1868, que rompió la unidad católica, que interrumpió la tradición monárquica secular con el derrumbamiento del trono y de la dinastía y su substitución por un gobierno provisional, una regencia, la monarquía con la dinastía de Saboya, la república y la restauración.

Durante aquella rápida serie de acontecimientos se creó un núcleo obrero organizador, se celebró el primer Congreso obrero en Barcelona en 1870, en que se constituyó la Federación Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores, aumentó rápidamente la organización obrera, tuvieron lugar sucesivamente la Conferencia de Valencia y los Congresos internacionales de Zaragoza y Córdoba y se creó una prensa obrera en que brillaron periódicos como *La Solidaridad*, de Madrid; *La Federación*, de Barcelona; *El Obrero*, de Palma de Mallorca, y algunos otros de vida más o menos efímera que suprimió la restauración, pero que dieron después vitalidad a muchos órganos de la vida obrera, entre los que brillaron *La Revista Social*, *La Bandera Social* y *La Idea Libre*, de Madrid; *El Productor*, *Acracia* y *Ciencia Social*, de Barcelona, y muchos otros diseminados por todo el territorio.

Pasaron aquellos tiempos que pudieran llamarse primitivos respecto de la popularización de la cuestión social; después, la burguesía, pasado el primer susto, se repuso y, sea por impulso consciente o por consecuencia fatal de las circunstancias, recurrió al jesuítico «divide y vencerás», a la vez que entre los más ilustrados y menos convencidos de los emancipadores comenzó el trabajo de división y desviación, creador de escuelas, sectas y partidos. El resultado fue el enfriamiento del primer entusiasmo, el escepticismo, el abandono de la gran empresa inicial, los esfuerzos ineficaces de la impotencia, la persecución, el temor y el abandono.

Extinguida la fugaz llamarada, quedó el fuego inextinguible.

ENTRADA EN EL SIGLO

El siglo XX halló al proletariado español en parte, aunque perseguido por los gobiernos y la burguesía, constituyendo el núcleo que conserva en toda su pureza el ideal emancipador concebido por los fundadores de La Internacional, en parte regimentado en un socialismo autoritario que aleja la realización del ideal, quedando el resto entregado a la indiferencia o dando pedazos de masa popular al caudillaje de los profesionales de la política, quienes, ayudados por la prensa, han amortiguado la actividad popular con frivolidades democráticas.

En tal situación, la juventud que surge a la vida y a la lucha se halla en harto diferente situación a la en que nos hallábamos los primitivos internacionales: teníamos entonces un terreno virgen; hoy se halla cubierto de ruinas, causadas por toda clase de sentimientos atávicos y deprimentes, con la circunstancia agravante de haber tomado estado en la prensa burguesa y en la literatura general cierto pesimismo elegante que trata de cursi y desprecia con gesto de mefistofélico desdén lo ingenuo, lo verídico y lo fiel, inspirador de positivo y positivista optimismo.

Los necios, los incapaces y los egoístas que necesitan excusa que, a guisa de hoja de parra, oculte ambiciones y pensamientos indeclarables, se han acogido al escepticismo ilustrado para cerrar el paso a la acción invasora y niveladora del proletariado, que sigue avanzando, siempre adelante, dispuesta a arrollar a los que, a último hora y en nombre de una ciencia de su invención, repiten la fatídica profecía cristiana: «¡Siempre habrá pobres entre ustedes!»

Así, para fortalecer a los débiles y vacilantes, para estimular a los persistentes y para humillar a los caídos que se creen fuertes y pretenden arrastrar consigo a los perseverantes, reúno estas páginas, hasta hoy dispersas, con las que pretendo demostrar que existe una evolución proletaria, precursora de un triunfo regenerador de la sociedad, que, partiendo de aquella primera cláusula del programa de La Internacional, que proclamaba «la emancipación de los trabajadores ha de ser obras de los trabajadores mismos», llega hasta asegurar

que la regeneración de la sociedad humana depende de la acción salvadora de los obreros emancipadores.

El movimiento es vida, o la vida movimiento; y la acción, siempre sucesiva y ordenada numéricamente, va siempre de mayor a menor, de lo pasado a lo futuro; sin regreso posible de la decena a la unidad ni del mañana al ayer, análogamente a como el privilegiado de todos los tiempos, el considerado como hombre persona (bracmán, aristócrata o patricio), ha de ceder puesto al que, dejando de ser hombre cosa (paria, esclavo, siervo o plebeyo), ha de ennoblecer al hombre por la libertad y la igualdad.

Se comprende que todos los reformistas del mundo hayan querido ir de lo malo a lo mejor, con lo que, atenuada, quedaba siempre una maldad existente, pero nunca, hasta que lo proclamó La Internacional, se había adoptado el propósito de fundar la sociedad sobre la reciprocidad del derecho y del deber para todos y para cada uno de los miembros sociales, dando a todas y a todos participación directa e ilimitada en el patrimonio universal. Porque La Internacional representa la justicia absoluta de la sociedad, que no puede contemporizar con la más leve partícula de privilegio, del mismo modo que los descubrimientos científicos suelen derrumbar teorías acreditadas y sistemas tenidos por indestructibles.

RECUERDO PERSONAL

Con satisfacción y como prueba de invariabilidad de criterio por evidencia indestructible, reproduzco estas palabras mías, pronunciadas en abril de 1869 en Madrid en un mitin burgués:

«... Hablan de la producción y del comercio con exclusivismo capitalista, sin contar para nada con el trabajador. En el empleo que, aplicado a la producción, das al capital, el trabajador no es para ustedes más que un gasto, como el alquiler o el coste de la fábrica, la compra de las primeras materias, el valor de las máquinas y herramientas, la contribución, el transporte, etcétera, y sobre todos esos gastos y el valor de los productos en el mercado, calculan el negocio. Planteada de este modo la cuestión, poco importa para los fueros de la justicia ni para la severidad de la ciencia la diferencia que los divide; librecambistas y proteccionistas cuentan con el jornalero como un autómatas en el cual no verán jamás un hermano, aunque así se los enseñe la religión la religión que profesan, ni un conciudadano igual a ustedes en derechos y deberes, como se define en sus mismas teorías políticas, sino algo así como el esclavo o el siervo de tiempos pasados; con él no tienen más relación que la del jornal; pero ese autómatas que da forma a la materia primera y la convierte en útiles y ricos productos con que satisfacen todas las necesidades lo mismo que todos los caprichos, a cambio del mísero jornal, en tanto que amontona riquezas inmensas en las arcas de los privilegiados de la fortuna, es hombre como ustedes; tiene inteligencia para conocer las verdades, resultado del estudio, y sentimiento para comprender la sublime belleza del arte, y es tan susceptible de extasiarse ante la contemplación de un ideal social de justificación y fraternidad, como de sentir los arrebatos del odio contra los tiranos que le privan de su libertad y contra los explotadores que le reducen a la miseria...».

Con igual satisfacción, a la vez que con gran admiración, reproduzco la réplica de Tomás González Morago a los burgueses economistas, que habían

censurado injustamente otro discurso mío en una sesión posterior a la antes indicada:

«¿Por qué ayer halagabas y aplaudías al mismo que hoy han interrumpido groseramente, llegando hasta proferir palabras de expulsión? Esa conducta tan contradictoria, que revela la cortedad de su alcance intelectual, tiene una explicación, y ella confirma la justicia de nuestros propósitos, la santa aspiración a la emancipación social. Ayer, cuando viste que para realizar la gran obra de armonizar la igualdad política con la social, se apelaba a su buena voluntad y a su sabiduría, se pidió su concurso, pensaste, sin duda, que éramos buenos para dejarnos dirigir y que estábamos en el caso de tolerar una decepción más entre las infinitas que los que sufren llevan inscriptas en el catálogo de los siglos; pero hoy que han visto claramente que tenemos un ideal concreto, una doctrina bien definida y una voluntad firme de llevarlo a la práctica, no pueden sufrir la negación de lo que sustenta sus privilegios ni la afirmación en que fundamos nuestro derecho. Quieren pasar por liberales cuando no son más que egoístas, ya que pisoteando la tolerancia, virtud predominante en todo liberal, han demostrado que por encima de los principios ponen su interés de clase. ¡Y aún hablan de los errores socialistas! ¿Es que en el mundo ha de pasar siempre por verdad lo mentiroso y por justicia lo inicuo? Se atreven a calificar de erróneo o de utópico nuestro ideal de establecer la sociedad de modo que cobije a todo el mundo un derecho común, sin distinciones privilegiadas, sin que el hombre explote al hombre, sin que el soberbio tiranice al humilde, sin que el rico expolie al pobre, sin que la honra de la doncella y de la matrona exija la prostitución de tanta infeliz que en el lupanar pagan tributo al Estado y sacian la infame lubricidad del incontinente; atrévanse yo los invito a ello, pero antes han de ser lógicos; renieguen del progreso, lo abominan, porque el progreso nos da la razón. No es el progreso un movimiento inconsciente, no gira eternamente alrededor del que abusa y, del que usurpa, sino que va siempre hacia adelante, partiendo de la ignorancia primitiva por perfeccionamientos relativos hasta la perfección absoluta, hasta las sublimes concepciones de la justicia, tal como la concibe la mente del creyente cuando se abisma en la contemplación de su dios, la del naturalista cuando estudia la grandiosidad de la naturaleza, la del filósofo cuando lee a los grandes pensadores, que son como los precursores de la justificación universal. En cambio, si tomas por bueno, por justo, por cierto, por científico lo existente, nuestra presencia aquí y nuestras palabras desvanecen esa supuesta bondad, esa falsa justicia, esa hipócrita certidumbre

esa ignorancia con pretensiones de sabiduría, porque nosotros, por nuestras reclamaciones y nuestras quejas, que son las de muchos millones de oprimidos y explotados que reclaman su derecho a la libertad y su parte en las riquezas y en los beneficios de la civilización, de los que ustedes quieren tenerlos alejados, somos una protesta viva que los acusa de equivocados, de erróneos, por no decir de cómplices”.

“La desigualdad es una ignominia que destruye la solidaridad humana tal como la concibe la razón, y la fraternidad tal como la enseña la doctrina religiosa, y no hay ni puede haber ventaja reformista ni progreso relativo que lave la mancha de la desigualdad”.

“¿Y estas cosas son nuevas para nosotros? ¿Y se llaman cristianos, y quieren pasar por demócratas, y necesitan que nosotros, los que apenas hemos recibido la instrucción primaria, vengamos a enseñárselo, y aún nos califican de intrusos y quieren arrojarnos de su presencia?”»

Como consecuencia de estos trabajos y del criterio adoptado, se organizó rápidamente La Internacional en España, y en su primer Congreso, celebrado en Barcelona en junio de 1870, ya se presentó la organización del proletariado emancipador con fuerza esencial y eminentemente progresiva y su consiguiente apartamiento de la política, en razón de que el proletariado es, ante todo y sobre todo, regenerador de la Sociedad y, como tal, opuesto a la acción de la política, que sólo se refiere al Estado, organización superpuesta, destinada principalmente a la defensa del privilegio.

En aquel Congreso hice manifestaciones que, aunque en lenguaje rudo y poco expresivo, en nada difieren substancialmente de las que se han considerado necesarias muchos años después.

Por ejemplo: En defensa de la resistencia presenté la huelga general como objetivo de la organización obrera, en estos términos: «Llegará un día en que, por resultado de esta organización, los trabajadores, por medio de una resistencia universalmente organizada, pondremos manos en los inmensos de que disponen nuestros explotadores, obligándoles a abandonar sus injustificados privilegios, porque serán impotentes para resolver nada ante *una paralización general de los trabajadores*».

Combatiendo la política: «La aspiración más o menos sincera de los partidos radicales es la libertad política, vana palabra escrita en las constituciones, porque la libertad sin la igualdad es una mixtificación. Nosotros, que queremos la libertad y la igualdad para todos y cada uno de los miembros, sostenemos un fin diferente y opuesto al de los partidos políticos, por radicales que sean».

Pasaron años, y en 22 de febrero de 1886, primeramente con las firmas de las sociedades que formaban la Federación local barcelonesa, y después con las de todas las que con la barcelonesa constituían la Federación de Trabajadores de la Región Española, redacté y se publicó el Manifiesto obrero revolucionario, que terminaba definiendo así la revolución:

«El objetivo final de la Revolución abarca estos tres extremos:

- Disolución del Estado.
- Expropiación de los detentadores del patrimonio universal.
- Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo; asistencia de los que aun no sean aptos para ello, así como de los que hayan dejado de serlo; educación física y científico-integral para los futuros protectores.

Así entendemos la revolución, así la queremos; para efectuarla nos organizamos y consideramos que el que no está con nosotros para llevar a efecto obra tan trascendental está contra nosotros, tanto si abiertamente se nos pone enfrente, como si afectando amistad o simpatía opone distinguos, vaguedades, o condiciones».

EN EL ATENEO BARCELONÉS

El año siguiente, en 15 de abril de 1887, delegado por dicha Federación local barcelonesa en compañía de José Lluas, tomé parte en la discusión sobre el socialismo promovida por la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo Barcelonés, exponiendo los principios, la aspiración y el criterio del proletariado moderno y desvaneciendo los errores y las preocupaciones burguesas sostenidos por los socios de aquel centro burgués.

Mi discurso de aquel día, según mi recuerdo y el extracto publicado en *El Productor*, que tengo a la vista, abarcó tres puntos principales y la consiguiente conclusión, que presento así resumidos:

- 1º El impulsor más poderoso del progreso en la sociedad humana es la aspiración a la igualdad. Podía aparecer desconocido en la vida, desenvolvimiento, guerras y trastornos de la antigüedad, pero es indudable que los antiguos parias, ilotas, esclavos y siervos, en tanto que la atrofia intelectual a que vivían sujetos se lo permitía, constituían un germen latente de disolución de aquellos poderosos Estados autoritarios, y en tiempo oportuno, cuando la corrupción de los potentados empujaba los imperios por la pendiente de la decadencia, aquella levadura igualitaria se manifestaba y entraba en acción, dando el golpe decisivo a la decadencia.

La aspiración igualitaria tuvo un principio de satisfacción en la antigüedad, cuando sobre los restos del cesarismo pagano se levantó el militarismo cristiano prometiendo la igualdad en la fraternidad de origen divino; pero cuando se vio levantarse una corporación privilegiada que interpretaba dogmáticamente las escrituras y se reservaba los beneficios terrenos, surgieron las herejías y la protesta, haciendo necesario un nuevo movimiento hacia la igualdad.

La Revolución francesa proclamó la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, pero el parlamentarismo y el privilegio burgués desviaron aquel gran

impulso igualitario, quedando patente que si la Iglesia esterilizó la doctrina evangélica, la burguesía esterilizó la Revolución.

2º Declarada la igualdad por los nuevos monopolizadores que de ella se han servido para su triunfo, la tomaron por su cuenta los trabajadores y se fundó La Internacional.

En su manifiesto de constitución se patentizó la incapacidad progresiva en los siguientes términos:

«"La miseria de las clases obreras no disminuyó en el período de 1848 a 1864 a pesar de que ese período excepcional no tiene ejemplo en los anales del progreso realizado por la industria y el comercio".

"En 1850, uno de los órganos más autorizados de la clase media inglesa profetizó: «Si la exportación e importación de Inglaterra aumentase un 50 o 100, el pauperismo inglés quedaría reducido a cero»".

"El 7 de abril de 1864, Gladstone, ministro de Hacienda, sorprendió agradablemente a la Cámara de los Comunes declarando que el total de la importación y exportación de la Gran Bretaña en 1863 ascendía a 443.955,000 libras esterlinas (total maravilloso, casi tres veces mayor que el de 1843). Cuadro tan halagüeño tuvo este aterrador contraste al hablar del mísero estado de los pobres: «Ahora piensen, señores, en los que yacen en la sima de la miseria, en los salarios no aumentados y en que de cada diez hombres nueve sostienen una lucha terrible contra la miseria»"».

La Asociación Internacional de los Trabajadores sintetizó la igualdad en este racional aforismo: «No hay deberes sin derechos, ni derechos sin deberes», y excitó a la solidaridad entre todos los desheredados con la exclamación final de su manifiesto: «¡Trabajadores de todo el mundo, asóciense!», que fue atendido y practicado en un principio con entusiasmo; pero aquella organización que admitía en su seno a todos los trabajadores «sin distinción de color, creencia ni nacionalidad, que reconocieran que la sociedad debe basarse sobre la Verdad, la Justicia y la Moral», cumplió su misión y tuvo el fin que necesariamente debía tener.

3º Con la disolución de La Internacional el proletariado cobró una nueva fuerza, o a lo menos se puso en condiciones de reorganizarse sobre base más sólida.

La unión entre elementos discordes en creencias sólo podía mantenerse por la autoridad, por cuya razón el Consejo General de La Internacional ejercía una especie de dictadura que terminó en el Congreso de la Haya; pero el proletariado, replegado en sus respectivas nacionalidades, empezó una obra seria de reconstitución, y lo que se perdió en extensión fofa y poco consistente se ganó en aquella consistencia y solidez que Bismack expresó con estas palabras: «Una guerra contra Alemania puede reunir bajo la bandera roja las huestes universales del socialismo, que no es la bandera de Francia, ni de Inglaterra, ni de Rusia, ni de Italia, ni de ninguna nación aislada, sino la que forma en un solo haz la gran masa de los trabajadores del mundo civilizado».

En resumen: la conciencia y la actividad del proletariado se eleva por momentos, constituyendo la única y la más firme esperanza de progreso, mientras la burguesía se encenaga cada vez más en una concupiscencia estacionaria o regresiva.

Así pude decir con cierta osadía en el Ateneo Barcelonés: el proletariado, representante hoy de todos los desheredados de la historia, se despoja con noble rebeldía del carácter de eterno menor y reclama su participación en el patrimonio universal. Por eso yo, en nombre de la igual social, en nombre de la corporación que represento y también por mí mismo, les digo: no hay aquí ninguno que me sea superior en inteligencia ni en virtud. Podrá haber muchos que me superen en conocimientos por efecto del privilegio, pero no en seguridad de juicio ni en fuerza de la razón. Podrá haber quien no haya caído nunca bajo la acción del Código, pero no todos tendrán el mérito de sacar ilesa su dignidad de las acechanzas de la miseria.

Les asusta la rebeldía, pero la verdad es que la burguesía nos impulsa a ella. Ve lo que hallo en un modelo de contrato de inquilinato:

«El inquilino acepta y confiesa que con el solo hecho de alquilar la habitación está obligado a cumplir los pactos anteriores, y concede desde dicho momento la facultad amplia al casero para que, sin necesidad de tribunal alguno, con sólo dos testigos, pueda apoderarse de su habitación, abriéndola y dejando los muebles en la calle, en el caso de que falte a alguno de ellos, renunciando a

cualquier ley que le pueda favorecer, y salva al propietario su derecho para el cobro del alquiler, de las desmejoras, gastos y costas».

En una factura comercial hallo la siguiente nota común a casi todas las de su clase:

«Pagadero en plata u oro, con exclusión de todo papel moneda, creado o por crear, aunque sea declarado de curso forzoso».

He aquí una cláusula común a los contratos de parcería: «El parcero renuncia a las leyes y tribunales en cuanto pueda favorecerle, y declara no aceptar las leyes que en lo sucesivo pudieran favorecerle».

Posteriormente, tras un largo período en que ocurrieron trascendentales sucesos, las aspiraciones emancipadoras del proletariado habían sufrido grandes oscilaciones, y todavía fue oportuno y necesario insistir, como se verá.

AL PRIMER CONSEJO REGIONAL DE SOLIDARIDAD OBRERA (Septiembre de 1908)

Compañeros: permitan que un delegado al primer Congreso obrero español, celebrado en Barcelona en 1870, como si dijéramos un rezagado de otra generación, salude al primer Congreso de Solidaridad Obrera.

Entre aquel y este Congreso, a treinta y ocho años de distancia, en que han ocurrido graves y trascendentales acontecimientos, hay analogía y hay continuidad.

Analogía, porque entonces como ahora, partiendo de la tiranía del salario - transformación de la esclavitud y de la servidumbre y de la aspiración a librarse de ella-, se trataba, como se trata hoy, de formular enérgica y perenne protesta contra la usurpación propietario-capitalista y de celebrar un pacto de solidaridad entre todos los trabajadores.

Continuidad, porque de las ideas de aquel Congreso, de la organización resultante, de su propaganda, de la lucha desde entonces emprendida contra el privilegio, de los acontecimientos prósperos y adversos que constituyen la historia moderna del proletariado español, se ha nutrido la inteligencia de los trabajadores de España, de gran parte de los de la América meridional y, hasta ha llegado a influir en la determinación de la voluntad de los fundadores de la Confederación General del Trabajo de Francia, y esa inteligencia se manifestará en sus acuerdos como se ha manifestado en todos los actos precursores de este Congreso.

No es, por tanto, nueva su obra, ni siquiera una renovación; es una continuidad.

Vas o debes ir sencillamente a quitar los obstáculos opuestos por privilegiados y mandarines en el camino de la emancipación del trabajo, trazado por sus antecesores.

No puedes olvidar, aunque desees ardientemente librarte de la situación en que la lucha social nos ha colocado, que su obra es para lo futuro; no vas o no debes ir a obtener una mezquina ventaja actual y por lo mismo pasajera, sino a sentar un precedente necesario para el triunfo definitivo de la justicia social y sólo a esta condición merecerá su Congreso digna mención histórica.

Ante la indiferencia ignorante de las masas, se presenta la actividad consciente de los pensadores obreros, dividida en dos criterios: el idealista y el práctico.

Ni el uno ni el otro tienen derecho a la tutela exclusiva de los trabajadores. Con la mano puesta en el corazón un idealista te lo asegura.

Dentro de la más estricta buena fe, ambos aspiran al bien; pero los idealistas, combatiendo la arbitrariedad y negando el error, no digo que llegarán, pero pueden llegar a caer en el vacío sin hallar la realidad para su ideal, y los prácticos, beneficiando el presente, no digo que crearán, pero pueden crear grandes obstáculos al progreso y a su finalidad.

Tampoco pueden resolverse a ser eclécticos, a escoger lo mejor de ambos criterios, porque pondrían su mentalidad a merced de la de otros, y además porque no está probado que la verdad sea el justo medio entre dos criterios, erróneos por ser dos siendo una la verdad.

¿Cómo resolver el conflicto, puesto que su solución corresponde al tiempo, y nosotros sólo poseemos el fugaz presente?

Sencillamente: Confiando en estos aforismos de La Internacional, que condicionan su conducta sindicalista y revolucionaria: La emancipación de los trabajadores ha de ser obra propia; rechazamos el privilegio hasta cuando nos beneficia; la solución del problema social no puede ser local, ni nacional, sino internacional; es decir, constituyendo la unidad productora, en que los trabajadores, adquiriendo conciencia, se unan a los conscientes, y unidos en una acción común a través de las fronteras y de los mares, formen una humanidad nueva y borren de todas las patrias la usurpación propietaria, legalizada hasta el día por los Códigos de todas las naciones civilizadas, con la complicidad de las religiones, de los sistemas filosóficos y hasta de las revoluciones políticas.

Esta usurpación es nuestra cadena, y, no se es libre ni digno cubriéndola de flores, ni olvidándola en torpe indiferencia, ni exceptuándose individual o colectivamente de ella para aumentar la opresión de otros, sino destruyéndola para siempre.

Compañeros, salud.

Anselmo Lorenzo
Barcelona, 5 septiembre 1908.

Sobre tal base, con tales antecedentes y dirigidos a tal fin, se han concebido los siguientes trabajos que deseo sirvan a mis compañeros y lectores como excitante de su inteligencia y de su acción.

CAPÍTULO II

EL PUEBLO TRABAJADOR

EL PUEBLO AMORFO E INORGÁNICO

A pesar de los trabajos realizados en el mundo desde La Internacional hasta el presente, que comprenden series de sacrificios, de propaganda y de lucha, todavía tiene la burguesía intelectual al pueblo por amorfo e inorgánico.

Así ha sido, es y será, se dice, admitiendo ese progreso que se ostenta sobre la más deplorable desigualdad y que ha merecido esta dolorosa y expresiva exclamación de Haeckel: «¡A *pesar de tan maravillosos adelantos, nuestra organización social ha quedado en estado de barbarie!*»

El trabajo, por una aberración histórica y aun prehistórica, es vil; es una pena impuesta a la inferioridad; y el trabajador, reducido por la esclavitud, por la servidumbre y por el salario a una vida animal y mecánica, no puede salir de la estrechez de su clase, ni ésta perder su carácter amorfo e inorgánico.

Ante este concepto tan fijo y tan invariable de la vida de los trabajadores que se presenta a la mentalidad burguesa, el pueblo, esa escoria de las clases sociales, por inclinación puramente humana, por el ansia ideal, resorte impulsivo de nuestra especie, busca la cultura, se dirige a las regiones de la Ciencia, del Arte, de la Equidad, en tanto que la burguesía, cegada por el monopolio de la riqueza social, ha erigido el Negocio en divinidad suprema y sólo piensa en negociar para enriquecerse, perturbando el natural desarrollo de la humanidad.

EL OBRERO MODERNO

Para considerar ampliamente al obrero moderno he de empezar por exponer un concepto del hombre, porque hombre es el obrero por la naturaleza, aunque la sociedad lo rebaje de categoría, rediciéndole a ser desheredado jornalero frente a frente de otros hombres privilegiados que son propietarios y capitalistas.

En *Los Enigmas del Universo* dice Haeckel:

«Sobre todas las otras ciencias se coloca, en cierto sentido, la verdadera ciencia del hombre, la verdadera antropología racional. La palabra del sabio de la antigüedad: «Hombre, concóctate a ti mismo», y esta otra frase célebre: «El hombre es la medida de todas las cosas», han sido reconocidas y aplicadas siempre. Y sin embargo, esta ciencia, en su más amplia acepción, ha languidecido mucho más tiempo que todas las otras en las cadenas de la tradición y de la superstición».

Lo positivo es que la ciencia, que es el saber, en oposición a la religión, que es el imaginar, cuando no el engañar, demuestra que la evolución de la sustancia y de la energía no parte de un punto ni de un momento determinado, sino que es anteriormente eterna; que no ha habido, no ha podido haber *esa nada* ni ese *creador* de que habla el Génesis; que el universo no es este globo minúsculo que habitamos como parte integrante de un gran todo sin límites, y que la humanidad no es la descendencia de una pareja creada milagrosamente en un paraíso no señalado en el mapa.

No menos positivo es que la humanidad, constituyendo agrupación familiar para vivir, sin lo cual hubiese perecido, formó una sociedad defectuosa, pero progresiva, que ha llegado a nuestros días con gravísimos defectos, condensados en las clases sociales que convierten en antagonismo irreductible lo que racionalmente ha de ser solidaridad o mancomunidad fraternal.

No es extraño que intelectuales superficiales incurran en juicios erróneos sobre el pueblo, porque en esa sociedad, tal como ha llegado a nuestros días, tú, trabajador, no eres unidad para formar cantidad; no eres hombre, no eres socio, no eres ciudadano; eres una fracción despreciable; contigo sólo se cuenta para la guerra, para el trabajo, para el impuesto; eres como una cápsula que contiene algo utilizable para el señor, para el rico, para el mandarín, quien, después de extraída la substancia que abundantemente le suministras, te arroja con desprecio.

Para que veas hasta qué punto es matemáticamente verdad tan dolorosa afirmación, he ahí un dato estadístico:

«El cálculo medio de la edad en que pagan las clases sociales el tributo a la muerte (eliminando la infancia, que contribuye con un contingente horrible entre los trabajadores), es, para los privilegiados en general, de cuarenta y tres años, y para los desheredados jornaleros, de quince».

Tu vida no tiene objeto en sí misma; su razón de ser consiste en servir de complemento o accesorio a la vida de tus tiranos y explotadores, que necesitan que les suministren alimento, casa, vestido, transporte, defensa, recreo, etc., etc., a trueque de un miserable jornal pagado con un no menos miserable y escaso signo de cambio, con el que, después de reventado por el trabajo, apenas alcanza a lo más estrictamente necesario para tu subsistencia y la de los tuyos, quedando tan corto en la satisfacción de tus necesidades, que tu vida, siempre en peligro, acaba violentamente, aunque no lo parezca, sólo porque mueres cuando racional y fisiológicamente debieras vivir aún muchos años, y cuando si se fuera a ver qué vestigios quedan de tu personalidad, nada se encuentra, porque durante toda tu vida fuiste una pieza minúscula y secundaria: en el trabajo, un peón, un simple *jornalero*, que nada hiciste por ti solo, que nada creaste, que arrimaste el hombro excitado por el hambre o atemorizado por el látigo; en el ejército, un *soldado*, es decir, un hombre despojado violentamente de su libertad relativa y alistado a sueldo para matar o morir a gusto de sus amos, quitándote con esa denominación tanta parte de tu responsabilidad como de satisfacción íntima y personal pudieras acaso sentir en la defensa de tu bandera, porque eres hombre pagado para obedecer, pieza de un instrumento de guerra, un número de tu compañía, como el gatillo es una pieza de tu fusil; en el hospital no pasaste de ser el *número tantos* de la sala de San Fulano, que solías recibir la asistencia

otorgada por el médico de guardia con el desdén que se cumple una obligación pesada, que recibías alimento y medicinas suministrados por subasta, salvo el caso de que fueras considerado como objeto de un tratamiento especial a guisa de conejillo de Indias, hasta que, por último, en la mesa de un anfiteatro, servías de experimento científico en que la ciencia adquiría la seguridad necesaria para curar a los ricos, a los que en forma de moneda tienen encerrada en sus arcas tu libertad, tu salud, tu personalidad, de la cual te despojan para pagar a la ciencia, que también se prostituye por dinero, porque el dinero mancha cuanto toca, ya que tiene por excusa servir de mediador entre relaciones que no pueden reducirse a cantidad matemática, y, por tanto, dan patente de justicia a lo que sólo puede arreglarse con la generosidad altruista.

Siendo así, el trabajador, el intelectual que se dedica a observarle superficialmente y que le ve en el trabajo, en el mitin socialista y en el político ovacionando a sus caudillos, y desconoce la obra del proletariado consciente, la de los obreros que estudian, piensan, organizan y propagan, que desde La Internacional hasta el día y con éxito variado viene realizando la gran obra del proletariado militante, puede fácilmente tomar sus precauciones de clase y el error consiguiente por verdad evidente y afirmar doctoralmente que el pueblo es amorfo e inorgánico.

LA MISIÓN DEL *PROLETARIADO*

El proletariado, en su significación de entidad pensante y activa, creación importantísima sobre todas las del siglo XIX, empleó la segunda mitad del mismo en los tanteos propios de la evolución infantil; pero vigorizado ya por el tiempo, por el estudio y por la experiencia, entró en el siglo XX dispuesto a cumplir la misión histórica que universalmente se le ha reconocido, y que se expresa por esta frase poética: *El siglo XX es el de los obreros.*

Ahora, como mi objeto no es tanto desvanecer un error burgués como dar una idea útil a mis compañeros de trabajo, me dirijo a lector obrero, diciéndole:

Trabajador: si tomas esa inducción (consecuencia racionalmente referida de hechos anteriores) o profecía (adivinación de lo futuro) con torpe confianza y sobre ella te duermes, y como tú hacen muchos, no habrá tal consecuencia racional ni menos adivinación, y lo que podrá ocurrir será una de estas tres cosas: primera, que por tu actitud expectante y la de holgazanes como tú, el maná esperado no caiga; segunda, que aleccionada la gente del privilegio por el peligro pasado, refuerce sus medios de defensa y busque y halle nuevos engaños con que distraerle; tercera, que la apatía de los individuos que pudiendo ser hombres se limitan a ser masa, agregado informe e inconsciente, dé lugar al establecimiento de jefaturas, a la osadía de los ambiciosos, a que un desvergonzado y atrevido compañero se encarama a la altura, y en tu nombre, con tu consentimiento y a tus expensas te sujete más duramente a la explotación capitalista y jurídica, como hacen los jefes de los partidos obreros de todas las naciones, sin excluir a España.

Te has de posesionar de modo íntimo y consubstancial a tu existencia de esta verdad: el progreso no es obra exclusiva del tiempo y de la multitud. ¿No ves el clericalismo reforzado a la última hora, sembrando la cizaña de los conventos en el campo del progreso? ¿No ves la burguesía amparándose tras la democracia y la evolución para que desistas de tu propio ideal o lo aplaces indefinidamente?

Si a la gran obra colectiva que mejora perfecciona y adelanta, le niegas tu concurso, cometes una falta grave y pierdes todo derecho de queja; si a la vez que tu falta supones la de muchos, y a esa suposición por desgracia harto práctica, añades el trabajo de tantos interesados en el estancamiento de lo presente y aún en el retroceso al ser de épocas pasadas, verás bien patente la necesidad de contribuir con tu concurso de inteligencia, de actividad y de sacrificio.

Analizado así el valor del individuo en la gran obra colectiva y la responsabilidad del mismo en el supuesto de la inacción, se presenta indudablemente la necesidad de desvanecer lo que tiene de falsa una afirmación que corre como verdad axiomática, y con la cual, admitida ciegamente, se causa un grave daño. Es esta: *La unión es la fuerza*. La unión supone la absoluta integridad del valor intrínseco de cada una de las unidades unidas: una pila de monedas valdrá lo que representa su suma, a condición de que cada una de ellas valga tanto como la que está encima y sirve de nuestra; si una o varias son falsas, el valor de la pila decrece tanto como sea la suma de ellas. Lo mismo sucede con los hombres; por eso suelen valer tan poco las sectas, los partidos y todas aquellas entidades o uniones que se presentan por un definidor o por un jefe, que incesantemente recuerdan a sus subordinados que les deben acatamiento y disciplina, como que en ellas los individuos son como ceros que por sí nada valen y sólo sirven para dar prestigio al jefe, que es la única unidad positiva. Por este signo conocerás infaliblemente a tus enemigos: todo el que excite tus sentimientos, te llame a la agrupación y te pida acatamiento, sumisión y disciplina, en nombre de cualquiera abstracción más o menos altisonante, te engaña, sólo aspira a que cambies de tirano. He ahí una respuesta clara y precisa que puede darse a los que intentan retener a los trabajadores bajo el poder de los políticos de oficio. He ahí un criterio verdaderamente emancipador.

Únicamente la verdad y la justicia se imponen y se manifiestan por la evidencia, demostración palpable que se ofrece de modo ineludible a todas las inteligencias, y sólo es posible la unión para un objetivo verdadero y justo entre individuos que coincidan en esa convicción y que no se sometan a intereses contrarios, y en este caso, más que esa unión, que supone aceptación de lo que no se comprende bien, o sumisión a algo que la razón no acepta, lo que ocurre es que hay coincidencia, y entre individuos que coinciden

puede haber lo mismo unidad de acción que de pensamiento; sólo así la asociación es benéfica y su poder incontrastable.

Si una agrupación de coincidencias del género indicado puede hacerse, adelante; si en nombre de la justicia social existen agrupaciones en que no haya tal coincidencia y que para vivir necesiten un director, más vale que perezcan, y si, a mayor abundamiento, el director tiene intereses egoístas fundados en la significación e importancia que le dé su carácter de jefe, entonces la organización es una traba, una rémora, y cada individuo consciente que de ella forme parte es un traidor, y cada *inconsciente* un simple miembro de un rebaño, y todos juntos una fuerza a disposición del enemigo.

El proletariado emancipador nació a consecuencia de la traidora renuncia que del progreso hizo la burguesía, una vez realizada la revolución política en su exclusivo beneficio.

La Enciclopedia, la doctrina y la elocuencia con que los publicistas y tribunos burgueses censuraron a los tiranos y abrieron paso a su derecho, quedó subsistente en favor de los desheredados en cuanto los burgueses se aliaron con sus antiguos dominadores o los substituyeron; su defensa de ayer es su misma consideración de hoy y es a la vez nuestra propia defensa.

Pero al constituirse los trabajadores en entidad aparte y al definir sus aspiraciones separándose de esa burguesía que se convirtió en estacionaria cuando se vio capitalista, por un resto atávico surgieron los ambiciosos del seno de ese mismo proletariado, los cuales continúan y son los que, con pretexto de constituir una organización fuerte para combatir la fortaleza en que se apoya el privilegio, por tener cierta locuacidad, alguna instrucción y un fondo malo, se han convertido en jefes y santones de esos partidos obreros, constreñidos autoritariamente dentro de una organización en la cual los individuos pagan, votan y hacen cuanto la voluntad de sus jefes o el mecanismo de su organización les impone, hasta que se van desengañando y cayendo en la sima del escepticismo, siendo reemplazados por novatos inexpertos que voltean la noria a su vez, y así se consumen en la importancia, mientras unos cuantos ex obreros caciques viven sin trabajar y alcanzan fama y hasta gloria de esa repugnante y maldita que la multitud otorga a los desvergonzados que saben elevarse en zancos para ser vistos por las multitudes.

A esos tales jefes, llamados obreros, los verás que los otros jefes les conceden lo que pudiera llamarse la alternativa, o sea el tratar de potencia a potencia con otros personajes que también ejercen jefaturas y hablan de la masa de su partido como un general hablaría del ejército a sus órdenes. Así, tú, trabajador, que protestas contra la injusticia de que eres víctima y te asocias con compañeros en una de esas organizaciones supeditadas a un jefe, cuando crees labrar tu felicidad futura, no haces más que remachar tus cadenas.

Esos jefes te harán creer, como lo más racional del mundo, que para vencer al enemigo explotador es necesario conquistar el poder político, y al efecto, a la fuerza de elegir concejales y diputados se arreglará todo un día con una votación parlamentaria; o que para luchar en huelga con un burgués rico o con una Compañía poderosa se necesita reunir, a costa de cotizaciones de unos cuantos céntimos mensuales, tantos miles de duros como sean necesarios para repartir subsidios entre los huelguistas, hasta que el burgués, derrotado, ceda por temor de verse sumido en la pobreza; o que constituyendo cooperativas de consumo se arruinarán los comerciantes y nos enriqueceremos proporcionalmente los trabajadores, y otras patrañas por el estilo en que tus esperanzas y tus céntimos den juego para lo único positivo que puedan servir, que es para poner en candelero un miserable ambicioso.

No, trabajador; para emanciparte no cuentes más que con tu inteligencia, tu voluntad y tus puños y con los de todos aquéllos que cual tú se hayan previamente emancipado de lo que pudiera llamarse origen de todos los males, del torpe vicio de la obediencia.

Tenlo presente, medítalo bien, discurre por ti mismo y considera que la obediencia, virtud teologal, como dicen los teócratas: civismo, disciplina, o como quiera que se denomine el disfraz con que la presenten los demócratas de todo género, incluso los jefes obreros, que para mejor engañarte y explotarte te llaman compañero, es una infamia indigna de todo hombre en la plenitud de su derecho inmanente; porque lo racional, lo justo, lo verdaderamente revolucionario es que nadie mande. Puede y debe el que más sabe, enseñar; el que más prevé, indicar, aconsejar, y en el interés de los que saben y alcanzan menos está el aprender y aceptar el consejo; pero ni lo uno es mandato, ni lo otro es obediencia, digan lo que quieran los que teorizan inútilmente sobre si se extinguirá o no la autoridad en el mundo, dado que lo

único que puede resultar entre individuos perfectamente autónomos es la aceptación mutua y recíproca de los conocimientos especiales, propios de las aptitudes individuales, es decir, una de las múltiples formas de solidaridad.

¡En la solidaridad radica la idea salvadora! Individuos autónomos, siendo cada uno, como dice Pí y Margall, su legislador, su universo, su dios, su todo, y aun podemos añadir con aplicación al caso, su propio redentor; por la solidaridad se hacen fuertes, hasta el punto de valer cada uno, tanto, por lo menos, como un ejército, porque siendo una inteligencia, no es inferior a un general en jefe, que es la única inteligencia entre tantos hombres; y si es una inteligencia, es una fuerza tantas veces superior a un ejército cuantas sea el número de inteligencias libres y resueltas que se contengan en el grupo de los solidarios.

¡Solidaridad para la lucha revolucionaria! ¡Solidaridad para la reconstitución de la sociedad, de modo que el interés del individuo se identifique en absoluto con el de la colectividad! ¡He ahí la salvación de la humanidad!

CAPÍTULO III

CAPACIDAD PROGRESIVA DEL PROLETARIADO

LIBERACIÓN

Muchos años hace que se agita el proletariado dirigiéndose hacia su *emancipación*, entendiendo por esta palabra la idea, no de sustraerse a una tutela, como significa según su valor etimológico, sino *manumisión*, liberación de toda esclavitud, reintegración del individuo en la plena posesión de sí mismo, participación directa, personal y, sobre todo, sin postergación a ningún privilegiado en todos los beneficios sociales subsistentes por la naturaleza o creados por la acción progresiva de la humanidad.

Y tanto es así, que la generalidad, por no decir la totalidad, de las sociedades de resistencia, subsistentes o creadas después de disuelta La Internacional, organizadas para obtener mejoras prácticas e inmediatas por la defensa del salario y obtención de las mejores condiciones de trabajo, consignan siempre como objetivo final esa manumisión. Hasta las mismas sociedades inspiradas en el espíritu burgués de la ganancia, me refiero a las cooperativas, hablan de la emancipación del trabajador por la supresión de intermediarios y explotadores capitalistas.

Por el predominio de esa tendencia emancipadora se ha visto en Barcelona, no de hoy, sino ya desde 1855 confundirse en un movimiento de huelga general revolucionaria todo el proletariado, sin distinción de asociados y *esquirols*, y en estos últimos tiempos, la acción salvadora de la solidaridad, esencialmente opuesta al sentido egoísta y mezquino del mejoramiento parcial, de lo que llaman pomposamente espíritu práctico, ha recorrido España en todos sentidos, dejando en todas partes recuerdos gloriosos, por haber opuesto el privilegio su cruel y sanguinario *non possumus* a cada manifestación del derecho hollado, a cada reivindicación de los generosos precursores, de

aquéllos que renuncian ciertas ventajas materiales por satisfacer las exigencias de una conciencia justa.

CAPACIDAD PROLETARIA

Y si esto puede decirse en el terreno de la acción y de la solidaridad práctica; si la palabra *compañero* que los trabajadores nos damos tiene inclinación a inspirarse en un origen mejor que el de partícipe en el trabajo, respecto del progreso de las ideas mucho puede decirse que ignoran éstos que buscan sabiduría en las aulas de la política.

Periódicos, revistas, folletos, libros, conferencias, mitins, concursos y discusiones en logias masónicas, ateneos y centros de estudios sociales, de todo eso han usado en abundancia los trabajadores, y con ese trabajo han contribuido poderosamente a la determinación y a la extensión de la sociología, que ha venido a despojar de su pretendido carácter de ciencia a la economía política para reducirla a la modesta condición de auxiliar o informante estadística de la ciencia social, lo que demuestra nuestra intelectualidad y nuestra capacidad progresiva.

En el prólogo *De la Capacidad política de las Clases Jornaleras*, dice Pí y Margall:

«Es grande, es vigorosa, es rápida la marcha ascendente de la clase jornalera. ¡Y qué! ¿Camina acaso a ciegas? ¿Ignora acaso que para su triunfo necesita estar armada de una idea y conocer los medios de realizarla? Celebra anualmente Congresos europeos en que se discuten con calma las más arduas cuestiones sociales. Sin el tumulto, sin el escándalo de otros Congresos, somete allí a juicio la asociación, el trabajo, el capital, la propiedad, el crédito, las relaciones de la economía con la moral y la política. Se pretende en vano detenerla, hoy en las coaliciones, mañana en las sociedades cooperativas; las toma como punto de parada y prosigue su camino. No tiene todavía un dogma, pero sí un principio: cree violada la justicia en todo contrato donde no sean recíprocos los deberes y los derechos, y quiere que se establezca esa reciprocidad en todas las relaciones humanas».

INCAPACIDAD BURGUESA

Véase cómo definía Proudhon el estado de la burguesía:

«"No hay ya energía en su conciencia, no hay ya autoridad en su pensamiento, no arde ya en corazón, no hay ya en ella más que la impotencia de la senectud y el frío de la muerte. Y nótese bien lo que voy a decir ahora. ¿A quién debe la burguesía contemporánea ese esfuerzo sobre sí misma, esas demostraciones de vano liberalismo, ese falso renacimiento que nos haría tal vez creer la minoría parlamentaria si no se conociera su vicio de origen? ¿A quién hay que atribuir esa luz de razón y de sentido moral que no ilumina ni es ya posible que resucite al mundo burgués? Sólo a las manifestaciones de esa joven conciencia que niega el nuevo feudalismo; sólo a la afirmación de esa plebe de jornaleros, que ha tomado decididamente la delantera a sus antiguos patronos; sólo a la reivindicación de esos trabajadores, a quienes ineptos políticos de oficio niegan la capacidad precisamente cuando acaban de recibir de ellos su mandato político".

"Que la burguesía lo sepa o lo ignore, su papel ha concluido; no irá ya más lejos ni es posible que renazca"».

Nótese que en esos cuadros, trazados por grandes pensadores, aparece la actual situación de la clase que impulsa el progreso y de la que pugna por paralizarle, por estancarle para conservar eternamente vinculado el privilegio de su poder.

Como prueba decisiva, véase lo que dio Salmerón en su famoso discurso en defensa de La Internacional:

«La antigua organización social, rota en pedazos, no puede reconstituirse con la mera representación del poder público por más que quieran sublimarlo con el mayestático imperio de los principios, ya incompatible con la soberanía de los pueblos... Se ha reconocido y aceptado universalmente que las nuevas relaciones de vida se fundan en el principio que lleva el hombre en sí, en la unidad de su naturaleza y que la voz de la conciencia dicta en todos... Se ha vivido según lo trascendental; hoy, partiendo el hombre de la nuda

individualidad, busca en la mera relación de individuos la forma de su libertad, la ley de su derecho, el principio de la organización social... ¿Es extraño que al ver que no quedan sino restos, cenizas y escombros del antiguo edificio social se intente reorganizarlo bajo el nuevo principio? ¿Quién ha destruido el antiguo ideal? La clase media. ¿Quién trata de sacar los antiguos escombros y echar los cimientos del nuevo edificio? El cuarto estado, sus legítimos sucesores (dice dirigiéndose a los diputados, que es como si se dirigiera a la burguesía en general); ellos (los trabajadores) han aprendido de ustedes a perder la fe en lo sobrenatural, y ellos, que no pueden vivir en medio de la general disolución del antiguo régimen, sin principio, ni ley, ni regla de conducta moral, aspiran a formar conciencia de su misión para realizarlas en la vida».

Considérese que Salmerón declaró veinte años después de pronunciado aquel discurso, que lo consideraba como la obra más sustantiva de su vida política y que no tenía que rectificar una tilde de las afirmaciones con todo convencimiento y la debida meditación expresadas en las Cortes, y esto porque en una y otra época, por encima de todo, los obreros imprimían a sus reclamaciones un carácter humano, universal, pidiendo acuerdos y soluciones internacionales, en armonía con la exigencia también general y humana de sus necesidades.

En el manifiesto de inauguración de La Internacional, documento en que circuló por todo el mundo la célebre excitación «¡Trabajadores, asóciense!» y que ha llegado a alcanzar gran importancia histórica, se lee:

«Es una verdad demostrada, patente para todo el que se halla en posesión de sus facultades mentales aunque negada por los conservadores de *este paraíso de locos*, que ni el desarrollo de la maquinaria, ni los descubrimientos químicos, ni la aplicación de la ciencia a la aplicación, ni la emigración a nuevas colonias, ni la apertura de mercados, ni el libre cambio, ni todas estas cosas juntas pueden librar de la miseria a los trabajadores, antes al contrario, en la organización social presente cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo tiende fatalmente a aumentar la diferencia de clases, la desigualdad» .

Si a esta exposición que brota de la mente de Carlos Marx como queja, como censura y hasta como toque de rebato revolucionario, queremos buscar una

comprobación por el contraste con otra gran inteligencia rodeada del mayor prestigio, hallaremos en la famosa encíclica *Rerum Novarum*:

«Es preciso dar pronto y oportuno auxilio a los hombres de la ínfima clase, puesto que sin merecerlo se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada y calamitosa... Los contratos de las obras y el comercio de todas las cosas está casi todo en manos de pocos, de tal suerte, que unos cuantos opulentos hombres y riquísimos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios, un yugo que difiere poco del de los esclavos».

Más aun: Haeckel, en su gran obra *Los Enigmas del Universo* que anula la Biblia y demuestra la unidad, la eternidad y la indestructibilidad de la materia, ya entrado el siglo XX ha escrito:

«Mientras contemplamos con legítimo orgullo los inmensos progresos realizados por el siglo XIX en la ciencia y sus aplicaciones prácticas, un espectáculo desgraciadamente diferente y menos satisfactorio se ofrece a nuestra vista, si consideramos otros aspectos no menos importantes de la vida moderna. Con pena hemos de suscribir estas palabras de Alfred Wallace: “Comparados con nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra organización nacional y toda nuestra organización social y moral quedado en estado de barbarie”».

Nótese la gravedad suma de las declaraciones que dejo apuntadas. Tres grandes hombres que han estudiado el mundo a través de sus poderosas inteligencias desde diverso orden de ideas y diferentes puntos de vista afirman:

- 1º Que en el presente régimen social, gráficamente denominado *paraíso de locos*, el progreso no corre igual para todos, sino que es causa de mayor desigualdad.
- 2º Que la esclavitud ha renacido por la absorción capitalista.
- 3º Que nuestra organización social ha quedado en estado de barbarie.

¿Por qué?

LA CAUSA FUNDAMENTAL

No les responderé yo. No quiero que respuesta tan grave la dé un individuo que puede ser tildado de sectario exagerado. Responda La Internacional y con ella su sucesor el proletariado universal.

«Porque existe el asalariado». (Congreso de Ginebra de 1866).

«Porque existe el monopolio de las grandes Compañías, que, sometiendo a los trabajadores a sus leyes arbitrarias, atacan a la vez la dignidad del hombre y la voluntad individual». (Congreso de Lausana de 1867).

«Porque existe la propiedad individual de la tierra y de los medios de producir». (Congreso de Bruselas de 1868).

«Porque existe la transmisión hereditaria de la propiedad individual». (Congreso de Basilea de 1869).

Esa es la respuesta pertinente y verdadera.

En el Código civil español, con analogías en los Códigos civiles de todas las naciones, republicanas o monárquicas, se define la propiedad como el derecho de gozar y disponer de una cosa, sin más limitaciones que las de la ley; el propietario de un terreno es dueño de su superficie y de lo que está debajo de ella, y puede hacer en él las obras, plantaciones y excavaciones que le convengan, salvo ciertas disposiciones legales referentes a servidumbre (entendiendo por servidumbre en este caso el derecho o uso que una cosa o heredad tiene sobre otra), minas y aguas.

Procedente de esa definición legal, impuesta y declarada santa por los que poseen, el propietario tiene sobre el que no lo es lo que en jurisprudencia se llama derecho y la razón llama privilegio de *accesión* y de *herencia*.

La *accesión* es el hecho irracional, aunque legal, por el que el propietario de una cosa se apropia todo lo que ésta produzca o se le haga producir mediante el pago de salario.

La *herencia* es el derecho legal por el que una persona adquiere los bienes de otra a la muerte de ésta.

Todo lo cual se consigna en el título II del Código civil que trata de la propiedad, artículos 348 y consiguientes, y en el título III, de las sucesiones, artículos 657 en adelante.

Por esa manera de entender y practicar la propiedad, que es la usurpación de la riqueza natural y social y la expoliación del mayor número de los asociados, la humanidad, que es una por la inmanencia del derecho ingénito en cada individuo, por la diversidad de las necesidades individuales y por la solidaridad que reúne en un interés armónico y común el interés de cada cual y de todos, se hallar dividida en dos: la clase de los privilegiados y la de los desheredados, y subdividida además en un egoísmo atómico y disolvente.

Por esa apropiación injusta y legal, los bienes naturales y los bienes sociales quedan vinculados en una clase, y la otra, aunque a cada uno de sus individuos se le llame hermano en religión, compatriota o conciudadano respecto de la nacionalidad y a todos juntos pueblo soberano, la verdad que queda como residuo de tanta superchería es que no pasa de *tercero*, según la palabra jurídica, como resulta del artículo 356 del Código civil, que dice así: «El que percibe los frutos tiene la obligación de abonar los gastos hechos por un *tercero* para su producción, recolección y conservación», cuyo artículo se completa por el 359: «Todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario y a su costa».

Lo que equivale a decir, si no tienen propiedad, no son hombres, ni siquiera son trabajadores; son *terceros* que producen, recogen y conservan para el propietario, que es quien la ley presume que obra en todas las manipulaciones de la ciencia, de la industria y del arte, y que el que siembra y planta.

Cuando veo que, desconociendo o fingiendo desconocer las ligaduras con que esta sociedad sujeta al proletario, impidiéndole alcanzar, sentir y proponerse la libertad, las sensaciones y las aspiraciones propias del hombre, hay todavía

quien predica el espejismo, la ilusión del triunfo democrático, la verdadera utopía de la emancipación por el sufragio universal después de pasar por el famoso puente de la república, olvidando que hay una treintena de repúblicas en el mundo que han pasado ese puente y tienen como nosotros un código con propiedad, accesión y herencia, se levanta ante mi consideración el Código penal, que en su título I, capítulo IV, artículo 10, párrafo 23 dice hablando de las circunstancias agravantes para juzgar un delito; lo es: «Ser vago el culpable. Se entiende por vago el que no posee bienes o rentas, ni ejerce habitualmente profesión, arte u oficio, ni tiene empleo, destino, industria, ocupación lícita o algún otro medio legítimo y reconocido de subsistencia, por más que sea casado y con domicilio fijo». Lo que quiere decir que si por exceso de producción, o porque una máquina que explota en beneficio exclusivo del burgués te quedas sin trabajo y aún sin oficio, y no puedes vivir, y tus hijos te piden pan, y no lo tienes aunque haya quien derroche fortunas viviendo en el confort y en el lujo en espléndidos palacios, y mantenga caballos de regalo y grandes jaurías de perros para emplear su actividad, incapaz para el trabajo, en los placeres de la caza, si tienes un rozamiento con la ley, por no tener bienes, rentas, empleo, oficio ni ocupación se verán castigados con un máximo de pena, por vagos.

Lo cual demuestra claramente que, a pesar de cuantas libertades se consignan en las constituciones políticas de los Estados, el trabajador no es libre, ni ciudadano, ni hombre; es un tercero que tiene muchas probabilidades de ser considerado como vago.

¿Piensas acaso que es esta una exageración? Se equivoca quien eso crea.

En una obra reciente de Henri Dagan titulada «Superstitions politiques et phénomènes sociaux», tratando de los efectos del sistema moderno de producción, de la aplicación de las máquinas a la producción y consiguiente exceso de trabajadores, se denuncia el hecho siguiente manifestado en la Francia republicana, al otro lado del puente... del Bidasoa:

«El 5 de enero de 1897, en una discusión sostenida en la Sociedad de Economía política, un economista, M. Limousin, pronunció estas gravísimas palabras: *En Francia sobran cinco o seis millones de trabajadores*».

Eso es la nación democrática, en la nación autora de la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, es dolorosamente instructivo para los trabajadores.

Porque Francia no es pobre, y ese sobrante, ese desperdicio humano, no quiere decir que no hay medios de subsistencia para todos; lo que significa sencillamente es que no se les necesita para trabajar; es que la accesión se surte hoy, no de trabajadores de carne, hueso, inteligencia y rutina técnica, sino de trabajadores de hierro, vapor y electricidad, y que sobre el ámense los unos a los otros y la soberanía popular está la terrible sentencia de Malthus: «El que no tiene cubierto en el banquete de la vida...».

En resumen: los trabajadores, sin abdicar de sus facultades como hombres y como trabajadores, no pueden olvidar aquellas palabras de vida y de libertad que sirven de preámbulo a los Estatutos de La Internacional:

«"La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos".

"Los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes".

"La emancipación de los trabajadores es un problema internacional"».

Téngase en cuenta que los que viven a la sombra del privilegio, los que se hallan en perpetuo déficit con la razón, con la justicia y con la propia conciencia; los que invocan los derechos adquiridos y no pueden determinar su voluntad a renunciar los privilegios que disfrutan, son por esencia estacionarios, y no hallarán jamás el momento oportuno para decidirse, como Bertoldo no halló jamás árbol donde ahorcarse, y que las sublimidades y las bellezas del ideal dependen principal, por no decir exclusivamente, de las energías de aquéllos a quienes el privilegio impide o dificulta el desenvolvimiento de sus facultades, los cuales, libres de las imposiciones dogmáticas, con íntimo conocimiento de su derecho, inspirados en esa ciencia social, que en parte les debe su existencia, y en posesión de su voluntad, se hallan ya capacitados para la reorganización de la sociedad, en cuya obra

vienen trabajando con fe, con entusiasmo y hasta me atrevo a añadir con éxito satisfactorio.

CAPÍTULO IV

PUNTO CULMINANTE

LA PERSONALIDAD EN LA SOCIEDAD

Hemos llegado en la evolución proletaria a un punto en que sociólogos y revolucionarios, retenidos en la impotencia, estancados en estéril estacionamiento o en peligro de progresar en nociva desviación, no pueden racionalmente dar un paso de seguros y positivos resultados sin lograr que esa multitud de hombres y mujeres que constituyen el Proletariado, se pongan en condiciones de libre y natural evolución y adopten una actitud declaradamente progresiva. Es absolutamente necesario que lo que se llama la masa como negación de unidad, de número, de cantidad, y, por tanto, despojada del carácter de individualidad y de colectividad humanas deje de ser materia amorfa para constituir tantas personalidades como de individuos la forman.

Ha de contarse con que cada individuo puede pensar: he nacido, he de vivir; y así como no hay poder divino ni humano que, mientras viva, pueda evitar la sucesión de los minutos ni de mi existencia ni la continuidad de las acciones fisiológicas que constituyen mi ser, no debe haber hombre ni institución que impidan mi desarrollo moral y físico; antes al contrario, hay deber y conveniencia en que hombres e instituciones tiendan a facilitar el desarrollo de todos y de cada uno.

Dada la imperfección del lenguaje usado por nuestra civilización, acostumbrados a hablar por símbolos, por figuras de dicción y sin fijación de idea por impresión de palabra, de modo que el convencionalismo, la cultura y aun la elocuencia encubren la ignorancia cuando no la malicia del que habla y se interpreta por el que escucha según sus prejuicios o sus ilusiones, hemos de examinar cómo se entiende y cómo se practica el salvador aforismo de La Internacional «la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos», sustentado hoy desde diferentes campos por agrupaciones que, si en un principio partieron de un origen único, se hallan

actualmente muy distanciadas, separadas por pasiones y afirmaciones cada vez más divergentes.

Si por la idea puramente humana, de justicia, se concibió un tribunal divino para juzgar a los hombres y, según sus obras, darles el premio o el castigo merecido, fue a consecuencia de haber reconocido en todos y en cada uno la responsabilidad consiguiente, responsabilidad que queda flotante sobre las discusiones modernas del tradicional libre albedrío con el modernista determinismo, porque sin responsabilidad no hay mérito ni demérito, ni puede haber recompensa ni vilipendio. Por eso sentaron los legisladores como principio jurídico, aunque pasando sobre la gran injusticia de la ignorancia popular, resultante de la desigualdad social, que «la ignorancia de las leyes no excusa su cumplimiento».

Laicizada en el día esa idea de justicia y subsistente siempre como norma moral, no es racional que por monopolio de la ciencia y por la consiguiente ignorancia sistemática, pasen los 1,600 millones de seres humanos de cada generación con un corto número de hombres eminentes, capaces de saber, y una inmensa multitud de atrofiados intelectuales, limitados a creer; ni la humanidad puede considerarse como entidad una y permanente en la continuidad de su saber, en la tradición de su experiencia, en el goce de las ventajas adquiridas y en la preparación de sucesivos adelantos sin que la igualdad socializada facilite a cada individuo el íntegro desarrollo de sus aptitudes, primero para la propia satisfacción, y después como complemento para beneficio de la colectividad.

Han de ser todos; o a lo menos, después de dar la sociedad todo género de facilidades para la difusión de los conocimientos, no ha de haber impedimento social para que todos sepan, ni privilegio para que sólo sepan unos pocos, porque la verdad es de todos y se debe a todos, y, por tanto, la creencia no ha de ser acatamiento a un dogma autoritariamente impuesto e inquisitorialmente sostenido, sino resultado de la experiencia y de la inducción racional.

Para eso vivimos en sociedad, como lo reconocieron los hombres de la Asamblea Constituyente en 1789 al declarar que todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos, y que el objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre, no para rendir homenaje ni vasallaje a un autócrata ni a una

oligarquía imperante. Antes que vasallos o ciudadanos, somos hombres; a los trabajadores conscientes no les seducen ya los esplendentes festejos de que se hizo ostentación hace poco en Londres coronando a un hombre, o en Lisboa, declarando soberano a un pueblo, porque tras el oropel, la fraseología, las músicas y los aplausos ha quedado subsistente, con tanta fuerza y vigor como hace más de veinte siglos, el despojo que sufre el obrero de su legítima participación en el haber social, sin que se le reconozcan positivamente sus derechos y sin que la sociedad política cumpla su objetivo ideal y racional.

CAUSA O EFECTO

En vista de que por el esperado progreso de la instrucción como obra fatal del tiempo la ignorancia no disminuye ni la igualdad social se alcanza, y a pesar de que con el admirable avance de la ciencia la organización social ha quedado en lamentable atraso y en injustificado estancamiento, ha llegado el caso de examinar invirtiendo los términos, si el mal social que se consideraba como efecto, ha de ser considerado como causa. Y, efectivamente, reformando nuestros juicios sobre el deplorable dualismo social, consecuencia de la desigualdad, que rompe la solidaridad humana, resulta que no sólo por ignorante el proletariado es oprimido y despojado, sino que lo es principalmente por la desigualdad que le priva de los medios de instruirse, y por esa desigualdad el racional y ansiado monismo social se imposibilita en el mundo.

Sin disminuir en lo más mínimo la importancia, la necesidad y la urgencia de la aplicación del sistema de enseñanza racionalista, ha de reconocerse que es preciso e indispensable poner a la humanidad infantil y adulta en situación libre para dedicarse a estudiar, a aprender, a ejecutar, a vivir, a procrear, y para ello ha de desaparecer el dualismo que concede a unos todas las ventajas y priva a otros de los medios necesarios de evolución progresiva.

Habituada la humanidad a los andadores del esoterismo, que daba en forma de mitos y leyendas las verdades adquiridas a fuerza de observación, de estudio y de meditación por la ciencia, las cuales quedaban luego reservadas en privado y secreto esoterismo como preciado y secreto privilegio para las clases predominantes, los inferiores renunciaron a la actividad individual más o menos libremente determinada, y se habituaron a la pasividad, confiados en la omnisciente y omnipotente dirección de un poder imaginario, reinante en un resplandeciente empíreo creado fuera de la realidad física por toda clase de metafísicos, que en lo pasado se llamaba Providencia y en lo presente se llama Progreso. A esos mismos inferiores se les hizo creer que tales ficticios seres se les habían de mostrar propicios a costa de ilimitada sumisión, obediencia y paciencia ante sus representantes en la Iglesia o el Estado o en ambas potestades a la vez, según los vaivenes del curso de los acontecimientos; y por ese motivo no ha podido penetrar en la inteligencia de la generalidad la

sencilla noción de causa y efecto y su no menos sencillísima interrelación, y han adorado el misterio y han creído el milagro, tanto para lo pasado como para lo futuro, ignorándose generalmente que la ciencia tiene ya demostrado y probado que la energía, fuerza inmensa que convive con la materia una, increada, imperecedera e infinita, produce la vida; que de la vida surge la acción consciente dirigida a un objetivo práctico, conocido y deseado, y que únicamente se logra lo que se quiere, si para lograrlo se emplean los medios y recursos disponibles y necesarios, haciéndonos creer por el contrario que Dios hizo el mundo de la nada o que la sociedad humana se corrige por la acción directiva del Progreso.

Por efecto de esa misma pasividad, producto natural del contubernio del privilegio con la miseria, se ha considerado como riqueza, no el conjunto de la producción, que es lo directamente útil, necesario y provechoso, sino el dinero, el signo de cambio, recurso representativo inventado para la distribución racionalmente equitativa de esa misma producción entre los humanos, considerados todos como copartícipes por ser productores, sea de hecho por hallarse en la plenitud de sus facultades, sea como aspirantes en la infancia, o jubilados en la vejez. Y así tenemos que había de prestar el inmenso y trascendentalísimo servicio de facilitar las transacciones y abrir amplia y libre vía a todas las energías individuales, reuniéndolas sucesivamente en grandiosos beneficios colectivos, se convirtió en vil recurso de tráfico, de negocio, de agio, de explotación, de usura, de monopolio, facilitando al rico la vida por despojarle del cuidado consiguiente a la posesión patriarcal de grandes rebaños y latifundios, o creando la renta, que permite la existencia de archimillonarios y de esos trust absorbentes y monstruosos que devoran energías y vidas con escarnio de la moral, de la filosofía, de la ciencia, de la economía, y hasta de la revolución, puesto que en provecho propio legislaron los privilegiados revolucionarios para domesticarla a su antojo y a su conveniencia, mientras quedaba el trabajador sujeto al salario, a la acesión a la servidumbre moral y materialmente atrofiado y por añadidura burlado con el establecimiento de la democracia, y sobre todo insultado con la acusación de culpable por inconsciente y abúlico en el atraso e injusticia de la actual civilización.

Y ese dinero, que de nada sirvió a Robinsón en la isla desierta y que no debió perder nunca el carácter de signo de cambio, algo semejante al cartón o a la chapa metálica con el número acreditativo de propiedad de una prenda en un

guardarropa, se halla en poder de los improductivos o de los hábiles chalanes, forjadores de negocios o de empresas lucrativas, y, metido hasta el fondo de la preocupación proletaria, aparece envuelto en las aspiraciones emancipadoras de los trabajadores, produciendo obstáculos y obrando a manera de impertinente rémora.

Así vemos al reformismo, falseando el concepto racional de la economía, recurrir al ahorro, que escatima céntimos del mezquino e insuficiente jornal, para el mutualismo en la enfermedad, o la jubilación en la vejez, o el crédito en la crisis de trabajo; a la cooperación, para exceptuarse en parte de la explotación mercantil, para realizar una ganancia y hasta para obtener recursos que destinar a la propaganda; y a la misma resistencia, estableciendo la huelga sobre la cuota destinada al subsidio huelguista.

Tan atávicamente arraigada está la idea del dinero y de la garantía entre los trabajadores que de ella son víctimas, que en general no se concibe organización emancipadora sin la cuota, poniendo el dinero sobre la esencia del derecho, no admitiendo en ella al trabajador insolvente y arrojando de ella al que no puede pagar.

De modo que aun hay socialistas para quienes el dinero, que es nuestro tirano, ha de ser nuestro salvador.

Sobre la base de tan grave error, de tan atávico error, se ha creado un nuevo mito, la *Caja de Resistencia*, santa protectora del obrero, y reverencia como proveedora de recursos para luchar y como garantizadora del triunfo, que promete a todo cotizante, en caso de huelga reglamentaria, el derecho al subsidio de huelguista.

Tras ese mito se ha formado una especie de burguesía obrera, bajo la cual queda un Quinto Estado, otro Proletariado más ínfimo, más abismado aún, con lo cual, en vez de destruir la escala de la desigualdad, se ha prolongado unos grados más, motivando que un gran pensador y literato magistral, observador minuciosamente analítico, presente la triste realidad de los abyectos, de los miserables, de los desechados como desperdicios, de los parias actuales, hermanos nuestros a pesar de todo y nuestros predecesores en la caída al abismo de la desigualdad, de los ex hombres, como oposición y contrapeso a las exaltaciones fantásticas de los que a sí propios y por vana y ridícula

interpretación del pensamiento de otro hombre genial se otorgaron el título archiaristocrático de super-hombres.

Pudiera decirse que entre los dos polos del pensamiento formados por Máximo Gorki y Federico Nietzsche gira nuestra civilización caótica o en estado de barbarie, según la gráfica expresión de Ernesto Haeckel.

AVANCE RÁPIDO

En nuestro estado actual se camina de prisa, y mientras los que todavía se atienen al criterio de «tanto tienes tanto vales» acumulan dinero en sus cajas de ahorro mutualista, de ganancia cooperativa o de lucha resistente, los ingenieros industriales inventan máquinas, substituyen obreros por obreras y por niños y combinan fuerzas y motores que producen con asombrosa rapidez, y va aumentándose el número de los obreros sin trabajo de un modo terrible, con lo que sobrevienen las crisis de la sobreproducción, que no sólo nos reducen a la miseria por faltas de jornal, sino que se complican con las guerras por los mercados, por los tratados de comercio, por las farsas del patriotismo y también porque los Estados necesitan colonias donde colocar su excedente de hombres y de dinero y para desviar la atención popular de los adelantos y demostraciones de la sociología y evitar los avances de la revolución.

En el día todo el mundo conoce el secreto: la diosa de la guerra y el dios de los ejércitos son viajeros de comercio que, a semejanza de los compañeros de Colón, ofrecen cascabeles y cuentas de vidrio a cambio de riquezas naturales de los países rezagados en la vía progresiva. La pólvora seca del patriotismo más caballeresco, de que alardeó un día el César alemán, se calcula como partida inscrita en el libro de cuentas del agiotista.

Concretándome a considerar la resistencia como la acción proletaria predominante, tenemos que los resistentes de hoy reglamentan la acción para la lucha de clases como la concibió La Internacional, como lógicamente podía concebirse todavía medio siglo atrás, sin tener en cuenta el avance de la aplicación de la ciencia a la industria; pero el tiempo pasa y con él pasan las condiciones especiales de cada modo de ser accidental, aunque en ciertos países, por el atraso burgués, no se manifieste claramente por el momento.

Ello es que las antiguas sociedades de oficio van careciendo día por día de existencia real, porque por la actual transformación de la industria, el antiguo tejedor, por ejemplo, que movía las cárcolas con los pies y tiraba la lanzadera con una mano y la cogía con la otra, ve como un milagro la transformación que sufre la materia prima, por no decir la materia bruta, entrar por un lado de la

máquina y salir por el otro convertida en hermoso producto, como si en un momento y con enorme economía de tiempo, de manipulaciones y de jornales, lo hubiera elaborado una hada poderosa; el carpintero tomaba la madera cortada según los tipos establecidos y construía toda clase de muebles ordinarios, diferenciándose del ebanista en que éste hacía muebles de madera fina y los barnizaba y pulimentaba, en tanto que hoy, con la aplicación de la mecánica y la división del trabajo, hay obreros especiales para serrar, cepillar, escoplear, barnizar, etc., que sólo saben ejecutar esas operaciones, y no son capaces por sí solos de construir un mueble, o, si lo son, no pueden hacerlo en condiciones económicas, no ganarían el jornal; el zapatero clásico del tirapié, la lezna y el cabo, de manos callosas y llenas de cerote, huelga o ejerce de remendón de un barrio pobre, mientras la máquina llena de calzado los almacenes de calzado elegante y acharolado para la exportación; la linotipo y la rotativa difunden la ciencia, pero han dado golpe mortal a los asalariados de la tipografía, dejando en poco lucida posición a los burgueses, que quieren pulir el arte de Gutemberg como si no existiera el industrialismo y la mecánica, y en general los antiguos cuerpos de oficios de van transformando en masas de peones que se disputan las relativamente escasas plazas que, para tanto desocupado, van quedando, plazas que, con corta explicación, escasa inteligencia y monotonía práctica, puede desempeñar el primer ganapán que se presente.

Y no es sólo, sino que la mecánica progresa incesantemente, y se han inventado máquinas para hacer máquinas, y hay industrias en que así como en un principio el obrero era un simple servidor de la máquina, ahora la máquina le vigila, le tiraniza, le acusa, por cuanto mide y cuenta con exactitud matemática el trabajo del obrero en la ínfima y hasta despreciable parte que le asigna en la producción.

La fuerza de las cosas tienden a que los trabajadores, despojados de su antiguo carácter de artesanos y convertidos en peones, no se clasifiquen por oficios, sino por la clase de máquinas para cuyo servicio se les alquila.

Esa tendencia va haciendo que oficios enteros se sumerjan en la servidumbre común en que yacen todos los trabajadores que actúan como servidores de las máquinas, que nuevas máquinas reemplacen a las antiguas, inutilizando otros muchos grupos de trabajadores, arrojándolos a la masa cada vez mayor y horriblemente grande de los sin trabajo, de los sin esperanza, de los que

cobraron y gastaron su último jornal, inapelablemente excluidos del banquete de la vida, de esos infelices compañeros nuestros que emigran a barcadas o andan por ahí creando conflictos de orden público, muriéndose en un rincón, dejándose matar como perturbadores que piden pan o vendiéndose como esclavos por la pitanza y el albergue en las esplendorosas ciudades de la República modelo.

Porque la verdad es, y no me cansaré de repetirlo, que las fuerzas industriales artificiales monopolizadas por el capitalismo propietario se multiplican de un modo asombroso, que los obreros de hierro reemplazan en todas partes a los obreros de carne y hueso, y que si por el antiguo y vigente derecho romano el proletariado era el hombre-cosa al servicio y bajo la dependencia del hombre-persona, al fin era también el soldado que extendía los dominios del gran imperio y podía ser propietario en los países conquistados, en tanto que en el día, desde que la herramienta mecánica reemplaza la competencia o la concurrencia del hombre, el capitalismo no alquila al obrero más que durante el período más productivo de sus nervios y de sus músculos, y en cuanto no puede ya producir el máximo de beneficios, ¡a la calle!, ¡al montón de materia inútil, como si fuera hierro viejo!

Como consecuencia, en el cuadro de la vida queda trazada la curva de la muerte del proletariado y señalada la edad que ha de cumplir la sentencia de muerte industrial, cuando ha podido librarse de las innumerables causas mortales que se le han presentado.

En resumen, el obrero, separado de la tierra y del instrumento de trabajo, despojado de su oficio, inutilizada y perdida su habilidad profesional, obligado a emigrar para buscar trabajo, desprovisto de toda protección, sin hogar, queda inutilizado y sin valor, sometido a una condición inferior a la del esclavo, puesto que carece de alimento y de albergue, algo semejante a la del paria en lo tocante a la miseria y al desprecio, sólo con la ventaja de tener libre el paso a las condiciones superiores si por la casualidad o por la audacia se abre la vida; pero por lo mismo, el que llega, el que individualmente se emancipa se convierte en el peor enemigo de sus antiguos compañeros.

Téngalo presente, y no atribuyan a exageración el triste cuadro expuesto, cuantos obreros van todavía vegetando con su oficio entre los restos de la antigua industria que aún quedan en España y que ya no sirven para la exportación por incompatibles con la industria extranjera, a causa del atraso

mental y volitivo de nuestra burguesía. Consideren esos obreros, relativamente privilegiados en las actuales circunstancias, que la transformación industrial que no ha llegado aún, llegará infaliblemente pronto, y no se forjen la ilusión de que por el ahorro, la previsión y el voto pueden hacer frente a la avalancha de miseria que se les aproxima, impulsada y atraída por la voracidad capitalista.

CAPÍTULO V

EL DERECHO A LA EVOLUCIÓN

SIN DEMORA

Ni por la religión, ni por la ciencia, ni por la conveniencia podemos los trabajadores otorgar un día más de privación y de dolor a los señores del privilegio para que se pongan de acuerdo y nos ofrezcan un pasadero bienestar.

Sabemos que no se pondrán de acuerdo jamás, y que no lograrán que la usurpación propietaria dé pan a los hambrientos, ilustración a los ignorantes ni felicidad a los desgraciados.

No se repetirá ya el cándido y generoso ofrecimiento de aquellos trabajadores franceses que, en 1848, pusieron dos meses de hambre al servicio de la república, que fueron recompensados con el establecimiento de dos talleres nacionales, que resultó un ridículo fracaso, y más tarde con la dictadura militar, que se convirtió en una horrible matanza.

Cuantos intelectuales nos hablan de cultura, de reformas, de instituciones de previsión, de ahorro, de higiene, de armonía entre el capital y el trabajo, si vienen de buena fe, ayúdenos en nuestra obra de reivindicación y de emancipación; abiertas de par en par tienen las puertas del sindicalismo; nadie les priva de constituirse en sindicatos de producción intelectual; por ejemplo, en defensa de sus derechos de autor contra la explotación editorial; porque, más o menos privilegiados, y a veces más míseros que los obreros de blusa bajo su traje decentemente presentable, son asalariados al fin, y sus emolumentos, sus honorarios, su sueldo, su contrato o su contrata tan salario es como nuestro jornal, y también por accesión dan a propietarios, capitalistas, empresarios y editores el fruto de su saber, y pueden concentrarse con nuestros sindicatos, federaciones y confederaciones; en el libro; en el

periódico y en la tribuna pueden prestarnos utilísima cooperación. Pero al que venga a ofrecernos las sobras de su saber, a manera de fraile que reparte las sobras de la comunidad en la caldera caritativa a la puerta de su convento, presentándonos como una necesidad la continuidad indefinida de la usurpación y monopolio de los medios de producir, y nos ofrezca una emancipación como trabajo de infusorio capaz de levantar montañas en siglos y siglos de interminable paciencia, váyase en hora mala con su bazofia intelectual. Con el proletariado consciente y activo de todas las naciones, constituido en corporación filosófica y revolucionaria, repetimos: queremos vivir de la justicia, no de la caridad.

El que no abandone injustas y falsas superioridades; el que no nos trate de igual a igual; el que no comprenda y no sea capaz de practicar con nosotros la parábola del buen samaritano, será quizá un super-hombre, no un hombre, no un hermano nuestro en la grande, hermosa y justa solidaridad humana.

El hombre no puede aceptar las cosas y los hechos sin inquirir las causas. Sus facultades y sus necesidades le obligan a investigar para saber, para precaver, para evitar, para conseguir, para conservar.

Mas para saber más se ha de saber antes algo; sin conocimientos previos y auxiliares no puede penetrarse en el terreno de la investigación científica, ni siquiera se siente la necesidad de saber ciertas cosas por no haber llegado la ocasión de plantearse ciertos problemas.

Cuando aun no se sabía, se imaginaba. En remotos tiempos de atraso intelectual surgieron las religiones, obedeciendo a la necesidad de conocer una verdad que nos explicara las causas de los fenómenos naturales y a todos nos uniera en un pensamiento común.

La religión o, por mejor decir, el sentimiento religioso, y, por tanto, cada religión inicial -tomando la palabra *religión* en su sentido recto, según la etimología, de religar, de reunir, con el que se dice hoy «la unión es la fuerza»-, puede considerarse como la tendencia solidaria de la humanidad a concordar en el conocimiento de la verdad.

Se comprende que en tiempos pasados, faltando datos para elevar la inteligencia al conocimiento positivo, partiendo del supuesto de nuestra

incapacidad para conocer la causa creadora del universo, se recurriera a la revelación y se imaginara la existencia de un ser supremo creador y revelador, Brahma u Osiris, Júpiter o Jehová.

¿No hablamos hoy de la Verdad, de la Justicia, de la Belleza, por ejemplo como abstracciones que tuvieran vida real, como si vivieran separadas de las cosas, y las consideramos como agentes de la oración gramatical capaces de deponer en movimiento todos los verbos del idioma? ¿No vemos materializadas esas abstracciones por los artistas que representan la Verdad, la Justicia y la Belleza por hermosas mujeres con tal o cual aspecto y determinados atributos? Pues así seguramente procederían nuestros antepasados prehistóricos.

Seamos, pues, indulgentes con los creyentes, pobres de desmedrada inteligencia por educación e ilustración falseada y deficiente, pero severos, inexorables con los explotadores de las creencias, fomentadores de la ignorancia, traficantes de la mentira, con lo que viven y triunfan, causando daños inmensos.

La duda, ese desequilibrio entre la convicción y la creencia, entre la fe y la ortodoxia, originó la filosofía, que es el deseo de saber, si se trata de investigar generalidades, o la herejía, que representa la lógica, si se trata de investigar la racionalidad de una creencia.

Pero la filosofía y la herejía, fuertes en el terreno negativo, porque les fue fácil demostrar las incongruencias en que incurrieron las teogonías carecían de datos positivos y experimentales para respectivas afirmaciones, y negando errores, inventaban errores nuevos.

Hasta que vino la ciencia, y, tras siglos de investigación, de experiencia, de observación, de controversia, de persecuciones y de metodización, pudo dar una base firme y positiva a la inteligencia, diciendo con Haeckel:

«"El universo es eterno, infinito e ilimitado".

"La substancia que le compone, con sus dos atributos, materia y energía, llena el espacio sin fin y se halla en estado de movimiento perpetuo"».

Salimos, pues, de los dominios de la fe, que se convirtieron en imperio de la hipocresía, y entramos en la república de la ciencia, en la que, bajo apariencias democráticas, aún continúa la oligarquía de los poderosos.

Hoy, como en los remotos tiempos del esplendor de Egipto, saben o pueden saber unos y creen, por no poder saber, otros, permaneciendo, como consecuencia, en todo su vigor el dualismo social que prolonga la injusticia y el sufrimiento, a pesar de las maravillas creadas y puestas en práctica utilitaria por el ingenio humano, las cuales son tan grandiosas, que, aunque no pueda ni deba desatenderse la economía, es lo cierto que es innecesario el ahorro, ese ahorro que se nos aconseja para que nos conformemos con la privación, porque la producción, excediendo al consumo, ni siquiera hay para almacenarla. Más aún: la misma abundancia, ¡absurdo incomprensible!, se convierte para los desheredados en causa de escasez.

SOLIDARIDAD MUNDIAL

En la actualidad se hallan los continentes cruzados en todas direcciones por inmensa red de ferrocarriles, y los mares surcados por miles de rápidos buques que transportan de cerca y de lejos viajeros y mercancías.

Esa facilidad de relaciones y de cambio, que concierta pensamientos y satisface necesidades, es reciente. Napoleón consideró como novedad sin trascendencia el primer barco de vapor que atravesó el canal de la Mancha; el 26 de agosto de 1836 se inauguró el primer ferrocarril de Francia entre París y Saint-Germain.

Ese grandioso movimiento, de cuya iniciación pueden existir todavía, aunque escasos, testigos presenciales, está de tal modo compenetrado con nuestro modo de ser social, que al ignorante y al indiferente les parece antiquísimo.

Existe en el mundo civilizado una fuerza activa que excede de 200 millones de caballos de vapor; y teniendo en cuenta que cada fuerza-caballo técnico representa tres caballos, y cada caballo equivale a la fuerza de siete hombres, prescindiendo de la valoración de otros y poderosos medios de producción mecánica, antiguos y modernos, como el calor solar, el aire, las corrientes fluviales, las marcas, la electricidad, etc., para unos 1.500 o 1.600 millones de habitantes de que consta cada generación, disponemos de más de 4.000 millones de fuerzas humanas.

Para conocer y domar de tal manera las fuerzas naturales, la humanidad ha observado, ha estudiado, ha trabajado mucho. Por el trabajo, que es observación, método, generalización serial, aplicación práctica y transformación aplicable a la realización de deseos y a la satisfacción de necesidades individuales y colectivas, tenemos hoy terrenos habitables donde había enmarañados bosques, pantanos cenagosos y climas insanos; tierras antes estériles, nos suministran ricas y abundantes mieses; rocas abruptas que contenían guaridas de fieras, sostienen en la actualidad terraplenes donde se cultiva la vid y el olivo; plantas antes silvestres, de fruto áspero y raíces no comestibles, transformadas por injertos y reiterados cultivos, se han

convertido en hortalizas o árboles frutales útiles y agradables; los ríos son navegables; las costas, conocidas y accesibles; los tesoros minerales desentrañados, y donde quiera que se entrecruzan las vías de distribución y de correspondencia brotan y crecen ciudades, en cuyo recinto se acumulan las riquezas de la industria, de las artes y de las ciencias.

Más aún: un campo que se rotura es una riqueza presente y futura; un campesino que planta un árbol, crea frutos para sus nietos; una idea, un descubrimiento científico, un invento industrial o una creación artística, ocurridos en Barcelona, en España, en cualquier parte del mundo, cerca o lejos, gran centro de población u olvidado caserío rural, son producciones que cunden y circulan con rapidez por todo el mundo y quedan indefinidamente para satisfacción de necesidades materiales y morales de las generaciones venideras, siendo a la vez origen de nuevas y multiplicadas producciones; el alfabeto, la numeración, la imprenta, el telégrafo, el fonógrafo, el aeroplano, el dirigible, el camino, el puente, el ferrocarril, el canal, el puerto, el barco, la casa, los muebles, el libro, el cuadro, el museo, la academia, la universidad, la fábrica y muchos etcéteras que pueden añadirse, representan resúmenes de conocimientos y trabajos legados por generaciones anteriores, sacrificios impuestos en vista de necesidades presentes y una riqueza de saber y de poder legada por la generación viviente a sus sucesoras.

Se ha llegado a tal fuerza productora, que mientras el antiguo cazador de los tiempos prehistóricos necesitaba un espacio enorme para encontrar el alimento para sí y para los suyos, el civilizado, con fatiga infinitamente menor y un territorio relativamente pequeñísimo, produce lo necesario para sí y para su familia y un excedente para el cambio.

En el suelo virgen de las praderas de América, dice Kropotkin, cien hombres, con la ayuda de poderosas máquinas, cultivan en pocos meses el trigo necesario para que puedan vivir un año diez mil personas. Con las máquinas modernas, cien hombres fabrican en poco tiempo telas con que vestir a diez mil hombres durante dos años. En las minas de carbón bien organizadas, cien hombres extraen cada año combustible para que se calienten diez mil familias en un clima riguroso. En la agricultura, en la industria, en la ciencia, en el conjunto de nuestra organización social y sin más que con el cuidado y vigilancia de los siervos de hierro y de acero que ha creado el ingenio humano, la humanidad entera podría llevar ya una existencia de paz, de bienestar, de felicidad.

Innecesario detallarlo: entre el debe y el haber de la humanidad hay un riquísimo superávit. Según cálculos estadísticos positivos, se ha demostrado que con lo que se produce, a pesar de lo irregular y antieconómico de la producción bajo el régimen del privilegio, dado el número de los habitantes del mundo, correspondería a cada uno tres raciones alimenticias y cinco raciones industriales.

Los hechos hablan: con lo que se produce, a pesar de cómo se produce, la humanidad actual podría sostener dos humanidades más.

Respetando el neo-maltusianismo, con el cual no me meto, aunque le considero discutible, digo que el antiguo maltusianismo, que ya no existe más que en la mollera de unos cuantos burgueses triunfantes, no por más fuertes ni más inteligentes, sino por ruda testarudez o por hallarse ciegamente favorecidos por la casualidad -o por el negocio-, está negado por los hechos más que por las teorías.

Hoy, el hombre rico que niegue a un hombre pobre, a su hermano en la humanidad, su derecho al cubierto en el banquete de la vida, comete un fratricidio.

La religión que predica la caridad como atemperante a la injusticia social, aunque predica al mundo desde el púlpito y aun desde el trono de la infalibilidad, queda reducida al triste menester de excusa del privilegio.

La frase de Santo Tomás de Aquino «los ricos no son ricos sino administradores de los pobres», lo mismo que la profecía evangélica «siempre habrá pobres en el mundo», quedan desmentidas por la actividad humana, por la sociología y por la evolución progresiva. El que lo niegue, si funda su negativa en las creencias religiosas, blasfema contra la misma justicia divina que acata y adora, contra la idea de absoluta justicia; si se funda en teorías de determinada escuela economista, se equivoca.

Los estadistas y legisladores que conservan el bárbaro espíritu de la ley de los Doce Tablas, que cuenta veintitantos siglos de legalización de la iniquidad, e incurriendo en contradicción flagrante, escriben en las constituciones democráticas de los Estados modernos derechos populares que se hallan en

pugna con los Códigos civiles y que luego castigan los Códigos penales, cometen legalmente, además de un absurdo, un crimen; pero crimen de extensión y alcance incalculable por el número inmenso de víctimas que produce.

El proletariado acusa a la actual civilización.

Si hoy existen parias que ante el progreso de las ciencias quedan analfabetos; que ante los progresos de la agricultura, de la industria y de la facilidad de cambios y transportes no tienen pan ni albergue; que ante el fausto y la insultante alegría de los que gozan han de sentirse poseídos de envidia, de odio y de rabia, dando frutos fatalmente legítimos de tan deprimentes pasiones, ¡quién puede tirarles la primera piedra! No serán ciertamente los capitalistas que constituyen aquellas compañías marítimas, carrilanas o mineras sobre cuya conciencia, por afán de lucro, pesan naufragios, descarrilamientos o explosiones de grisú, sin que legalmente pueda exigírseles responsabilidad; no serán tampoco aquellos propietarios, industriales y comerciantes que despojan al productor del fruto de su trabajo, cargándole, además, como inquilino y como consumidor, con las enormes exacciones con que se paga el tributo y con que se forma la renta; ni menos aquellos gobernantes que, sobre tener a su cargo el estancamiento social, sostienen la paz armada y pueden declarar guerras que cuestan miles de vidas y ruinas y desastres incalculables; ni mucho menos aquellos políticos que con falsos programas embaucan electores a quienes encubren y dificultan cuanto pueden el progreso de la ciencia evolucionaria y revolucionaria.

Todo filósofo, todo científico, todo artista que no busque preferentemente la verdad, la bondad y la belleza en sus relaciones con la equidad como base fundamental de la sociedad humana, son servidores de la mentira, de la maldad y de la fealdad; son Judas que entregan la víctima desheredada por los treinta dineros que les paga el Sanedrín de la usurpación propietario-capitalista.

LA RIQUEZA SOCIAL

A pesar de cuantas sutilezas se han inventado para justificar el concepto legal de la propiedad, siempre resultará cierto que el planeta que habitamos, con todas sus riquezas naturales, es anterior a la humanidad. Es seguro que a la aparición de los primeros hombres no se presentó ningún provisto por autoridad superior y competente de un título de propiedad, ni había nadie autorizado para reconocerle, ni se dijo una palabra del «derecho en la cosa» (*in re*), ni del «derecho a la cosa» (*ad rem*) ni de todos esos enredos legales, ridículamente hacinados en la llamada ciencia del derecho, que establecen que un don Fulano, por hallarse inscrito en el Registro de la Propiedad, sea dueño de un pedazo del mundo, y que muchos hombres no tengan tierra que pisar.

Y si ni mono, ni antropopiteca, ni hombre alguno nació propietario por derecho divino, así ha seguido sucediendo, y así sucederá siempre, y por tanto, el suelo pertenece, no al primer ocupante, ni menos a su heredero, y mucho menos a un comprador, sino a todo el mundo, sin que prescriba jamás este derecho de todos y de todas porque un legislador, cómplice de un conquistador, con la bendición de un sacerdote de una religión cualquiera - puesto que todas las religiones bendicen al usurpador triunfante-, hayan estatuido lo contrario, y los bendecidos lo hayan acatado por debilidad primero y por ignorancia después, admitido como está por la razón que el derecho humano es ilegislable y por añadidura inalienable e imprescindible, pensamiento que me complazco en reforzar con autoridad que no puede ser sospechosa en este asunto, la de León XIII nada menos, quien en su famosa encíclica *Rerum novarum* formuló este pensamiento que, puede suscribir todo anarquista: «No existe razón para recurrir a la providencia del Estado, pues el hombre es anterior al Estado, ya que antes de que se formara la sociedad civil tenía por la naturaleza el derecho de proveer a sus necesidades».

Así, pues, bien puede decirse, sin que racionalmente lo niegue nadie, que hay una riqueza natural a disposición de los hombres, sin exclusión ni privilegio, ni más limitación que la consiguiente a la prudente participación de todos, de la cual puede decirse, parodiando un decir se la fraseología política, que la ración de cada uno se limita por la ración de todos y por la prudencia conservadora; que hay también una ciencia formada y acrecentada incesantemente, no sólo

por obra extraordinaria del genio, sino con el concurso de éste y con el resultado de la observación, del estudio y de la metodización de los observadores y pensadores de todos los tiempos, de todos los países y de todas las razas, comulgando en la grandeza de la unidad humana, que no sólo no debe limitarse a los favorecidos por la usurpación propietaria que en el día tienen acceso a la Universidad, sino que ha de considerarse que la ciencia es un bien inagotable que cuanto más se toma de él más aumenta, y, por último, que con los bienes naturales, la aplicación de la ciencia a la producción y con el trabajo se forma una riqueza social a cuya elaboración, disueltas las actuales clases y jerarquías en la igualitaria fraternidad humana, tienen todos el deber de contribuir y de cuyo beneficio tienen todos el derecho de participar.

Como consecuencia: no tiene dueño la tierra, como no lo tiene el aire, la luz, los mares, el subsuelo, las energías naturales conocidas o desconocidas, ni todo cuanto existe sin el trabajo del hombre; no tiene dueño la ciencia, bellísima y práctica representación de la solidaridad humana, suma total de los conocimientos parciales de cada ser, de cada generación, de cada pueblo histórico, de cada gran agrupación étnica; no tienen dueño los medios de producción don natural o consecuencia y aplicación de los conocimientos científicos. Porque la tierra, la ciencia y los grandes artefactos mecánicos no los crearon sus detentadores, sino que se crearon por causas independientes de la actividad del hombre o se produjeron por el trabajo de la inmensa mayoría de los hombres, descontados únicamente los privilegiados usurpadores y holgazanes.

Con la riqueza natural y con la producida por el estudio y el trabajo se forma el gran patrimonio universal. ¡*Patrimonio* bienes de nuestros padres, que de derecho pertenecen a todos los humanos, a todos los hermanos y a cuantos viven en cada generación!

Firmes en este terreno, del que no pueden movernos todos los jurisconsultos del mundo con su pretendida ciencia política, los obreros emancipadores, cumplimos el antiquísimo programa de los cuatro deberes, consistentes en conocer el sufrimiento, estudiar sus causas, querer su supresión y buscar el remedio, y con datos de ciencia social elaboramos el ideal de la sociedad justificada y demostramos no ser exclusivamente negativos y demoledores, sino que somos los únicos que trabajamos en terreno positivo y sólido desde el cual podemos decir al mundo burgués: hay leyes injustas que vinculan lo que

nadie ha creado o lo que crearon nuestros antecesores; los que formularon esas leyes, los que las conservan, los que a ellas se someten y los que las aprueban, se colocan fuera de la realidad de la vida, y todos juntos promueven el conflicto al que aludía Salmerón en su célebre discurso en defensa de La Internacional, con la siguiente gravísima sentencia:

«Consistiendo la propiedad en los medios materiales que necesitamos apropiarnos para realizar los fines de la vida, no se da sólo en razón de la personalidad humana de cada sujeto o individuo, sino en relación al fin de la vida racional, que debe cumplirse mediante actividad y trabajo. Por consecuencia la propiedad es justa y es legítima en tanto que viene a servir a los fines racionales de la vida humana, y cuando esto no sucede, la propiedad es injusta, la propiedad es ilegítima, la propiedad debe desaparecer... Cuando una clase social, un pueblo, una raza, dejan de servir al fin que debían realizar y cumplir, nuevas clases, pueblos y razas surgen del fondo de la humanidad y adquieren, arrebatan o usurpan, si quieren la propiedad de las entidades decrepitas, pervertidas e impotentes para emplearla como medio esencial a la realización de los fines sociales desamparados».

Ven en esas palabras explicada con maravillosa sencillez, la pura y verdadera teoría revolucionaria y además la justificación de la revolución con todas sus consecuencias, accidentes, tragedias y reorganización de la sociedad.

Considérese que tales palabras las pronunció, no un demagogo, no un adulador de las multitudes ignorantes y hambrientas, sino un gran pensador, un hombre reputado como poseedor de una de las inteligencias más grandes y mejor equilibradas, un político que en la austera severidad de su conciencia, arriesgó siempre que fue necesario, su fama su prestigio y su popularidad, y por ello murió en el ostracismo, mientras se rinden ovaciones casi diariamente a personajes que ocultan taras indeclarables bajo los oropeles del relumbrón.

El pensamiento de Salmerón concuerda con el de otro hombre eminente y aun más prestigioso, Pi y Margall, quien, en el mismo debate, expuso:

«El poder y la propiedad contraen una unión indisoluble: la propiedad lleva anejo el poder; el poder lleva aneja la propiedad... La tierra, antes de la Revolución, estaba en su mayor parte amayorazgada en la nobleza, amortizada en el clero, fuera de la general circulación... Para desmayorazar los bienes de

los nobles han rasgado las leyes seculares a cuya sombra se habían establecido; para apoderarse de los bienes del clero secular y regular han violado la santidad de contratos por lo menos tan legítimos como los tuyos, proclamando el principio de la conveniencia pública; pues La Internacional no pide sino que la propiedad se generalice más, que la propiedad se universalice... Pues qué, la tierra, que es nuestra común morada, que es nuestra cuna y después será nuestro sepulcro, que contiene todos nuestros elementos de vida y de trabajo, que entraña todas las fuerzas de que disponemos para dominar al mundo, ¿había de ser poseída de una manera tan absoluta por el individuo que la personalidad social no tuviera derecho de someterla a las condiciones que exigen sus grandes intereses? ¿Por dónde vienes, pues a decir que es inmortal la aspiración de las clases jornaleras?»

Confirma la verdad y grandeza de esas lumbreras del pensamiento español otro grande hombre de prestigio mundial, el gran pensador que contribuyó eficazísimamente a la constitución de la Asociación Internacional de los Trabajadores, Carlos Marx, quien para desengaño de reformistas y para desautorización de marxistas averiados que bajo la marca del marxismo introducen de contrabando socialismo aburguesado, presenta, como en placa fotográfica, la situación actual de la sociedad de nuestros días, en las siguientes palabras:

«"En el sistema capitalista, en que los medios de producción no están al servicio del trabajador, sino el trabajador al servicio de los medios de producción, todos los métodos para multiplicar los recursos y la potencia del trabajo colectivo se practican a expensas del trabajador individual; todos los medios de desarrollar la producción se transforman en medios de dominar y explotar al productor; hacen de él un hombre truncado, parcelario, o el accesorio de una máquina; como otros tantos poderes enemigos, le oponen las potencias científicas de la producción; sustituyen el trabajo atractivo por el trabajo forzado; hacen más penosas cada vez las condiciones en que se efectúa el trabajo, y someten al obrero durante su servicio a un despotismo tan mezquino como ilimitado, transformando su vida entera en tiempo de trabajo y encierran a su mujer y a sus hijos en los presidios capitalistas".

"Por si tales anomalías no fueran suficientes, todos los métodos que ayudan a la producción de la plusvalía, favorecen igualmente la acumulación, y toda extensión de esta acumulación necesita a su vez de aquellos métodos. De lo cual resulta que, sea cual fuere el tipo de los salarios, alto o bajo, la condición

del trabajador ha de empeorar a medida que el capital se acumula; de un modo tal, que acumulación de riqueza por un lado, significa acumulación igual de pobreza, de sufrimiento, de ignorancia, de degradación física y moral, de esclavitud por otro, o sea del lado de la clase que produce el mismo capital”».

El ideal de la humanidad, y, por tanto, el de toda colectividad y el de todo individuo ha de ser realizar la más alta suma de cultura positiva; no de esa cultura hipócrita que disfraza la ignorancia con la suavidad del servilismo. Se ha de procurar y se ha de obtener el mayor grado de exaltación de todos los funcionamientos superiores de que el hombre es susceptible, y esa cultura tan intensa como puede concebirse, ha de extenderse de un modo ilimitado, no como hoy sucede, que se halla estancada en la clase privilegiada y reducida a un corto número de profesionales, especialistas o genios excepcionales, mientras la inmensa mayoría, esclavizada por el salario, vegeta en la ignorancia hasta el punto de haber un número inmenso de analfabetos, sin que el que muchos explotados sepan leer atenúe la acusación general de ignorancia sistemática a que la sociedad les tiene condenados.

Además el ideal ha de ser considerado como inmediatamente práctico; considerarle como lejano equivale a declararle imposible. Aplácelo tanto como quiera el burgués liberal; acepten los obreros no sindicados las reformas que como cebo electoral les prometen los candidatos políticos, y verán como el tiempo pasa, la absorción capitalista crece, el número de trabajadores reemplazados por las máquinas aumenta, y el conflicto entre la miseria y la propiedad se agrava en vez de dar el menor paso hacia la solución del problema.

Una eminencia científica española, el doctor Ramón y Cajal, ha escrito: «La tierra para todos, las energías naturales para todos, el talento para todos: he aquí la hermosa divisa de la sociedad del porvenir. Urge, pues, reintegrar el hombre en las leyes de la evolución, devolver el capital, secuestrado en provecho de unos pocos, al acervo común de la colectividad, continuar, en fin, la historia biológica de la raza humana, estancada por el egoísmo y la injusticia de tres mil años de civilización».

Conste: esa misma es mi afirmación. El Proletariado quiere ante todo y sobre todo, como esencia de la libertad y de la igualdad, el derecho a la evolución; es decir, quiere la natural y la racional determinación de la voluntad, conforme

con las leyes de la naturaleza, que descubren los sabios y son opuestas a las que inventan los legisladores.

CAPÍTULO VI

EL DERECHO A LA SALUD

RECURRIENDO A LA CIENCIA

Sea dicho con todos los respetos y deponiendo todo vestigio de animosidad: los sabios graduados por la Universidad suelen despreciar los juicios populares. Para ellos el socialismo de los pobres es un juicio simplista, semejante al del cándido ignorante que cree todavía en la genesiaca inmovilidad de la Tierra, y no hay quien le apee de que el día y la noche se deben a que el firmamento gire sobre sí mismo cada veinticuatro horas; error que tiene fundamento de fe, de tradición y aun apariencia de experiencia. Pero ¿no podría hallarse analogía entre tales juicios simplistas de los ignorantes, de los desheredados, de los reducidos a sistemática ignorancia, y la opinión de aquellos sabios, de aquellos doctores que tienen por invariable el actual régimen social? Ello es que en este caso concreto ignorantes y sabios ven a su modo un hecho, despojado de antecedentes y consiguientes; juzgan por la primera impresión; no saben ver, y la noción que recibe su cerebro es falsa.

Los doctores del privilegio, teólogos o naturalistas, han solido aconsejar la calma a los desheredados impacientes, y la impaciencia fue virtud teologal y virtud cívica, según el punto de vista, premiada con promesas sobrenaturales y a veces temporales por benéficas sociedades burguesas; pero en el día, desde La Internacional, y posteriormente desde las crueles represiones gubernamentales subsiguientes a sus primeros movimientos, la calma es imposible; la antigua virtud ha perdido su prestigio, y los trabajadores, conscientes de su derecho a la salud, piden a la ciencia frutos de justicia.

Debe considerarse que vivimos en una sociedad en que se vive sin salud, se muere prematuramente, y que no debiera morir nadie antes de lo que pudiéramos llamar la hora fisiológica.

El hombre menoscabado en su vitalidad natural, el enfermo, lo es siempre por creencias erróneas, por injusticias sociales, por avaricia de lucro. Aparte de otras muchas causas de limitación prematura de la vida, se padece hambre y envenenamiento: la alimentación es deficiente para el pobre en el campo, y en la ciudad, sobre deficiente, adulterada.

He aquí porque una corporación científica ha adoptado la siguiente resolución que merece ser imitada:

«El Sindicato Médico del Sena, que comprende París y sus suburbios, en vista de que los hechos demuestran que gran cantidad de los alimentos de uso diario son adulterados; considerando que los sindicatos médicos en general y los médicos en particular tienen el deber de defender la salud pública, decide continuar el estudio de las falsificaciones, exponiendo públicamente las irregularidades que resulten».

Deben los médicos defender la salud pública, y esto, no en la forma de corporación privilegiada, de tendencia aristocrática ni burguesa, sino constituidos en simple sindicato, como trabajadores que reúnen la suma de sus derechos imprescriptibles para constituir una fuerza mayor de derecho al servicio de una idea social justa, avanzando en tan noble propósito hasta presagiar que un día sientan la necesidad de entrar, en unión de otros sindicatos científicos, en la gran Confederación del Trabajo, no sólo con la idea transitoria de resistir al mal, sino con positiva competencia y con moralidad impecable, con el propósito definitivo y permanente de reorganizar la producción, los servicios públicos, la instrucción y la higiene de modo que nadie quede exceptuado de los inmensos beneficios del saber y del poder.

Preciso es reconocerlo y declararlo: en el mundo hay sitio para todos unidos en bellísima fraternidad, y si en un momento las fuerzas generadoras llegaran a hallarse excedentes sobre las fuerzas conservadoras, confiemos en que por sí mismas obrarían la necesaria nivelación con la misma natural sencillez que se nivelan las aguas desbordadas. Por el momento, ni hemos llegado a la densidad de población que justifique las sangrías ocasionadas por la guerra y por la miseria, ni podemos quejarnos por la falta de espacio, porque además de los países escasamente poblados, tenemos los desiertos que la ciencia y el trabajo pueden convertir en parajes habitables. Sin contar que, con los actuales medios de producción, con nuestros conocimientos técnicos y con

nuestro poder organizador del trabajo, duplicaríamos la producción, ya sobrante para la totalidad de nuestras necesidades si no existiera el derroche de vanidad y el monopolio del agio, si no predominara el privilegio.

¿Quién lo duda? ¿Quién puede señalar límites al poder de la ciencia? Recuerden que el insigne Berthelot, fundado en los inmensos adelantos de la química, profetizó, sin que la profecía suscitara censuras ni protestas, que en el año 2000, por innecesaria la agricultura habrá desaparecido.

Todos saben que si alguien osó hablar de la quiebra de la ciencia fue un doctor sectario que, al ver en absoluta discordancia lo que se cree con lo que se sabe, achacó a debilidades del conocimiento lo que en realidad eran flaquezas de la fe. La ciencia, al contrario, más da cuanto más se le pide, y si por desgracia al presente presta aviadores, submarinos y potente artillería a la guerra, justo y digno es que mañana dé salud, merecida recompensa y vida feliz al trabajador, librándole del yugo de la esclavitud, de la servidumbre y del salariado, relegando a la historia el derecho de accesión que le despoja del fruto de su trabajo.

LA MEDICINA SOCIAL

La sociología, ciencia de los fenómenos sociales, encaminada a la perfección de la vida de la humanidad, necesita del concurso directo de otras ciencias y del indirecto de todos en general por el encadenamiento lógico y natural de los conocimientos.

Una de las primeras en ese concierto científico racional es la medicina, dedicada a la conservación y restablecimiento de la salud, por su conocimiento especial de la higiene y de la terapéutica, y en tal concepto, la sociedad, en su metodización de las facultades colectivas en atención de las necesidades sociales, confía, ha de confiar necesariamente al cuerpo médico, por su legítima competencia, el cuidado de la salud pública.

La entidad médica cumple su cometido, si no a la altura de la perfección a que es dado aspirar, a la medida que permite el estado presente de nuestro progreso social, excediéndole admirablemente con los brillantes rasgos del genio y con los generosos impulsos del altruismo; por la prensa llegan constantemente a nuestra noticia los grandes triunfos obtenidos contra la enfermedad por el empeño científico de sabios eminentes y por el heroísmo profesional y benéfico en los grandes focos infecciosos, en los desastres guerreros, en los hospitales y en el hogar del pobre.

Dentro de la más estricta equidad parece que no puede pedirse más. Si las relaciones humanas no hubieran de salir de los límites del mutualismo; si la actividad individual hubiera de justipreciarse siempre por unidades monetarias; si el tanto más cuanto no hubiera de exceder nunca del criterio de «a cada uno según sus obras» y no fuera una necesidad imperiosa a la vez que un deber ineludible de conciencia entrar resuelta y ampliamente en el criterio opuesto de «a cada uno según sus necesidades», y esto no ya por sentimiento caritativo sino por estricta justicia social, podríamos considerar intachable, por ejemplo, la conducta del médico que, llamado a curar a un enfermo, pone a disposición de su cliente todos los recursos de su saber, y se retira tranquilo cuando le da el alta y ha cobrado sus honorarios; a un servicio, su correspondiente paga, y en paz. Pues no; el mutualismo, considerado

generalmente como el fiel que marca la equidad entre el egoísmo y el altruismo, es esencialmente deficiente y ha de correrse del lado altruista siempre que sea necesario contrarrestar la influencia del egoísmo. Sin ese exceso generoso que no se cuenta, que no está sujeto a tarifa, que sólo por excepción se paga alguna vez, y casi siempre en fama póstuma, y en ocasiones tras un horrible crimen como el que llevó a la hoguera al ilustre médico Miguel Servet, ni habría progreso, ni sociedad, ni tal vez humanidad.

Porque ha de considerarse, rindiendo homenaje a la más pura y estricta justicia, que el médico que asistió y curó a un enfermo no posee una ciencia completamente suya; si paga una patente, si pagó todos los derechos universitarios, si se sometió a todos los trámites que le autorizan para ejercer su profesión, no creó su ciencia. Por circunstancias que le favorecieron y que a muchos les son contrarias, la tomó del tesoro científico de la humanidad, formado por la observación, el estudio, el trabajo, la metodización y la observación de los conocimientos de todos los países y de todos los tiempos, a que todos sin excepción tenemos derechos como miembros sociales, como verdaderos socios de la sociedad humana, aunque sólo se concedan a los que tienen acceso privilegiado a la Universidad, escuela cuyo nombre, aunque no su práctica actual, indica la grandiosa generalización de su origen y de su objeto, que es y ha de ser la difusión universal del saber. Por consecuencia, el médico de mi ejemplo ha de considerar la enfermedad, de procedencia interior o exterior, padecida por su cliente como un mal que ha de evitar para sí, para los que aman y para el cuerpo social que le ha dado aptitud y capacidad para evitarle y destruirle, y en tal concepto ha de conocer, o a lo menos ha de estudiar, las causas próximas y remotas que le producen; ha de trabajar para su extinción y simultáneamente para destruir sus efectos mientras existan. El ideal particular de todo médico y de toda entidad médica ha de ser, no sólo curar todos los enfermos, sino que todos se mueran de viejos. Y si se piensa como consecuencia que así los médicos se morirían de hambre, reformen la sociedad que tal injusticia hace verosímil. Nunca perderá su valor esta dignísima excitación a la energía individual recogida en una de mis lecturas: «si la sociedad en que vives es injusta, no exhales vanos lamentos; ahí estás tú para reformarla». He ahí una oportunidad para alentar al médico altruista o constituir el sindicato en que los médicos, como trabajadores científicos, como reformadores, pueden tener un puesto de honor en la Confederación del Trabajo.

A la humanidad, a la sociedad, manifestación positiva de su existencia, debe todo ser humano su poder y su capacidad productora, puesto que de ella recibe los elementos necesarios, inaccesibles al exclusivo e individual esfuerzo, para desarrollar y completar eficazmente su aptitud, y en esa natural y espontánea donación halla su legítima y suficiente recompensa.

HORRIBLE MORTALIDAD

Los actuales adelantos en medicina no concuerdan con la excesiva mortalidad de la época. No he de precisar cifras; no es necesaria la exactitud aritmética en este punto, ya indicada en otro lugar. Escaso es el número de los que alcanzan el término a que puede llegar la vida humana, y aun es dudoso que lo alcance alguien; ello es que en la escala de la longevidad no ascienden hombres y mujeres por igual y como resultado de identidad de condiciones vitales, sino mediante circunstancias accidentales de orden social.

La mortalidad de niños y ancianos y el término medio de la vida, en relación con las clases sociales, comparados entre sí los datos propios por edades y por clases, dan resultados cruelmente asombrosos. Sea cual fuere su número; no importa: con una unidad de diferencia mortal ocasionada por ignorancia, descuido o privilegio, basta para lanzar enérgica protesta contra la causa o los causantes, porque la vida humana es respetable y ha de ser inviolable, y por serlo, como garantía del derecho de cada uno a vivir, de sí mismo y de los que amamos, es el objeto primordial de la ciencia, toda vez que al saber queremos dar satisfacción a las más nobles aspiraciones, deseos y necesidades de nuestro ser.

Pero no una unidad, incalculables unidades prescindiendo de las matanzas bélicas, perdemos en tiempo de paz por el funcionamiento habitual de nuestro régimen social; hay poblaciones que presentan una mortalidad anual relativamente corta, y otras en que es exorbitante; dentro de una misma población hay también barriadas, diferenciadas por la clase social de sus habitantes que ofrecen también esa misma desigualdad. Hay oficios mortíferos por sí y otros por los accidentes que ocasionan, dándose el triste caso de que por regla general la higiene y la previsión que pudiera atenuar tanta desgracia sea desatendida por infame idea de lucro, por no disminuir en ínfima cantidad el dividendo capitalista. Tomando la mortalidad por edades, según la clase social de los individuos, la muerte se ceba preferentemente en los pobres, sacrificando vidas de niños y ancianos con profusión, y reduciendo el término medio de la vida a una proporción comparativa horrorosa y hasta odiosa.

En 1820 descubrió Villermet que la mitad de los hijos de tejedores de Mulhouse morían antes de los quince meses. Aconsejó al fabricante que abonara el jornal sin trabajar durante seis semanas a las obreras parturientas, y, practicado el consejo, esa sola medida disminuyó la mortalidad infantil en la mitad sin la menor intervención de la medicina.

Es indudable que la medicina indica las condiciones en que la salud y la curación de los enfermos son posibles; pero el médico ha de destruir las causas que esterilizan su actividad, contando con que por causas sociales se aumenta el número de desequilibrados, físicos, sifilíticos, idiotas, alcohólicos, ciegos, sordos y tartamudos. Tomando como dato del estado fisiológico de un pueblo la proporción de hombres destinados al ejército, se la ve descender con la misma rapidez que le barómetro antes de la tempestad, dando lugar a la siguiente profecía de un antropólogo pesimista: «El ideal de una organización social conforme con las leyes de la armonía y de la solidaridad, corre peligro de no realizarse a consecuencia de la degeneración humana».

No puede ser de otro modo: hay una higiene preservativa que puede ser conocida de todo el que sepa leer, y ha de ser fatalmente ignorada del enorme tanto por ciento de la población total, formado por los analfabetos que existen en nuestro país y en todo el mundo. Prescindiendo de los que no pueden ser higiénicos por ignorancia, la higiene, que puede ser practicada por los que saben leer y pueden aprender y cuyo nombre consta en el Registro de la Propiedad como usufructuarios, por no decir usurpadores de la riqueza social, es impracticable para todos aquéllos que, ignorantes o ilustrados, constan únicamente en el Registro Civil, legalmente despojados del derecho a la vida en España y en todas las naciones, monarquías o repúblicas, porque como asalariados, dan por accesión el producto de su trabajo al propietario capitalista y sólo cuentan con un salario mínimo y eventual para comprar salud, bienestar, ciencia, amor y justicia.

Es evidente, por duro que sea reconocerlo, rindiendo homenaje a la verdad, que en la Sociedad, que es resumen del concurso de la actividad humana, no se da a cada uno su parte en lo que es de todos y existe en abundancia, sino que se vende por dinero, y el que carece de ese valor representativo, que no justifica su procedencia, que es bono al portador adquirido por fraude, usura, explotación y escasamente por el trabajo, no alcanza salud, bienestar ni ciencia y muere en deplorable abandono.

En tal situación social no hay, no puede haber ciencia eficaz de la salud, ni plácida y racional práctica de la vida; ciencia y práctica que debiera estar al alcance de todos y de cada uno; resultando, al contrario, la aberración de que la especie humana, por efecto de haber progresado formando una sociedad dividida en clases privilegiadas y desheredadas y transformando el instinto en inteligencia, dejó al inferior sin instinto, que al fin es una facultad mental rudimentaria, y le privó de saber, quedando el pobre ignorante sin la higiene instintiva y sin llegar a la higiene científica, y aun, si llega a conocerla, privado de practicarla si no puede comprarla.

Queda, pues, la higiene estancada al servicio de los poderosos y esterilizada en gran parte en las esferas intelectuales, sin vigorizar la vida de todos como es socialmente debido, cediendo tristemente el pueblo al privilegio, a la superstición y a la charlatanería, y la muerte recoge el fruto segando vidas humanas con horrible profusión.

Recogiendo antecedentes morbosos individuales de su clientela, cada médico podría reunir una colección de observaciones y de datos que, centralizados ordenadamente, dieran luz suficiente para el estudio de la enfermedad en lo referente a sus causas; estudio interesantísimo y a mi ver tan necesario como el de sus efectos y su remedio.

Paréceme, y sea dicho contando con la benevolencia de las personas competentes, que las ciencias se han especializado demasiado desentendiéndose más de lo debido del engranaje que las une y las confunde con el gran todo llamado Ciencia. Tenemos idea de qué es un astrónomo, un químico, un físico, un geólogo, un geógrafo, etcétera; pero es tal el encadenamiento que liga la serie de los conocimientos, que no puede distinguirse la línea que los separa, y sólo por la especialidad de estudio y de aplicación se usan las denominaciones científicas. Por ejemplo: un astrónomo nos dará idea del movimiento de los cuerpos celestes; un químico nos ilustrará sobre la naturaleza de los cuerpos simples; un físico descubrirá la ley de la gravitación y nos enseñará las leyes que tienden a modificar el estado de los cuerpos sin modificar su naturaleza; un geólogo expondrá los materiales que componen nuestro globo, su naturaleza, su situación y las causas determinantes de la misma; un geógrafo nos describirá la Tierra en sus diferentes relaciones de suelo, clima, habitantes, razas, instituciones, historia; pero sin grandes nociones de química y física no se comprende el astrónomo; y

químicos y físicos tendrían poco que hacer si no aplicaran su ciencia a la astronomía, a la geología, a la geografía y por añadidura a la industria y a la agricultura.

Por analogía, como dije antes, la medicina está íntimamente ligada con la sociología. Un médico estudia la etiología de la enfermedad, no sólo respecto del cliente que solicita su asistencia facultativa ni del proceso corriente, sino también las causas productoras de la enfermedad en el medio ambiente, y como éstas pueden tener múltiples procedencias, como pueden provenir de ignorancia y de miseria, de falta de previsión, exceso de trabajo, alimentación deficiente, habitación insana, respiración deletérea y estado mental y pasional depresivo, asuntos interesantes e imprescindibles para la medicina de que entiende particularmente la sociología, se sigue, no ya la necesidad del apoyo mutuo, sino la verdadera compenetración de ambas ciencias.

Más diré: se comprende el sociólogo desconocedor de la medicina, no el médico lego en sociología. No insistiré en la afirmación, por no justificar ni siquiera excusar la ignorancia en parte mínima, aunque reconozca la imposibilidad de abarcar la suma total de los actuales conocimientos médicos y sociológicos. Confirma cuanto acabo de exponer la opinión de un médico americano que casualmente ha venido a mis manos en forma de recorte de periódico.

«El porvenir de la medicina está en manos de los higienistas, cuya misión educadora consiste en preparar organismos aptos para resistir los embates de la enfermedad y capaces de adquirir, por medio de la enfermedad misma, la necesaria inmunidad transmisible en sus descendientes. Es inútil luchar contra las leyes naturales; es útil, provechoso, eficaz y necesario luchar con insistencia contra los vicios sociales, contra esa depravada higiene que convierte a los niños en flores de estufa, a las niñas en maniqués soportadores de ridículas modas, y a todos en viejos prematuros, neurasténicos y degenerados».

LA SALUD ES INCOMPATIBLE CON EL PRIVILEGIO

He hablado del derecho a la salud, que todos poseemos como miembros sociales, partiendo del principio que sociedad es, ha de ser necesariamente, equidad.

Todos tenemos el deber de conservarnos saludables, pero individualmente no sabemos ni podemos cumplirle, como queda indicado por las siguientes causas: 1º. Porque la ciencia de la salud, como extensa y complicada que es, exige que a ella se dediquen hombres especiales, y la exigencia es tal, que la complicación morbosa exige además profesores especialistas. 2º. Porque, por atenta y esmerada que sea nuestra manera de conservar la salud, nos acecha constantemente el peligro inevitable de la infección en todas y en cada una de nuestras relaciones sociales en cada momento de nuestra existencia. 3º. Porque cuando enfermamos, por efecto de haberse de retribuir la asistencia facultativa en las onerosas condiciones impuestas por la llamada ley de la oferta y la demanda, no todos podemos pagarla.

El ignorante que llega, sin culpa suya, hasta el punto de vivir como salvaje analfabeto en medio de la civilización, privado del goce de la adaptación del pensamiento universal por su desconocimiento del sencillo mecanismo de las letras; el vicioso que salta sobre las reglas de la higiene y de la moral, entregándose por placer a la enfermedad; el forzado por el salario a contravenir a la higiene, en su trabajo, en su alimentación, en su vivienda; todos viven en déficit con la higiene, y el último, que pudiera incluirse además entre los anteriores, no puede pagar al médico.

Fijemos la atención en este último punto; es fundamental; su consideración puede servirnos de base para fundar un interesante orden de ideas: el jornalero, el que ocupa el último lugar en la escala del salario, cuando a su vez le toca tristemente el turno de ejercer de patrón y ha de pagar un servicio tan importante y necesario como la asistencia médica, no puede pagarle. El resultado es que dos elementos constituyentes de la sociedad resultan, si no en pugna, en condiciones discordantes los que, por el trabajo de producción y

transporte, satisfacen nuestras necesidades de producción agrícolas e industriales, escasamente pueden vivir; y no pueden ser atendidos facultativamente en caso de enfermedad porque no pueden pagar el servicio a quienes la sociedad ha constituido en custodios de nuestra salud.

¡Error, injusticia; peor aún; aberración inconcebible! Pero no hay que extrañarse; absurdos de tal magnitud abundan en la sociedad, y lo peor es que, por inveterados, justificados y legalizados por nuestra legislación, y aun santificados por nuestras creencias religiosas, parecen incorregibles, y por tal los tienen santos y doctores, políticos y economistas.

Vano y estéril sería mi trabajo si me limitara a una protesta. Me quejo, protesto, sí; pero a esa acción crítica y destructiva he de unir, valgo lo que valiere, mi afirmación constructiva, expresión de mi ideal y resumen de mi intervención en la vida colectiva.

En su virtud afirmo que el dinero, con que actualmente se mide la reciprocidad de los servicios, si fue un progreso en su origen, se ha convertido en inmenso obstáculo a todo progreso, como elemento activo de tráfico, negocio, agiotaje, explotación, usura, venta y monopolio. Por él, sus poseedores, dueños de la tierra, de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los laboratorios, de los almacenes y de los medios de producción y transporte, alquilan, mediante el jornal o sueldo, a los que con sus brazos, su inteligencia o ambas cosas a la vez les sirven o convierten la primera materia en producto adaptable a las necesidades, a los caprichos y aun a los vicios humanos y difunden la producción por todas partes. De modo que los que menos títulos racionales ostentan para el caso, aunque en posesión de los títulos legales, porque tienen dinero y lo acumulan sin cesar con sus ganancias, son los amos, mientras que los provistos de más legítimos derechos, los positivamente productores, pagan tributo a la accesión y sufren todo género de privaciones.

Los servicios prestados a la sociedad, de cualquier género que sean, no pueden evaluarse en unidades monetarias porque la medida exacta del valor es imposible. De dos individuos que hubieran empleado un período igual de su vida en trabajo diferente con igual energía y agrado, sólo puede decirse que su trabajo es equivalente; no hay quien determine el valor de un día o de una hora de trabajo. Podrá decirse a bulto que el que dedicó al trabajo, durante toda su vida, diez horas diarias dio más a la sociedad que el que sólo empleó

cinco, pero no puede decirse que valga doble, porque sería desconocer la complejidad de la ciencia, de la industria, de la agricultura, de la vida entera de la sociedad presente; sería cometer la enorme torpeza de no reconocer que en todo trabajo del individuo intervienen como resultado y resumen los trabajos anteriores y presentes de la sociedad.

He de insistir sobre este asunto con una demostración decisiva, evidentísima, del maestro Kropotkin: Consideremos en una mina de carbón el obrero dedicado al ascensor: con su mano en la manivela impulsa o detiene su acción en vista de un indicador en escala graduada que indica con exactitud matemática su situación en cada instante de su marcha. En el momento preciso para; renovada la carga, en marcha otra vez, y durante la jornada despliega admirables prodigios de atención. Un momento de distracción puede estrellar el ascensor contra las rocas, romper el cable, matar los hombres y detener todo el trabajo de la mina; si pierde tres segundos en cada movimiento de la manivela la extracción de mineral en las modernas minas perfeccionadas disminuye por jornada de veinte a veinticuatro toneladas. ¿Es ese obrero el que mayor servicio presta en la mina, o el que desde abajo indica la subida del ascensor, o el minero que tiene en constante riesgo su vida, o el ingeniero que perdería el filón carbonífero y haría extraer piedra inútil por un sencillo error de cálculo, o el capitalista que arriesgó su dinero en la empresa? Todos los que trabajan en la mina según su inteligencia y energía contribuyen a extraer el carbón, y cuanto puede decirse acerca de ellos es que tienen derecho a vivir, a satisfacer todas sus necesidades materiales y morales. Pero ¿quién valorará *sus obras*? Además, ¿es puramente *obra suya*, producto exclusivamente suyo ni del propietario legal el carbón extraído de la mina? Sin el ferrocarril minero y sin las vías de comunicación que irradian por todas partes sería imposible la explotación de la mina. Durante la pasada crisis del carbón de Inglaterra se ha demostrado que en España hay buenos y abundantes yacimientos de hulla, pero la industria española consume carbón inglés porque resulta más barato que el español, por no haberse dedicado a su extracción el trabajo necesario para ponerle en condiciones económicas de consumo. ¿Qué harían los mineros sin el trabajo de los que labraron y sembraron los campos, extrajeron el hierro, construyeron las máquinas y así sucesivamente sin solución de continuidad en las relaciones mutuas del trabajo?

No puede hacerse distinción racional entre los productos de cada productor, eminencia científica o simple peón: medirlos para pagarlos conduce al absurdo y a la injusticia. Sólo queda un recurso: no medirlos, no pagarlos y no reconocer el derecho a la salud y al más amplio bienestar a cuantos contribuyan a la producción en la bella, racional y justa fraternidad libertaria y comunista.

EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD

El Hombre y la Sociedad se forman y se transforman simultáneamente, según la necesidad y el medio.

Si suponemos un hombre primitivo, aislado, viviendo sin solidaridad ni sociedad, reduciendo la satisfacción de sus necesidades a la posibilidad de una inteligencia desprovista de conocimientos, una voluntad falta de estímulos determinantes íntimos y a una potencia débil y escasa, nada hubiera aprendido, nada hubiera transmitido a sus sucesores, nada hubiera progresado.

Pero la suposición es inadmisible: ese hombre sólo pudo vivir el breve tiempo que la leyenda genesíaca admite, a contar desde que la estatua humana de barro sintió el soplo divino hasta que el rebelde comió la fruta del árbol prohibido de la ciencia. Lo positivo es, demostrado por la paleontología y la prehistoria, que ciertos antropoides, inspirados en la idea de la ayuda mutua como la practican constantemente muchas especies animales, asociándose para urgencias vitales, como ampliación de su fuerza usarían palos, piedras y huesos como armas e instrumentos, que reemplazarían por otros en cuanto perdieran su utilidad primitiva. El día en que, por escasez de materiales o por un destello racional, no desecharon sus utensilios inutilizados, sino que los compusieron y rehabilitaron, quedó iniciado el progreso industrial que en el día alcanza tan asombrosa altura. De aquella primera determinación de la voluntad, y no de legendaria creación, arranca la humanidad. A aquel inicial invento siguió el clan o primera agrupación de conservación y defensa, y en él, como racionalmente supone Letourneau, se formaron los rudimentos de las lenguas, de los mitos y de la industria; sus habitantes, ligados por imprescindible fraternidad, perfeccionaron la caza y la pesca, utilizaron el fuego, apacentaron ganados y fueron sucesivamente agricultores, alfareros, artesanos y llegaron a ser artistas y sabios. Y es tal el poder defensivo y expansivo de aquella primitiva mancomunidad, que no hay fuerza natural, aun la que alcanza la más horrenda catástrofe, capaz de imponerle un milímetro de retroceso: diluvios, terremotos, incendios, epidemias, desenfreno conquistador, hipocresía dominadora, privilegios irritantes, inseguridad del

porvenir, todo ello se ha contenido humilde y respetuosamente ante la palabra de un precursor, de un poeta, de un filósofo, de un sabio, de un inventor, de un hereje, de un rebelde o ante la acción revolucionaria de un pueblo consciente, harto de sufrir e inspirado por el ideal emancipador.

Así considerada la humanidad y metodizado su estudio, resulta éste una ciencia fisiológica de la Sociedad, cuyo objeto es el conocimiento de su organismo para la satisfacción de las necesidades del hombre. El desconocimiento de esta ciencia y la práctica rutinaria de irracionales modos de vivir plantea el problema social, que se resuelve teóricamente, como ha de resolverse en la práctica, reconociendo que la humanidad es rica; el hijo del hombre civilizado halla en su cuna dispuesto a su servicio, acumulado por sus precursores y ascendientes, un capital inmenso, con una producción en cantidad y variedad suficiente y excedente con la cual nadie carecería de su ración de pan, de bienestar, de arte, de ciencia, de fraternidad y de amor si hubiéramos podido despojarnos de los atavismos y de las malas pasiones que surgieron accidentalmente en épocas de remoto atraso por culpa de usurpadores detentadores, defraudadores y tiranos.

En una sociedad que haya de armonizar el individuo como la colectividad, estableciendo el monismo social que exige la igualdad de la especie, todos tienen derecho a la participación en la riqueza social, porque la humanidad vive y la sociedad se conserva por el fundamento comunista que les verifica.

Ese comunismo es prehumano, creó la humanidad, la conserva a pesar del inmenso opuesto por el egoísmo creado por la ignorancia y dará a nuestra especie paz y felicidad; es fundamental, puesto que sólo por él ascendimos en la escala zoológica, y no puede restringírsele a lugar secundario ni menos al carácter de concepción sectaria.

La Sociedad está basada en la conciencia de la solidaridad humana, sobre la confianza que da a cada uno la práctica de esa solidaridad en la forma de ayuda mutua, sobre el sentimiento de la estrecha dependencia de la felicidad de cada uno con la de todos y sobre una idea de justicia y de equidad que induce al individuo a considerar los derechos de cada uno idénticos a los propios.

Se cree por error tradicional que la Sociedad es obra autoritaria, y no se observa que extienden multitud de agrupaciones humanas libremente constituidas que realizan fines superiores a las instituciones que viven bajo la tutela gubernamental. Se ven organismos sociales antiguos y modernos que mantienen viva la idea comunista como salvación de momento y como esperanza firme de regeneración; el clan, la tribu, la familia, la nación, la religión, el municipio, el almend, la guilda, la artela, el mir, la hermandad, la cooperativa, el sindicato, la compañía industrial o comercial, el ateneo, la academia, etc., que aunque desvirtuados en gran parte la falsedad de las creencias, la rutina de las costumbres y el antagonismo de los intereses, conservan siempre la parte esencialmente humana que presidió a su formación.

A pesar de la interesada negativa de todos los privilegiados, vamos a la formación de una sociedad de iguales, que empleará sus capacidades de análisis y de síntesis y sus facultades productoras de un organismo social en que se combinen los esfuerzos de todos para el bien común. ¿A qué detallar cómo? Pasaron los sistemas icarianos y falansterianos como tocados de autoritarismo. La sociedad futura, según la más racional inducción, se compondrá de multitud de libres asociaciones, formadas espontáneamente y unidas entre sí para todo aquello que reclame común esfuerzo: federación de productores agrícolas, industriales, intelectuales y artísticos; federación de localidades; federación de transportes y de cambio; federación de estudio y enseñanza y otras muchas. Todas ellas funcionando por espontáneos, libres y fraternales convenios, semejantes a los que actualmente celebran las compañías de ferrocarriles, las administraciones de correos, los observatorios meteorológicos, los clubs folk-lóricos, las academias científicas y artísticas, las estaciones de salvamento, las cooperativas de producción y consumo, los sindicatos obreros de resistencia que siguen la forma de La Internacional, etc., tantos etcéteras como pueda comprender el infinito de la inteligencia individual multiplicado por el archiinfinito de la acción común.

CAPÍTULO VII

SINDICALISMO

LA CAJA DE RESISTENCIA

Por *resistencia*, en el lenguaje de la lucha entre trabajadores y capitalistas, se entiende la agrupación obrera para intervenir en la lucha de clases por la perturbación económica que favorezca al trabajador; y su principal manifestación es *la huelga*. Llámese *Caja de Resistencia* al ahorro formado con pequeñas cuotas periódicas, depositadas en las tesorerías de las secciones, sociedades o sindicatos de oficio, federado por solidaridad entre entidades obreras pactantes, y centralizado en los comités o consejos administrativos y directivos destinado al subsidio de los huelguistas.

Ese ahorro formado, federado y centralizado por una organización obrera, basada en la constitución de sociedades de aquellos oficios existentes antes del desarrollo del maquinismo industrial, como ya queda dicho, es imposible en el día, y lo será más con el tiempo, a causa de la transformación industrial que disuelve los oficios, que transforma el artesano, de técnico inteligente y artístico que era, en obrero y peón que sólo da al trabajo fuerza y asistencia corporal con escasa inteligencia, porque la inteligencia, la celeridad y la perfección está en la máquina, en el obrero de hierro creado por la ciencia y monopolizado por el capitalismo y propietario para reemplazar al esclavo, al siervo y al jornalero.

Ese obrero nuevo, que no tiene padres, ni hijos, ni hermanos, ni compañeros, y que si necesita fuerza motriz más o menos costosa, no protesta, ni reclama mejoras, ni tiene intenciones revolucionarias ni aspiraciones ideales, garantiza el orden burgués; asegura la vida y la ganancia al verdadero ciudadano de la moderna democracia, que es, no todo hombre inscrito en el Registro Civil, como dicen los demócratas, sino únicamente inscrito en el Registro de la Propiedad y en el de las contribuciones directas.

Es decir, la industria ha evolucionado, y la Caja de Resistencia no; y si en un principio pudieron marchar paralelas, hoy la industria avanza hasta la maravillosa perfección de la mecánica, y la Caja de Resistencia se estaciona en la cuota federal y en el subsidio al luchador legal y pacífico.

Nótese bien: estacionarse en una corporación en marcha es ponerse primeramente a la cola y quedar rezagado después, y todo rezagado es baja, sino por muerto, por inútil; con él no se cuenta ya para la lucha: esa es la situación de la Caja de Resistencia; peor aún, puesto que a su conservación, a su servicio y entretenidos con vanas esperanzas quedan rezagados numerosos luchadores que en ella confían para continuar luchando.

¿Hemos de permanecer estacionarios los trabajadores? ¿Hemos de prolongar ese estado de absurda incongruencia entre nuestro ideal y nuestros medios de realización?

No; los que nos iniciamos en La Internacional, los que perseveramos en el sindicalismo no renunciamos a la gran obra; nuestro ideal de emancipación, de libertad, de síntesis humana para todo hombre y toda mujer, nos impiden el quietismo, y nuestra experiencia nos ha aleccionado contra la desviación, contra el movimiento inútil o contraproducente; los desengaños, las desilusiones nos han servido de dolorosa enseñanza. Por lo pronto queremos actividad emancipadora constante, y además, dispuestos a no sostener pactos con el error, tenemos la despreocupación y el desinterés necesario para abandonar una senda equivocadamente emprendida; como capaces de retroceder de golpe hasta llegar al punto de partida y emprender nuevamente la marcha sin pérdida de entusiasmo ni de energía: en la historia del proletariado español se hallan casos que lo comprueban, y aunque no pudiera invocarse la cita histórica, la razón abona este pensamiento, y los trabajadores desviados que le pusieran en práctica harían un acto de suprema razón y merecerían la gloria de los grandes ejemplarizadores.

Dada la incapacidad progresiva de la burguesía, que no suelta su propiedad ni siquiera para salvarse individualmente, que quiere prolongar eternamente la iniquidad llamada derecho de accesión; dado el propósito que anima a los trabajadores de conquistar su parte en la riqueza natural y social, la resistencia no debe, no puede abandonarse; es condición de vida para los trabajadores; es

recurso salvador para la humanidad, que sin la decisión resistente de los trabajadores se agotaría en el mortal dualismo en que se vegeta y se esteriliza; pero la Caja de Resistencia murió moralmente con la gran huelga de mecánicos en Inglaterra en 1897, que conmovió al mundo proletario, que hizo los esfuerzos de solidaridad más grandes de que hasta entonces se tuviese memoria, que no han sido superados después, y que terminó, tras una pasividad de algunos meses, hasta que se consumieron los millones de libras esterlinas arrojados al fondo de inercia formado por los obreros que cobraban subsidio de huelguista, fumando su pipa con censurable tranquilidad.

En la huelga, forma manifiesta de la resistencia, no es oro todo lo que reluce, sobre todo cuando, apoyada sobre la Caja de Resistencia, justifica las siguientes palabras que Zola, en *Germinal*, pone en boca de Souvarine: «Las huelgas son provocadas por los burgueses, en vista del exceso de existencia en los almacenes. Unos cuantos meses bastan para vaciarlos, sin haber tenido que pagar salarios; además la colectividad obrera gasta sus ahorros, y tiene que rendirse luego más incondicionalmente aun que antes. Si durante el curso del desarrollo de ese hábil plan, perecen de hambre algunas familias productoras, que perezcan: sus huesos servirán de abono a los campos de la burguesía».

Se creía, confiado en la solidaridad obrera, que la burguesía se rendiría blandamente a la presentación de las reclamaciones de los trabajadores que hablaban en nombre de La Internacional, cuando la organización era más bien una aspiración que un hecho; pero la solidaridad, entendida como arma ofensiva y defensiva, rige para amigos y enemigos, y mientras los obreros creían obligar a los burgueses a ceder para evitar la ruina, no caían en la cuenta de que éstos podían celebrar pactos con la industria nacional o internacional, destinando un tanto por ciento equivalente a la pérdida de los beneficios habituales a cambio de lo que le produjera la demanda excepcional. Sin contar la solidaridad burguesa para celebrar el Pacto del hambre, por el cual todo burgués industrial se compromete, bajo una multa grave, a no dar trabajo a los obreros peligrosos por su actividad e inteligencia inscritos en lista de sospechosos.

Entiende la burguesía, y el proletariado debe tenerlo presente, que alterar el equilibrio económico establecido sobre la reciprocidad entre la oferta y la demanda, aunque sea para atender caritativamente a lastimosas quejas, es más que una abdicación, una perturbación; que toda concesión es una

exigencia obligada y sucesiva que se desliza por la pendiente que conduce a la revolución, y, por tanto, la intransigencia, que muchas veces interpreta la opinión como egoísmo patronal, es defensa del orden social.

Y la burguesía es lógica. Sentado el principio de la propiedad individual y rigiendo como complemento necesario el derecho de accesión, las exigencias obreras interrumpen la marcha adoptada, perturban el régimen y redundan en perjuicio de todos, porque su integridad no tolera enmiendas, mejoras ni reformas.

Juzga también la burguesía que la revolución, aunque suponiéndola de posibilidad remota, es inevitable; pero considera prematuro entregar la dirección del mundo al proletariado que padece hambre, emigra, se somete al caudillaje de ambiciosos políticos, se asocia para obtener menguadas bonificaciones en el trabajo o espera su redención como un milagro revolucionario.

Tales consideraciones obligan a querer lo práctico, lo racional, lo que de verdad sea rápidamente progresivo y conducente a la realización del ideal, tan distante del intransigente e improcedente «todo o nada» del sectario fanático como del «vamos tirando» del complaciente reformista, que toma un beneficio con una mano y lo suelta convertido en perjuicio con la otra.

MI PROPÓSITO

Llego a mi propósito manifestado en mi conferencia *El Proletariado Emancipador*, en Madrid, en septiembre de 1911.

Aparte del proletariado que se agita, que impulsa, que revoluciona, pero que, hay que reconocerlo dolorosamente, constituye todavía una minoría, queda gran número, una gran mayoría de trabajadores a quienes la explosión de las ideas llega apenas como un leve rumor sin eficacia suficiente para excitar su pasión, su inteligencia ni mucho menos su actividad.

La excitación de Marx «¡Trabajadores del mundo, asóciense!», causó sensación profunda en el proletariado mundial; a la Asociación Internacional de los Trabajadores acudían los desheredados en grandes agrupaciones, confiados y entusiastas en busca de consuelo y dispuestos a realizar el acto de energía que de ellos se solicitaba.

Fue necesario fijar las ideas y determinar la acción, y los primeros Congresos de La Internacional constituyen un tratado de ciencia social; pero en ellos surgieron diversidad de tendencias, y sobrevino la división que enfrió los primeros entusiasmos y redujo el movimiento a las condiciones que ordinariamente rigen cada nuevo impulso que sigue la humanidad.

Como resultado, y a semejanza de la izquierda y derecha que divide la política en general y los partidos políticos en particular, se formó en el proletariado la democracia social y el anarquismo, divergencia que en la actualidad ocasiona todos los trastornos con que las pasiones y la enemistad envenenan toda disidencia.

En ese dualismo cada una de las partes, siguiendo la idea natural del proselitismo, solicita, más que la conversión de la contraria, la atracción del proletariado en general, convertido en tercero neutro que sufre todo el peso de los errores sociales y que carece del conocimiento que impulsa, de la voluntad que ejecuta, permaneciendo indeciso y quejumbroso en estéril pasividad o dando, cuando más, ceros, comparecería, a todos los intentos

desviadores de ambiciosos charlatanes, sean demagogos, falsos reformistas o arbitristas de todo género.

Pues a esa generalidad llamada clase trabajadora, plebe, proletariado, pueblo a quien unos enaltecen con halagos para engañarle y explotarle, otros desprecian porque le miran desde la cumbre del goce obtenido por injustificado privilegio, y otros amenazan y persiguen cuando manifiesta tendencias reivindicadoras; a ese pueblo, que permanece, peor que neutro, inactivo en lo tocante a la lucha por su libertad y por la igualdad social, me dirijo para decirle: la emancipación de los trabajadores ha de ser tu obra. Tú, más que un dios humanizado descendido de divinas alturas, más que un hombre divinizado por el genio eres tu propio salvador y el salvador de la humanidad. Sin tu conciencia, sin tu voluntad, sin tu acción no hay salvación posible. En esos sufrimientos que te atormentan, en esa ignorancia que te degrada, en esa pasividad en que te consumes está la potencia libertadora y justiciera que ha de regenerar la humanidad; hasta que tú sepas y te decidas habrá ricos y pobres con todas las tristes consecuencias de la injusticia legalizada, impuesta y acatada. Tú, que para los males eres el eternamente despreciado, la clase inferior, y para los buenos eres el eterno menor, a quien se atiende por caridad, a quien de limosna y como graciosa concesión se le da un pan, trabajo y derechos; tú, que preparas y sirves el banquete de la vida a los privilegiados y sólo participas de las sobras y mueres de hambre cuando no te alcanzan; tú, que te enteras de los preceptos de la higiene como el hambriento de las recetas succulentas del libro de cocina; tú, soberano en un artículo de la Constitución política y eccehomo en el balcón del Pilatos autoridad, que se lava las manos como irresponsable de tu miseria; tú, creador y artífice de las admirables maravillas reunidas en toda exposición universal, puesto que todas ellas son hechas a jornal, y sin embargo vives encadenado en el gueto de la pobreza; tú eres el señor del mundo; en tu entorpecido pensamiento se halla en estado caótico la futura Ciudad del Sol, en tu desmayada voluntad está la liberación de toda tiranía; muévete, piensa, decide, obra si no quieres aumentar tus dolores con la amargura del remordimiento, con la responsabilidad de la culpa.

Desde la creación de La Internacional no tienes excusa, pueblo trabajador: antes te reconocían tus sacerdotes, la igualdad de ultratumba, declarando al mismo tiempo que en el mundo siempre ha de haber pobres y ricos; después te reconocieron los burgueses revolucionarios la igualdad ante la ley, aunque

en esa ley dejaban subsistente la usurpación romana llamada derecho de propiedad y el despojo romano también llamado derecho de accesión, por cuyos preceptos, inicualemente llamados *derecho* resulta que lo que en verdadero derecho es de todos queda detentado por aquella clase rica declarada eterna en nombre de Dios y en nombre de la Ley; hoy los trabajadores conscientes, que son parte de ti mismo, te piden, no que les sigas, sino que les acompañes, que te unas a ellos para anular a los usurpadores, para derrocar el poder que los sostiene, para poner a la justa y libre participación de todos y de todas el patriotismo universal, la herencia de las generaciones pasadas, que corresponde legítimamente sin exclusión ni privilegio para nadie a las generaciones vivientes.

No te desanime ver como vuelven la casaca los arribistas que se te ofrecieron como caudillos; no te impresione la enemistad que brota a cada momento entre los conspicuos que se tienen por definidores y propagandistas de los dogmas de la moderna redención; no te ofusques ante la incongruencia resultante de que los de la izquierda y recíprocamente los de la derecha, para cumplir deficiencias prácticas, recurran, unos al apoyo moral y material de la solidaridad para sostener huelgas a dos pesetas diarias por huelguista, y en otros, en mítines de la desesperación, a las palabras fuertes del vocabulario de la acción directa; sé prudente, juicioso y comprenderás que el atavismo y la impaciencia, la fuerza de lo pasado y el aguijón de lo futuro impulsan a gentes que forzosamente carecen de equilibrio moral y volitivo y producen inevitables desastres, ante los cuales no tienes derecho a permanecer como indiferente espectador, puesto que en tu nombre obran, por ti se sacrifican, y tú no puedes permanecer neutral después de haberse reconocido como suprema norma social que no hay deberes sin derechos ni derechos sin deberes.

LA ACCESIÓN DIRECTA

El Comité Federal de la Confederación Nacional del Trabajo decía en el manifiesto de 1º de Mayo de 1911:

«"El Sindicalismo es una forma nueva de asociación del proletariado".

"Antes las mismas secciones de La Internacional eran sociedades de oficio o de oficios varios como preparación de futuras sociedades, en que, la caja de resistencia, la administración y la propaganda imponían una cuota, y en el pago de esa cuota radicaba el derecho del asociado. La falta de pago se penaba con la muerte social, es decir, con la exclusión o expulsión. Así lo que requería aquella caja de resistencia, que era considerada como la piedra angular del edificio de la emancipación proletaria. Si en las luchas sociales con el patronato burgués la huelga se supeditaba a la cantidad considerada como indispensable y probable para el triunfo, y cada huelguista había de contar con el subsidio que le aseguraba el pan durante la huelga, claro es que los no cotizantes, los que no habían contribuido con sus céntimos de federado no tenían derecho a subsidio; eran extraños a la organización, a su obra y a sus luchas; eran extranjeros".

"La cuota, el subsidio, es decir, el dinero... ¡todavía el dinero! hacia ilusoria, utópica, imposible, la solidaridad".

"El sindicalismo es una institución salvadora en que cada despojado, cada injuriado, cada víctima de la injusticia social hallará, no apoyo compasivo, sino solidaridad positiva, verdadero compañerismo, fuerza necesaria para su satisfacción y justificación; en ella los obreros se unen en Sindicatos por oficios, por agrupaciones similares de ocupación y hasta los desocupados que por la adopción de las máquinas y por crisis industriales pueden considerarse como se dice vulgarmente sin oficio ni beneficio. Cotizan los que pueden, no cotizan los que carecen de céntimos para saciar su hambre, pero todos asocian su inteligencia individual y federan su esfuerzo colectivo y pueden formar esas grandes fuerzas, mezclas de pasividad y de energía, de resistencia y de empuje,

suficientes y necesarias para imponer la razón y la justicia social prometida por el progreso”».

En los estatutos de la disuelta Confederación Nacional del Trabajo por un golpe de arbitrariedad autoritaria en 1911, renovada después oportunamente, se expresaba el propósito de preparar el camino para la completa emancipación de los trabajadores, por la conquista de los medios de producción y de consumo, indebidamente detentados por la burguesía; de practicar la solidaridad entre las colectividades federadas para la resistencia y para la defensa; de mantener relaciones solidarias al objeto indicado, y para la inteligenciación que conduzca a la emancipación de los trabajadores de todo el mundo; de luchar en el terreno económico y, por la acción directa, despojándose de toda injerencia política o religiosa.

He ahí renovado el llamado espíritu de asociación y puesto a la altura de las circunstancias, en disposición de optar a la liberación del proletariado, como la concibieron los fundadores de La Internacional.

Sin esa renovación, el socialismo corría peligro de completa esterilidad, de deshacer con la cola lo que hacía con la cabeza; porque luchar por el ideal como lo hace el socialismo que como último novedad proclama la base múltiple, creando instituciones reformistas, cooperativas, mutualistas o benéficas transitorias, basadas en ideas necesariamente estacionarias, es, cuando menos, dificultarle por los intereses que se crean y las pasiones que se suscitan; querer la abolición del salario y procurar con empeños insistente y preferente la mejora del jornal es convertir a los jornaleros en estacionarios y enemigos de su supresión, inspirados en aquella filosofía pancesca que declara que vale más pájaro en mano que ciento volando, o que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer; querer la conquista del poder político, constituido en partido político obrero aceptando el parlamentarismo, es renunciar a la lucha de clase y a la conquista del ideal, negando que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud moral y material y afirmando que su emancipación es un problema local, regional y nacional; hablar de comunismo como objetivo final después de entretener a los trabajadores con intereses sumamente mezquinos de carácter utilitario actual, aunque positivamente ilusorio en sus resultados, es dejar el comunismo reducido a la triste expresión en que se halla en la sociedad actual: sufragio universal o la soñadora utopía.

El desarrollo de la asociación obrera renovada en la forma del sindicalismo han de darle los trabajadores de la masa neutra, con su propia mentalidad, con su propia iniciativa, con su propia energía y tomando todo lo bueno procedente de la democracia social o del anarquismo, libres de todo prejuicio o compromiso de escuela o secta y con espíritu francamente emancipador.

Actualmente el trabajador se halla, ante todos los filántropos y demófilos de la burguesía y aun de ciertos obreros aburguesados, como un infeliz sumido en honda sima de donde quiere salir, y a cuyo borde se presentan auxiliares ofreciéndole medios teóricos para no caer, o consejos utilizables si se hallara fuera, o aconsejándole que siga abismado con paciencia. Nadie le ayuda a salir, y, o se ingenia para salir solo, o muere allí sin remedio.

En tal situación se ha de tener en cuenta que en toda asociación, federación y confederación el individuo conserva o debe conservar su autonomía, puesto que se asocia para robustecerla; la sociedad o sindicato se federa y se confedera para fortalecer hasta su máxima potencia la fuerza de cada individuo, de cada sociedad, de cada federación; toda sociedad, federación y confederación, considerando la influencia atávica del individuo y del medio, ha de tener un primer deber negativo: no ha de crear un centro autoritario; y correlativo con ese deber, ha de tener este otro, como resumen del pensamiento y de la acción de todos los asociados, federados y confederados: la realización positiva, íntegra e inmediata de su objetivo, no viendo en todos los obstáculos que se le opongan más que dificultades transitorias más o menos difíciles de vencer de que ha de triunfarse al fin, cualquiera que sea su importancia, a fuerza de prudencia, constancia y energía.

Todo asociado o sindicato, federado y confederado nombrado para ejercer un cargo en el sindicato o sociedad, en la federación o confederación no es un oficial con mando sobre subalternos, ni mucho menos un jefe, sino un ejecutante de las prescripciones establecidas, de los acuerdos tomados, que debe aplicar además aquellas iniciativas propias en su buen criterio y que considere beneficiosas al bien común.

Todo sindicato, federado y confederado no revestido de ningún cargo en su sindicato ni en la federación o confederación, no sólo ha de pagar su cuota, derrama o prorratio si puede pagar, asistir a las reuniones y acudir a todos los

actos conducentes al fin de la asociación, sino que además ha de poner a contribución su propio pensamiento, procurando resolver los diferentes problemas que se presenten ante la marcha de la organización sindical hacia su objetivo, manifestando sus ideas en conversaciones particulares, en discusiones de asambleas, en mítines o en periódicos.

Todo obrero sin trabajo, víctima de crisis de sobreproducción o de progreso mecánico -en vez de agruparse accidentalmente con sus compañeros en idéntica situación para pedir pan y trabajo a las autoridades, que suelen contestar con vanas promesas o con el empleo de la fuerza pública-, procurará la relación y contacto inmediato con todos los obreros de su localidad que se hallen en igual caso, y todos juntos constituirán un sindicato de obreros excedentes que se una en solidario compañerismo a la federación y confederación obrera sindical, dispuestos a contribuir a la obra común, no con céntimos, de que carecen, sino con ideas, con iniciativas y con actos.

En todo sindicato, federación o confederación, fundados sobre la autonomía individual, no ha de haber disciplina sumisa ni obediencia ciega, y el cumplimiento de los acuerdos adoptados y aceptados por determinación racional, son actos voluntarios determinados por su pensamiento suficientemente ilustrado y consciente.

Considerando que la ignorancia sistemática a que la sociedad actual somete al trabajador no le permite, sino que le impide, la instrucción necesaria, los sindicatos, federados y confederados que se sientan capaces de fomentar la ilustración de sus compañeros deben enseñar desde el alfabeto hasta las teorías científicas que sirven de base a los conocimientos modernos; porque elevar la mentalidad de los sindicatos, federados y confederados es utilísimo para el fin social, en razón de que con individuos ilustrados y conscientes, que por el conocimiento del medio en que viven, saben donde están; por conocer la evolución realizada saben de dónde vienen, y que por inducción racional conocen el ideal y saben a dónde van, con esos individuos no se forman masas acéfalas, amorfas e inertes, susceptibles de ser engañadas, desviadas y falsamente dirigidas por caudillos ambiciosos que, en nombre de la libertad y con el lenguaje de la demagogia, se convierten en tiranos que racionan los derechos naturales a capricho o en relación con sus ambiciosos proyectos.

Todo sindicato, federado y confederado ha de tener presente que el sindicato, la federación y la confederación de que forman parte son entidades constituyentes de una organización creada para luchar en un tiempo en que luchar es la única manera de vivir, pero que toda lucha aspira a un triunfo, y nosotros, luchadores decididos a triunfar, vamos a conseguir positivamente el objeto que los estadistas y militaristas atribuyen a la guerra, que es la paz, pero la paz definitiva, tal y como con admirable sencillez expresan los estatutos de la Confederación Nacional del Trabajo, inspirados en los de La Internacional y en concordancia con los estatutos de todas las organizaciones obreras que no se han dejado malear por influencias burguesas: *vamos a la conquista de los medios de producción y consumo, indebidamente detentados por la burguesía.*

Somos, pues, luchadores hoy y hemos de pensar ser pacifistas mañana, después del triunfo, y tiempo vendrá en que hemos de ser luchadores y pacifistas a la vez.

LA EVOLUCIÓN SOFISTICADA

No ha de violentarse la evolución, dicen los sofistas burgueses, sean economistas o políticos, filósofos o místicos; pero ¿qué vienen haciendo los privilegiados hace siglos más que violentar la evolución? ¿Qué es esa protesta contra la violencia sino un alegato hipócrita, una falsa justificación de enormes iniquidades? ¿Qué más que una fuerte muralla chinesca contra la evolución es el derecho de propiedad y su consecuencia el derecho de accesión, vigentes desde la época remota en que se formuló por el legislador romano? ¿Qué más que una deformación o una degeneración humana, consiguiente a tal violencia, es el modo de ser de las clases desheredadas a través de los siglos en que han estado sometidas a la esclavitud, a la servidumbre y actualmente al salario? ¿Con qué razón ni con qué derecho se impide al desheredado que violento revolucionariamente la evolución, cuando los privilegiados ejercen tranquilamente tan enorme violencia al amparo de las religiones y de los sistemas políticos, o, si quieren, de los dioses y de los Estados?

¡Oh! Si todo el talento, constancia y energía que sacerdotes, gobernantes, científicos, políticos, militares, artistas, industriales, comerciantes y hasta obreros malgastan en la lucha por la existencia, es decir, dedican al egoísmo, al medro personal, a un ideal exclusivamente propio, lo dedicaran a la ayuda mutua, es decir, al esfuerzo mancomunado y progresivo para el bien común; si las facultades que adornan al hombre no se diferenciaban del instinto animal más que en el sentido de natural perfección, llevándonos a perfeccionar en grado sublime el impulso que mueve, por ejemplo, a una agrupación de rumiantes o solípedos a formar un círculo para resistir el ataque de los lobos, o a los lobos a formar cuadrilla para cazar, o a los corzos diseminados por extenso territorio a formar rebaño para atravesar un río por un punto favorable, o a las aves de paso a formar bandadas con excelente organización para emprender sus excursiones, o a las abejas y a las hormigas a formar sus admirables organismos sociales, ¡con qué rapidez con qué seguridad, con qué acierto progresaría la humanidad!

No siendo para el bien común, toda esa fuerza mental y volitiva se convierte en primer término en obstáculo, si bien en último resultado, salvando las

intenciones individuales, se convierte en beneficio. Así, por ejemplo, el afán por las riquezas ha sido el primer explorador de tierras desconocidas, pudiendo decirse en general que los aventureros han hecho la geografía, ciencia importantísima por la cual la humanidad se da cuenta de su existencia como entidad colectiva, porque por ella y por otras ciencias auxiliares conoce su extensión, su historia, su residencia y su relación con el universo.

Se reúnen sabios filántropos, se avergüenzan del analfabetismo existente y hablan de remediar el efecto sin tocar la causa; es decir, se declama ampulosamente contra la ignorancia, se deplora hipócritamente la miseria; pero ni un reproche contra el privilegio, ni una censura contra la desigualdad socializada, ni el menor propósito de eficaz reforma contra la usurpación propietaria. Nadie piensa en lo que cuesta el saber, en el enorme sacrificio impuesto por los que saben a los que no saben, ni en la carencia absoluta de medios de saber en que están los que ignoran.

¿Cómo no se avergüenzan esos sabios que hablan de la lucha por la existencia como ley social, y luchan con ventaja, por no decir con trampa, a semejanza del señor medieval, que luchaba a caballo armado de punta en blanco contra el siervo desnudo y armado de un palo si se oponía el infeliz a que su amada pagara el derecho de pernada? ¿A qué censurar la torpeza, indecisión e ignorancia del proletariado emancipador si en él militan sólo los hombres de escaso saber que a duras penas han podido exceptuarse de la sistemática ignorancia a que están sometidos los trabajadores?

El progreso no se hace a saltos, dicen; verdad es ésta que sirve de amparo protector a muchos sofismas estacionarios y regresivos. La verdad es que las reformas parciales, las ventajas inmediatas, los resultados de aspecto beneficioso que se obtienen tras las agitaciones y luchas populares y aun de esos grandes movimientos que han sido denominados revoluciones, traen consigo una normalidad posterior encubridora de un antagonismo de intereses análogo al que existía anteriormente, con más el desaliento de los luchadores que caen en enervante escepticismo considerándose engañados, y da lugar a que los utilitarios echen sus cuentas y saquen en consecuencia que no se ha ganado nada.

Es, pues, evidente que, mientras el dualismo social, mientras el monismo humano esté roto y dividido en bandos luchadores enemigos y en

individualidades empeñadas en llevar adelante sus propósitos sin reparar en los atropellos que causen o puedan causar, cada reforma intentada y aun lograda por los desheredados reclama como compensación una resistencia forzosamente lógica de los privilegiados. Toda paz en tales condiciones, es una tregua, un respiro, una preparación para nuevos combates. Por consiguiente, todo plan reformista contiene en germen la contrarreforma que ha de esterilizarle. Todo el que acepta una reforma, acepta el principio de la oferta y la demanda, regatea como comprador que quiere comprar barato contra el vendedor que tiene que vender caro, y, por tanto, pone la inmanencia de su derecho a merced de las oscilaciones a que se hallan sujetas las condiciones de lucha, olvidando que el derecho ha de afirmarse siempre como constante protesta y perenne amenaza: protesta fundada en el derecho personal desconocido; amenaza fundada en la previsión de un triunfo futuro.

Todo oportunismo, todo *modus vivendi* es una complicidad, una concesión al mal, una aceptación de la iniquidad, un pacto con la mentira, una traición al ideal. La verdad relativa, la reforma inmediata, son error, inconveniencia, aplazamiento, simple cambio de postura, mal mayor y, en resumen, una prima al usurero que especula contra nuestra vida y nuestra libertad y sobre ellas funda su dominación y su riqueza.

Se comprende que el esclavo, el siervo y el jornalero quieran reformas beneficiosas en su estado y condición, porque el hombre oprimido y tiranizado, consciente o inconscientemente se inclina a la igualdad; el esclavo mejor atendido era siempre propiedad de un amo que podía mandarle, castigarle, venderle o matarle; el siervo mejor tratado era siempre un accesorio del terreno para su valoración, como el arado, la yunta, las plantas y los animales domésticos y comestibles, y podía ser transmitido a otro propietario con la venta del terreno a que estaba adscrito; el jornalero mejor retribuido puede ser despedido por la adopción de una máquina, porque los negocios no vayan a gusto del patrón, porque éste se retire con sus ganancias o porque un capataz, encargado, mayordomo o regente amanezca de mal humor.

Los que so pretexto de lo utópico e impracticable de un ideal y llamándose radicales trazan un programa y señalan un límite a lo posible, se atribuyen un poder injustificable y una falsa sabiduría, con que oponen un obstáculo a la

evolución progresiva, sin más fundamento que su ambición ni más guía que su ignorancia.

En el régimen del antagonismo de los intereses, el progreso es fatal; pero se obtiene a costa de muchos y grandes retrocesos; es como un sedimento de ruinas; después de haber perdido tesoros de inteligencia y de fuerza.

En el régimen ideal de futura concordia de los intereses, la evolución progresiva, además de fatal, será querida; en él, por determinación racional de la voluntad, trabajarán todos, no habrá perezosos, héroes ni precursores; el Quijote y el Sancho se habrán refundido en el hombre racional.

En la sociedad humana ha venido dominando una abstracción, la Fortuna, personificación con que se representa a los favorecidos que están a cubierto de las privaciones, de las escaseces y hasta se sumergen en la abundancia. Contra esa abstracción se eleva la Justicia, personificación que ha de representar la Humanidad entera disfrutando sin injustificada exclusión, ni limitación, de la riqueza social.

EL PROLETARIADO SALVADOR

La Humanidad es una, pero vive en una sociedad dividida en clases.

Por esa división y esa clasificación, la unidad humanase halla dificultada y aun negada.

Cada clase tiene su antagónica en todas las otras clases, y sus relaciones son de dominio y de sumisión, de desconfianza y odio.

Pero dividida y aun en lucha intestina, la unidad persiste y se manifiesta de una manera poderosa y brillante, ofreciendo la enorme contradicción de coexistir la lucha de clases, en que los hombres nos destruimos mutuamente, y la solidaridad humana, en que el pensamiento libertador y el descubrimiento benéfico se extienden rápidamente por todo el mundo para bien de todos sus habitantes.

Entre la burguesía propietaria y capitalista y el proletariado trabajador y jornalero media el abismo de la explotación, y, no obstante, hijos del privilegio, abismados en sus gabinetes y en sus laboratorios, estudian, analizan y combinan, dando a la ciencia, al arte y a la industria grandiosidad mundial.

Las antiguas clases tenían divisiones infranqueables: las castas eran entre los hombres divisiones más inasimilables que las especies más opuestas en la escala zoológica; más distancia había entre un paria y un brahmán que entre un insecto y una ballena. Un amo y un esclavo, un señor y un siervo, un noble y un plebeyo eran de tan diferente condición y aprecio como una rosa fragante y un abrojo rasposo.

El altruismo filosófico y científico disipó esas diferencias y anuló esas divisiones; pero el egoísmo privilegiado se aferró al sostenimiento de los intereses creados, y la verdad quedó postergada ante los fueros de la legalidad, que ocupó el lugar que correspondía a la justicia.

La desigualdad, que alcanzó en la sociedad humana formas tan colosales, se sostiene hoy agarrada al dinero; pero esa última defensa, aunque presenta

formas tan formidables como la acumulación representada por los archimillonarios, son como fortalezas edificadas sobre arena; un vicio, una pasión, un cálculo equivocado, una jugada de bolsa, un heredero pródigo derrochan una gran fortuna, mientras un cualquiera psicólogo, calculador y avaro se eleva desde trapero a gerente de uno de esos trust que absorben riquezas inmensas. Un Pérez, un Sánchez o un López que en su infancia recogió colillas posee espléndidos palacios, en tanto que en las listas de hospitales y asilos figuran aristocráticos apellidos llevados por hambrientos de sangre azul.

La desigualdad ha recorrido en el mundo desde la inmovilidad de las castas hasta la movediza posesión del mugriento y asqueroso billete de banco.

Hemos llegado a un punto en que la desigualdad está a punto de desarraigarse, de desprenderse, de desaparecer. No hay clase oprimida en la historia en situación tan ventajosa como la nuestra: los asalariados de hoy, descendientes de los parias, de los ilotas, de los esclavos y de los siervos, podemos esperar racionalmente con toda seguridad aquella emancipación que escribió La Internacional en su programa, a condición de no olvidar que *los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios: sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes.*

El proletariado que hoy se agita, se organiza y planta cara a esa burguesía dominante y heredera de todos los privilegios históricos, es, no sólo su propio emancipador, sino el emancipador y el libertador de sus mismos tiranos. Verdad es que el progreso se verifica con concurso de todas las actividades humanas, vengan de donde vinieren; no es menos cierto que en el libro de oro de la ciencia se hallan inscritos nombres de estirpe real junto a los de más baja extracción; pero el hecho de constituir colectividad libertadora como entidad social, es un honor que sólo corresponde al proletariado.

Triste es que una gran parte de ese proletariado continúe siendo masa informe de comparsas para la procesión y para la manifestación, para la misa y para el voto; que otra haya ingresado en el socialismo que se agita aspirando al poder político; que otra se aburguese en el socialismo utilitario que resiste hasta cierto punto o coopera en busca de gangas gananciales; que otra haya ingresado en el anarquismo con ínfulas super-hombristas o con energías ardillescas, productoras de acción perturbadora, que llena cárceles y consume inútilmente céntimos solidarios: pero al fin lo positivo, lo consolador, lo

esencialmente revolucionario y transformador es esa parte del proletariado que, con la acción sindicalista y la más pura orientación anarquista, guía a la humanidad por la vía progresiva hacia la ciudad ideal.

Con noble orgullo, con entusiasmo que arranca del más puro sentimiento, los considero, me considero, nos consideramos componentes de ese proletariado salvador que se opone a la acción general de las llamadas clases directoras, y nos sentimos con energías suficientes para cumplir nuestros propósitos confundidos entre los compañeros que forman las falanges orientadoras, ni veladoras y precursoras de la sociedad futura.

CAPÍTULO VIII

EL POSEEDOR ROMANO

EXPOSICIÓN

Don Gumersindo de Azcárate dijo un día en el Congreso: «*el poseedor romano es inmortal*».

Me parecía que con aquella frase quería decir su autor que la actual manera de ser de la propiedad era imperecedera.

Para aclarar el asunto escribí al señor Azcárate, rogándole que me explicara el verdadero significado de aquella frase; y con atenta y amable me contestó que la tal frase no era suya, sino del gran Herculano, manifestando que, por el contrario, él pensaba que el Derecho romano no había dicho la última palabra sobre la propiedad.

Para darme mayor seguridad me remitió un folleto que contenía íntegro el discurso en que se citaba la frase aludida, y satisfecho por la indicada manifestación, que dejaba la debida vía libre al progreso, me complazco en tomar de aquel discurso los siguientes interesantes párrafos, que merecen ser conocidos por los pensadores obreros, toda vez que en ellos se desvanece una dañosa preocupación burguesa:

«"Ante todo importa afirmar que el problema social que tenemos delante no tiene igual en la historia. Es un error suponer que ha existido siempre porque siempre ha habido luchas entre pobres y ricos; ha habido problemas sociales parciales, trascendentales, en la historia; pero con los caracteres que tiene el presente, jamás".

"Y esto nace de lo siguiente: De un lado hay un problema que abarca la vida toda, producido por la lucha entre la tradición, que quiere conservar su poder sobre el mundo, y el progreso, que quiere arrebatársele; y hay un problema

social, que consiste en el atomismo existente, en la falta de organización de los elementos sociales, y hay un problema obrero producido por la substitución de la pequeña industria, por las actuales circunstancias económicas y por el aumento gigantesco de la propiedad mobiliaria. Todo eso determina un estado social, y, por tanto, un problema propio de nuestro tiempo, e importa señalar cómo y en qué se diferencia del problema social que resolvieron nuestros padres en el período de la revolución. Entonces las soluciones del mismo eran negativas; en el orden político se afirmaba la soberanía del pueblo frente a la de los reyes; pero en el orden social, la revolución consistía en negar las excepciones que había engendrado la historia con el feudalismo, con la amortización y con la vinculación. De ahí el grito de Mirabeau: «Abajo los privilegios y los privilegiados»; y por eso se sintetiza aquella revolución en dos vocablos: desamortización y desvinculación, dos conceptos negativos; es decir, supresión de la amortización, supresión de la vinculación”.

“Pero, ¿es que para los bienes desamortizados se creó un nuevo derecho de propiedad? No; se aplicó el derecho común, el derecho histórico, y por eso decía el gran Herculano que el poseedor romano era inmortal, y otro sabio jurisconsulto norteamericano, Ken, decía que al cabo de tantos siglos aquel propietario tradicional, que había casi desaparecido ante el feudalismo, el propietario alodial, había aparecido de nuevo”.

“Pues bien, señores; el problema social de hoy no es eso; no consiste en destruir, consiste en crear. ¿No les ha llamado la atención la antítesis que hay entre el derecho público y el derecho privado? ¿No han observado cómo el derecho público, en todas sus ramas, el político, el penal, el procesal, el administrativo, son derechos nuevos, obra de nuestro tiempo, de nuestro siglo, mientras que el derecho privado, en casi todas sus ramas, es un derecho histórico, tradicional, romano, germano, canónico, según los países? Aun allí donde parece que el derecho nuevo está en oposición con el derecho antiguo, como en el matrimonio civil, en substancia es sólo una cuestión de competencia, pero en el fondo es derecho canónico. ¿Qué quiere decir esto? Que hay una gran antítesis entre estas dos esferas del derecho; y el problema social consiste en resolverla, en la creación de un derecho privado nuevo, y de ahí la gran escuela civilista con todas sus novedades, y de ahí la gran dificultad del problema. Porque, reparen bien: comparen estas dos ramas del derecho, el penal y el civil, y verán, en el derecho penal, que desde el movimiento iniciado por Beccaria, vino al suelo todo el derecho antiguo, se hicieron Códigos

penales nuevos en todas partes. Pero, ¿qué más? Si hay ya otra etapa científica que quiere empujar el derecho penal en dirección más progresiva. Por eso verán que a ningún abogado que tenga que aplicar el Código penal se le ocurre consultar el Fuero Juzgo, ni la Novísima Recopilación, ni las partidas; pero en el derecho civil, nuestro flamante Código, ¿qué otra cosa es que nuestro derecho antiguo tradicional?”

“¿Qué quiere decir eso? ¿A qué obedece que el derecho penal sea nuevo y el derecho civil no? ¿Por qué esa diferencia? Porque mientras en el derecho penal ha habido ya dos etapas científicas, doctrinales, ideales, que sirven de guía y de faro, en el derecho civil, la llamada filosofía del derecho, aparte las lucubraciones socialistas, es sólo una generalización sobre el derecho romano o sobre el derecho germano; de aquí la dificultad; porque no hay faro, no hay luz para resolver todos esos problemas que caen dentro del derecho civil”».

De la lectura de lo transcrito resulta que lo que para mí al principio era principal se convirtió después en secundario.

En efecto, la inmortalidad del derecho romano, a que se refería Herculano, no es tal inmortalidad, sino una vida excesivamente prolongada a consecuencia de la prolongación de un absurdo legal: hágase en el derecho privado lo que se ha hecho en el derecho público y la muerte de la legislación romana dará paso a la razonada economía social.

Si para el derecho público en todas sus ramas se ha legislado en concordancia con nuestro tiempo, y en el derecho privado no se ha hecho modificación alguna, quedará patente la inmensa incongruencia de que al avance del progreso social no corresponde el progreso de los poderes del Estado, ni siquiera van pareadas dos de sus principales manifestaciones: la legalidad privada y la pública. De modo que uno es el hombre en concepto político, penal, procesal y administrativo, y otro muy distinto en concepto propietario; como que para el mismo hombre existen dos conceptos distintos, separados uno de otro nada menos que por el transcurso de dos etapas científicas, que pueden representar un número no escaso de siglos.

Incongruencias de esta clase abundarán en la legislación general cuando, además de la disparidad señalada, puedo recoger el siguiente párrafo de un político distinguido, Silvela:

«Es un verdadero escándalo que subsista un Código penal para una Constitución ya abolida, y que no garantiza ninguno de los principios fundamentales de la Constitución nueva, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones de la Iglesia con el Estado, a la defensa de la monarquía y a la de las instituciones armadas».

La declaración de Azcárate es importantísima y merece fijar la atención de los pensadores obreros, porque ocurre lo siguiente: La sociedad, que se halla en constante progreso, suministra al poder público la norma del derecho, que el legislador formula en leyes. Cada ley, como resultado que es de una necesidad propia del modo de ser social de un momento histórico, impone prescripciones que serían aceptables, buenas y hasta justas para una sociedad que se estacionara en aquel momento; no estacionándose, continuando su progreso, cada prescripción legal puede ser un motivo de desobediencia por ser un obstáculo, lo son muchas y forzosamente han de terminar por serlo todas; mucho más si se tiene en cuenta que el derecho humano, como hasta la sociedad se ha repetido por los definidores de la democracia, es ilegislable. Si por añadidura dichas prescripciones cojean hasta el punto de que el derecho público, según la expresión de Azcárate «ha avanzado dos etapas científicas, mientras el derecho civil, *aparte las lucubraciones sociales*, es sólo una generalización sobre el derecho romano», el obstáculo pasa a ser dificultad insuperable.

En resumen, el derecho público ha adelantado dos períodos evolucionistas y el derecho privado ha permanecido quieto, no inmortal, sino paralizado o paralítico, de cuyo estado saldrá, so pena de muerte y descomposición de la sociedad moderna, por un empuje revolucionario que, como decía Mirabeau cuando sentenciaba a muerte al privilegio, permita decir al proletariado encarándose con la burguesía: ¡Abajo la usurpación de la riqueza social! Y esta vez tendrá verdadera práctica, porque no será la voz de un jefe ni de un caudillo quien hable en nombre de un tercer estado que, como hizo la burguesía, se reserve la retención de los privilegios, convirtiéndose en privilegiada a su vez, sino que será el proletariado, no como masa de inconscientes apasionados, sino como reunión poderosa de individuos pensantes y coincidentes, de desheredados que quieren dejar de serlo, que afirman su derecho a la participación en el patrimonio universal y manifiestan su voluntad de adquirirla.

Otra novedad importante hay en la citada declaración: el significado y la intensión de la frase «*aparte las lucubraciones socialistas*», que manifiesta que mientras los poseedores se han atenido a lo prescrito en el art. 359 del Código civil, que «presume que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario», los socialistas, es decir, el proletariado internacional ha estudiado, ha protestado y ha contribuido poderosamente a la formación de la ciencia social, a la sociología, a esa ciencia que ha de reorganizar la sociedad sobre bases razonables e indestructibles.

Considero, en vista de lo expuesto, como exenta de importancia la famosa frase de Herculano, y que la inmortalidad del poseedor romano durará sólo hasta que el desheredado proletario se capacite moral y materialmente para desposeer al usurpador burgués.

Ahora, de la preinserta declaración de Azcárate, entresaco y comento las siguientes afirmaciones, que merecen ser estudiadas:

- 1ª. El problema social no tiene igual en la historia.
- 2ª. Hay un problema social que consiste en el atomismo existente, en la falta de organización de los elementos sociales.
- 3ª. Hay un problema obrero, efecto de la substitución de la pequeña industria por la gran industria, de las actuales circunstancias económicas, del aumento gigantesco de la propiedad mobiliaria.
- 4ª. Las lucubraciones socialistas, consideradas aparte del estacionamiento del derecho antiguo, son una nueva vía progresiva.

NOVEDAD DEL PROBLEMA SOCIAL

Como hemos visto en el discurso de Azcárate, los contradictorios de las aspiraciones del proletariado afirman que el problema social no es exclusivo de nuestro tiempo, ni resultado de la desigual distribución de la riqueza, sino que es tan antiguo como el mundo, y, fundándose en que siempre y en todas partes ha habido pobres y ricos, siempre y en todas partes, profetizan, los habrá.

Tal afirmación es -ya queda expuesto- un error, y tal profecía, lanzada por quienes anatematizan como utópica, como irrealizable, toda modificación en la actual manera de ser de las relaciones humanas, es -como veremos- una falsedad que, por arraigada que esté y aun por dogmática que sea, desmiente la sociología.

A este propósito, me parece oportunísimo el extracto de los siguientes pensamientos de Edmundo de Amicis, que confirman los de Azcárate:

¡Que la cuestión social es tan antigua como el mundo! Sea. Pero lo que no es tan antiguo como el mundo es el grado a que ha llegado el desarrollo del principio de la igualdad, que es el hecho más general, más constante y más rebelde que se conoce en la historia. Lo que dista mucho, muchísimo, de contar tal antigüedad, es la conciencia adquirida de esa misma igualdad de naturaleza, y la conquista teórica, aun no confirmada en la práctica por el maldito respeto a los intereses creados, lo que sirve de estímulo y de impulso para la conquista positiva de la igualdad económica; es también la mayor cultura dominante, que hace precisamente más agudo en el ánimo de las muchedumbres los sufrimientos que causa el espectáculo de la inmensa disparidad de vida en las clases sociales; es, sobre todo, la miseria relativa, acrecentada desmesuradamente con la multiplicación de las riquezas y los refinamientos sensuales de la existencia en un corto número de individuos.

Sea, como quieren los privilegiados o sus defensores a sueldo y merced, la cuestión o el problema social, tan antigua o tan antiguo como el mundo; pero lo que es nuevo es el gigantesco poderío que ha acumulado el oro en manos de unos particulares que se levantan como soberanos en medio de pueblos

libres; particulares que poseen vastísimas propiedades, grandes porciones de su patria, esa patria que debe ser patrimonio de todos sus compatriotas, cuyos particulares tienen en su mente y en su bolsa la suerte de cientos y de miles de hombres, y que pueden turbar en provecho exclusivamente propio los intereses de toda una nación y corromper cínicamente muchedumbres o poderes públicos.

Lo que es nuevo, flamante, es que frente a esos autócratas de la riqueza y a sus omnipotentes sindicatos de explotadores, a sus *trusts* -palabra que expresa la mayor tiranía económica nacida y desarrollada en la República norteamericana, modelo de la mayor libertad política-, que ensanchan a su alrededor como siniestra banda la servidumbre moral y el mercenarismo, hayan brotado sociedades de miles y miles de trabajadores, *Trades Unions*, grandes como razas, disciplinadas como ejércitos, y que en todas las ciudades de los países civilizados, llamados a reunirse por la grande industria, se vayan aglomerando los proletarios en sindicatos y en federaciones de sindicatos locales, nacionales e internacionales que se entienden, se organizan y fraternizan, vivificando y dando eficacia al gran pensamiento que creó la gran Asociación Internacional de los Trabajadores.

Lo que es nuevo también es que se reúnan Congresos de obreros con delegados de muchas naciones, de diversas razas, de diferentes religiones, de vario régimen político y de distintos idiomas, en representación de muchos millones de trabajadores, que se hayan declarado en pro de la socialización de la tierra; que, adaptándose al medio y con la intención -discutible y no aceptable por mi parte, pero manifiesta- de ser prácticos y obtener ventajas antes de la realización ideal, envíen campeones de la idea a los Parlamentos y crean poderosas cooperativas con que aprenden administración y substraen dinero de la codicia burguesa para dedicarlo a la creación de escuelas racionalistas en que se eduquen las futuras generaciones de trabajadores. Nueva es también, con albores de esperanza para unos y lobreguez de terror para otros, la posibilidad de un acuerdo internacional en que con una palabra lanzada desde París a Sidney, desde Berlín a Nueva York o desde Buenos Aires a Barcelona o Génova, abandonen campos, fábricas, locomotoras y transatlánticos, millones de trabajadores en todas las latitudes y en todos los meridianos de la tierra, poniendo su veto al privilegio, para hacer positiva y definitiva la desamortización y la desvinculación que debió realizar la Revolución francesa y que la burguesía convirtió en usurpación.

Y esa posibilidad existe, porque diariamente, por toda la superficie de la tierra, circulan millares de hojas que anuncian una esperanza común y animan una pasión única, acumulándose en las buhardillas y en los tugurios, en los ranchos y en las gañanías, como enormes provisiones de energía para la Revolución social y para la futura reorganización de la sociedad.

Y todo eso es posible porque existe esta otra novedad: miles y miles de trabajadores pobres de distintos países, acabadas las diez horas de fatiga, extenuados, prescindiendo ya de la taberna y del alcohol, se someten a una nueva faena, para instruirse en las primeras horas de la noche acerca de los asuntos sociales; se quitan el pan de la boca para sostener el periódico que les protege, y dedican los restos de fuerza y de actividad a la propaganda de sus ideales, persistiendo en esta obra con tanto empeño y constancia que algunos sucumben en esta fiebre de entusiasmo y otros se elevan a las cumbres del saber.

Y no es menos nuevo ni menos grave -hagamos esta declaración en honra de los hombres de corazón que sobresalen entre los mismos privilegiados- que esa gran muchedumbre inculta y apasionada, se haya atraído y sepa mantener, no a su cabeza, sino a su devoción, una flor de hombres científicos, artistas y aun estadistas que defienden su causa ennobleciéndola, razonándola y embelleciéndola en todas las esferas del pensamiento, del arte y de la vida.

Entre las novedades de nuestro tiempo se halla la situación indecisa y peligrosa de las clases medias, que, si no con tanta urgencia como la de los trabajadores del campo y de la ciudad, sienten los daños de que se quejan las clases inferiores.

Hay una gran parte de la burguesía, para quien la existencia va siendo tan precaria como la del proletariado; en todas las esferas del comercio y de la industria, las pequeñas y las medianas fortunas se encuentran oprimidas en la vida desesperada de las grandes capitales; hay propietarios que mendigan; miles de jóvenes de ingenio y de cultura ganan menos que un bracero; la vejez pensionada disputa el puesto a la juventud que debuta; la mujer y el niño despojan al hombre de su plaza.

Hay tal lucha de náufragos alrededor de cada tabla que sobrenada, que cuando uno por imposibilidad o negligencia no se aferra a la suya cae irremisiblemente en el abismo de la miseria.

Con todas esas novedades concuerda la tradicional, simbólica y antisocial maldición del Génesis, que impuso el trabajo como un castigo, como si un dios omnisciente y omnipotente, pero iracundo, hubiera cometido por ignorancia esa gran injusticia.

El puesto humildísimo que por la inferioridad forzada de su educación y de su escasez y por la falsedad orgullosa de los privilegiados se asigna en la sociedad al trabajador, cuya obra se honra en abstracto, pero cuya persona se desprecia, y la escatimada retribución con que aquella obra se retribuye, ocasiona que se haya a todo trance del foso en que yacen las clases inferiores.

He aquí por qué hay sobreproducción hasta en el campo de la inteligencia.

Existe, en efecto, una superabundancia enorme de juventud culta, a la que la ilustración no da pan, como el oro sería inútil al hambriento en el desierto; hay un ejército de reserva intelectual, que, como el de la clase obrera, ofrece su trabajo con rebaja y acepta toda condición con tal de vivir, y ni aun a este precio encuentra medios de subsistencia.

Y el torrente crece cada día, viéndose señales de su desbordamiento: 1º en la restricción impuesta por algún gobierno de Europa a la creación de nuevos institutos de enseñanza, considerando que existen de sobra para las necesidades intelectuales que reclama la sociedad; 2º en la oposición al planteamiento de la escuela mixta racionalista en que niñas y niños juntos reciban educación e instrucción, teniendo por antisocial y disolvente la enseñanza puramente científica del proletariado; 3º en la confusión que el radicalismo político quiere establecer entre la enseñanza laica y la racionalista, dando la preferencia a la primera, porque sostiene la preocupación patriótica y alarga de ese modo la ignorancia explotable del trabajador, a quien se necesita como elector y base de la ambición de los políticos profesionales.

Déjese ahora que a la mujer se le facilite el ejercicio de las profesiones privilegiadas, como va sucediendo y sucederá forzosamente por su propio empeño emancipador y hasta por la fuerza invencible de las cosas; supóngase

que, como límite al insostenible derroche de la paz armada y por el establecimiento de algún sistema de arbitraje internacional se licenciara la mitad de los ejércitos actuales, y acudiera a la concurrencia del mercado intelectual el correspondiente número de señoritos arrastra-sables, quienes por la índole de su educación peculiar y por las preocupaciones dominantes, rehusarían dedicarse a trabajos manuales o mecánicos y también quedarían excedentes en las redacciones de los diarios y en los comicios donde surten de candidatos a la necia candidez del cuerpo democrático-electoral, y se verá un proletariado patricio más temible que el plebeyo, por lo mismo que es más culto.

Y, sin admitir suposiciones, bien puede decirse que ese proletariado existe ya, aunque contenido por un tenue vínculo de tradición y de intereses con la clase superior, habiendo país en que se ha convertido en fuerza viva del socialismo, como foco peligroso de descontento y de rebelión, encendido en el mismo seno de la burguesía; que si por el momento y entre nosotros especialmente se nota menos, porque se halla esparcido y vacilante, y porque hallándose sus individuos en más directa dependencia de los privilegiados de la fortuna, corren mayor peligro de ser conocidos y arrojados a la calle, ya cesarán sus temores, ya se agrandarán sus esperanzas con la extensión del socialismo en la muchedumbre, en la prensa, en el Parlamento y hasta en el gobierno, y entonces levantarán el grito de reivindicación fraternizando con los trabajadores.

EL ATOMISMO SOCIAL

Azcárate se sirve de la palabra atomismo para nombrar esa especie de egoísmo que consiste en que el individuo sea enemigo de cada individuo y de todos los individuos juntos; egoísmo irracional y en último término suicida, puesto que, tras la explotación llevada hasta el extremo posible, sólo consigue destruir aquella solidaridad de que depende su misma vida.

Individuos aislados en la intención, ya que en la práctica sea absolutamente imposible, porque la solidaridad es inevitable, producen constantemente una acción directa, que es causa de los estancamientos, de las regresiones y de las desviaciones que sufre el progreso.

Progresistas humanitarios, hijos de la Revolución, creyentes en la eficacia de la acción redentora de los principios revolucionarios, pudieron esperar que la superabundancia de las Américas, del Asia, del África y de Australia redundara en beneficio de los hambrientos de la caduca Europa. Con la desaparición del hambre coincidiría la de las fronteras, aduanas, peajes y derechos de consumos. Con la práctica del idioma universal se establecería en todas las naciones la unidad de pesas y medidas, la del meridiano y la de la moneda. Los miles de millones invertidos anualmente en la paz armada se dedicarían a grandes obras y utilísimas mejoras, y los cuatro o cinco millones de mozos esterilizados en los cuarteles y destinados a las hecatombes guerreras permanecerían tranquilamente en sus hogares fomentando la especie, el estudio y el trabajo. Con la consiguiente desaparición de las instituciones oficiales desaparecería el patriotismo burocrático, y resultaría una gran economía en los presupuestos y en aumento notable en el contingente de los productores. Ni el verdugo ni el carcelero tendrían ya ocupación, ni la pólvora y otros explosivos servirían más que para los barrenos en las canteras, ni la construcción de armas emplearía más obreros no absorbería más capitales.

Hemos sometido al trabajo, para nuestro provecho, grandes fuerzas naturales, hasta el punto de que para 1,500 o 1,600 millones de habitantes que cuenta nuestro globo, poseemos una fuerza mecánica que multiplica prodigiosamente nuestra fuerza y nuestra capacidad productora, puesto que con el sólo trabajo

de conservación y vigilancia, tenemos en actividad constante más de 2,000 millones de fuerzas humanas, que, fijas en el suelo, como surtidores, dan chorros asombrosos de productos, que circulan velozmente por las vías terrestres, marítimas y en breve circularán por la aéreas mediante el aeroplano y el dirigible.

Añádase a tanta fuerza productora la promesa de sir Thomson, de Cambridge: «"No está lejano el día en que la explotación de los rayos solares transforme nuestras condiciones de vida, en que el hombre no necesite el carbón mineral ni vegetal ni aun los saltos de agua, y en que todas las ciudades estén rodeadas de gigantescos aparatos captadores de esos rayos en que se acumulará el calor, y la energía obtenida se almacenará en grandes depósitos".

"Para darse cuenta de las enormes fuerzas todavía disponibles, basta considerar que la Tierra recibe del Sol una cantidad de calor equivalente a 17,000 caballos por hectárea, inconcebible y asombrosa fuente de energía, que nuestros ingenieros no han logrado dominar aún pero que dominarán al fin"».

Cuéntese además que este acrecentamiento de fuerza procede hasta ahora de la fracción civilizada de la humanidad, con exclusión de los parásitos del privilegio y de las razas rezagadas y estacionarias, las que por la fuerza expansiva de la fracción humana culta, mediante la reorganización social, por la colonización y la confraternidad agregarán todas sus energías al acervo común, y darán a la producción, a la vida, a la justicia, a la economía y a la felicidad enormes y bellísimos proporciones.

Un sabio de la antigua Grecia dicen que dijo: «La esclavitud no puede desaparecer hasta que las herramientas se forjen por sí solas, las mieses se almacenen en el granero sin la intervención del hombre, los telares nos den espontáneamente la fibra convertida en ropa y todas las necesidades de la vida se satisfagan sin trabajar».

Pues lo que aquel sabio pedía como un milagro se ha realizado hasta con exceso; mas por desgracia, o, por mejor decir, por la persistencia de funestísimas causas, tan legítimas aspiraciones -a pesar de tan buenas ideas y de tan utilísimas invenciones- se han visto desvanecidas, y por todas partes aparecen, como aplicación de los últimos adelantos de la ciencia, mortíferos

inventos y belicosos proyectos, tan fría y desvergonzadamente estudiados y calculados, que las guerras internacionales y civiles parecen ser el objeto preferente de la humanidad.

Nunca con más razón y oportunidad que en el presente caso puede hablarse de no echar vino nuevo en odres viejos. Recordemos la declaración de Azcárate: el derecho privado sigue estacionario, y se explicará la causa de tan lamentable decepción.

Usurpada la posesión de la tierra por los propietarios; usurpando el producto del trabajo por la posesión del dinero y de los medios de producir; usurpado el conocimiento por la instrucción superior; reforzadas esas usurpaciones por el derecho que da la ley al propietario de gozar y disponer de la cosa poseída aunque ésta pertenezca al conjunto de bienes existentes en la naturaleza, de que nadie es creador, que todos los hombres necesitan para vivir y que nadie tiene derecho a detentar, quedan los no propietarios en condiciones tan precarias y desventajosas que les es imposible desarrollarse como lo exige su ser.

Si aun en su inferioridad y desventaja pudieran ser independientes, su misma libertad y les daría iniciativas y recursos para evolucionar y progresar; pero no, la sociedad les liga por la necesidad, y el Estado les sujeta por la debilidad, quedando reducidos a la condición ínfima de trabajadores, servidores y defensores de los que poseen y atesoran.

Ese dualismo que se creó en épocas remotas y que persiste en nuestros días esteriliza toda reforma y toda mejora que no salte sobre él y le destruya.

Por ese dualismo son inútiles y engañosas esas reformas que prometen los radicales de Inglaterra y de Francia, que tanto ensalza la prensa; por ese dualismo quedarán desengañados cuantos ya no pueden recuperar el tiempo perdido los trabajadores que se llaman radicales, ha quienes se ha hecho creer que su emancipación será decretada, sancionada y publicada el día menos pensado en la *Gaceta*.

Como ejemplo práctico y refiriéndome sólo a España para fijar mejor la atención del lector, aunque variando lo accesorio y dejando subsistente lo principal, ya que poco más o menos puede decirse de otras naciones,

recordaremos que al principio del presente siglo se habló mucho de regeneración, y el insigne Costa inventó el verbo *europeizar* .

Montes talados y ríos que corren por cauces naturales sin la menor previsión contentiva, causan estragos y desgracias que se han de reparar con limosnas, que llegan o no llegan o llegan tarde a sus destino; compañías de explotación ferrocarrilana, bajo los auspicios de las mayores influencias de la nación, que bien pudieran considerarse como compañías de seguros contra el presidio, producen grandes dividendos y catástrofes y hecatombes terribles; villas, lugares, aldeas y caseríos casi completamente despoblados que amontonan ruinas y comienzan a ser habitadas por fieras, menos terribles que el propietario, el usurero y el sacamantas que a tal estado les redujeron; sequías que se curan con rogativas, novenas y procesiones; caciquismo, monopolio, usura, fraude y soberbia arriba; vileza, raquitismo moral y material abajo... ¡Qué importa! Todo se arreglará con la escuadra Mauritana.

No da más de sí la ciencia burguesa.

Sépanlo los trabajadores que politiquean: mientras se sometan al régimen de la representación parlamentaria, que en resumen no es más que una abdicación del derecho inmanente a favor del candidato, siempre sufrirán las consecuencias de la división o de la conjunción de intereses, según las circunstancias, de sus tiranos y expoliadores; sus esperanzas, por la incongruencia natural entre el ideal de los que sufren y obedecen y la realidad de los que gozan y mandan, se verán continuamente defraudadas, y lo positivo de la accesión les tendrá sujetos al jornal, cuando no formando parte de las legiones de *unemployed* , o sea de desocupados reemplazados por la máquina que monopoliza el burgués, y mientras no sepamos y queramos que nuestra emancipación ha de ser y sea nuestra propia obra, sigamos confiando en nuestros representantes, que ya nos europeizarán.

LA TRANSFORMACIÓN INDUSTRIAL

Han convenido los burgueses que escriben libros o crónicas periodísticas sobre lo que llaman economía política y quieren elevar a la categoría de ciencia social, que todo invento, que toda aplicación de la ciencia al trabajo beneficia a la humanidad; pero, dado el dualismo establecido por el régimen propietario, el beneficio sólo corresponde a los socios del Sindicato internacional monopolizador de la maquinaria.

Más que consideraciones y teorías tienen valor en este asunto hechos concretos, tomados al azar.

Por ejemplo: en los Estados Unidos, hace ya algunos años, para la fabricación de instrumentos aratorios se necesitaban antes 2,145 obreros de distintas aptitudes para producir tanto como producen actualmente con ayuda de máquinas 600 obreros de aptitud ordinaria. En la fabricación de pequeñas armas de fuego, un hombre con una máquina reemplaza a 50. La fabricación de ladrillos supone hoy el 10 por 100 de trabajadores, y la de tejas el 40 por 100. En la zapatería 100 hombres producen hoy tanto como producían anteriormente 500. En cierta clase de calzado la máquina ha suprimido el 50 por 100 de obreros.

Según un diario belga, se formó no hace mucho un sindicato europeo que compró por 12 millones y pico de francos los derechos de invención de una máquina para hacer botellas que con 3 obreros reemplaza a 50.

Así podría ir tomando notas en gran número de países y de industrias y de la agricultura para ir a parar a esta desoladora conclusión:

«"El caballo-vapor cuesta menos de cinco céntimos por hora y es igual al esfuerzo de 3 caballos de tiro o de 21 obreros"».

"El trabajo suministrado por el vapor, en Europa solamente, se calcula en 50 millones de caballos-vapor, que representan el esfuerzo de 1000 millones de hombres"».

Aunque tan gran número de trabajadores de carne y hueso no hayan sido reemplazados todos por obreros de hierro, por cuanto se han creado industrias nuevas, ello es que en todas las naciones civilizadas han quedado millones de *unemployed*s excedentes.

Respecto de Inglaterra, he aquí una simple noticia del alcance de la miseria en el invierno de 1909: La situación de una gran parte del proletariado inglés y especialmente londinense es en extremo dolorosa hace ya tres meses. Muchos años hacía que el número de *unemployed*s se cuentan por millares.

A pesar de tanta miseria, esa masa hambrienta soporta el hambre con paciencia y sin el menor ataque a la propiedad, y eso que para colmo de pena, la niebla espesa, el *fog*, ha sumido a la ciudad en una oscuridad completa.

En Irlanda se siente igualmente la miseria.

Refiriéndose a Francia dice Henri Dagan:

Suponemos que mañana una ley autorizara en París la esclavitud.

¿Qué sucedería? Que multitud inmensa de obreros, sus hijos y no pocos obreros se precipitarían en la esclavitud, en tanto que los patronos se negarían enérgicamente a convertirse en amos.

¿Obedecería la negativa patronal a sentimientos bondadosos?

Antes de responder téngase en cuenta que el esclavo cuesta más que el obrero. Hay en París más de cien mil obreras que ganan menos de 2.50 francos diarios, y ha de pensarse en que el sustento mínimo de la obrera esclava costaría mucho más, como que ha de contarse con la crisis de trabajo y con el interés que ha de tener el amo por la salud de sus esclavas, mientras que siendo patrón se tiene a su disposición el jornalero, que equivale al esclavo, sin los riesgos, pérdidas ni cuidados propios del amo. Además puede el patrón ser socio de la Sociedad para la abolición de la esclavitud en las colonias y hasta puede ser demócrata y republicano sobre los beneficios de la libertad y del progreso.

José Echegaray, en un artículo que ha recorrido la prensa en cada 1º de mayo de veinte años a esta parte y que puede ser para los burgueses lo que es la epístola de San Pablo para los cristianos, ha dicho:

«La humanidad progresa por el *trabajo*; el *trabajo* es el eterno obrero de la civilización: cuanto *es* llega a *ser* por una *acción activa y trabajadora*, tres palabras que encierran la misma idea».

Perfectamente; bien pensado y bien dicho. Continúa:

«Todo ser humano que merezca el nombre de tal, será *obrero* de algo, grande o pequeño, modesto o sublime, según su fuerza creadora o transformadora».

Si hubiera añadido: será *obrero* de algo *bueno* o *malo*, podríamos aceptar el pensamiento; porque la verdad hay seres humanos que, por su ingenio en aprovechar el mecanismo de la explotación, han sido *obreros* de su fortuna a costa de la esclavitud, de la miseria y de la muerte de muchos trabajadores, y otros que, al servicio de la autoridad del dogma, son *obreros* de la tiranía, de la ignorancia y del sufrimiento de sus semejantes. Y sigue:

«¡Cómo ha de ser el *capital*, ni el monstruo, ni el tirano, ni el vampiro, si es, en el orden físico del trabajo y de la producción, el único redentor del obrero y del hombre!».

Bien dicho si no abusara de la ambigüedad de la palabra y sólo se refiriera al *capital* pero no refiriéndose al *capitalista*, a quien convienen perfectamente los calificativos de *monstruo*, *tirano* y *vampiro*. Y añade:

«Si de la noche a la mañana, por arte de magia, se duplicaran, se triplicaran todos los capitales de la tierra, ¡cómo se duplicaría y triplicaría el bienestar del obrero! Esta sí que sería la inmediata solución del problema social: los salarios altos, la reducción de horas, la instrucción del obrero, su descanso, su vejez tranquila, su vida moral más y más dilatada por horizontes hoy inaccesibles. Si corrieran, no dos capitalistas tras un obrero, sino veinte o treinta tras el último peón para que llevara una carretilla de tierra, ¡cómo entonces el humilde peón impondría la ley, no por su fuerza física o por la intervención absurda de otras fuerzas que el Estado le prestara, sino por la fuerza de su derecho y por la ley de la naturaleza!»

Sofisma puro, negación de los hechos patentes, error análogo al sustentado por el sabio de la antigüedad que consideraba posible la libertad de los esclavos cuando el trabajo se hiciera en las condiciones que hoy lo efectúan las máquinas; error agravado por el hecho de persistir en él, a pesar de que la grandiosa aplicación de la mecánica a la producción ha aumentado la mísera condición de los trabajadores; cuando se ha llegado a declarar en Francia que en aquella república sobran cinco o seis millones de trabajadores; cuando en Portugal, España e Italia aumenta extraordinariamente la emigración.

Es innegable la triste afirmación de Haeckel: «Comparados a nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en estado de barbarie».

Y siendo esto así, el atomismo social, como dice Azcárate, o el antagonismo de los intereses o, si se quiere, el dualismo social, causante de las revoluciones pasadas, reaparecerá rejuvenecido tras las revoluciones futuras, mientras, como establece la legislación de todas las naciones, el propietario de un terreno sea dueño de su superficie, y de lo que está debajo de ella, pueda hacer o mandar hacer las obras, plantaciones y excavaciones que quiera, y, por accesión, se apropie todo lo que el terreno apropiado produzca o se le una o incorpore natural o artificialmente; porque, a consecuencia de esa apropiación, los no propietarios han de quedar reducidos a la forzosa condición de trabajadores, esclavos o jornaleros, al servicio de los propietarios.

De ese modo, mientras la legislación establece, con injusticia manifiesta, este absurdo: «Todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario», el no propietario, el desheredado, queda sumergido para siempre en el abismo de la explotación y de la miseria.

¿Cómo no ha de haber atomismo, divergencia, antagonismo y odio entre hombres colocados en posiciones tan diametralmente opuestas?

Por eso, a pesar del ámense los unos a los otros, fracasó el cristianismo, religión que en sus diversas sectas vive hoy por atavismo y por la protección de los Estados.

Por lo mismo está en pleno fracaso la democracia que ve imposible la libertad, igualdad y fraternidad entre ciudadanos millonarios y ciudadanos obreros, y reimposible con los *unemployed*s con los que ya cobraron su último jornal, con los que los modernos Estados democratizados consideran y tratan como excedentes, con los que, como se dice vulgarmente, no tienen tras de qué caerse muertos, tras el quinto estado que ensalza Gorki, semejando el grito de la conciencia que pregunta a Caín ¿qué has hecho de tu hermano Abel?

EL SOCIALISMO PROLETARIO

Creo poder escribir en justicia ese título, ya que hay quien habla de socialismo científico, de socialismo práctico y aun de otras clases más, no como derivaciones y especialidades para fortalecer un tronco común, sino como sectas enemigas que se excomulgan unas a otras.

Para mí el Socialismo Proletario es eso que para Azcárate constituye una excepción progresiva frente al estancamiento del derecho privado; eso que llama «lucubraciones socialistas», trabajo intelectual moderno realizado por los trabajadores de todo el mundo en el seno de sus agrupaciones; lo que no han hecho por no poder, por no saber o por no querer las clases superiores, es tal vez el impulso más poderoso dado para la creación de la sociología.

Los naturalistas en sus diversas subdivisiones científicas habían dado con la unidad de la substancia universal; los astrónomos, los geógrafos y los viajeros habían descubierto la unidad material del planeta; los filósofos de la revolución establecieron la unidad del derecho político en la entidad ciudadano; los internacionales descubrieron la unidad social en el productor.

El hombre es hijo de la sociedad; es indudable que el primer paso que dio el animal inferior para salir de la animalidad hubo de ser un acto social, un pacto inspirado por la necesidad a dos impotentes individuales que por la asociación se volvieron poderosos.

Es posible que el pacto efímero realizado para un caso concreto, para una necesidad determinada, inspirara la idea de prolongarle para necesidades y casos sucesivos, lo que podría considerarse como primer indicio de la organización del trabajo, a que las costumbres darían estabilidad.

El hombre se iniciaría en la vida social como progresista y conservador a la vez.

Como progresista, crearía la sociedad, por cuyo medio suplió su impotencia con la ayuda mutua y la solidaridad, en que alternativamente sería y paciente.

Como conservador, temeroso de perder los beneficios de la sociedad, procuraría conservarla en sus primitivos principios y formas, que creería consubstanciales con la sociedad misma.

Claro es que como obra primera, falta de observación, de experiencia y de juicio, el primer bosquejo social habría de resultar deficiente, aunque por lo mismo que respondería a necesidades esenciales y directas habría de tener eficacia inmediata. Así necesidades nuevas exigirían ampliaciones y reformas que se harían sin afectar a los principios fundamentales establecidos.

Y sucedería que en lo tocante a las reformas se avanzaría más rápidamente que en los principios. Tan posible en esa suposición, de tal modo se conforma con los hechos históricos, que todavía se ofrece como demostración la comparación citada de Azcárate entre el progreso del derecho público y el estancamiento del derecho privado.

Con principios defectuosos que para hacerles inmutables se simbolizaron en las religiones, claro es que el movimiento que había de darles vitalidad y su consiguiente progreso habría de ser de una lentitud desesperante. Como es natural, las reformas sucesivas no podrían seguir la línea racional progresiva por la influencia antiprogresiva de los principios, y el progreso habría de resultar necesariamente una desviación, como cuerpo arrastrado, no por una fuerza única en determinado sentido, sino como movido por dos fuerzas, una mayor y otra menor en sentido diferente.

Así se ha llegado a constituir una unidad fuera de su verdadero asiento, apartada de las más elementales nociones de economía llegándose hasta el absurdo de cambiar los términos, dando lugar a que se entienda que el hombre es lo secundario y la sociedad lo principal, que el hombre se ha hecho para la sociedad, no la sociedad para el hombre.

Así se ha justificado este bello y enérgico apóstrofe de Pi y Margall:

«La sociedad establecida para hacer respetar el derecho de todos está en el deber de obligarme a respetarle. Mas, que tomando este deber por pretexto, no venga nunca la sociedad y diga: Tienes el derecho, pero no puedes ejercerlo mientras no hayas cultivado tu entendimiento o me pagues un tributo, porque me creeré entonces con la facultad de contestarte: ¿Quién eres tú para

impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado para que me defiendas y no para que los coartes; ve y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada».

Si el concepto de la universalidad y de la inmanencia del derecho humano hubiera podido descender desde las alturas del pensamiento en que se halla por el monopolio universitario hasta penetrar, por medio de la enseñanza racionalista, en las costumbres y en las instituciones hasta formar atavismo, como por ley de evolución progresiva ha de suceder; si la ciencia no se hubiera adquirido y no se adquiriera aún hoy como un privilegio, y fuera puesta al alcance de todo el mundo por un sistema racional de enseñanza, para que tuviera la debida aplicación social práctica y directa, fomentada por las aptitudes individuales; si el privilegio no se sirviera de la ciencia para aumentar sus beneficios, para gozar más y para extremar la opresión de los desheredados, el problema social no existiría o sería de facilísima solución; no siendo así, el tal problema es un verdadero conflicto social.

Y lo es, y no puede menos de serlo, porque ese proletariado internacional, cada vez más consciente y más potente, que agita al mundo combatiendo al capitalismo; que desdeña los vanos derechos políticos, incapaces de concederle siquiera la libertad de morir de hambre frente al Capitolio de Washington en un momento de debilidad pesimista; que no se amasa en los partidos políticos burgueses, ni siquiera en los partidos socialistas dirigidos por jefes que, aunque de procedencia obrera, son burgueses de intención con indeclarables miras utilitarias, va en línea recta a la desvinculación de la propiedad, a la socialización de los medios de producción y de cambio y a la participación directa en el patrimonio universal, despreciando ficciones democráticas y halagos político-radicales, harto ya de apariencias brillantes que encubren mentiras desvergonzadas, desengaños desesperados y miserias positivas, porque quiere la substancia de las cosas, y no sólo protesta con su razón contra todo engaño, sino que tampoco se conforma con dejar en paz a los cándidos trabajadores políticos que siguen confiadamente a los caudillos socialistas o republicanos.

Con orgullo puede decirse que si existe una ciencia que desde la infancia de la humanidad hasta nuestros días se recluyó en el templo, en el convento o en la universidad, reservando a sus favorecidos la explicación de los fenómenos naturales, el conocimiento de la historia, el análisis de las fuerzas físicas, para

dar a los desheredados mitos para atrofiar su inteligencia, leyes para oprimir su libertad y falsa moral y supersticiones para embrutecerlos, el proletariado moderno, hijo de la Internacional, va adquiriendo una ciencia igualitaria y justiciera que le capacita como elemento excepcionalmente activo para la formación de la sociedad futura, donde obtendrá la humanidad las satisfacciones inefables de la justicia, las dulces emociones de la belleza y la contemplación de esa verdad desnuda que se ocultó siempre bajo las fealdades de las formas exotéricas.

Sí, así es el Socialismo Proletario, esencialmente diferente de todo socialismo de programa o etiqueta, de esos socialismos que sólo sirven de pretexto a mangoneadores de colectividades obreras o de reclamo electoral.

El Socialismo Proletario, desde los orígenes de la Asociación Internacional de Trabajadores, viene constituyendo una ciencia obrera, que toma de la ciencia en general lo que aun contiene libre de sofismas utilizados por toda suerte de privilegiados, y con criterio despreocupado agrupa conocimientos que sirven para beneficiar a todos los hombres, y para impedir que los mixtificadores puedan privar a los trabajadores de sus derechos naturales y arrebatárles el fruto de su trabajo.

Discuten aún los sabios si hay o no un criterio de verdad, y los trabajadores, para adquirir la verdad con el brillante prestigio de la evidencia, tenemos un criterio de justicia que los privilegiados no pueden tener sino cuando por excepción reniegan del privilegio, le abandonan y le desprecian.

De los privilegiados puede decirse, no ya «donde está tu tesoro está tu corazón», sino que su tesoro inspira su entendimiento, y si no precisamente su tesoro, sus comodidades, su fama, sus preocupaciones, su atavismo, la blanda y suave huata con que rodean su cuerpo para atenuar cobardemente los choques y los encontrones de la realidad de la vida social.

Los trabajadores, por el contrario, partiendo del principio de que de hombre a hombre va cero, negamos todas las distinciones y diferencias artificiales que fundó la ignorancia y perpetuó la malicia, y en esa negación va envuelta toda cosmogonía, toda teología, toda filosofía, toda legislación, toda política que contradiga esta norma social de justicia: «No hay deberes sin derechos, no hay derechos sin deberes».

Negación fecundísima, fuente de vida, criterio de verdad, de belleza y de justicia, principio dignificador de rebeldía y germen vivo de una sociedad justificada en que cada hombre y cada mujer, desde la infancia hasta la ancianidad, darán de sí todo el fruto de inteligencia y de actividad que por su naturaleza les corresponde, sin freno ni cortapisa, libre y espontáneamente.

Para terminar:

Perdone el señor Azcárate mi equivocada interpretación de la frase: «*El poseedor romano es inmortal*».

Yo no había leído su discurso íntegro, y no podía saber que, en lugar de haber sido tomada en su sentido recto y absoluto, como ha de tomarla todo el que hable nuestro idioma y la lea suelta, significaba no más de una idea relativa dependiente de determinada circunstancia.

Ahora veo que el poseedor romano no es inmortal, sino que se admite que vivirá hasta que el derecho privado, retrasada nada menos que dos siglos que representan dos evoluciones en la legislación, avance hasta ponerse al paso con el derecho público.

He ahí anunciado para un plazo fijo -como ha de considerarse el término evolutivo de la usurpación de la riqueza social-, la reconstitución de la sociedad sobre las indestructibles bases de la ciencia social.

CAPÍTULO IX

CRITERIO LIBERTARIO

EXPOSICIÓN PRELIMINAR

La palabra *criterio* es de aquella que tienen la mala fortuna de ser repetidas y aplicadas con escasa exactitud, debido a dos causas graves de transcendencia social: una, lo imperfecto de nuestro lenguaje, susceptible y necesitado de reformas, y otra, la hipocresía dominante, que obliga a las gentes a aparentar más saber que el que realmente poseen y una elevación moral de la que se hallan distantes.

Por etimología, parece que *criterio* significa en griego el acto de juzgar; para la generalidad representa la característica especial del modo de juzgar de una colectividad con pensamiento común o de un individuo.

Claro es que no debiera de haber más que un modo único de juzgar, porque las cosas, lo mismo que las abstracciones, son en sí idénticas a sí mismas, y no varían porque se les juzgue bien o mal.

Considérese el fárrago inmenso de escritura que constituye la teología, para sacar en limpio la afirmación concreta de que «Dios es el bien», a la que un pensador célebre, como resumen de las doctrinas filosóficas, opuso esta otra: «Dios es el mal», afirmaciones ambas resultado de criterios opuestos, cada uno fundado en una lógica con apariencias irrefutables.

Se ve, pues, claramente que hay criterios diferentes, según el orden de ideas en que, por preocupación o por interés, se hallen las colectividades y los individuos, y que sólo puede prevalecer el criterio que, sustentando sus conclusiones sobre bases perfectamente racionales, demuestre la inconsistencia de los criterios que terminan en conclusiones contrarias. Únicamente al conjuro de ese criterio, la verdad, solicitada con ansia

vehemente, se manifiesta con docilidad resplandeciente de evidencia, precursora de la justicia, generadora de placidez que inspira las más sublimes concepciones de la belleza.

El sentir, pensar y querer, trilogía que expresa la inmensa esfera de acción de las facultades humanas, ha de extenderse sin más limitación que la del propio poder, ayudada por el concurso solidario de la humanidad entera, sin trabas de ningún género, ni menos autoritarias.

Siendo el criterio, no un encadenamiento lógico de juicios perfectamente comprobados por la crítica, y admisible para todo el mundo, como debiera ser, sino el resultado de una lógica parcial, me coloco en esa parcialidad aparente, y presento también mi criterio propio, con el deseo de obtener con él la sanción de los anarquistas, por lo que, anticipando mi aspiración al resultado, le doy la denominación de *criterio libertario*.

Y entro en materia.

LA SITUACIÓN

Tenemos una humanidad degenerada, deformada, atrofiada, moralmente anquilosada por causas que radican en tiempos anteriores, muy anteriores a la época presente.

En esta gran colectividad sobresalen los eminentes, quienes, en vez de remediar nuestros males, fortalecen sus causas: quién remienda la religión, quién la monarquía, quién moderniza el principio de autoridad con estériles novedades democráticas, quién pretende reglamentar la vida con una legislación que abarque todos y cada uno de sus actos... Si a lo menos esas gentes no ejercieran el magisterio, serían rutinarios y reaccionarios a secas; pero, metidos a maestros, son ciegos, guías de ciegos, como dice gráficamente el Evangelio.

Vivimos en una sociedad, y la sociedad, como complemento del individuo, es imperecedera.

Reunidos los humanos, y en posesión de los infinitos tesoros contenidos en la tierra, en los mares y en el espacio, desarrollan y aplican sus diversas aptitudes y, creando y descubriendo la infinita variedad de productos y de leyes naturales que constituyen el grandioso conjunto de la ciencia, del arte y de la industria en sus múltiples manifestaciones, crean un capital social más que suficiente para nada faltar y puedan gozar sin tasa todas y todos de todo.

Este concepto de la sociedad, sencillo como un axioma, puro como el primer pensamiento brotado en una inteligencia inocente, práctico como expresión exacta de la economía, sublime como la fórmula que contiene la justicia absoluta, fue negado por los ambiciosos y los soberbios, y de esa negación surgió el caudillo, el soberano, el legislador, el sacerdote, el propietario, y, en representación de tanto usurpador, el Estado, entidad maldita que arrebató a los individuos su derecho inmanente e inalienable, sujetándolos a un supuesto derecho escrito en códigos arbitrarios por los que se obliga al productor libre y digno a vivir sometido al holgazán tiránico y vil.

Llevar la primitiva concepción de la sociedad a la práctica, limpiarla de la infección estatista, conseguir que, a cambio de la contribución individual en la producción, gocen todas y todos de los productos sociales y de los bienes naturales, cuidando paternal, fraternal y filialmente, como formando familia universal, de los niños, de los enfermos y de los ancianos, sin ceder nada a parásitos sistemáticos, tal es la verdadera, la única obra revolucionaria encaminada a la realización de esa concepción ideal.

Justificar el Estado es tarea ingrata, imposible; tanto valdría empeñarse en hacer higiénica y habitable una asquerosa cloaca teniendo libre acceso al bosque, a la madera, a la montaña, al río, al mar.

Dejemos esa tarea a los que por malicia o por ignorancia sostienen y propagan el Estado monárquico, el Estado republicano y aun el Estado obrero, y consideremos que vegetamos en una civilización ridículamente fracasada: dos grandes vías de consoladora esperanza consigna la historia, abiertas como para producir una especie de desagüe en el estancamiento mortífero del antiquísimo privilegio, con veinte siglos de fecha la primera y poco más de uno la segunda, y las dos han degenerado en reproducción del mismo mal que pretendían evitar. El cristianismo, la primera, reacción contra el judaísmo, renovación de la antigua mitología y consuelo de los desheredados de la época, se convirtió en ese catolicismo que, después de haber alcanzado su apogeo con el odioso Tribunal de la Fe, vemos agonizar en medio de una corrupción idéntica a la que justificó el proselitismo entusiasta de sus primeros tiempos. La democracia, la segunda, hija del libre examen y de la protesta contra la tiranía teocrática, autocrática y aristocrática, renovación del antiguo consuelo cristiano perdido en la decepción católica, ha visto las grandes concepciones de los enciclopedistas, los ensueños edénicos de los publicistas de la revolución y de los oradores de los clubs y de la Convención, lo mismo que las utopías comunistas de la primera mitad del siglo pasado, convertidas en esta repugnante realidad burguesa que nos chupa, oprime y ahoga como inmenso y asqueroso pulpo, teniéndonos hoy entre sus tentáculos tan estrujados como nuestros antepasados los siervos de la gleba y los esclavos de la ergástula.

Colma la indignidad y el ridículo del fracaso la consideración del desbarajuste intelectual dominante. Contra todo el conjunto, que no sistema, de aberraciones teogónicas, míticas y místicas de lo pasado, que nadie cree por absurdo, pero que se finge creer porque aun no ha llegado la moda definitiva

de declararlo abolido, viene la ciencia y manifiesta con evidencia absoluta la unidad, la incredulidad, la indestructibilidad y consiguiente eternidad de la materia, y esto, que es claro como la luz del día, se acepta por un lado mientras al mismo tiempo se va a misa, se bautizan criaturas, se pone el amor bajo el ritual de los célibes que, como el cuco de la canción popular, ponen el huevo en nido ajeno, y se hace una amalgama de Moisés y de Darwin, que sería digna de una casa de orates si los locos razonadores que sustentan no fueran unos tunantes redomados que ponen su asquerosa sensualidad sobre la conciencia, la razón y el honor.

Pues si así andamos respecto de la verdad con la religión y la ciencia, otro tanto sucede acerca de la justicia con la sociedad y el derecho.

Los que sobre las ruinas de las antiguas *cracias* inventan nuevas mixtificaciones autoritarias; los usufructuarios de la riqueza, de que desposeyeron a los antiguos usurpadores, convertidos en usurpadores modernos; los que con miras utilitarias presentan al pueblo el señuelo de la democracia y de la república, pertenecen a la clasificación de los fracasados: su libertad es una promesa ilusoria positivamente sometida a la autoridad; su igualdad se halla simbolizada en el hecho de considerar como unidad política para el cumplimiento de los deberes y el goce de los derechos al ciudadano, como si con decir que todos somos electores y elegibles, fueran iguales, por ejemplo, el infeliz campesino andaluz y el propietario de uno de aquellos inmensos latifundios de Andalucía.

Tal es el cuadro que de la situación de la humanidad sometida a la sociedad presente, al Estado y a la civilización moderna, forma el criterio libertario.

DOCTRINA RACIONAL Y OPOSICIÓN AUTORITARIA

Parangonando ahora el cuadro expuesto con la exposición sumaria, pero fundamental, de los principios libertarios, tenemos que, en ese Estado que se ha sobrepuesto a la Sociedad, consigna el código la propiedad en la forma que actualmente está constituida; pero no puede aceptarse por aquella idea de justicia que por definición da a cada uno lo que es debido.

Resulta, pues, un antagonismo entre el hecho y el derecho, que entraña por una parte el ataque y por otra la resistencia, y que da origen, por natural consecuencia, a penosa crisis, que ha de resolver en su día una revolución violenta, como resultado de una evolución comprimida que formará época en los anales del progreso.

Este antagonismo se halla representado en la vida social por dos agrupaciones distintas y perfectamente deslindadas, que tienen preocupaciones, ideas e intereses diferentes y opuestos.

Una de dichas agrupaciones se halla en posesión de la tierra, del capital, de los grandes instrumentos de trabajo, de la ciencia, y de la autoridad; es decir, posee, sabe y manda.

La otra vive al día, no tiene más medio de subsistencia que el trabajo asalariado, sólo recibe la instrucción primaria (y eso casi únicamente en los grandes centros de población), vegeta en medio de las mayores privaciones; es decir, no posee, ignora y obedece.

En oposición con ese hecho social se hallan estas consideraciones de perfecta justicia.

La tierra, el aire, la luz, productos naturales anteriores del hombre, y, por consiguiente, anteriores a la sociedad, no pueden vincularse en una persona, en una familia o en una categoría de personas.

El capital, trabajo producido, en cuya producción pueden intervenir diversos factores, no puede considerarse como la propiedad exclusiva de una persona, de una familia o de una clase.

La ciencia, producto de la observación, del estudio y de la metodización de todas las generaciones que nos han precedido, no puede constituir el patrimonio exclusivo de los poseedores del capital.

Los grandes instrumentos de trabajo, aplicación de la ciencia a la producción, no deben ser propiedad exclusiva de un gran acaparador, ni tampoco de una sociedad de capitalistas.

El dinero, representación del trabajo, poseído por el explotador holgazán, no puede dar exclusivo derecho de goce.

El desconocimiento de estas sencillas nociones ha producido las dos agrupaciones indicadas, debiendo considerarse la primera como monopolizadora y expoliadora, y la otra como despojada y desheredada.

Monopolizadora y expoliadora, porque atesora riquezas que no produce y se reserva los medios de continuar indefinidamente el mismo monopolio, la misma expoliación.

Despojada y desheredada, porque constituyendo la tierra, el capital, la ciencia y los grandes instrumentos de trabajo un patrimonio universal, sólo participa de él una clase constituida en mayorazgo, especie de *hereu* social, privando de la justa participación a todos los trabajadores.

Tal es el hecho que se ha querido revestir de la autoridad de derecho y que los legistas y no pocos economistas presentan como dogma social.

Para conservar ese dogma se ha inventado el *orden*, que en la jerga política significa quietismo, sufrimiento paciente de la iniquidad sin protesta ni rebeldía.

Buscando en el Diccionario de la Academia, penúltima edición, no se encuentra la acepción política de la palabra *orden*, siendo las acepciones principales estas: «colocación de las cosas en el lugar que les corresponde; concierto,

buena disposición de las cosas entre sí», que, como se ve, se refieren únicamente a las cosas, no a las personas, por lo que, sin duda, la interpretación más adecuada de aquella palabra aplicada al tecnicismo político es la contenida en aquel famoso parte de un general sanguinario: «el orden reina en Varsovia».

El orden es inalterable: reina siempre, aun en lo que se llama desorden, en lo moral como en lo físico. Si un hombre daña a otro con una acción infame, natural es y está en orden, aunque el Evangelio mande presentar la otra mejilla, que el perjudicado sienta odio y, según los casos, llegue hasta la venganza. Lo contrario se produce si se trata de una acción buena. Si la imprevisión inspira la construcción de una casa al pie de una colina coronada por enorme peñasco inestable, si la rutina la conserva y un día el peñasco se desprende y arruina la casa y aplasta la familia, resultará que se habrán cumplido las leyes naturales con el orden más perfecto, porque la estática, aquella parte de la mecánica que trata del equilibrio de los cuerpos, no se detiene por el sentimentalismo ante las desdichas de los ignorantes ni de los perezosos, sino que castiga con el incidente imprevisto a quienquiera que se le ponga delante. Concretando: por el ruido y los flamantes reflejos de pasajero y amenazador motín se enteran los que pasan tranquilamente su vida sobre un sueño minado por furores revolucionarios, de que el proletariado se desespera, y de que aquí, allá o acullá se altera el orden, que se restablece al fin por la intervención de la autoridad con el apoyo de la fuerza pública.

Tonterías, convencionalismos, frases rancias y vacías de sentido, lo del mérito de esa intervención. Lo que sucede una vez más, es el cumplimiento invariable y ordenado de la relación de las causas con los efectos. Lo que hay de cierto en esto, es que el que se impresiona por los efectos sin conocer las causas, teniendo además el estúpido propósito de no querer conocerlas porque se imagina que las conoce ya, ve en un motín obrero, no algo así como el respiradero volcánico de un mar de fuego subterráneo, como es realidad, sino caso aislado que puede arreglarse con cuatro civiles y un cabo o con una astucia burguesa-gubernativa, y por lo mismo lamenta hipócritamente una intransigencia patronal, o censura con acritud las pretensiones que supone exageradas de los obreros, o aplaude como si fuera un juicio de Salomón la solución autoritaria impuesta por un gobernador. Todo eso sin considerar que, como escribió La Internacional y quedó como fórmula indestructible de soberana justicia, no hay deberes sin derechos ni derechos sin deberes, y, por

tanto, que anterior a todo conflicto y superior a los arreglos con que los conflictos suelen arreglarse, existe una condición suprema de orden que, o se desborda como un torrente desolador cuando la masa de las aguas excede de su cauce natural, o se desliza suave y tranquila como pacífico riachuelo que vivifica una comarca.

A pesar de esta evidencia, no hay medio de meter en la cabeza de ciertas gentes que en el antagonismo existente entre los capitalistas detentadores del patrimonio universal y los desheredados obreros, del cual son manifestaciones que ocurren en todo el mundo las huelgas de trabajadores, hay un conflicto generalizado y permanente que sólo puede arreglarse de una vez y para siempre con la revolución social, que expropie a los privilegiados detentadores de la riqueza pública y dé participación en la misma a los sistemáticamente desposeídos.

Claro es que solución tan equitativa como revolucionaria chocará contra la injusticia, hecha rutina y ley y además fuerza pública; pero esas cosas ni son eternas ni siquiera duraderas, y sobre todo se hallan en oposición con la tendencia justiciera del progreso, y sabido es que lo que al progreso se opone ha de ser arrollado.

No, y mil veces no; no consiste el orden en la ignorancia sistemática impuesta a los oprimidos y explotados, ni en las balas de los mausers, ni en los caballos de los civiles, ni en la tranca de los polizontes, ni en el bando de un general, ni en las rejas de una cárcel, ni en el bacalao del torturador, ni en el pelotón ejecutor, como creen ignorantes conservadores; el orden ideal, el que ansía construir los que sufren y el que ha de dominar al fin, consiste única y exclusivamente en la perfecta reciprocidad entre los derechos y los deberes, practicada y conservada de modo imperecedero en la sociedad.

FRACASO DE LA CIVILIZACIÓN AUTORITARIA

La verdad, la justicia y la belleza, tres grandes abstracciones de nuestro entendimiento, que constituyen la esencia de nuestro progreso, que aplican el móvil a la vez que el objetivo de nuestra evolución, son grandes bienes que el hombre ansía y que están contenidos en la naturaleza, como la estatua típica de la hermosura lo está en el bloque de piedra bruta que el artista descubre con el cincel.

Para descubrir bienes tan inmensos se necesita el concurso de todos los humanos, hombres y mujeres, civilizados y salvajes; no exclusivamente de los hombres monopolizadores de ventajas en contra de la mujer, la cual, si ha quedado rezagada, es porque los hombres monopolizaron la industria legislativa; no de los civilizados, porque si aparecen superiores a los salvajes, no se debe a superior moralidad, sino a que so pretexto de civilización superior escamotean la libertad de los cándidos primitivos a cambio de cascabeles y de cuentas de vidrio, imponiéndoles después aventureros, frailes, virreyes, capitanes generales y burgueses, todos han de contribuir al grande, al necesario descubrimiento que a todos los humanos, sin distinción de sexo, raza ni nacionalidad, ha de poner en concordancia perfectamente armónica la naturaleza con nuestra moralidad y con nuestros sentimientos.

Hay que romper de una vez y para siempre con la tradición mesiánica; hay que declarar definitivamente que todo mesías es un impostor, es un enemigo. Individuo o colectividad social o doctrinaria que ofrezca salvar o redimir al que o a los que sufren, mediante condiciones de limitación de la libertad absoluta del individuo, inmanente en el individuo y consubstancial con el individuo, miente, es un tirano encubierto, sea cualquiera su nombre o la denominación que adopte.

Todo mesías, todo redentor defrauda sin excepción las esperanzas suscitadas y degenera en dictador o en fundador de una secta, originando esas rémoras constantes del progreso, por las cuales la evolución progresiva es una constante y sangrienta lucha en vez de ser una marcha normal y pacífica que de perfección en perfección nos condujera a la meta suspirada.

Respecto a las clases sociales y aún de entidades sectarias, no hay que olvidar que, si bien es cierto que de todas han salido nobles y generosos altruistas, los individuos procedentes de las superiores han tenido que sufrir grandes luchas hasta que, por fin, han sido excomulgados y desheredados de la agrupación, quedando como esos proletarios de sangre azul y aun de regia extirpe que viven trabajando a jornal o a destajo; porque las clases privilegiadas, las directoras, como tales clases privilegiadas, son, han sido, no pueden menos de ser estacionarias y retrógradas, y únicamente la oprimida es progresiva y revolucionaria, y en cuanto a las entidades sectarias no han podido jamás desmentir ni una palabra de sus dogmas, baluarte firme de los intereses de sus definidores.

He aquí dos ejemplos que valen por un resumen histórico que confirma plenamente mi afirmación:

- 1º. El cristianismo, amoroso en las agapas, comunista en sus iglesias, humilde y altruista en las catacumbas y ante el sufrimiento, y fuerte hasta el más sublime heroísmo en los martirios que le impusieron los tiranos, se convirtió en ese catolicismo cuyo símbolo es la Inquisición y cuyos representantes más caracterizados en el día son los hijos de Loyola.
- 2º. La burguesía, salida por la cierta selección del proletariado adscrito a la gleba feudal y de los gremios con que el absolutismo de los reyes protegió a los siervos emancipados, contribuyó poderosa y eficazmente a la vida de los renacientes municipios, impulsó la rebeldía de la Reforma, dio sabios y grandes artistas al Renacimiento, atrevidos navegantes exploradores a la gran falange de hombres que después de Colón se empeñaron en hacer el inventario de nuestro globo; obra suya es la Enciclopedia; por ella se llamó al siglo XVIII el siglo de la filosofía; ella impulsó la revolución francesa y formuló la declaración de los derechos del hombre; parecía destinada a reducir a unidad científica precursora de la igualdad social la antigua división de la doctrina en *esotérica* (interior, privilegiada), y *exotérica* (exterior o mitológica, buena para los desheredados), pero allí se estancó, no pudo pasar adelante y acabó como entidad progresiva. Inútil que Proudhon la excitara a empuñar la bandera del progreso, que abandonó para coger el látigo capitalista.

El momento es solemne: vivimos en pleno fracaso: la actual civilización, lejos de ser molde definitivo para la forma de la sociedad humana, es un mal

recipiente donde aquélla se atrofia o se desborda; no sirve para retroceder, para quedar en reposo ni para avanzar.

Suponiendo que siempre hubiéramos de vivir sujetos a una *cracia*, o sea a una clase de poder, a un régimen político que diera forma a un Estado dentro de una nación, no podemos retroceder: lo que existe, obra del tiempo, producto de una serie de años durante la cual fuerzas humanas determinadas han elaborado en determinado sentido, no puede anularse, como puede dejar de haber sido el tiempo que ya transcurrió; ni tampoco es posible que reyes, nobleza, clero y burguesía, degenerados por el abuso del privilegio, víctimas del germen destructor que la desigualdad inoculara a sus preferidos y que les impulsa a la pendiente por la que ruedan hasta el abismo, inspiren confianza a nadie, ni ocupen el poder, ni ejerciten el mando sin protesta, concreción del descontento murmurador, que se convierte en rebeldía latente y por último en explosión revolucionaria.

Dentro de la misma suposición no podemos progresar: las naciones, los Estados, esa misma *cracia* bajo cualquiera de sus formas, son un obstáculo pacíficamente insuperable, vencieron únicamente por la desobediencia y por la acción facciosa de los obligados a protestar; las clases privilegiadas que bajo esas *cracias* se cobijan lo tienen jurado: una patria, un poder, una riqueza social, tanta para sí, con la sanción de su dios, que dice que siempre ha de haber pobres en el mundo; de su ley, que les castiga como ladrones, si dan un paso a derecha o izquierda dentro de sus tierras apropiadas que bordean los caminos; de su ciencia, que sostiene que los fuertes y los bien dotados, es decir, los poseedores (*beati posidentis*, como decía Bismark), están llamados a prevalecer sobre los pobres, los ignorantes, los débiles, los mal dotados.

Es más: en la *cracia*, en toda *cracia*, se considera el progreso como criminal: la Iglesia lo condena por herético; la academia, por utópico; la burguesía en general, por perturbador. Parodiando los tres infusorios de Bartrina, esas tres entidades, en su alta sabiduría, han acordado que no hay más allá fuera de la infecta y microscópica gota de agua que les contiene.

Non possumus, dicen como dogma culminante los poseedores y los aspirantes a la posesión, y como único objeto del movimiento social, sueñan con inútiles cambios de postura, suficientes no más para satisfacción de ambiciones personales, y a los que aspiran a la nivelación de las condiciones, a la

universalización del derecho y a la participación incondicional del patrimonio universal, única aspiración racional y eminentemente progresiva, les cierran el paso con leyes *scélérates*, como en la Francia republicana; ley de residencia, como en la República Argentina; ley de expulsión de extranjeros, como la que ha puesto en práctica Suiza, república mojigata que da cargas contra sus huelguistas, admite con agasajo a los extranjeros ricos y expulsa a los pobres; ley de inmigración, como la elaborada por la república federal de Washington, la que se ha llamado república modelo, república tocinera, república de los *trusts*; leyes malvadas, leyes excepcionales, leyes tiránicas (monárquicas o republicanas), y con persecuciones que dejarán sangriento recuerdo en la historia.

Contra todos los partidarios de la posesión detentada, contra todos los que de todas las fuerzas sociales extraen substancia para formar la materia que legisla, dogmatiza, juzga, castiga, vigila, tiraniza y explota sistemáticamente, constituyendo el supremo guindilla llamado Estado, que señala arbitrario límite al progreso, está el criterio libertario... que, dejando al lado opuesto lo mismo a los que aspiran a gobernar con blusa que a los que gobiernan con púrpura, dice a los pobres despojados: no los creas y repite el *Homo sibi Deus* de Pí y Margall, que ningún republicano federal es capaz hoy de suscribir con sincera eficacia: «El hombre es para sí su realidad, su derecho, su mundo, su fin, su dios, su todo... el hombre es soberano, *todos los hombres son ingobernables; todo poder es un absurdo; todo hombre que extiende la mano sobre otro hombre, es un tirano, es un sacrílego*».

Harto sé que, teniendo la vista fija en el ideal, se corre el peligro de desperdiciar ciertos beneficios individuales, y por añadidura se incurre en ciertos peligros, y si a uno se le presenta el egoísmo recordándole que tiene estómago exigente y una piel delicada, y que las buenas comidas y la buena cama son preferidas al rancho y al petate carcelario, y da oído a la tentación, es hombre al agua, o si se quiere, hombre de orden; pero si desatiende la expresión de lo mezquino para sublimizar el goce, poniéndole en la satisfacción íntima de la conciencia o en la participación común y universal en fraternidad aun con esos enemigos de hoy, ese goce es más positivo, más intenso, más duradero.

Para facilitar al lector ese goce, para solicitar su concurso en la obra de progreso, para evitar que caminando hacia el ideal emancipador se pierda el

tiempo ante las distracciones del camino, presento la negación ácrata: también los ácratas tenemos un *non possumus*, pero el nuestro, me propongo demostrarlo hasta la evidencia, es perfectamente racional.

No podemos aceptar la escala del posibilismo o del oportunismo político-burgués, y para ello expondré esta razón solemnemente fundamental: entre todas y cada una de las infinitas formas del error y de la verdad única, no hay gradación posible, no hay más que un *no* rotundo, enérgico, aplastante, gloriosamente anarquista, que mira hacia atrás, o un *sí* ennoblecido por el pensamiento, hermoseado por el arte, santificado por el sufrimiento, las lágrimas y la sangre de los mártires que mira a lo porvenir.

No, por ejemplo, decía Colón a los santos errores genesíacos, a las teorías de Ptolomeo y a la preocupación dominante.

Para contrarrestarle, respondía la Junta de Salamanca, contestando a Colón: lo dicen las santas escrituras, y es artículo de fe y condición esencial de salvación o de condenación eterna.

Dicen por ahí que con negociaciones no puede edificarse nada, y repiten como aforismo indestructible este pensamiento de Dantón: «No se destruye sino lo que se reemplaza». ¡Vana palabrería! Con la misma o quizá con mayor razón puede retrocederse el argumento y decir: «No se reemplaza sino lo que se destruye». Lo cierto es que un *no* herético, personificado en Lucero, cerró el triste período histórico denominado la Edad Media y abrió paso al Renacimiento, y eso antes que la Reforma hubiera formulado con qué había de sustituir el maléfico poderío católico; un *no* revolucionario, representado por la guillotina, puso término al absolutismo real en medio de conmociones terroríficas y demagógicas, cuando aun distaba mucho de existir en condiciones viables ese parlamentarismo burgués que, en monarquías y repúblicas, llena el mundo con la pestilencia de la corrupción que ha hecho germinar en la humanidad. Del mismo modo el *no* anarquista pone su veto al privilegio, diciendo «de aquí no pasarás», y conteniéndole positivamente para dar lugar al *sí* libertario, que ha de formarse, y reclamo su atención a la declaración siguiente, que quiere hacer por mi propia cuenta, porque quiero pasar por un hombre de razón, no por un sectario, y digo que el *sí* libertario ha de formarse, no por obra exclusiva de los anarquistas, sino por la inteligencia

libre, por la voluntad regenerada, por el sentimiento de lo bello, por el concurso general de la humanidad emancipada.

¡Ah! ¡Qué obra tan grande llevamos entre manos y qué escasos son para ella nuestros recursos individuales! Pero esta consideración verdadera y necesaria no ha de desanimarnos; no desanimará jamás a los buenos, a los que conocen y aman el ideal, a aquéllos a quienes la idea de justicia tocó en su cabeza y en su corazón, a los que saben jugarse el amor de una familia, las dulzuras de un hogar y la honorabilidad que concede el vulgo al que práctica la hombría de bien rutinaria, contra el odio de los ricos y de los poderosos, las amarguras e innumerables molestias del cautiverio y del desprecio consiguiente al sacrificio ignorado.

Ténganlo entendido, como una verdad que, aunque rudimentaria, es casi generalmente desconocida: *el progreso no es exclusivamente obra del tiempo y de la multitud, sino que ante todo es obra individual*. Sin el trabajo, la constancia y la abnegación del que concibió una iniciativa, perseveró en ella y renunció a cuanto de ella le apartara, ¿qué sería de esta civilización que nos encanta, sobre todo cuando la vemos en su aspecto de ostentación y de grandeza? Sabido es que un invento es resultado de una gran obra preparatoria, pero supriman con su imaginación la energía de un solo individuo en cada uno de los grandes descubrimientos, y tal vez a estas horas no tendríamos alfabeto, numeración arábiga, imprenta, conocimientos del sistema solar y planetario, América, vapor, ni electricidad. Muchos de ustedes han visto y todos han leído u oído hablar de aquellas asombrosas cuevas de Montserrat, en que durante la larga serie de siglos que nos habla la geología, la acción de minúsculas gotas de agua impregnadas de substancia mineral ha formado, por la reunión de estalactitas y estalagmitas, aquellas robustas y hermosísimas columnas que causan la admiración del sabio, del artista y hasta del ignorante, poco propenso a fijar su atención más allá del pesebre que contiene su pitanza; hay allí también la obra individual e incesante; supriman imaginariamente unas cuantas gotas; por ejemplo, la que determinó la unión de la masa de arriba con la de abajo, y otra cualquiera de una o de otra, y la obra interrumpida no habría llegado a término. Pues eso, a los conscientes y responsables a la vez que pacientes y víctimas de la injusticia relativa de esta sociedad en que vivimos, indica claramente la misión que les incumbe en la gran obra de impulsar la evolución progresiva.

He hablado antes de grandes fracasos en que cayeron y se hundieron para siempre ideas que un día la humanidad aceptara como esperanza salvadora. Males enormes, tiranías espantosas existen que cuentan siglos ya de dominación, y que en su origen alborearon como luz de dulce consuelo precursoras de esplendente sol de justicia; su mal mayor no consistió en la sangre y en las lágrimas derramadas, ni siquiera en el desengaño en que se trocó la esperanza; está en ese pesimismo corriente que han producido, con que sistemáticamente se acoge todo lo bueno; en esa sonrisa escéptica, especie de mueca mefistofélica, con que por fanatismo misoneísta se acoge lo nuevo, en ese suicida criterio en que se rechaza la verdad; en esa testarudez con que se cierran los ojos a la luz; hasta se halla, y llamo principalmente la atención de la juventud como un peligro que amenaza en general a la juventud ilustrada, en esa novela de la superhombria, que si pudo hablar de ella un hombre como Nietzsche, se convierte en pretexto de vanidad y de soberbia en los que sin genio para ser figuras de primer orden se convierten en sectarios con todos los inconvenientes del sectarismo, incurriendo además en vergonzoso ridículo; me refiero a los que, parodiando a Taine, se consideran como finos atenienses y tratan a todo mundo de palurdos y beocios. Sí, fracasaron las religiones, fracasó la filosofía, fracasó la democracia, y fracasaron porque en todos esos ideales muertos, y bien muertos, aunque todavía existan las instituciones que crearon, aunque se mantengan levantados sus altares, sus cátedras y sus comicios, quedó un germen de privilegio que creció protegido por el prestigio de las nuevas ideas que le cobijaban, de las que tomó el aparato exterior y la nomenclatura, dejando subsistente el núcleo generador, al que hemos de llevar la acción eminentemente salvadora de la negación anarquista.

La ANARQUÍA niega el Dios, supuesto autor del bien y del mal, que justifica la existencia de un moderador y justiciero, principio dogmático de todas las religiones, base única de la autoridad, excusa del privilegio, alcahuetería de las desigualdades sociales; niega el Estado, por consiguiente y no acata una forma legal de la propiedad que es pura usurpación y despojo, en favor de los propietarios, de la parte que en el patrimonio universal corresponde a todos los injustamente desheredados.

Con estas negaciones y afirmando el derecho a vivir, formula la afirmación salvadora, el sistema único que constituye la tabla de salvación para la

humanidad en medio del naufragio revolucionario en que ha de hundirse la sociedad transitoria en que vivimos.

La ANARQUÍA es la única forma de socialización que corresponde a una sociedad emancipada, libre, consciente, instruida y justa.

EN LA PROPIEDAD

Hablemos ahora de la propiedad.

Se discute mucho sobre ella, y si no se presentara el criterio libertario a poner coto a cuantos de ese asunto tratan, resultaría plenamente probado que esa cantidad inmensa de bienes útiles al hombre que se hallan espontáneamente en la naturaleza, como esos otros que son producto de la potencia productora de todos los hombres, están perfecta y justamente vinculados en poder de los actuales propietarios, sólo porque un legislador lo consiguió así como precepto legal.

Siendo ley que pertenezca a unos cuantos lo que por esencia y origen debe ser de todos, resulta que, tanto como el que posee se separa del nivel racional del derecho en sentidos ascendente, hay que considerar separado al desposeído en sentido descendente. Así, tanta distancia hay ascendiendo del concepto racional *hombre* al de *amo, señor y burgués propietarios*, como descendiendo desde el mismo punto de partida al de *esclavo, siervo y jornalero desheredados*.

Fíjese bien la atención en ello, porque es éste uno de los puntos capitales, si no el capitalismo desde el cual se origina la protesta anarquista contra el régimen social que nos oprime, y el que constituye el polo opuesto de su reivindicación ideal.

Somos los trabajadores hombres de condición social disminuida, y para que lo seamos de hecho y lo dejemos justificado con apariencia de derecho, se nos limita el saber, se nos rebaja el poder, se menoscaba nuestra dignidad, se nos dificulta la vida y se nos reduce a un estado que fluctúa entre *cosa y bestia* tanto como difiere esencialmente del tipo natural, racional y social *hombre*. Nuestros enemigos los privilegiados se pegan diplomas y pergaminos; se ponen galones, cruces y bordados; visten togas, túnicas, uniformes y mantos; se dan títulos ostentosos como emperador, soberano, rey, príncipe, conde, duque, marqués, pontífice, patriarca, arzobispo, obispo, canónigo, general, ministro, juez, doctor, etcétera; se dan tratamientos altisonantes como santísimo padre, majestad, alteza, excelencia, ilustrísima señoría, y si no se les

va a la mano llegan hasta intentar divinizarse, mientras que el infeliz que revienta de trabajo y sucumbe en la sima de la desventura apenas se llama Pedro. Por eso en la historia se ve a los hombres, que son y han de ser esencial y socialmente iguales, separados por la distancia infinita que va desde el paria al brahmán.

Y lo doloroso es que esa diferencia, si no tan bárbaramente acusada como en los pueblos antiguos que vivían sometidos a la más brutal autocracia, subsiste hoy, aunque bajo formas atenuadas, en el fondo de nuestras modernas democracias, amparado bajo la repugnante farsa denominada sufragio universal, como existirá mientras haya *cracias* en el mundo, naciones donde aplicarlas y súbditos, vasallos o ciudadanos a quienes arrancar pedazos de vida y de libertad en forma de tributos y productos elaborados a jornal, del mismo modo que mientras haya cárceles y calabozos no faltarán carceleros ni infelices cautivos.

En una palabra, existe bajo el nombre de propiedad una cosa que es la negación del derecho de propiedad, en lo que ésta tenga de justo y de legítimo; existe la legalidad de la usurpación.

No diré yo, como dicen que dijo Brisot el girondino, repitió Proudhon y después de él muchos otros revolucionarios de menor prestigio, «la propiedad es un robo», lo que sí abominaré, calificándolo de usurpación, y peor aun, porque se trata de sus desastrosos efectos, es esa legalización. Y por más que a mí no me agrada el empleo de las palabras fuertes, que suelen usarse muchas veces como medio sugestivo cuando falta la energía del pensamiento, lo cierto es que por más que busco no encuentro otra frase para expresar la verdad que la razón proclama sobre el presente punto de mi tema: *usurpación* es peor que *robo*, pero *apropiación por usurpación legal* es como si dijéramos que la ley encubre y protege la usurpación de la riqueza social que es de todos.

Usurpar es muy grave; es peor que *robar*. *Usurpar* participa de la idea de *robo*, en cuanto significa despojar a uno de lo suyo contra su voluntad; pero envuelve además la de *fraude*, de *timo*, de *abuso*, de *fuerza* o de *autoridad*, y sobre todo le caracteriza la *perennidad*, que consiste en considerar la acción de robar como ejecutándose, en todos y en cada uno de los instantes durante la vida y en todas y en cada una de las generaciones sucesivas, causando unos

efectos hacia los cuales quisiera yo llevar la imaginación de todos los trabajadores para que los midieran en toda su abrumadora extensión.

Figurémonos una de esas casas solariegas que existen en los grandes y ya antiguos centros de población. Allí vive una familia titulada noble, aunque la nobleza moral esté de allí a mucha distancia; de su seno han salido generales, obispos, estadistas, cortesanos, pocas veces alguno que se haya distinguido en ciencias o en artes, actualmente hay hasta chulos, toreros y barbianes que beben copas de vino, pegan puñaladas, juegan a tribunales de honor y se lucen en una *juerga*; de todos los que han brillado se han de contar únicamente los segundones, porque los primogénitos, los mayorazgos, ya suprimidas en la legislación general, lo que en Cataluña subsiste aún con el nombre de *hereu* con el beneplácito de los catalanistas medievales que se usan ahora, esos en otros tiempos hacían gala de ignorar las letras, y con el título de duque, de conde, de marqués de... tenían de sobra para reventar de orgullo.

Cada uno de esos individuos ha tenido a su disposición, en todos y en cada uno de los momentos de su vida, cuando la naturaleza, el estudio y el trabajo producen, han producido y han permitido producir; sus facultades han sido desarrolladas o atrofiadas a voluntad según sus deseos, inspirados en sus preocupaciones y en su manera peculiar de sentir y de pensar; en sus penas, en sus alegrías, en sus placeres o en sus enfermedades han tenido comparsaría, fausto, ostentación y asistencia hasta colmar cuanto pudieran ambicionar; lujo, fiestas, comodidades, respeto, temor, adulación.

En resumen; cada individuo de aquella familia tomada por tipo era como un sumidero que absorbía la actividad de muchos otros individuos.

Consideren ahora cada una de las distintas familias privilegiadas, en los distintos grados que les permite lo que llaman *su fortuna*, el derroche que hacen de vidas a costa de los trabajadores; junten a ese cálculo la idea de los sufrimientos, de las privaciones, de las necesidades, de la carga pesada que a los trabajadores impone la sociedad, de la limitación a que los tiene reducidos en punto a instrucción, desarrollo físico, alimentación, vestido, casa, recreo, higiene, medicación en caso de enfermedad, etc., etc., muchos etcéteras, que a mí me sería imposible expresar por unidades bien definidas, pero que cada cual puede detallar por las propias deficiencias, y aun así no han conseguido

formar idea clara de lo que esa usurpación legal usurpa, detenta, empequeñece, mutila, humilla, explota al jornalero.

Para dar forma práctica a la enorme injusticia que esa usurpación legal, acatada y respetada por todos como la cosa más santa, forme cada lector un juicio entre lo que sería, suponiendo completada su educación y su instrucción en el sentido reclamado por sus propias facultades, según las aficiones y las disposiciones que se reconozca, si todo en la vida le hubiera sido favorable, y lo que es causa de las dificultades con que ha tenido que luchar. Contando con la dirección de los maestros más acreditados y pudiendo contemplar los modelos y las obras maestras de su especialidad; sin trabas para sus iniciativas y sus empresas, alentado por el éxito feliz y las excitaciones y los aplausos de sus admiradores, hubieran llegado muchos a gloriosa altura, y los que no, a dignísima y feliz medianía, con un mérito propio y personal muy lejano del de ese vulgo ignorante, víctima siempre de la escasez y apreciado no más como poseedor de fuerza corporal aplicable al trabajo, como más estimada que la que se obtiene de los cuadrúpedos destinados a acarreo o al movimiento de máquinas rudimentarias y primitivas.

Por ese procedimiento, semejante a una cuenta de restar, puede formarse concepto entre lo que somos y lo que podríamos y deberíamos ser.

Visto lo que es la propiedad, en sí, en sus efectos, y según el criterio libertario, pasemos a otro asunto.

LA LEY

La ley no es, digan lo que quieran los que la definen favorablemente por interés, «establecimiento hecho por legítima potestad en que se manda o prohíbe alguna cosa», ni menos «regla en la que se pone coto a los efectos del libre albedrío humano», como la define la Academia, y esto por estas razones: 1ª porque, para legitimar la potestad mandante, la ley necesita de la ley, y de ese modo se enreda en un mismo concepto, causa y efecto, juez y parte, sujeto y objeto, es decir, lo absurdo; 2ª porque, si el adjetivo *legítima* aplicado a *potestad* ha de tomarse en el sentido de *arreglado a justicia*, según frase académica, es manifiestamente injusto, como queda demostrado por la razón anterior; 3ª porque *albedrío*, entendido como «facultad libre del alma», como dicen que es la Academia y aun la Universidad, institución esta última donde el Estado vende ciencia concordada con el dogma católico, es una palabra vacía de sentido hoy que sabemos que la voluntad es un producto, no anímico, sino circunstancial, resultado del organismo y del medio, y el alma, por consiguiente, es una invención mística negada por la ciencia concordada con la razón.

La ley no es tampoco la justicia, porque si ésta es «una virtud que consiste en dar a cada uno *lo suyo*», por precepto de esa misma ley en España, en Europa, en el mundo todo, en el mundo todo, lo mismo en la generación actual que en todas las precedentes a través de un número desconocido de siglos, los esclavos, los siervos, los proletarios, tan hombres, tan iguales en perfecto concepto de derecho como los emperadores, los reyes, los señores, los capitalistas y los propietarios, han sido, son, somos despojados de *lo nuestro*; de hecho, por la fuerza, luego por la costumbre y después por la vil sumisión; de derecho, por esa misma ley, que vincula, es decir, autoriza, sanciona, consagra y legaliza la usurpación que la parte mínima de la humanidad, la caterva de los privilegiados perpetró siempre, perpetra aún y perpetrará hasta el triunfo de la revolución social, y sólo acabará crimen tan nefando y extenso con la proclamación y conjunta práctica de la ANARQUÍA.

Es más: ni el mismo concepto corriente de justicia es justo, porque formado por abstracción efectuado por inteligencias subyugadas por la preocupación de los privilegiados, se habla de *dar a cada uno lo suyo*, suponiendo la existencia

de algún donante que pueda dar, dejar de dar o quitar, sin tener en cuenta que el derecho en abstracto, como concepto de suprema justicia, no me cansaré de repetirlo, es intangible, inmanente, intransmisible, inalienable, como han enseñado los propagandistas de la democracia cuando discurrían honradamente como pensadores, antes de declararse jefes de la masa a quien se ha de manejar para fines egoístas, y, por tanto, parte integrante de la persona humana, anterior a toda ley, superior a toda ley, opuesto a toda ley; tanto, que con el sólo hecho de reconocerla se empaña su limpia pureza, y con imponerle cuando está desconocido, se comete ya un acto de negación, y esto por necesario, por indispensable que sea proceder a su implantación revolucionaria.

Por supuesto que por escrúpulos de conciencia no hemos de dejar los revolucionarios de serlo, ya que si injusto es violentar a los detentadores de la riqueza social a que suelten su presa, más injusto es tolerar un instante más la comisión de ese crimen de lesa humanidad que constituye la médula de la historia.

La ley es legal, y nada más, y si esto parece una perogrullada, no es culpa mía. Legisladores demócratas cometieron en casi todo el mundo civilizado durante el pasado siglo, la insigne torpeza de subordinar el derecho natural al derecho escrito, y éste, por lo que respecta a España, quedó supeditado en circunstancias excepcionales a gobiernos tímidos, cobardes y tiránicos, que saben hacer árbitros de la libertad y de la vida de los llamados ciudadanos a cualquier generalote poco escrupuloso, que, previa la suspensión de garantías constitucionales y declaración del estado de guerra, tiene carta blanca para barbarizar a su antojo, y a eso no más quedan reducidas esas Constituciones (siete con dos reformas se promulgaron en España durante el pasado siglo, y en Francia dieciséis), que consignan con cierta ampulosidad derechos y libertades que se suspenden al menor asomo de alteración de ese orden que se pretende que sea vil sumisión y ciega obediencia, cohonestando la suspensión con la fórmula del compromiso de dar cuenta los gobiernos ante las Cortes del uso que hicieren de ella; fórmula vana, hipócrita recurso, verdadero timo político, porque todo el que piensa y observa sabe lo falso y convencional que es el voto de una mayoría parlamentaria.

La igualdad de los ciudadanos ante la ley, es, pues, una engañosa fórmula político-burguesa inventada para dar apariencia aceptable, evolucionista y de

posibilidad y oportunidad emancipadora al despojo sistemático a que venidos sometidos los trabajadores: es engañosa por los caracteres esenciales de la ley expuestos ya, y además, porque, lejos de ser una norma general de derecho, no lo es siquiera nacional, y hasta para los individuos establece diferencias, y por esto afirmo que cuando los legisladores, legistas, legalistas o leguleyos hablan de jurisprudencia, y la definen pomposamente diciendo que «es la ciencia del derecho», olvidan que «ciencia es lo que sabe por principios ciertos y positivos». En apoyo de mi afirmación, que es verdad perfectamente aquilatada y no declamación inútil y estéril, expongo:

Los hombres y las mujeres en general, y en España en particular, no pueden ser, no serán jamás iguales ante la ley:

- 1º Porque lo impide la ley misma: la igualdad ante la ley, en España a lo menos, es ilegal por el hecho de haber españoles forales y españoles codificados, que en asuntos tan importantes como la legislación sobre el hombre, la mujer, el matrimonio, los hijos, la propiedad, la prescripción, la herencia, etc., han de atenerse, según la comarca donde han nacido o el concurso de determinadas circunstancias, al Código civil o a los fueros de Cataluña, Navarra, Vizcaya, Galicia, Valencia, Aragón e Islas Baleares, y aun dentro de los mismos fueros, hay privilegios especiales para localidades particulares, existiendo entre todos esos cuerpos legales disposiciones que afectan de modo diferente y aún contradictorio a los hombres, a las mujeres y a los hijos, dándose el caso de haber actos lícitos en el Código civil que son punibles en los forales, o viceversa, o recíprocamente en los forales entre sí, y cosas permitidas a los hombres que son criminales en las mujeres; eso aparte de que la ley implica esencialmente la idea de desigualdad entre el que legisla y el que acata, el que juzga y el juzgado, el que manda y el que obedece. Como ejemplo demostrativo de mi afirmación diré que, según un fragmento que casualmente me ha venido a las manos, en Castilla no puede el dueño disponer de sus bienes por testamento si no del quinto cuando tiene herederos forzosos; en Navarra tienen los padres libertad absoluta de disponer de sus bienes, aun en favor de extraños, sin más restricción que la legítima foral de los hijos, consistente en cinco sueldos y una robada de tierra, y en la corona de Aragón la legítima de los hijos se limita a la cuarta parte, pudiendo el padre disponer de las otras tres cuartas a su libre voluntad, aun en favor de extraños. Lo común en Cataluña es que nombre heredero al hijo mayor (*hereu*) o a la hija (*pupilla*) en su defecto; pero potestad facultativa le da el fuero para hacer lo

que estime, y de ahí que sean frecuentes los fideicomisos temporales limitados a la segunda generación, y que por lo tanto no son mayorazgos.

2º Porque el hombre moderno y las instituciones sociales actuales están en las leyes comprendidos tal como los entendían y juzgaban los legisladores antiguos, toda vez que el Código civil, por más que sus compiladores modernos hayan hecho milagros de expurgo y concordancia en la multitud de leyes dispersas en infinitos e intrincados libros y en el derecho romano, muy anterior a nuestra era, es un arlequín compuesto de ratazos en que se cierne como señor dominante el error de aquellos remotos tiempos con sus falsas y trasnochadas ideas acerca de la autoridad, el hombre, la propiedad y la familia; y respecto de la legislación foral, sólo diré como muestra, que el fuero catalán, de origen también antiguo, es una compilación hecha en tiempo de Felipe V, y que tiene como derecho supletorio para los casos imprevistos, el derecho canónico, que es una mezcla de Biblia, cánones, concilios, santos padres y decretos pontificios, y el derecho romano con su Instituta, Pandectas, Código de Justiniano y las Novelas, monserga legal donde ni Cristo se entiende, como dicen en mi tierra, y en que para ser aceptable el engaño político que se cobija bajo el nombre de democracia, y que pase el otro engaño llamado sufragio universal, se sustituyeron las palabras *amo* y *esclavo*, *señor* y *siervo*, por estas otras más dulces y pasaderas: *capitalista* y *obrero*.

3º Porque el concepto *hombre* no cabe jamás en las concepciones de ningún hombre; lo que hace todo el que quiere juzgar a su semejante es medirle con la medida de sí mismo; es decir, de sus errores, de sus preocupaciones y de sus intereses; a nada mejor que a este asunto puede aplicarse aquello de «ver las cosas del color del cristal con que se mira». Por eso el hombre de genio de edades remotas, por adelantado que fuese respecto de sus contemporáneos, no tiene comparación con el hombre término medio de nuestros días: les separan distancias inmensas en el espacio recorrido en la evolución progresiva, como son: nacimientos, desarrollo, apogeo, decadencia y ruina de naciones; explosión, dominio y abandono de creencias místicas; sistemas filosóficos que pasan todas las fases de la escala de la vida hasta hundirse en la muerte del olvido, aumento y metodización racional hasta un punto maravilloso de la ciencia; aplicación de la misma a la satisfacción de las necesidades humanas, que supera en la realidad a las más bellas concepciones poéticas del milagro.

4º Porque si, como acabamos de ver, la antigua y la novísima legislación, resulta, además de inaceptable, inaplicable por añeja y rancia, al cabo puede suponerse en el legislador antiguo el prestigio del saber y de la buena fe, mientras que en los legisladores de nuestros días... ¿qué decir de ellos? Baste consignar que, según la Constitución vigente, en España la potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el rey, que este cargo es hereditario, y que las Cortes, o sea el Senado y el Congreso de diputados, el primero se forma de cierta manera privilegiada para que resulte moderador, en que entra en gran parte la herencia de cierto número de familias horriblemente decadentes llamadas la aristocracia; el alto clero con su intransigencia hacia todo lo que mira a lo porvenir, con su egoísmo de clase y con esa soberbia propia de ignorantes sublimizados ante la adoración de los devotos, y los representantes de las corporaciones privilegiadas, no por más sabias, ni más virtuosas, ni más útiles que otras, ni cada uno de sus individuos comparadas con los individuos vulgares, sino porque corporaciones e individuos han hecho condición de vida de su servidumbre al privilegio; y respecto del Congreso, se ha convertido en el monopolio de los políticos de oficio, es decir, de los ambiciosos, de los charlatanes, de los inhábiles para toda otra profesión, y así se da el caso que, como dice Spencer, mientras que para ejercer una profesión cualquiera se necesita cuando menos un aprendizaje y para las de carácter más elevado se exige un título que acredite la capacidad del profesor, para legislar no se necesita más que la *sans-facón* del candidato y el voto del elector o el pucherazo del cacique, y ni por broma puede compararse a Moisés, Solón, Numa Pompilio o Alfonso el Sabio con los Pérez y los López de la mayoría, o con cualquier tribuno de la minoría que, por elocuente que sea, en punto a conocimientos, no excede gran cosa del arte de agradar al elector y aún al cacique dueño del encasillado sin que el elector se entere.

En resumen: la igualdad ante la ley es imposible por ilegal, por punible; la ley es insostenible por anacrónica; la grandeza del hombre no cabe en la pequeñez de la ley, y por añadidura tenemos la incapacidad profesional de los legisladores.

De modo que la igualdad ante la ley es un señuelo, una trampa democrático-burguesa para cazar incautos, o lo que es lo mismo, electores, progresistas platónicos, sumisos a la explotación, y, sobre todo, para convertir en cómplices a las mismas víctimas de la iniquidad, que es lo más refinado en el arte del gran timo, del arte de engañar a la multitud.

LA PATRIA

Hablemos de la *patria*: es esta una idea muy manoseada; progresistas, estacionarios y regresivos, es decir, los que van adelante, los parados y los que vuelven atrás, tienen de la *patria* muy diversos conceptos; y por si acaso falta algo para embrollar la cosa, hasta los indiferentes, los neutros, los pancistas se mezclan como queriendo dar a entender que se puede tener o dejar de tener opinión sobre asuntos importantes de la vida, del universo o de la muerte, pero la *patria* es intangible y que sobre este asunto no cabe más que ser patriotas.

En la vida de la humanidad, la *patria* es una institución pasajera, obra transitoria de la evolución progresiva, albergue de una noche que se abandona al día siguiente para continuar la marcha hacia el ideal.

No tienen razón los llamados patriotas; y lo menos malo que puedo decir de ellos es que se dan ese título por rutina, sometidos a una sugestión inconsciente; y si se atreven a replicarme que tienen certeza en su sentimiento y en su pensamiento patriótico, diré con Spies, aquel gran anarquista a quien honró la horca republicana de Chicago elevándolo a la categoría de mártir de la humanidad: «¡El patriotismo es el último refugio de los infames!». Y esto lo dijo a propósito de que Grinnel representante del poder judicial, ya excitaba el celo de aquel ignominioso jurado que le sentenció invocando el patriotismo para que matara injustamente, a sabiendas, bosquejando un pensamiento que para mengua de España en español se formuló en las alturas de Montjuich con estas palabras: «Es preciso cerrar los ojos a la razón».

Según los lexicógrafos, *patria* y *patrimonio*, la una *país* donde se nace, y el otro *bienes* que proceden de los padres, son ideas que tienen por origen etimológico la palabra *padre*. Por tanto, a lo menos en el pensamiento de los inventores de la palabra, respecto de la *patria* todos los que en ella nos cobijamos somos *hijos*, y respecto del patrimonio somos *hermanos*.

Así quieren hacernos creer que es de los que la definen cuando se trata del cumplimiento de deberes, o sea las obligaciones que como tales quieren imponérsenos.

Sólo diré que de *padre, hijos y hermanos*, en esto de la *patria*, bien saben o deben saberlo, tenerlo presente y no olvidarlo jamás mientras vivamos bajo el régimen de la actual sociedad, no queda más que el nombre, y sobre la interpretación que de ella den los charlatanes del patriotismo y sobre la interpretación que cada uno quiera darle cuando la preocupación patriótica le empuje a dar sentido común a lo que esencialmente carece de él, no queda de positivo más que esta interpretación: la *patria* es la *propiedad*, y el único que tiene el deber de ser patriota, porque es el mayorazgo o el *hereu* social, es el *propietario*.

Siendo así la *patria* -y así es por el error tradicional que consagran las leyes y las instituciones que se contienen en esa triple caja que se llama *Nación, Patria, Estado*-, por el poder coercitivo que el Estado da a lo erróneo y a lo injusto, queda el patrimonio nacional como un lote de rapiña en estado de usufructo para los unos y de herencia para los otros, y mientras los trabajadores nos hallamos despojados y desheredados, el propietario resulta único patriota de hecho, y es también el único que racionalmente puede envanecerse con el título de *ciudadano*. Yo, por mi parte, lo declaro, renuncio a él, no le quiero y le rechazo si alguno me le aplica por rutina y contra mi voluntad: todos los derechos políticos que el título de *ciudadano* pudiera, no otorgarme, sino reconocerme, porque mis derechos son parte integrante de mi personalidad están anulados por ese registro de la policía que tiene mi libertad a merced de un funcionario burdo, sin instrucción de los que el Estado paga a más bajo precio sin duda en relación de la clase de servicio que de él espera y que ya dos veces me ha arrancado de mi lecho, me ha separado brutalmente de mi familia y me ha encerrado en un calabozo.

Aunque quisieras, lector, pasar por *ciudadano* yo no te lo llamaré, antes daré ese ya deshonrado título al burgués que nos explota, al casero que nos planta en la calle, al comerciante que nos sisa, al polizonte que nos encierra, al político que procura embabiecarlos y hasta el cura que saca su ración con la cuchara del presupuesto o bendice por dinero al que reclama sus servicios.

No lo he inventado yo, ni tampoco he de citar en mi apoyo pensamientos de demagogos insolventes: «El hombre es anterior y superior al *ciudadano*», y a eso me atengo. Por lo pronto ahí queda ese pensamiento de Renan. Ahora va este otro de Marmontel, célebre literato francés anterior a la revolución: «En la boca de los opresores del pueblo y de tiranos ambiciosos es donde principalmente retumba la palabra *patria*». Y el famoso Mirabeau escribió: «La *patria*, para aquel que nada posee, no es nada, porque los deberes son recíprocos».

Y todo eso es claro como la luz del día, porque como dice Détré en *L'Humanité Nouvelle*, en resumen, «para aquellos que, masones o jesuitas, nobles o burgueses, poseen, gobiernan, mandan o aspiran a mandar, conservando las instituciones actuales, la *patria* es su interés particular, el interés de su clase o de su casta, sus bienes sus dignidades, sus títulos, sus empleos y la moneda de cien perras». Por eso se comprende que el general Savary en 1814, en vez de correr contra el extranjero invasor, haya podido exclamar: «Más temo yo a los cosacos de nuestros barrios bajos que a los cosacos del Don», y que después de la rendición de París, el general Ducrof haya osado decir ante la asamblea de Burdeos: «Si me batí en retirada en Champigny, fue porque temí un movimiento demagógico en París, y quise reprimirle».

¡Patria, patria; tierra de los padres! ¡Qué burla más sangrienta para el hombre despojado de la tierra, de casa, de ciencia; privado de higiene; falto de educación; reducido al salario y forzado aún a ser defensor y sayón de sus dominadores!

Concretándome ahora, acerca de la idea de *patria*, a lo que ésta sea respecto de la península que habitamos, he de hacer observar que la *patria* es elástica según las vicisitudes históricas; se estira o se encoge a compás de las peripecias que ocurren a sus dominadores: unas veces un rey débil que tiene por vecino otro rey, quiere ganar fama de pincho real o de conquistador glorioso, ve sus fronteras atropellada, y firma la paz dejando entre las uñas de su primo -sabido es que todos los reyes se llaman primos entre sí, aunque los primos seamos los que los aguantamos-, dos o tres provincias, sino le despoja por completo del reino, importándole tres cominos el derecho divino del despojado y el patriotismo de los vasallos que cambian de amo; otras veces se recorta un cacho de *patria*, como si esta operación se practicara con unas tijeras sobre un mapa, y se le da en dote a una princesa fea que no encontraría

novio sin esa ganga, y así van tierras y habitantes a la real alcoba a soportar esa cabronada patriótica; ha habido ocasiones en que la *patria* era tan pequeña que cabía en una cueva de las montañas de Asturias, necesitando la historia, para explicar el hecho, inventar el milagro camama de Covadonga; en cambio ha habido otras en que el sol no se ponía en los dominios de un hombre taciturno y de mal corazón llamado Felipe II, y entonces fue necesario glorificar las sangrientas usurpaciones de criminales aventureros como Pizarro y Hernán Cortés, etc.; según en que épocas, todos los que hoy se llaman españoles eran recíprocamente compatriotas o extranjeros, y podrían encontrarse luchando como compañeros de armas en el mismo campo o en otros diametralmente opuestos, porque aquí las patrias han cambiado de un modo asombroso; de tal manera que si en un mapa de España hubieran de trazarse todas las fronteras que han existido, parecería un pliego de patrón de modas en que para aprovechar el papel se trazan todas las piezas de un vestido complicado, formando tal enredo de líneas que apenas se entiende la modista. Hemos sido todo lo que hay que ser: celtas, celtíberos, cartagineses, romanos, godos, visigodos, vándalos, suevos, alanos, hunos, árabes, según nuestros dominadores antiguos; y según las regiones, nos hemos considerado nacionales, catalanes, aragoneses, navarros, castellanos, valencianos, andaluces, de no se cuantos reinos; respecto de religión, aquí se ha adorado todo, siendo por turno paganos, mahometanos, arrianos, cristianos, católicos o protestantes; es decir, enemigos siempre, según el gusto del mandarín de época o de lugar. Excusado es decir que si tales enemistades han existido entre los que antiguamente formaban el personal de los que hoy somos teóricamente hermanos por hallarnos, no diré cobijados, sino encerrados en las actuales fronteras, enemigos eran nuestros antecesores con todas las *patrias* del mundo.

Refiriéndome ahora a lo que las *patrias* anteriores han dado de sí y a lo que de los españoles ha hecho la *patria* actual, creo oportunas las consideraciones siguientes:

Si España en lo pasado ganó o se le concedieron brillantes calificativos, en lo actual a todos ellos ha de anteponer un *ex* que indica que los antiguos merecimientos se hundieron en el abismo de la decadencia.

De noble, leal, generosa, emprendedora, heroica, inteligente, artística; etc., califican a esta nación historiadores nacionales y extranjeros, y el nombre

español va unido a grandes acontecimientos y a importantes progresos de la humanidad, pero en los tiempos que corremos he aquí el juicio que nuestra situación inspira a un escritor francés, que viene a ser como el eco de la opinión de Europa y América:

«La única salvación para España consiste en la inmigración de una raza superior, habituada a los grandes negocios mercantiles e industriales y apta para beneficiar los productos del suelo y del subsuelo».

Por si esta opinión pareciera exagerada, véase lo que escribe un médico barcelonés:

«... Las tristes desgracias de nuestra desventurada *patria*, han despertado generosas iniciativas de regeneración, pero... el pero es siempre dubitativo, tenemos que las tales iniciativas no germinarán en nuestra España, porque este pueblo español es un pueblo enfermizo, débil, enclenque, extenuado por su pésima administración pública, que le priva de lo más indispensable a su vida, le priva del amparo de la higiene. El pueblo español come poco y mal. En las grandes ciudades habita lugares insanos en habitaciones pequeñas en inverosímil hacinamiento. La ciencia sanitaria es lamentable olvido, es causa, no solamente de la excesiva mortalidad que se observa en la mayoría de las ciudades de España, sino que causa también de una espantosa morbilidad, hasta tal punto evidente, que el tipo español es un tipo enfermizo caracterizado por el color pálido de sus tegumentos, su poca estatura y sus menguadas fuerzas físicas».

La degeneración está, pues, en la masa de nuestra sangre; sangre de cura, de fraile, de mendigo, de torero, de rufián, de burgués, de explotado; que es a lo que el privilegio ha reducido las de los héroes, los sabios y los artistas españoles; considerando además; de acuerdo con españoles inteligentes de los pocos que aún restan, según queda patentizado, que todos los propósitos regeneradores que se lanzan a la publicidad, por buenos que parezcan, serán letra muerta si no se abandona de una vez el laberinto de preocupaciones en que nos enredamos, y si no conseguimos que del fondo de ignorante pesimismo en que yace la desmayada voluntad, se yerga enérgica y entusiasta la dignidad humana que aspire a la centralización del ideal.

Digámoslo francamente: es régimen nacionalista es incompatible con la libertad; lo de la reforma con el cambio de monarquía a república es como la

bendición de un curandero para curar la tisis, y en ese régimen y con ese cambio, la aplicación de cuantas iniciativas surjan de la ciencia serán impedidas por el *maüser de Silvela* o por el *tiro limpio de Moret*, que son los polos sobre que gira la sociología de la restauración monárquica española, y como lo demuestra la práctica en todas las repúblicas y lo confirman las declaraciones que hizo Pi y Margall en su libro *La República de 1873*, quien refiriéndose a su paso por el poder escribió estas palabras memorables, impregnadas de autoritarismo: «Apenas puse los pies en el ministerio de la Gobernación, empecé a recibir noticias de haberse destituido ayuntamientos y establecido juntas revolucionarias en muchos pueblos de la península... Di al punto las más apremiantes y severas órdenes para disolver las juntas y reponer los ayuntamientos. Hice que *se amenazara con la fuerza* a los que se negaron a obedecerlas, y *casi sin hacer otra cosa que enseñar a los más rebeldes las bayonetas del ejército*, logré en días el restablecimiento del orden».

Hay que desengañarse: una nación ha de estar siempre bajo el poder de un Poncio, ora pretenda ser representada de un supuesto ser supremo que tiene por trono panteísta el universo sin fin donde le colocó la cándida imaginación de los místicos, o bien se atribuya la representación de ese pueblo soberano que es una infinidad de moléculas sin solidaridad ni cohesión, y por tanto sin personalidad positiva, por donde se va a parar a que no hay tal representación, y lo que se denomina tal no es más que una farsa manifiesta, llegando a caerse en la cuenta de que derecho divino y derecho democrático son dos fases de una misma falsedad, la llamada mentira política, y en este concepto, realista, absolutista o republicano federal, tanto monta; para mí como si fueran correligionarios; podrá separarlos la aspiración a la mayor o menor cantidad de autoridad; pero ambos me niegan mi libertad absoluta, ambos desconfían de mi suficiencia moral, ambos son continuadores y como sucesores directos de aquel primer legislador de maldita memoria que mandó que un trozo de tierra que limita por Norte, Sur, Este y Oeste, con tales otros trozos, es propiedad exclusiva de Fulano de Tal, y de aquel pedazo de mundo que es suyo, puede arrojarle a la fuerza y sólo me permitirá pisarle para trabajarle mediante un jornal, hoy que dicen que soy ciudadano de una nación libre, y mediante la pitanza a mis antepasados, cuando eran siervos o esclavos; ¡maldita pitanza, maldito jornal, maldita propiedad y no menos abominable ley y el régimen nacionalista que sostiene la causa de tantas maldiciones! Sí; correligionarios son todos los políticos, correligionarios aún esos tráfugas de la emancipación obrera, esos socialistas que quieren un Estado obrero que llevará consigo

todas las abominaciones que son esenciales al Estado, y que van hoy a los comicios, esperando llegar a los ministerios, desde donde impondrán el credo oportunista a los hambrientos, y así, mientras habrá ex-obreros hartos y lustrosos que hagan apuntar el maüser-garantía contra sus hermanos, irá rodando la bola como rueda de la jaula de la ardilla, que voltea en pura pérdida sin moverse del punto donde está sujeto su eje.

Resulta, pues, que si la abstracción paternal con que quiere encubrirse la idea de *patria* no distribuye equitativamente sus beneficios; si ante la posesión del patrimonio nacional no somos todos hijos ni hermanos; si el título de *ciudadano* y el calificativo de *patriota* han de comprender sin diferencia de ninguna clase a los que se hallan tan gravemente diferenciados, como que los unos son herederos favorecidos del mundo y viven en las alturas de la vida, a expensas de las privaciones y de los sufrimientos de los otros, pobres desheredados que se arrastran por los abismos de la miseria, y si la revolución social que venimos efectuando deja rezagados a todos los políticos del mundo, empeñados en el absurdo de echar vino nuevo en odres viejos, no queda más recurso que derribar las cuatro paredes que sirven de frontera a las naciones, abandonar el albergue de una noche, despabilarse revolucionariamente, y caminar.

LA FAMILIA

Acerca de la familia reproduzco los párrafos VIII y IX de mi escrito *La Procreación Humana*, presentado al *Segundo Certamen Socialista*, de Barcelona, 1889.

Los antecedentes etnológicos, históricos y fisiológicos prueban con toda evidencia que la familia no es un sistema natural de reproducción de nuestra especie, sino que, por el contrario, es un sistema artificial creado por la evolución social, que se halla en desacuerdo con las leyes naturales, y, por tanto, destinado a desaparecer.

El amor conyugal es un sentimiento nacido al calor de la excitación de los órganos genésicos; si esta causa no existiera, el amor no pasaría los límites de la amistad: los eunucos no pueden nunca ser amantes, pero pueden ser buenos amigos. Convengo en que el amor es algo más que el celo de los animales, aunque no siempre, ni para la mayoría de las mujeres y de los hombres; pero nada autoriza para establecer la monogamia sancionada por el Estado y por la religión, dos entidades igualmente falsas y tiránicas de que el triunfo de la ANARQUÍA dará buena cuenta. El hombre y la mujer aman con frenesí, pero una vez satisfecho el objeto de la pasión puede originarse la misma pasión cambiando de objeto, digan cuanto quieran los legisladores, los moralistas y los poetas. Sin ahondar más sobre este punto, y dejando a la consideración, al recuerdo y a los deseos de las lectoras y los lectores su ampliación, me limito a decir con Max Nordau: «Felizmente Romeo y Julieta murieron jóvenes»; y a recordar que, a pesar de la preocupación del amor único, el Estado y la Iglesia admiten y sancionan el casamiento de los viudos.

Los fines que el individuo ha de proponerse en la sociedad, o si se quiere el instinto de sociabilidad, se halla dificultado por la familia, y los resultados son desastrosos para los padres y para los hijos, lo mismo en la esfera del privilegio que en la de los desheredados -en esta naturalmente mucho más- por las razones siguientes:

- 1.^a Se falta a la reciprocidad, norma absoluta de justicia, por cuanto los padres vienen obligados a hacer sacrificios por los hijos que éstos no han de

recompensar nunca, ya que en el momento que alcanzan la plenitud fisiológica han de separarse de la familia que los crió para constituir nueva familia.

- 2.^a Porque reducidos los hijos a desarrollarse, educarse e instruirse con los medios de que disponen sus padres, y siendo la educación y la instrucción un arte y un conjunto de ciencias que necesitan de la reunión de muchas inteligencias y grandes recursos, han de llenarse de una manera defectuosa y aún viciosa para los ricos y escasísima y nula para los pobres.
- 3.^a Porque el hogar que contiene un hombre mortificado por el peso de tremendas obligaciones, una mujer consumida por la lucha entre la necesidad y la escasez y unos chicuelos alborotados e inquietos que, necesitando amplísimos horizontes, viven estrechados entre cuatro paredes, es un infierno para todos; esta tratándose de proletarios, porque los burgueses se cuidan de poetizar el hogar dándole más amplitud, dedicando varios criados al cuidado de las obligaciones paternas y poniendo los hijos mayores en un internado.
- 4.^a Porque manteniendo el comunismo en el hogar hasta el momento en que se efectúa la separación que deja en el abandono a los padres sacrificados para que comiencen los hijos el mismo camino, se eterniza por la herencia la división de privilegios y desheredados que en la civilización moderna continúan los desastrosos efectos que en la Antigüedad produjeron las castas. El padre, si es burgués, explota; o si es proletario trabaja para la familia; si lo primero, constituye un capital para que sus sucesores continúen explotando; si lo segundo, procrea ganapanes de ambos sexos para el trabajo, para el ejército, para la servidumbre, para la prostitución, para la limosna y para todo cuanto existe de humillante y degradado en la sociedad.
- 5.^a Porque para el peculio de la familia se extrema la explotación perpetrada por los privilegiados, y la humillación y el vilipendio por parte de los que no tienen más remedio que someterse a la explotación.
- 6.^a Porque como resultado de las causas anteriores se mantiene vivo y permanente al antagonismo de intereses que perpetúa la insolidaridad y se opone al sublime ideal de la fraternidad humana.

Un hogar en que el padre y la madre duermen juntos, al paso que los hijos duermen separados y aún se guardan las consideraciones del pudor cuando

éstos llegan a la pubertad, y en que domina la idea de atraerse cuantos medios de vida puedan allegarse, aunque sea en perjuicio de tercero, es una especie de conejera, indigna de seres que llevan en sí capacidad intelectual para abarcar el conjunto del universo y tesoros de sentimientos para amarlo y embellecerlo.

La familia se sostiene por el vínculo de la propiedad. *Lo mío*, formado de mi hacienda, que en títulos, especies, metálico, etc., tengo en mi hogar para mi mujer, para mis hijos y para mí; *lo tuyo*, constituido de la misma manera y que surte los mismos efectos respecto de los otros; términos son ambos opuestos a *lo de todos* a que aspira el proletariado inteligente y activo en sus diferentes escuelas socialistas, llámense mutualista, cooperativa, colectivista o comunista, y aún esos mismos obreros rezagados que votan candidatos políticos seducidos por el ilusorio miraje republicano.

Se trata de la expropiación del privilegio para constituir el patrimonio universal; pues se atenta contra la familia.

Se quiere conservar la familia; pues todas las declamaciones revolucionarias son pura charlatanería: el trabajador se queda con su salario y su explotación, y el burgués con sus riquezas y su poder, y por consecuencia subsistirá el Estado para obligar por la autoridad a la conservación del orden, y la Iglesia para nutrir con mitos y supersticiones la ignorancia, y todo lo más se nos dará con una república democrática el derecho de elegir a los que nos opriman.

Como de lo que se trata es de la expropiación del privilegio en todas sus formas y manifestaciones; como que el objetivo final de las aspiraciones revolucionarias es poner *lo de todos* al alcance de cada uno para el propio uso y consumo, en lo porvenir no correrá a cargo de una madre ignorante la educación de los hijos ni al de un mísero asalariado su manutención, sino que grandes establecimientos dirigidos por personal inteligente y dotados de material apropiado educarán e instruirán la infancia y la juventud: no habrá el abandono, la indigencia o el asilo benéfico para los ancianos, sino que la sociedad creará dignos y confortables establecimientos para la jubilación de los inválidos del trabajo; no necesitará el hombre de una asistente con el nombre de esposa -criada o esclava más que compañera-, especie de ama de cura que barre, friega, lava, cose, guisa y duerme con el amo, sino que a cada hombre y cada mujer en la plenitud fisiológica e intelectual de la vida harán

para la sociedad según sus aptitudes y para sí según su gusto y todos sus actos serán establecidos por la libertad, la franqueza y la espontaneidad, elementos de poesía incomparablemente mayores que los que hasta aquí ha suministrado a los poetas el misterio y la hipocresía.

Tal vez el único error de los colectivistas consista en suponer existente la familia en su sociedad. Error mantenido por falta de estudio y por carencia de valor; porque los propagandistas del colectivismo han obrado en esto a semejanza de aquellos estadistas incrédulos que sostienen el presupuesto del clero para evitar el desbordamiento de la plebe fanatizada. Podrá el productor en el colectivismo percibir un producto más o menos íntegro, que no es esta la ocasión de discutirlo, pero será para sí, porque la mujer a quien fecunde asegurada tendrá su subsistencia sin necesidad de protector, y en cuanto a los hijos, -en la mayor parte de los casos hasta ignorará que los tenga-, solamente la mujer sabrá las veces que haya parido.

Ya sé que muchos revolucionarios se escandalizarán contra una demostración que les quita los objetos de su cariño: ¡oh! ¡el padre y la madre que no aman ni conocen a sus hijos, los hijos que no conocen y aman a sus padres, reducido a un simple acto genésico aquel amor que tanto ha dado que decir a los poetas, que tanto hemos admirado en el libro y en el teatro, aunque no tanto en la vida real!... ¡oh! Comparo a esos revolucionarios con el campesino que se horroriza cuando se le dice que la revolución le despojará de su viña, o al burgués usurero que tiembla de indignación cuando oye que los rojos se repartirán su dinero.

Lo cierto es que si la revolución promete una sociedad fundada sobre bases racionales y económicas, los individuos de ambos sexos en la infancia, en la edad adulta y en la ancianidad tendrán por el concurso solidario de todos cuanto necesiten; pues la familia restringida del hogar no tiene razón de ser, y del mismo modo que circunstancias diferentes produjeron distinto modo de procreación, y sólo cuando las circunstancias lo abonaron se creó la familia, tal y como la conocemos, el método de vida tan diferente del porvenir proveerá también del precedente método, que es bien seguro que con la felicidad y la salud no se extinguirán los instintos genésicos, antes al contrario, redoblarán la energía, y por ello tendremos que el amor, que hoy vive aprisionado en el hogar, y fuera de él en la inmensidad del mundo se asfixia por el contacto de la indiferencia o del odio, en lo porvenir amaremos también a aquellos con

quienes tengamos comunidad de intereses; dejará la sociedad de ser un agregado de familias para convertirse en una sola familia, en la cual no habrá pobres que limiten sus placeres por el temor de cargarse de hijos y con ellos de obligaciones, los hijos no temerán la muerte del padre inspirados por los horrores de la orfandad o bien no desearán su muerte por la ambición de la herencia, los hermanos no reñirán por la distribución del patrimonio, la esposa se verá libre del fantasma de la viudez y la mujer joven no caerá en la prostitución por la miseria o por el engaño de un amante, sino que en la sociedad libertaria, extendida en el mundo por inspiración de la ANARQUÍA, por el sacrificio de los anarquistas y por la acción de las fuerzas revolucionarias, el amor se extenderá con incomparable pasión a todos los miembros sociales, porque cada uno verá en todos ellos los causantes de su no interrumpida felicidad.

CONCLUSIÓN

La política precedió a la sociología como la astrología a la astronomía, como la alquimia a la medicina y a la química, como la teogonía y la teología a la ciencia en general y a la moral, es decir, con los tanteos propios de los conocimientos incompletos y de las supersticiones tradicionales, que se resuelven, por fin, por estudios y descubrimientos sucesivos, en un sistema de verdades generales y metódicas que tienen por fundamento un principio axiomático, por desenvolvimiento una ley fija e invariable y por objeto una necesidad natural y evidentemente racional.

En una época en que los astrólogos y los alquimistas han cedido su puesto a los astrónomos, a los químicos y a los físicos, quedando reducidos a la miserable condición de videntes, curanderos y vendedores de específicos curalotodo, hay todavía teólogos que dominan la paciente masa femenina, y políticos que se han hecho dueños de la masa masculina necesitada de creencias y de directores; los unos están estancados en los seis mil años del P. Petavio, en la fábula de Adán y Eva y demás retahíla de mitos mal traducidos del antiguo sabeísmo, y los otros fomentan la cantinela del buen gobierno para que los dejen gobernar y disfrutar de los beneficios consiguientes, prometiendo los primeros la gloria eterna en la patria celestial y los segundos la felicidad temporal en la patria terrena.

La consecuencia inmediata de la adopción del criterio libertario consiste en el abandono de esos embaucadores y en rechazar la supuesta gradación progresiva imaginada por los políticos, recordando, acerca de este último punto, que cuando en ciencias, en artes o en industria se realiza un descubrimiento, no se oculta jamás la verdad hallada bajo los velos del oportunismo, sino que inmediatamente se impone por sí misma, se acepta por todos y se sufren las consecuencias. Bien terminantemente consigna el Génesis y mandaba creer la Iglesia bajo pena de excomunión, que la tierra estaba fija en el centro del universo y que Jehová creó el sol, tres o cuatro días después de haber creado la luz, para alumbrarla de día y la luna para iluminarla de noche, y hoy hasta en los seminarios se enseña la teoría de los herejes Galileo y Copérnico. Poco se han tenido en cuenta los trastornos que el vapor, la mecánica y la electricidad podrían ocasionar, dadas las circunstancias

de su descubrimiento e inmediata aplicación. Pues si a las novedades de la sociología oponen los políticos desde el poder el mauser sanguinario y desde la oposición el ridículo puente oportunista, el deber más elemental de todo hombre sincero es abominar de todos los políticos que mandan y separarse de los políticos que aspiran a mandar, proclamando que entre el radicalismo liberal y el criterio libertario existe un abismo insondable e infranqueable.

CAPÍTULO X

ENGORDAR PARA MORIR

EL TRUST

A última hora el capitalismo ha inventado lo que puede considerarse como el *sumum* de la usurpación de la riqueza social: el *trust*, palabra bárbara y malsonante que designa una agrupación de ricos para la ganancia, algo semejante a lo que pudiera ser una asociación de forajidos para el latrocinio. Figúrate, lector, los diversos industriales de un país que explotan un mismo negocio, y que hartos de acatar el balancín de la oferta y la demanda y de hacerse guerras unos a otros, vendiendo barato para quitarse la clientela, se pusieran de acuerdo, unieran sus capitales con las necesarias precauciones y, libres ya de competidores, señalaran un precio abusivo a la venta de los productos de su industria; figúrate además, ya puestos en el caso, que esa agrupación nacional pudiera resentirse aún por la competencia de negociantes de otros países, y que por el mismo procedimiento y con los mismos fines se formara la asociación internacional; pues eso es el *trust*.

¿Qué te enseña ese hecho? Pues sencillamente que la propaganda societaria hecha en beneficio de los trabajadores para el bien, se han apresurado a hacerla positiva los burgueses para el mal, y se asocian hoy para dos cosas: para vender por mucho, muchísimo más de su precio el coste del producto de tu trabajo, del que te despojan mediante el jornal y en virtud del infame derecho de accesión; para negarse a admitir en sus talleres, en sus fábricas, en sus oficinas y en sus campos al asalariado consciente y altruista, capaz de servir a las ideas y de sacrificarse por sus compañeros; es decir, convierten la sociedad en una encrucijada y la ley en un pacto del hambre.

Afortunadamente las cosas caen del lado a que se inclinan, y semejante centralización de capitales, que pone en poquísimas manos la riqueza social

del mundo, puede facilitar la evolución con una quiebra-cataclismo o favorecer la expropiación de los usurpadores en el día de las grandes reivindicaciones.

Así lo han reconocido recientemente economistas de todas las escuelas y así se ofrece sencillamente a la consideración del más elemental sentido común:

La burguesía hoy es como aquel avaro que, habiendo hecho arreglar en secreto una cueva hábilmente cerrada para guardar sus tesoros, entró en ella un día, y, por una ligera inadvertencia, se cerró la puerta tras de sí. Cuando quiso salir, vio que era imposible, que estaba condenado a irremisiblemente muerte de rabia y desesperación. Entonces comprendió que las mismas precauciones adoptadas para su seguridad imposibilitaban todo auxilio, muriendo al fin de terror y de hambre en un lecho de monedas de oro, donde su fantasía, excitada por la conciencia y la superstición, le representaba el gran error de su vida.

¡Tú -le decían los fantasmas de la fiebre- que quisiste ser feliz en el término de tu vida quitando a tanto y tanto trabajador alimento, descanso, instrucción y alegría, que todo eso significan esas monedas ahí amontonadas, porque provienen de aquella hora más que les hiciste trabajar cada día, de aquella asistencia que les privaste a un centro instructivo, de aquella pena que sufrieron al ver morir un hijo por falta de la debida asistencia facultativa, de aquellos céntimos con que recargaste el artículo de consumo, amén de su nociva adulteración, de aquella usura con que les hiciste un préstamo, de aquel invento que te apropiaste, despojando al inventor, para producir más o menor coste, privando aun del jornal al jornalero, de aquella mejora que impediste para ejercer libremente un monopolio...! ¡Porque sólo así se atesora en el mundo; de modo que no hay rico inocente, ora sea el burgués empedernido en el negocio, tierno infante rodeado de mimos y pueriles comodidades, adolescente que adquiere ciencia adulterada y cara en la Universidad o cándida doncella que compra ante el altar con su rica dote el derecho de llamarse esposa de un gznápiro aristócrata; porque toda moneda poseída acredita a su poseedor, por activa o por pasiva, de cómplice en una iniquidad...! ¡Hete aquí impotente, agónico, miserable, privado de medios para reparar tu falta, de renunciar a tu error, sumido en un infierno, donde, para que nada falte para caracterizarle como tal, hasta tus buenas intenciones, hijas del desengaño, son estériles!

Sí, burguesía, esa es tu situación.

Tú, pequeño burgués, que con tus mañas, el crédito y un corto capitalito vas arrinconando un patrimoniejo para tu vejez y para tu heredero, estás condenado a muerte; el *trust* te absorberá.

Tú, gran capitalista, accionista del *trust*, archimillonario, señor de señores, el *Krac* te acecha, la bancarrota te arruinará.

Morirás por la liquidación revolucionaria con la misma muerte que diste a la nobleza; tus servidores de hoy, el clero, la magistratura y el generalato, te abandonarán como por servirte abandonaron a sus antiguos señores; te volverán la espalda cuando suene el tremendo sálvese el que pueda, que anunciará el fin del mundo del privilegio ante la inmensa huelga general, que no va ya a aumentar unos céntimos el jornal, ni a disminuir unos minutos de jornada de trabajo, ni a someterse a una ley de jurados mixtos, ni a contentarse con una subvención en caso de accidente en el trabajo, ni a vivir supeditado al juego constitucional entre conservadores o liberales, ni a preferir una mala república sobre otra pero monarquía, ni a conquistar los poderes públicos, según la frase ridículamente sonora del socialismo autoritario, sino que va lisa y llanamente a la conquista del patrimonio universal.

Concretando: Trabajador, burguesillo, capitalista, masa inconsciente, rémora conservadora, tenlo entendido: la huelga revolucionaria, por otro nombre la revolución social, se halla al término, quizá cercano, de sus luchas, de sus ansias, de sus preocupaciones, de sus apasionamientos, de sus miserias o de sus sublimes ideales; por ella, cual tras un naufragio que, sumergido el buque, dejará a los náufragos en paradisíaca isla libres e iguales ante la necesidad de vivir, quedarán siendo hombres sin adjetivos sociales, porque las jerarquías, las clases y las distinciones se habrán hundido en el abismo, y para reorganizar la sociedad tendrán, no la supuesta revelación, no las utopías sectarias de ninguna clase, sino lo único que justifica y que salva, la verdad, la ciencia, pero la ciencia libre, la ciencia desestancada, no esa falsa ciencia oficial de las universidades y academias, que da títulos a los privilegiados que son como patentes de corso con derecho legal para usurpar riquezas.

Y todos esos bienes los tendrán por una corporación inteligente y activa que viene trabajando hace más de medio siglo, aunque, por lo visto, ha

permanecido invisible para ciertos intelectuales que tienen ojos y no ven y consideran amorfo e inorgánico lo que contra viento y marea se ha formado, aumenta y llegará cumplidamente a la realización de misión que le impuso el progreso de la humanidad, consistente en hacer partícipes a todos los humanos, sin limitación ni exclusión, en el patrimonio universal.

En el Sinaí burgués, conocido en el mundo como Montjuich, se dio un día: «¡Han de cerrarse los ojos a la razón!», y aquel estúpido precepto lo cumplen los intelectuales, mentores del privilegio; aspirantes a prebendas y gangas sociales, que en la lucha social no ven más que las contiendas promovidas por los embaucadores del pueblo o los atropellos autoritarios, sin enterarse de que aparte de tales contiendas y atropellos existe una fuerza absorbente, enérgica y decisiva.

Y entérense burgueses y trabajadores: el Proletariado no es un nombre colectivo que, como dice la gramática, en singular denota pluralidad, sino que es una entidad con pensamiento, voluntad y acción, en la que el Progreso confía para la realización de su obra eternamente salvadora. El Proletariado va marchando. En él tienen todos su puesto, trabajadores: ¡basta ya de Capuletos y Montescos! ¡A ser hombres! ¡A seguir todos la marcha ascendente y libertadora del Proletariado!

CONTRA LA IGNORANCIA

1913

La Sociedad de Cultura Racional, de Pueblo Nuevo, Barcelona, en vista de mi respuesta a una consulta del Centro Obrero de Cultura, de Ferrol, publicada en *Tierra y Libertad*, me pidió una conferencia de ampliación.

Con el presente trabajo satisfago la demanda, utilizando aquel escrito como exordio.

El Centro Obrero de Cultura, de Ferrol, me pide mi opinión acerca de la obra de las instituciones obreras de cultura.

No puedo responder categóricamente; desconozco la importancia de esa obra, porque carezco de datos sobre la organización, extensión y actuación de tales instituciones, a mi parecer harto escasas y faltas de necesaria solidaridad para los principios, la subsistencia y el ideal.

Lo único que puedo decir, y diré aprovechando la oportunidad, en prueba de afecto a los compañeros que forman la corporación que me honra con su demanda y de mi deseo de contribuir a la ilustración de los trabajadores, es lo que a mi juicio debieran hacer.

En aquel embrión de la organización proletaria llamada La Internacional, se instituyeron congresos internacionales para el avance del entendimiento y del pensamiento, fundados sobre el estudio previo de las secciones que nombraban los delegados que constituían aquellos congresos de buena memoria. Pero aquellas secciones eran grupos informes y de organización primitiva, que vivían por el entusiasmo de las masas y por la actividad extremada de algunos individuos, de lo que aun quedan por desgracia muchos vestigios, y de lo que menos se cuidaban era de cultivar la inteligencia. Los esfuerzos intelectuales se reducían a la propaganda en las reuniones y en los periódicos obreros, y el trabajo de los congresos era producto casi exclusivo de los delegados.

Algunas agrupaciones nacionales, entre ellas la Federación Regional Española de Trabajadores, pensaron en normalizar el estudio para la orden del día de sus congresos nacionales y para el internacional, por medio de discusiones en asambleas de sus secciones de oficio y de las federaciones locales; pero, bien mirado, la cosa no pasó de intento o de ensayo, muy distante de llegar a hecho positivo.

No podía ser de otro modo; faltaba ambiente para el trabajo intelectual. Con obreros analfabetos y con los que, aun conociendo las letras, carecían de suficiente cultura y no estaban habituados a prácticas societarias, poco podía hacerse en el sentido de recoger, sintetizar y extender conocimientos.

Lo que entonces no pudo hacerse, inténtase y viene haciéndose ahora por la prensa obrera y por los diferentes centros culturales: ateneos obreros, centros de estudios sociales y ateneos sindicalistas, con autonomía, pero disgregados, sin aprovechar la fuerza resultante de un pacto de mancomunidad.

El moderno sindicalismo representa un progreso sobre La Internacional; es el proletariado consciente realizando su natural evolución, que, como la burguesía que precedió a la revolución, se dispone a elaborar su Enciclopedia. No satisfecho con haber proclamado que los trabajadores han de emanciparse por sí mismos, quiere capacitar individualmente a todos para tal fin.

Mas frente al privilegio y a sus principales manifestaciones el poder, la propiedad y el capitalismo, predomina todavía la combatividad atávica en el proletariado, y en su organización atiende con preferencia a la idea de lucha, sin dar aún la debida importancia a la educación y a la instrucción, grandes fuerzas que podrán formar aquellas reservas tan importantes, tan necesarias y siempre decisivas en el último combate.

Esa deficiencia pueden y deben suplirla las instituciones obreras de cultura estableciendo escuelas racionalistas para la infancia de ambos sexos, y cursos, conferencias, discusiones y lecturas colectivas para adultos.

Todo sindicato, y mejor aún, toda federación local de sindicatos ha de fundar por lo menos una escuela y un ateneo; y los ateneos regionales pueden celebrar pactos solidarios que podrían aumentar extraordinariamente su poder y su eficacia.

Considérese que si la enseñanza ordinaria es tradicional en primer grado, y con tendencia exclusivista individual en los grados superiores, puesto que la una transmite de generación en generación el respeto y acatamiento a doctrinas, instituciones y jerarquías arcaicas, y la otra arma para la lucha para alcanzar y conservar el privilegio, —la educación y la instrucción por y para los obreros ha de ser esencialmente humana y progresiva.

Para imprimir ese carácter a la enseñanza, o, por mejor decir, para despojarla de pesados y atávicos accesorios, es necesaria la unión de todas las instituciones obreras de cultura en un objetivo común, cuya unión puede establecerse por la adopción de un programa amplio y racional, por todos adoptado, y por la adopción de bases de solidaridad y de apoyo mutuo.

Sin relaciones recíprocas, sin programa y sin acción mancomunada, las escuelas tradicionales seguirán el impulso rutinario domesticando rebeldías más que cultivando inteligencias, y las llamadas laicas y las impropriamente llamadas modernas servirán de preparación para la lucha individual más que

para la acción generalizada y altruista, y los centros de estudios y ateneos no pasarán de torneos para la vanidad con escaso provecho para la generalidad. Ha de establecerse, pues, sobre la autonomía de cada centro obrero docente, una acción común que fortifique y multiplique el poder educador e instructor de cada uno y de todos hasta lograr que no haya obrero que no sepa leer y escribir y que ignore que en sociedad todos, sin distinción privilegiada, hemos de ser libres y partícipes del patrimonio universal.

Realizada esa mancomunidad, ha de interesarse en pro de ella a todos los trabajadores, demostrándoles que es tan importante y necesaria para la lucha contra el privilegio como la resistencia al capital.

Considérese que no debe haber disidencia entre los que se dedican a la resistencia y los dedicados a la cultura popular, y si por parte de algunos individuos se manifestaran tendencias enemigas, han de ser sofocadas como resabios atávicos perjudiciales. Lo único admisible en este caso es la preferencia de cada cual a trabajar en sentido resistente o en el instructivo, según su vocación especial.

En resumen: en la sociedad actual el trabajador está destinado a la explotación y a la ignorancia, porque el privilegio sólo puede vivir sobre ignorantes. No basta que los explotados, por sentimiento de digna rebeldía, quieran emanciparse si continúan en la ignorancia, porque los ignorantes pueden ser fácilmente engañados por cualquier ambicioso que les presente sofismas con elocuencia, como por desgracia ha sucedido y sucede aún con los desviadores de todo género, especialmente los políticos, que han separado tantos trabajadores del movimiento puramente emancipador para dejarlos después sumidos en el abismo del más desesperante escepticismo, y retrasando a la vez el ansiado momento de la justificación de la sociedad y de la fraternidad humana.

Hasta aquí llegué en mi respuesta al Centro Ferrolano de Cultura. He aquí la ampliación pedida por la Sociedad de Cultura Racional de Pueblo Nuevo. La gran selección humana histórica cristalizó en las castas de la India, produjo después el monopolio teocrático-científico de Egipto, floreció en el esplendor artístico-filosófico de Grecia y fructificó en la gran hegemonía mundial que ejerció la Roma conquistadora y autoritaria en vida sobre las antiguas naciones sometidas por las armas, y la influencia tradicional y constitucional que siguió ejerciendo después por su legado jurídico a las naciones modernas. Esa hegemonía sobre el mundo entonces conocido creó el antagonismo entre el hombre-persona, el patricio, y el hombre-cosa, el esclavo y aun el plebeyo, por su concepto de la propiedad, así fijada en nuestro Código Civil:

El propietario de un terreno es dueño de su superficie y de lo que está debajo de ella, y puede hacer en él las obras, plantaciones y excavaciones que le convengan... La propiedad de los bienes da derecho por accesión a todo lo que ellos producen, o se les une e incorpora, natural o artificialmente... Pertenecen al propietario los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles... Todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario.

El monismo o idea de unidad, que comprende todo el género humano y que sirve de fundamento a la gran solidaridad, que sobrevive, aunque menoscabada en su grandeza, a pesar de cuantos obstáculos se opongan a la vida individual, en cumplimiento de las leyes vitales, donde la mortalidad era enorme por la miseria o por la desavenencia, se estableció una normalidad relativa, susceptible de mejoras progresivas, o terminada por esas grandes tragedias históricas de los pueblos que desaparecieron, dejando con su recuerdo su haber intelectual como legado a sus sucesores.

Rota la unidad, mejor dicho tal vez, establecido el dualismo antagónico por no haber conocido en la ignorancia primitiva principios sociales perfectamente solidarios, el antagonismo ha llegado hasta nosotros tras larga serie de siglos de dominación, después de haber causado tremendas catástrofes bajo pretextos de raza, de religión, de patriotismo, de clase, de política, y habiendo ejercido sobre la naturaleza humana esa gran depresión moral que produce el atavismo tras tantos siglos de vivir sin llegar al cauce racional por donde la humanidad futura regenerada realizará la bellísima y perfecta armonía de la vida.

No la raza, no la religión, no el patriotismo conquistador acorralará y dividirá siempre a la humanidad; no el monopolio de la riqueza social y la vileza del despojo subdividirá además en pobres y ricos a los acorralados en las fronteras: el proletariado, aquella sexta clase social que idearon los romanos y que si no con ese número de orden existe como clase ínfima, concibió un día la idea de su emancipación, emancipándose idealmente y organizándose para conquistar su emancipación material.

Es admirable, es consolador, da consistencia positiva al ideal, constituyéndole en promesa de cumplimiento infalible, ver que termina el ciclo histórico de luchas por los objetivos parciales de los pueblos con el resumen en una aspiración única internacional aceptada por los desheredados, mientras los

privilegiados, dueños del poder y usurpadores de la riqueza, se han cerrado el paso con un militarismo absorbente e insostenible.

Si los privilegiados mandarines forjaron sus Estados nacionales como fortalezas defensoras de sus privilegios contra invasiones exteriores y contra protestas y rebeldías interiores, los trabajadores desheredados bosquejaron un día una sociedad que se sobrepone a todos los Estados, que a todos los contiene en su seno y que sobre todos prevalecerá.

Quiero dar a la enunciación de esta idea todas las garantías posibles de verosimilitud y seguridad, y para esto me basta con exponer que siendo inevitable el avance hacia el reparo de los errores y las injusticias sociales, siguiendo la vía de mejoras y perfeccionamientos parciales inspirados en la idea de perfección absoluta por ley del progreso, mientras los privilegiados han llegado al absurdo, al imposible de la paz armada y del presupuesto de guerra en cada nación, en todas las naciones, los trabajadores con La Internacional se unieron en lazo fraternal sin distinción de raza ni de nacionalidad en una sola nación, sobreponiéndose a todas las tradiciones y a todos los obstáculos de la actualidad. Al *si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz, prepara la guerra) de la Triple Alianza (Alemania, Austria, Italia) y de la Triple Entente (Inglaterra, Francia, Rusia) que consumirán en el año actual un presupuesto de diez mil millones en pura pérdida, sin contar el derroche militarista de los demás Estados europeos y de China, el Japón, los Estados Unidos y de las repúblicas latinoamericanas, que representará una suma también enormísima, el proletariado responde invariablemente: no hay derechos sin deberes ni deberes sin derechos, y declara con nobleza libertaria: no queremos el privilegio ni para nuestro beneficio.

Persistiendo en su error, los privilegiados acumularon fuerzas en sus naciones, no sólo en defensa de sus privilegios nacionales y particulares, sino con miras de conquistas coloniales o de países de civilización inferior, o de Estados enemigos en la contienda sobre la preponderancia o hegemonía, confirmando el pensamiento de un publicista célebre, que afirmó que las relaciones de Estado con Estado son la enemistad y la desconfianza, y al efecto han acuartelado muchos millones de hombres improductivos, han acumulado armamentos formidables, han invadido con artefactos destructores el fondo de los mares y las alturas de la atmósfera, en tanto que los desheredados, pobres, ignorantes y desprovistos de todo recurso salvador si hubieran de continuar insolidarios y abúlicos, por la conquista de la solidaridad y con el empeño de su emancipación son fuertes, son poderosos, son invencibles, son futuros triunfadores. No tienen ejércitos, ni generales, ni armada, ni castillos,

ni baterías, ni submarinos, ni voladores; pero su tecnicismo práctico es la producción y el transporte, es el municionamiento y la provisión, es el abastecimiento diario de la aldea y de la gran ciudad, es el trabajo de que depende la vida humana en cada momento, y esa producción puede paralizarse un día a una señal convenida, mostrada desde un punto cualquiera del mundo productor asalariado, para imponer una reparación justiciera como resolución adoptada previa conveniente y extensa elaboración intelectual; más aún, como único medio de abrir paso al necesario e indispensable avance progresivo contenido por el estancamiento del privilegio.

Todo lo puede hoy el privilegio, y, sin embargo, teme y vacila; materialmente impotentes son hoy los desheredados, como sus antecesores históricos, y, no obstante, el proletariado concibe un ideal, confía y espera.

Con el monopolio de la riqueza, de la ciencia y del mando, los privilegiados se han cerrado el paso con la injusticia; por el anhelo de libertad, fortalecido por la solidaridad, el proletariado romperá el muro contentivo, única manera de que la humanidad no sucumba.

Se ha dicho: “querer es poder”; no lo niego; pero yo prefiero esta otra fórmula determinante de la acción: “saber es poder”. Y la prefiero porque el querer, producto del deseo impulsado por la necesidad no satisfecha, cuando el sujeto está sumido en la ignorancia, se estrella ante la dificultad y cae en la desesperación de la impotencia.

Eso, aparte de que los deseos del ignorante, como resultado de su limitada mentalidad, se reducen a lo indispensable a la vida animal, sin elevarse a la altura de la ciencia y del arte, por carencia absoluta de motivos determinantes. Cuando el ignorante quiere algo fuera del estrecho círculo de lo rutinario y de lo que constituye su propia experiencia, por desconocimiento de la idea de relación entre la causa y el efecto, suele incurrir en la locura de querer lo imposible, o sí no, quererlo por medios improcedentes. Por el contrario, cuando lo que se desea cabe en lo posible, si para lograrlo se ponen en práctica los medios racionales y necesarios, se consigue indefectiblemente. En tal caso el fracaso es imposible. Claro es como la luz del día, que si a una fuerza resistente determinada se le ataca con una fuerza igual o superior, la resistencia ha de ceder, dejando paso libre al vencedor.

El desheredado, privado del saber, con su cerebro lleno de leyendas, misterios, supersticiones y milagros, ejercitando la fe y dejando inactiva la razón, si aspira individualmente a librarse de su mísero estado, piensa en la fortuna; si se une a la aspiración colectiva y no se ha penetrado bien de que la emancipación ha de ser obra de sí mismo y de todos, dará crédito a los malos pastores y se

entregará a organizaciones político-socialistas o a partidos democrático-burgueses, confiará en el parlamentarismo revolucionario o en la revolución parlamentaria, dos fases del mismo error por no decir del mismo engaño, y resultará que hablará de revolución con idea de violencia, creyendo que las revoluciones históricas se originaron solamente en actos de rebeldía, desconociendo las causas anteriores y determinantes de aquellos actos, y sin explicarse tampoco las reacciones consiguientes a los triunfos revolucionarios fracasados, o creará en la teoría democrática de la soberanía popular votando candidatos que prometen la emancipación barata, y caerá, por último, en el desengaño pesimista.

Por efecto de ese estado intelectual tan deficiente, resto de siglos de sistemática ignorancia, han surgido los ambiciosos desviadores, los inteligentes faltos de la necesaria abnegación para continuar la obra salvadora de la educación popular, que, huyendo de los peligros del apostolado, prefirieron abusar de la ignorancia prometiendo ventajas irrealizables para atraerse partidarios.

Por eso es necesario que los convencidos, los verdaderamente iniciados, los exceptuados de las redes atávicas, los que viven como precursores de la sociedad futura, sin dejar de la mano la acción sindicalista que interponga su influencia en el desenvolvimiento de los acontecimientos y la marcha de los asuntos económicos, dediquen a la cultura popular la atención correspondiente a su necesidad e importancia, porque el primer paso emancipador consiste en la emancipación de la ignorancia.

Una colectividad como el proletariado, que se atribuye la elevada misión de reconstituir racionalmente la sociedad humana para que en el mundo se establezca la reciprocidad del derecho y del deber, ha de despojarse en lo humanamente posible del carácter de masa colectiva para alcanzar el de totalidad de unidades equivalentes, y al efecto ha de procurar, por cuantos medios tenga a su alcance, educar e instruir a los individuos. Se ha de procurar a todo trance, como condición esencial, esencialísima, sin la cual no se emancipará jamás y será vil asalariado eternamente, que el proletariado tenga juicio libre y razón desapasionada, para que las voliciones determinantes de la voluntad tengan las condiciones necesarias de conciencia y energía. Según la frase del mártir de la Escuela Moderna, el insigne Ferrer, “es necesario que cada cerebro sea el motor de una voluntad”.

No hay peor tiranía que la que lleva el ignorante dentro de sí mismo: envuelto en las tinieblas de la ignorancia no sabe complacer sus deseos, satisfacer sus

necesidades, regir su voluntad y, guiado por la simple rutina, que me atrevo a asegurar que es inferior al instinto de los animales, camina a ciegas sin evitar los peligros y tendiendo su mano en demanda de protección a sus explotadores y tiranos.

La necesidad, la urgencia, la impetuosidad del deseo y la irreflexión impulsiva dio a la fuerza material indebida preponderancia en concepto de muchos trabajadores. De ahí la forma actual de la organización obrera y también todos sus fracasos o la exigüidad relativa de sus triunfos.

El Sindicalismo, para convertir en positiva toda su fuerza teórica, ha de desdoblarse en organización intelectual y organización luchadora, en cerebro y brazo, en pensamiento y voluntad, en conocimiento y acción. De lo contrario, con la fuerza de la razón y del número continuaremos indefinidamente dominados por el relativamente corto número de los dominadores privilegiados.

Muchos millones de trabajadores asalariados analfabetos o que apenas leen, reducidos a ignorancia perpetua, han de ser necesariamente siervos de los monopolizadores de la ciencia.

Y no se diga que hay ricos ignorantes, porque el poseedor del dinero compra todo, porque todo se vende en el régimen propietario-capitalista, desde los placeres terrenales hasta la bula que promete la felicidad eterna. Por dinero tiene el rico en su palacio médico y farmacia, bufón y bailarina, cocinero y repostero, abogado y notario, capellán y capilla con manifiesto y todo cuando la salud o el negocio necesitan la intervención de lo sobrenatural.

Buen contraste ofrece el que presentan aquellos buenos campesinos andaluces que, presintiendo el mérito del saber, se reúnen en la gañanía, durante las horas de descanso, en rededor del compañero que sabe leer y les lee penosamente a la luz del candil el periódico o el folleto emancipador, que les habla de la lucha de clases, del poder de la asociación obrera y del futuro triunfo revolucionario que dé a todos la debida participación en el patrimonio universal.

Por eso afirmo, en consecuencia, que el proletariado en marcha no debe dejar rezagados, y rezagados son, que impiden el avance y que pueden convertirse en enemigos, los infelices compañeros que por desconocimiento de las letras, por falta de haber intelectual, por dificultad y aun imposibilidad de juicio y de raciocinio se prestan a servir de esquirols, sea individualmente impulsados por el hambre, sea maliciosamente enredilados en esos patronatos que recogen las inmundicias inadaptables a la solidaridad e inspiran a los esquirols un

misoneísmo u odio a todo lo nuevo que les lleva hasta el fratricidio. Rezagados son también, dicho con los respetos de la tolerancia y con la libre franqueza del deber, todos los obreros que, abandonando el puro ideal emancipador, se alistan en los partidos políticos burgueses o aburguesados que se agitan por intereses mezquinos, olvidando que el problema político del mundo quedó resuelto en 1789 en Francia con su gran Revolución, y que si de ella no resultó la solución del problema social que hoy se halla planteado con aterradora urgencia en todas las naciones, fue por la traidora renuncia que del progreso hizo la burguesía, una vez realizada la revolución política en su exclusivo beneficio.

La escuela tradicional y aun la escuela laica a la francesa tienden a formar creyentes y súbditos, buenos cristianos, buenos ciudadanos, buenos trabajadores, buenos padres de familia, sumisos a las leyes y dispuestos a defender la patria, a cuyo fin enseñan dogmas e imponen cuanto puede ser útil a la Iglesia y al Estado, a cuyas entidades sacrifican al individuo. Desde la escuela, tanto laica como tradicional, el niño se somete a la creencia, a la obediencia y a la disciplina, y adquiere las costumbres propias del creyente, del soldado y del asalariado. Aprende a leer y escribir palabras que no le suscitan ideas, aprende aritmética con demostraciones o cálculo de ganancierismo burgués, gramática de memoria sin arraigo en el entendimiento ni dominio del análisis y de la síntesis del idioma, y así algunas otras nociones de una manera irracional, porque el maestro quiere obtener resultados visibles en la ceremonia de los exámenes, necesita congraciarse con sus superiores jerárquicos o acreditar su establecimiento, y cultiva casi exclusivamente la memoria del niño a costa de la razón. Tampoco puede hacer otra cosa; encargado de numerosos alumnos no puede adaptar su enseñanza a la inteligencia de cada uno; habla para todos; la regla es la misma para todos los temperamentos y para todas las inteligencias, y por ello puede decirse que la escuela, que debiera ser la racional iniciadora de la vida individual y social, mata los gérmenes de la personalidad y de la iniciativa.

He ahí el ideal de los privilegiados: la unidad de la masa, el desvanecimiento en la totalidad, la confusión en la más baja medianía como condición indispensable para la inalterabilidad del orden, o sea estabilidad inalterable del orden burgués, de la usurpación de la propiedad común y de la riqueza social, del reinado del privilegio.

Al obrero se le adiestra mecánicamente: lejos de iniciarle en los principios generales y en los secretos de la industria, se le cierra el paso a toda otra profesión; después de mutilar su inteligencia, se le petrifica, se paraliza su

entendimiento como sus brazos. El que maneja la sierra se inutiliza para el componedor, el pintor de brocha gorda es inaccesible al manejo del pincel, al que cava se le escapa el buril de los dedos: del mismo modo el que discurre con nociones legendarias o se guía por rutinas técnicas queda incapacitado para formar juicios propios, para adaptarse pensamientos ajenos y para descubrir nuevos procedimientos científico-industriales.

Si durante los primeros años después del aprendizaje puede alimentar alguna ilusión, la dureza de la vida social y la monotonía del trabajo le sumergen en la conciencia de su degradación, viéndose reducido a ser un vil engranaje, sin personalidad propia, y entonces cae en la desesperación.

Si es verdad que el hombre nace con sentidos y facultades, pero sin ideas, viene al mundo con inclinaciones atávicas, y por atavismo es humilde y aun servil el hijo del pobre, y soberbio y dominante el hijo del rico.

La inclinación atávica, junto con la ignorancia, refuerzan la masa plebeya sometida al dominio de los patricios y sirve de pedestal a los ambiciosos.

En resumen: tanto en la escuela religiosa tradicional, como en la escuela cívica, que con el nombre de laica sostiene o intenta sostener la burguesía liberal o democrática, se forman seres pasivos en quienes no se desarrolla el juicio crítico, porque los dogmas escolares constituyen el objeto único, desentendiéndose del medio ambiente y sin contar para nada con la vida del niño. Ambas escuelas parten del principio que el individuo ha de amoldarse a la sociedad, no la sociedad al individuo, y realizan el abominable símbolo del lecho de Procusto, en el que se estiran o se encogen y aun se cortan las facultades, para reducirlas a la medida de la moral y de la capacidad que el privilegio exige, a fin de evitar toda manifestación de noble y digna rebeldía. Para contrarrestar los efectos de esas escuelas surgió la enseñanza racionalista, con la cual se abandona el esoterismo popular y se destruye el esoterismo privilegiado, para fundar la universalidad del conocimiento, fundada en el gran principio de que la verdad es de todos y se debe a todos.

La enseñanza racionalista es una renovación total de los viejos y nuevos métodos de transmisión del saber. No representa un grado más en la escala de los adelantos pedagógicos, sino que, valiéndome de una frase vulgarizada, es una revolución que rompe los viejos moldes de la pedagogía servil y convencional y se posesiona de la verdad que nos rodea, que nos toca por todas partes y que se nos metería por los ojos si no los tuviéramos cerrados por el error en que se nos ha criado y en que nos hemos desarrollado y vivimos.

En la Escuela Moderna concebida por Ferrer, la generación nueva, niñas y niños sin distinción, cursan una especie de bachillerato sin clasicismo inútil pero de orientación perfectamente científica.

Una infancia racionalmente educada, que establece la relación prudente entre lo que se sabe y lo que se cree, es decir, entre los descubrimientos de los especialistas científicos y la adaptación de los que no pueden elevarse personalmente a tales especialidades, lleva la renovación social realizada y triunfante en su corazón y en su cabeza; la propagará con el prestigio sugestivo de la sinceridad, de la convicción y de la evidencia, y tomará en su día su parte de posesión en el patrimonio universal con facilidad admirable, sin confiar en falsos redentores, sin necesidad de complots terroríficos, sin esperar imaginarias catástrofes, como resultado lógico y natural de una evolución cumplida, a la manera que concibió Zola aquella *Crecherie de El Trabajo*, en que la revolución social no fue más que un desprendimiento y un desmoronamiento de lo viejo y caduco, que despojó de obstáculos la bellísima organización que ya funcionaba con galanura y grandeza resultante de todas las voluntades racionalmente determinadas para el bien.

Dígame si no: ¿Quién y qué contendrá en las serviles y miserables estrecheces del salario a la nueva generación racionalmente educada e instruida? ¿De dónde sacarán los privilegiados prestigio y fuerza para continuar la usurpación de los bienes naturales y de los productos del trabajo, toda vez que ese prestigio y esa fuerza tienen como único fundamento la ignorancia popular? Para la realización del ideal emancipador del proletariado, la enseñanza racionalista es un elemento poderoso; más aún, es indispensable; es el complemento necesario del Sindicalismo; me atrevo a sostener que ha de ser su inspirador y su guía, a la manera que en el individuo inspira la inteligencia a la acción.

Los niños que en la escuela racionalista, en la Escuela Moderna, —nombre histórico escrito con sangre de un mártir—, aprenden la unidad y la eternidad de la materia, que adquieren nociones positivas acerca de la constitución del universo, de la formación de los organismos, de las leyes de la evolución, que conocen el origen del hombre y en síntesis positiva la constitución de la sociedad y el curso de la historia, todo despojado de misticismo, metafísica y leyenda, no pueden ser individuos pasivos sometidos al absurdo tradicional. Por fuerza han de dar nuevo impulso al mundo por iniciativa propia, desoyendo toda sugestión, firmes contra todo intento arribista desviador y

dispuestos en todo momento a hacer práctica en el mundo la verdad que atesora su entendimiento.

La enseñanza racionalista tuvo en Ferrer un revelador y un mártir, hoy ya conocida, sólo necesita propagadores entusiastas y decididos, y éstos nadie más obligados que nosotros, los trabajadores, interesados en sustraer nuestros hijos a la nefasta influencia de aquella doctrina que enseña la sumisión a los superiores, la no resistencia al mal, la caridad impotente contra la injusticia dominante, la gracia en substitución de la justicia y la arbitraria mentira del milagro contra la inflexibilidad de las leyes naturales.

Leyendo las estadísticas de la emigración, las del embargo de la pequeña propiedad por los sacamantas administrativos, las noticias de las manifestaciones de obreros que piden a las autoridades pan y trabajo, las de las humillaciones impuestas a los hambrientos por la caridad oficial o particular, abrumba la consideración del fondo de inercia en que se hallan tantos miles de individuos, cada uno de los cuales, debidamente educado e instruido, hubiera podido contribuir al tesoro de ciencia, de riqueza y de felicidad que constituye el patrimonio de la humanidad.

La verdad científica hállase en pugna con los intereses particulares de toda confesión religiosa, de toda agrupación política y de toda clase privilegiada. Así debe comprenderlo el proletariado moderno, no limitándose al propósito de socializar la tierra y los instrumentos de trabajo, sino que ha de socializar también la ciencia universalizando la universidad, o sea poniendo la ciencia al alcance de todo el mundo en vez de permitir que sea una escuela especial de privilegiados donde se enseña a pelear con trampa y con ventaja en la llamada lucha por la existencia.

En algunos pueblos de la antigüedad, dice Carnegie, al que enseñaba a leer a un esclavo se le condenaba a muerte. Manteniendo sus esclavos en la ignorancia, los amos obraban por instinto de conservación, porque instruir al esclavo es romper sus cadenas.

Aprovechemos esa lección histórica, y consideremos como esquírol, no para tratarle como enemigo sino para elevarle a la dignidad de luchador por el ideal, no sólo al infeliz que ocupa el puesto de un huelguista, sino también al que por no dominar las letras se ve privado del mejor medio de saber y se ve reducido a creer, al que por no poder nutrir su entendimiento con la lectura se halla abismado en la creencia.

Vivir reducido a la imposibilidad de adaptarse, con criterio racional por la lectura, el pensamiento ajeno, y no poder transmitir por la escritura el

pensamiento propio, incapacita al iletrado para el ideal; aceptar el ideal por creencia, hallándose incapacitado para la crítica y el raciocinio por no saber leer ni escribir, o por saber y no practicar racionalmente, es caer en el fanatismo o en el iluminismo, sin más guía que la imaginación inculta o la fe ciega que impulsa a vitorear a sus tiranos y a perseguir a los hombres de pensamiento salvador y sentimiento altruista. Recordemos con horror que en España se ha llegado a gritar en bárbaro lenguaje apropiado al caso ¡vivan las caenas! Y no olvidemos que Ferrer, el ilustre mártir de la Escuela Moderna, antes que apóstol de la enseñanza racionalista, fue y continuó siendo un ardiente revolucionario, que se desengañó de alcanzar el ideal por los motines y las cuarteladas en vista de la dudosa moralidad de los caudillos y de la estulticia de los partidarios, y pensó en la absoluta necesidad de preparar racionalmente las generaciones en vista del triunfo revolucionario y de la renovación de la sociedad ultrarevolucionaria.

He aquí lo que el mismo Ferrer escribió en su obra póstuma La Escuela Moderna:

“La experiencia adquirida durante mis quince años de residencia en París, en que presencié las crisis del boulangismo, del dreyfusismo y del nacionalismo, que constituyeron un peligro para la República, me convencieron de que el problema de la educación popular no se hallaba resuelto, y no estándolo en Francia, no podía esperar que lo resolviera el republicanismo español, toda vez que siempre había demostrado deplorable desconocimiento de la capital importancia que para un pueblo tiene el sistema de educación.

Imagínese lo que sería la presente generación si el partido republicano español, después del destierro de Ruiz Zorrilla, se hubiera dedicado a fundar escuelas racionalistas al lado de cada comité, de cada núcleo librepensador o de cada logia masónica; si en lugar de preocuparse los presidentes, secretarios y vocales de los comités del empleo que habrían de ocupar en la futura república hubieran trabajado activamente por la instrucción popular; cuánto se hubiera adelantado durante treinta años en las escuelas diurnas para niños y en las nocturnas para adultos.

¿Se contentaría en ese caso el pueblo enviando al Parlamento diputados que aceptan una ley de asociaciones presentada por los monárquicos?

¿Se limitaría el pueblo a promover motines por la subida del precio del pan, sin rebelarse contra las privaciones impuestas al trabajador a causa de la abundancia de lo superfluo de que gozan los enriquecidos con el trabajo ajeno?

¿Haría el pueblo raquítricos motines contra los consumos en vez de organizarse para la supresión de todo privilegio tiránico?”

Tenemos en la sociedad tremendas y odiosas manifestaciones de la desigualdad, no siendo la peor la generalmente conocida, la del millonario y el mendigo; hay otra más grave por cuanto además de ser efecto es a la vez gran parte de causa o de culpa, la del sabio y el ignorante. Si hay quien puede decir: “No necesito la hipótesis Dios”, hay muchos a quienes se lanzó esta injuria: “Se necesita un Dios para la canalla”.

Si estamos explotados como trabajadores, si el trabajo es maldito en la sociedad del privilegio, no se debe únicamente a nuestra falta de enérgica rebeldía, sino también a nuestra ignorancia. Fuertes materialmente durante el corto apogeo de su vida son nuestros compañeros que cultivan la tierra, que huronean en la mina, que modifican la fibra, la madera o los metales, que transportan los productos por mar y por tierra; pero si con la fortaleza de sus músculos tienen un cerebro lleno de supersticiones y prejuicios, si sólo emplean su fuerza en ganar su salario, les quedará para su emancipación la debilidad más absoluta.

Ante todo no podemos olvidar que nuestros hijos, sujetos como nosotros mismos a sistemática ignorancia, o no reciben instrucción alguna, quedando para formar unidades en la horrible cantidad de los analfabetos, o reciben una instrucción primaria ineficaz cuando no contraproducente; hállese sujetos además a la ignorancia de nuestras compañeras, como nosotros lo hemos estado a la de nuestras madres, y con tales elementos vienen indolentes y cansinos al sindicalismo, o quedan rezagados formando la negra legión de los esquirols, o se dejan seducir fácilmente con las desviaciones burguesas con que a tantos compañeros extravían la cooperación, la política radical, el regionalismo, el patronato católico y las mil frivolidades con que nuestros explotadores nos salen al paso para distraernos cuando no nos amenazan y nos persiguen para aniquilarnos.

Necesitamos instruirnos y educar a nuestros hijos, considerando esa instrucción y esa educación como digno complemento de nuestra organización sindicalista y segura garantía del triunfo de nuestro ideal.

Tanto como el Sindicato y la Federación y Confederación de Sindicatos se necesita el Ateneo para los adultos y la Escuela para los niños.

Tiénese por cierto que la burguesía logró su emancipación cuando sus filósofos fueron capaces de concebir, escribir y publicar la Enciclopedia. Es probable que el proletariado no logre la realización de sus aspiraciones hasta que desaparezca de su seno la negra mancha del analfabetismo.

Abranse, pues, escuelas donde se fomente la instrucción; dése a nuestros hijos educación racionalista, y habremos así logrado un primer triunfo moral, y después, tras nuestro futuro triunfo material, la más firme garantía de su estabilidad.

Los trabajadores deben librar sus hijos de las perniciosas enseñanzas de nuestros dominadores, y lo conseguiremos reemplazando las escuelas municipales burguesas por las sindicales. Impidamos que nuestros hijos sean resignados inconscientes, para ahorrarnos el trabajo de convertirles luego en conscientes y dignos; es más metódico y más seguro; es realizar la esperanza largo tiempo acariciada de una educación de libertad, de un aprendizaje de la vida. Considérese que no es la educación dada por el Estado, por medio de sus funcionarios, la que puede preparar hombres capaces de hacer viable una sociedad. No es tampoco la escuela oficial donde se puede enseñar la libertad. Menos lo será el analfabetismo, que aísla al hombre como a un bruto, desconocedor de lo pasado, aislado en lo presente, imprevisor de lo futuro, privándole de esa gran comunidad del pensamiento que se sostiene y conserva brillantemente por los dos grandes e insuperables descubrimientos del humano ingenio: el alfabeto y la imprenta.

Claro es que rechazados todos los dogmas, no han de elaborarse dogmas sindicales para uso de los hijos de la clase obrera; pero sí ha de enseñárseles a vivir en la integridad de la vida, previniéndoles contra la jerarquía y la tiranía de propietarios y capitalistas, suscitándoles horror al fraude que representa el salario, el amor a la actividad útil, a la libertad y a la concordia.

La generación que sube, y que formará el proletariado de mañana, necesita una mentalidad superior a la presente; no una enseñanza que produzca pastores y rebaños, sino una educación que formen individuos que quieran y sepan ser libres, que sean capaces de realzar la Ayuda mutua sobre la Lucha por la existencia y que lleguen a querer y poder suprimir el Patronato y el Salariado.

Conste, pues; así como el niño no debe ser sometido físicamente a un régimen corporal que le atrofie los órganos, tampoco ha de someterse a una engañosa enseñanza que le incapacite para el conocimiento de la verdad y para la práctica de la moral.

La pedagogía racional, la que toma a la infancia sin distinción de sexos para secundar su evolución natural, constituye uno de los más poderosos elementos para la solución positiva y definitiva del problema social.

Niños y niñas que salen de la escuela, y, con el pensamiento fijo en su porvenir, se hallan de pronto ante las encrucijadas de los caminos de la vida,

vacilantes y sin saber qué vía emprender, sugestionados además por los pregoneros de los sistemas, que con discursos exagerados ponderan sus ventajas, mientras los rutinariamente educados seguirán a quienes concuerden con sus preocupaciones, los que hayan recibido la educación racional y la instrucción científica de la escuela sindicalista determinarán fácilmente su voluntad por su buen juicio y por su propia iniciativa, sin peligro de equivocarse y con la totalidad de su natural energía.

Sobre esta consideración deseo fijar la atención de los obreros emancipadores, inclinándoles a pensar especialmente sobre la educación e instrucción de la mujer en relación con su derecho propio, como persona consciente y libre y también como conservadora, educadora y maestra de sus hijos.

Es evidente que para cumplir los fines sociales que le corresponden, la mujer ha de instruirse. De poco sirven todos los proyectos reformistas si la mujer, por atavismo sin corrección, tiene como única fuente de inspiración la tradición religiosa.

La sociedad actual continúa sosteniendo la inferioridad moral y jurídica de la mujer en todas las clases sociales, del mismo modo que retiene al trabajador en el despojo sistemático de su participación en la riqueza social; pero si a los privilegiados, teniendo en cuenta las conveniencias en la posesión y en la transmisión de la propiedad, les conviene la inferioridad femenina, los desheredados hemos de conceder, o mejor dicho, reconocer a la mujer ampliamente sus facultades y sus derechos por lo que en ese reconocimiento hay de justo y además por lo que hay de útil.

La mujer piensa, siente y trabaja como el hombre, y, según la más sana filosofía, participa de aquellos derechos inmanentes a la personalidad humana. Por el desconocimiento de esos derechos, si el proletariado cometiera tan vil error, se cerraría él mismo el paso a su emancipación, remacharía sus cadenas y, duro es decirlo, pero lo pienso y lo digo, merecería su esclavitud. A pesar de la tiranía masculina, la mujer ha brillado en las ciencias, en las artes y en todas las manifestaciones del saber y del poder, ha de reconocérsele la capacidad y el derecho.

Hablando en términos generales y descontando las excepciones, ella es nuestra compañera, la que nos excita en nuestras vacilaciones, la que nos ayuda en nuestros desfallecimientos, la que nos aconseja en nuestras dudas, la que nos aplaude en nuestros éxitos, la madre de nuestros hijos, la que completa moral y materialmente nuestra personalidad; es, pues, nuestra igual, aunque otra cosa enseñen los libros sagrados y otra cosa preceptúen los libros legales.

Hemos dejado a la mujer en la superstición y la ignorancia, y de ahí resulta que, siendo nuestra compañera, no sea nuestra colaboradora.

Corrijamos nuestro error, primero en la escuela racional, después en nuestros sindicatos. Tengamos siempre presente este pensamiento de Condorcet: “Cuando se instruye a un niño se prepara un hombre instruido, pero cuando se instruye una niña se elabora la instrucción de una familia”.

Tened por cierto que la sociedad regenerada que anhelamos no podrá existir con toda su magnificencia y su justicia, hasta que la igualdad social entre el hombre y la mujer haya vencido el dualismo existente entre el propietario y el obrero.

Excitad en la mujer el ansia de saber, inspiradla el amor a la justicia, interesadla en las luchas por el ideal, hacedla comprender que de ello depende la felicidad del hombre que ama y de los hijos a quienes da vida, y la habréis transformado en sentido racionalmente progresivo, y será vuestra compañera, no sólo en el hogar, sino en el sindicato, en el ateneo y hasta en la barricada.

Tratando de la educación y la enseñanza, no debemos referirnos exclusivamente a la escuela y al profesorado; hay una escuela más grande que todas las escuelas y aun que todas las universidades. Esa escuela es la vida, en la que todos ejercemos de buenos o de malos maestros, por la influencia del ejemplo, y en la que todos somos alumnos por la tendencia a la imitación y por la necesidad de la adaptación.

Los normales y conscientes darán buenos ejemplos a sus hijos y ejercerán ejemplar influencia entre sus compañeros, amigos y vecinos; pero la criatura que nace en una familia en que los padres hayan descendido algunos grados en la escala de la normalidad; si el padre es alcohólico y la madre descuidada y sucia y sus relaciones se hallan al mismo nivel intelectual, formarán entre todos un ambiente de ignorancia y vicio apropiado para esa descendencia degenerada que sirve de rémora a todo progreso cuando no de causante de todo estancamiento y aun de toda regresión.

Hay una desigualdad social contra la cual protestamos todos, porque nos hallamos siendo víctimas inocentes de ella; pero hay una parte de esa desigualdad de que podemos ser causantes y sobre la cual llamo vuestra atención, porque es preciso que todos nos desprendamos de tan grave responsabilidad.

Ved en qué consiste:

Hágase un paralelo entre el niño nacido de padres, no ya ricos o pobres sino educados, instruidos y conscientes de sus deberes paternales, y el niño nacido de padres ignorantes y viciosos; supongamos las dos parejas procreadoras en

idénticas condiciones sociales, pobres o ricos, y veamos sus consecuencias: el uno se desarrollará irracionalmente entre servidores, si es rico, o en el abandono si es pobre, o relativamente bien atendido según los recursos paternos, y la marca de la educación quedará perenne en aquellos individuos; los unos cumplirán en el curso de la vida dando impulso a las ciencias o al ideal redentor, y los otros serán apaches de casino o de taberna.

Es preciso que todos, pero principalmente los trabajadores, se propongan no dar vida a seres degenerados, no ser causantes de tal y tan grave desigualdad, y considerando que una descendencia degenerada renueva y refuerza la masa social de donde se echa mano para la recluta de sayones de todo género, de esquirols, de timadores, de majos de navaja y revólver al servicio de explotadores y usureros y de cuantos viven al margen de la moral racional, reprimamos la bestia sexual y demos cuerpo y vida únicamente a una descendencia que podamos cobijar bajo nuestra digna responsabilidad, sea contando con nuestro poder individual, sea sintiéndonos apoyados por el gran poder de instituciones creadas por la solidaridad.

Aquí terminaría mi trabajo, si por agotamiento mío, no por haber agotado el tema; pero quiero aquí rendir el homenaje de un respetuoso recuerdo al fundador de la Escuela Moderna, al mártir de la enseñanza racionalista, al que dio su vida por la universalización de la ciencia, con la intención de emancipar al proletariado y establecer definitivamente en el mundo la igualdad social.

Al efecto, leeré el final de mi prefacio al libro La Escuela Moderna, póstuma explicación y alcance de la enseñanza racionalista, por Francisco Ferrer Guardia, publicado por su sucesor.

“En junio de 1908, hallándose Ferrer reposando en Amelie-lesBains, me invitó a que le acompañara, a lo que accedí gustoso, y en la tranquilidad de aquel bellísimo repliegue de los Pirineos, en el descanso requerido tras muchos años de actividad incesante y uno de privación de libertad y peligro terrible, recordó los pasos dados en la vía progresiva, y concertamos propósitos de continuación aprovechando las lecciones de la experiencia.

Allí, Ferrer, en consideración a cuanto se había fantaseado por amigos y adversarios sobre el significado de la Escuela Moderna durante la campaña de su liberación, formó el propósito de escribir una Memoria explicativa de su significación, que se publicaría en la prensa española y francesa y fijaría clara y terminantemente el concepto, la aplicación y la extensión de la enseñanza racionalista.

Para la realización de su propósito requirió mi colaboración, y en aquel hermoso oasis y disfrutando de una breve tregua en la lucha por el progreso, por el bien, por la justicia, en la calma de un paisaje espléndido, gozando de aromáticas brisas y del armónico murmullo de aves e insectos a la orilla de un riachuelo, escribí la presente explicación que, por ser suya y por haberse ratificado y confirmado en hora trágica y solemne en Monjuich ante el pelotón de ejecución, rectifica errores, ratifica verdades y puede servir de guía a los continuadores de una iniciativa salvadora, emancipadora y libertadora de la humanidad.

En aquel medio, en presencia de Ferrer y oyendo su palabra inspirada por el más generoso altruismo, sentí aquellas emociones que exaltan el sentimiento y el pensamiento, y mientras él bosquejaba su Memoria, yo escribí las siguientes líneas, que no pude presumir habrían de incluirse en el prefacio de la obra póstuma de Ferrer.

La Escuela Moderna

Existe un tesoro natural, en cuya formación no han intervenido los hombres, y otro artificial, aglomerado con el concurso de los observadores, los pensadores y los trabajadores de todos los tiempos y de todos los países.

Por la existencia de ese tesoro natural viven los hombres, por la aglomeración de ese tesoro artificial vive la humanidad; porque es evidente que sin condiciones de vitalidad necesaria y aun excedente las especies inferiores no hubieran evolucionado hasta formar el organismo humano, ni el aprovechamiento de la excedencia hubiera creado la ciencia, el arte y la industria reuniendo el saber, el querer y el poder de todos de modo que se fundara la humanidad por la adopción de la solidaridad.

Si esos tesoros no tienen creador en nuestra especie ni en la generación viviente, claro es que la apropiación individual, la transmisión hereditaria y el goce de todas las ventajas consiguientes por cierto número de privilegiados, con exclusión de otro número infinitamente mayor que permanecen míseros e ignorantes desheredados, no tienen razón de ser, son un absurdo, constituyen una usurpación.

Ello es así: no busquemos causantes y responsables; no demos vana satisfacción al sentimiento buscando el enemigo a quien quisiéramos abrumar

con nuestras quejas o destruir con nuestra ira, pero reconozcamos el hecho en toda su sencillez: la gran riqueza natural y la no menos grande riqueza social, que juntas forman el patrimonio de esa gran aglomeración solidarizada llamada la humanidad, lo viene detentando en el mundo un relativamente corto número de privilegiados, desde el brahmán al burgués, en perjuicio de todos los explotados y oprimidos del mundo, desde el paria al jornalero, tomando la denominación de esas clases históricas como representación de todas las desigualdades más o menos conocidas que hayan existido entre los hombres.

Obra humana es el dualismo que tanto nos daña, obra humana ha de ser el monismo reparador que ha de favorecernos.

Antes que los legisladores codificaran la injusticia legalizando la usurpación propietaria y el despojo de las clases ínfimas, los sacerdotes habían santificado la ignorancia con el esoterismo, reservándose con el esoterismo el privilegio del saber, y así quedó creado el absurdo antisolidario que representa el dualismo que nos divide, causante del antagonismo de intereses que corroee la Sociedad.

La Ciencia, precursora siempre, como el pensamiento precede necesariamente a la acción a título de determinante de la voluntad, rebasó por su propio poder las reservas y los secretos de la iniciación, pasando del templo, donde la usurpaban los sacerdotes, a la universidad, donde la usurpan los burgueses; pero interpretado el símbolo, desvanecido el mito y derribado el ídolo, último refugio de la injusticia exotérica, ni en la universidad se detiene, y pasa a la escuela racional, verdadera y positiva universidad donde se enseña a todas y a todos la ciencia de la vida, convirtiendo en aula infantil la naturaleza en toda su inmensa amplitud, y toma como objetivo de su enseñanza todas las manifestaciones del saber y del poder de los hombres.

Para condensar en un punto inicial la nueva vía libre emprendida por la humanidad surgió la Escuela Moderna”.

LECCIÓN HISTÓRICO-SOCIOLÓGICA

1908

El 1º de mayo

O la fiesta del trabajo

¡Fiesta del Trabajo! y en el Génesis, que la masa de ignorantes y de hipócritas acata como revelación divina, se afirma que a una humanidad nacida en un paraíso de delicias se le impuso el trabajo como una maldición, como un castigo, como una venganza, por haber cometido el pecado de vivir, porque quiso saber, porque comió el fruto prohibido del árbol de la ciencia.

¡Fiesta del Trabajo! y en una sociedad enriquecida por la inteligencia y por el esfuerzo de los trabajadores de todas las generaciones y de todos los países, que vivieron en la esclavitud y en la servidumbre y viven hoy sometidos al salario, hay un 40 por 100 de obreros sin jornal a quienes se deja morir de miseria en sus tugurios o se les acorrala a tiros o a sablazos en cuanto se atreven a levantar la voz en la plaza pública en defensa de sus derechos.

¡Fiesta del Trabajo! y en nuestro Código Civil, para justificar la usurpación que concede al propietario el monopolio de los frutos naturales, de los frutos industriales y de los frutos civiles, se presume que todas las obras, siembras y plantaciones son hechas por el propietario.

No; los trabajadores conscientes, los que llevan la iniciativa del progreso, los que continúan la obra que se pretendió dejar paralizada en 1789, los que reivindican para todas y para todos la participación en el patrimonio universal, al ver pasar esas procesiones de obreros que llevan a la cabeza sus jefes y sus banderas rojas y pasan ante la benévola tolerancia de las autoridades, la simpatía burguesa y el elogio periodístico, los señalan con el dedo diciendo:

«¡He ahí el Cuarto Estado, el fruto del adulterio cometido por la Burguesía y el Socialismo!»

Cuando los del Quinto Estado, los parias, los que no tienen ni tendrán ya jornal, los reemplazados por las máquinas, los que no tienen acciones de ninguna cooperativa, ni cotizan en ninguna casa del pueblo o bolsa del trabajo, los que con el nombre de Vagabundos presenta Gorki como una vergüenza y como una acusación, aquellos a quienes solidariza la coincidencia de la necesidad y de la indignación, se decidan a echar a rodar el simbólico

banquete de la vida y hagan mesa redonda para todo el mundo, se celebrará espléndida de Verdad, de Justicia y de Belleza la Fiesta del Trabajo.

Hasta tanto... el derecho de accesión, el pacto del hambre, el álbum policiaco, el invento mecánico diario, el casero, el prestamista, la prole hambrienta y otras mil zarandajas sociales hacen que el 1º de Mayo valga tanto como el 1º de Noviembre.

El 2 de mayo

¿Qué hubiera sucedido en Madrid el 3 de mayo de 1808, si Daoiz y Velarde hubieran quedado vivos y sometidos a sus jefes después de sus hazañas del día 2?

Pues sencillamente: Daoiz y Velarde hubieran sido fusilados por desobedientes y causantes de una insurrección popular, con la circunstancia agravante de haber abierto al pueblo insurrecto el parque, el depósito nacional de las armas, y en vez del título de héroes que hoy inmortaliza su nombre hubieran muerto calificados de traidores.

Júzguese por este dato histórico: el capitán general Negrete se hallaba el 2 de mayo de 1808 en la Casa de Correos, formando parte del Consejo de guerra, presidido por el general francés Grouchi, encargado de aplicar el bando sanguinario de Murat.

Fernández de los Ríos echaba de menos en las relumbrantes comitivas de los fastuosos aniversarios del 2 de mayo la representación del elemento popular donde, dice, «no se ven más que uniformes, togas, sombreros galoneados, bandas, cruces y fajas», cuando la única participación oficial española en aquel día fue la del indicado general y la orden de retener la tropa encerrada en los cuarteles.

Está perfectamente comprobado que el movimiento independiente español fue puramente popular, opuesto al pensamiento de los mandarines. La Junta Suprema de gobierno, dando cuenta a las autoridades civiles y militares de provincias de los sucesos del 2 de mayo, exigía que no se repitiese el incidente provocado por un corto número de rebeldes, e imponía pena de muerte a los que hicieran armas contra las tropas francesas.

El Consejo de la Inquisición y todas las autoridades en general censuraban el movimiento popular, y el rey Fernando felicitó a Napoleón por sus triunfos en España.

¿Qué hay, pues, de positivo, de verdadera enseñanza histórica en los sucesos que se recuerdan en esta fecha?— ¡La rebeldía popular! ¡La pasividad del ejército!

El sentimiento de la Independencia, que en el fondo es esencialmente liberal, es aquí relativamente secundario; lo principal es el desacato a la autoridad, la santa indisciplina — como dijo en pleno parlamento español un diputado militar y patriota — para llegar a la realización de un ideal combatido por todas las fuerzas estacionarias y regresivas, y triunfante al fin por la convicción profunda y por la constancia obstinada del pueblo.

Esa enseñanza se completa con la consideración de que los españoles privilegiados o aspirantes al privilegio que hoy celebran con ostentación y pompa aquellos acontecimientos, son los sucesores de los que entonces mandaban fusilar por rebeldes a los chisperos, a los manolos, a los trabajadores madrileños, a los verdaderos amantes de la independencia.

EL PUEBLO

(ESTUDIO LIBERTARIO)

A todos los desheredados del patrimonio universal, y a cuantos privilegiados sean capaces de despojarse de la inicua ventaja del privilegio, como ofrenda a la fraternidad humana dedica este libro.

El autor.

PREFACIO

No creo necesario recomendar el autor de este libro a la benevolencia de los lectores españoles, pero sí me complazco en recordad aquí que mi amigo el veterano anarquista Anselmo Lorenzo es un luchador de la primero hora; un amigo de Mijail Bakunin, de Fanelli, de Viñas, de Morago, de Farga Pellicer, de Salvochea y de tantos otros cuyos nombres quedarán para siempre asociados al primer movimiento internacional del proletariado en España, en Europa y en todo el mundo civilizado.

Ya en la primera hora tomó parte Lorenzo en ese gran impulso del proletariado europeo que dio la Asociación Internacional de los Trabajadores a nuestra civilización moderna, formando ese primer bosquejo de la unión entre los productores explotados del mundo entero, única que podrá impedir las guerras fratricidas y establecer la Federación Universal de los pueblos.

Con su corazón siempre joven y entusiasta, Lorenzo ha permanecido constantemente en su puesto, elaborando y propagando las ideas que hace cuarenta años constituyeron la verdadera fuerza del proletariado moderno elevado a la conciencia de sus derechos.

Con claridad de juicio, convicción profunda y pasión ardiente, hallándose en condiciones excepcionales por efecto de una calumnia, concibió su Manifiesto de 23 de Febrero de 1886, en que en lugar del súbdito ó ciudadano de un Estado, consideraba como unidad social al productor, exponía claramente su concepto del patrimonio universal y proclamaba los principios de la federación anarquista sobre los de toda organización autoritaria, y con igual conocimiento, método y entusiasmo continúa trabajando en el libro y en el periódico para la propaganda entre el proletariado de lengua española en España y en la América del Sur.

Después de El Proletariado militante, El banquete de la vida, Vía libre y numerosos folletos, conferencias y artículos en diferentes publicaciones

obreras, alternando con importantes traducciones para la biblioteca de la Escuela Moderna, ha escrito una obra tan instructiva como interesante, El Pueblo, estudio libertario.

Oportuno y necesario es verdaderamente tal estudio.

Desde los albores de las dos grandes revoluciones -la revolución inglesa de 1648-1688 y la gran revolución francesa de 1789-1793-, quedó proclamado este gran principio: cualesquiera que sean las divisiones y subdivisiones que se quieran establecer, no ha habido siempre más que dos grandes clases en la sociedad, dos partidos frente a frente en todas las revoluciones: el de los que trabajan y quieren vivir de su trabajo, y el de los que quieren vivir del trabajo ajeno; el pueblo, la gran masa desposeída, y los que quieren vivir ricamente haciendo trabajar a ese pueblo, despojándole de la mayor y la mejor parte del fruto de su trabajo.

Patricios y plebeyos, esclavos y propietarios, caballeros y pelones, aristócratas y descamisados, todos esos partidos se refieren a esta misma división: el pueblo, la masa, de una parte, y de otra los ricos que quieren gobernarle y explotarle.

A esa gran masa que trabaja y vegeta está dedicado el libro de Lorenzo; de ella trata y a ella se dirige para demostrarle que la evolución misma de las sociedades conduce necesariamente a la emancipación de las masas populares.

Mucho se ha hablado últimamente de partidos, pero no hay más que el pueblo que haga y pueda hacer las grandes revoluciones que marcan las etapas del progreso.

A ese pueblo, en masa y por su masa, cada vez más fuerte por su emancipación intelectual, corresponde tomar en sus manos el progreso, dirigir la evolución general de las sociedades para beneficiar a esa gran masa, al pueblo.

Tal es el objeto de libro de Lorenzo: hacer conocer a la masa los medios de dar un valor positivo a cada una de las unidades que la componen; demostrar cómo se realiza la evolución individual contribuyendo a la evolución colectiva,

precisamente trabajando en pro de esa evolución, porque el individuo no alcanzará jamás su completo desarrollo sino aplicando sus facultades en interés del gran número; exponer los verdaderos medios de la evolución progresiva de las masas.

Después de definir el Pueblo y sacar la conclusión de que no el pueblo propiamente dicho, sino el individuo, es la cantidad soberana, el autor expone las causas y los orígenes de la desigualdad actual; crítica el derecho de herencia, analiza las condiciones del trabajo penoso, esclavo e insuficientemente productivo en la sociedad actual, comparándole con las bellezas del trabajo libre. Discute después el concepto mismo del Derecho y desvanece los errores establecido sobre el Estado y la Sociedad.

Da a continuación un resumen admirable de las lecciones de la ciencia moderna, haciendo una comparación notable entre lo que se sabe y lo que se cree; analiza la causa de las supersticiones, y después de una defensa elocuente de la emancipación de la mujer, termina por una crítica del Estado basada sobre las concepciones de Bakunin y de los escritores modernos.

Se ve, por este corto análisis, cuánto excitará el pensamiento de todos lo que honradamente buscan la Verdad.

Piotr Kropotkin.
Londres, octubre 1907.

CAPÍTULO I

¿QUÉ ES EL PUEBLO?

DEFINICIÓN

La palabra pueblo, como la casi totalidad de las que constituyen los idiomas modernos, tiene varias concepciones. En una de ellas, en la que se le da generalmente, es de excepcional importancia en política y sociología, mas como la tal palabra se usa frecuentemente con significación vaga é indeterminada por políticos, economistas y hasta por sociólogos, a pesar de que estos últimos tienen por su superioridad científica necesidad de mayor precisión en las ideas, conviene fijar su verdadero significado, para que los desheredados del patrimonio universal (la plebe, el proletariado, la masa general de jornaleros) conozca, tanto como su legítima significación, la intención con que se aplica y la interpretación que ha de darle cuando la usan los privilegiados, los que en la humanidad representan abusiva y fraudulentamente el carácter de herederos exclusivos de la riqueza natural y de la riqueza social.

Me abona, no ya una razón de convivencia, sino de estricta justicia: es preciso que esa entidad llamada Pueblo Soberano pueda extraer la verdadera substancia de las promesas contenidas en programas, discursos y manifiestos de cuantos, anulándole ó reduciéndole a la condición de masa explotable, se erigen en sus redentores.

Veamos ahora las definiciones generales que de la palabra pueblo dan los diccionarios: «Cualquier población, en sentido general; lugar habitado menos importante que una villa, en sentido más restringido; el conjunto de gentes que pueblan un lugar, región o país; el conjunto de gentes que pueblan una nación regida por el mismo gobierno; el territorio de esta misma nación; la patria; el conjunto de todas las clases que constituyen la sociedad; el cuarto estado; el estado llano, o las clases media o ínfima, si habla un aristócrata; la clase trabajadora, si habla un rico plebeyo; la parte general de la población, a

distinción de los nobles y poderosos; el brazo popular, separado del de la nobleza, el clero y el ejército; la plebe; la clase baja; el proletariado; las masas; el populacho; el asalariado».

Pueblo, según los etimologistas, y precisando su significación, participa de las ideas plebe, populacho, multitud, número, lo inferior que se reúne, que se aglomera, que se amasa falto de individualidad propia; tiene además el significado del Demos griego y del Populus latino, como origen de la democracia, base nominal de esa especie de oligarquía burguesa a que se da el nombre de soberanía popular.

Dejo aparte en esas definiciones tan variables en significado y extensión las acepciones y significaciones vagas y absurdas que confunden ideas humanas y geográficas, como población, que significa personas o edificios; territorio, distrito o comarca; nación, personas, territorio y conjunto de instituciones nacionales y sociales; país, nación, provincia, región, territorio, comarca, villa, aldea; etcétera, y lamento que la evolución progresiva no suministre hasta el día mejor medio de entendernos y relacionarnos que esos idiomas modernos tan apropiados para discusiones estériles y tan deficientes para la precisión científica.

INSUFICIENCIA DEL LENGUAJE

«Limpia, fija y da esplendor», tiene como lema la corporación que representa la autoridad, siquiera moral, respecto del idioma, y todavía, dando preferencia a la retórica y sobre la lógica, no han comprendido los sabios que la forman, y creo que ni la inmensa mayoría de los que piensan, hablan y escriben, que sin precisión en los nombres de las ideas no pueden formarse juicios, lo mismo que con números heterogéneos no pueden hacerse operaciones aritméticas.

A causa de esa vaguedad, necesitó un día Salmerón hacer la declaración siguiente: «Cuando hablo de pueblo pongo mi mira en el conjunto, en lo que integra un estado social, no el pueblo de los elementos populares, del

elemento obrero, del cuarto estado, sino el pueblo por lo de arriba, por lo de abajo, por lo del medio, de todos lados».

CLASES SOCIALES

Haré notar, por último, que para el conocimiento y debida apreciación de las partes en que se divide un todo nacional humano, el pueblo, según Salmerón, a diferencia del todo nacional geográfico, la nación -que según definición reúne los hombres que habitan en un mismo territorio y tienen un mismo origen, un idioma oficial e intereses comunes y se hallan sometidos a un mismo gobierno- se ha dividido en otros tiempos, y aun se divide actualmente, en países de civilización rezagada, en castas, condiciones, estados y brazos, según que los individuos eran bracmanes o parias, libres o esclavos, nobles o plebeyos, señores o siervos, casados, viudos o célibes; y en la civilización moderna, a pesar de la democrática igualdad ante la ley, se divide todavía en clases que representan rancias jerarquías y categorías: hay clase rica, media y pobre; la primera comprende en general los detentadores de la riqueza natural y social por origen, por herencia y también por explotación indirecta; la segunda, los que, de origen pobre, conquistaron o van conquistando la riqueza por la explotación de los inferiores; la tercera, los despojados del patrimonio universal, los desheredados que viven en la condición ínfima de trabajadores asalariados, sometidos, en lo económico, al régimen de la accesión; dedicados a producir, recolectar, conservar y cambiar en beneficio exclusivo de los propietarios, y a defender sus personas y sus propiedades con las armas y bajo la disciplina militar; y en lo político, con el sufragio universal, sirviendo con su número y sus votos de ficticio sustentáculo al poder.

Por mi parte y para mi objeto he de tomar la palabra pueblo en su acepción académica moderna de «gente común y humilde» y sus similares históricas, para venir a la conclusión de que lo que por naturaleza es uno no debe ser dividido por la sociedad.

EL CIUDADANO

Y no se pretende cohonestar, con la supuesta igualdad del título de ciudadano, las enormes diferencias con que se manifiesta la desigualdad en nuestros días, porque ese título tiene la desigualdad como vicio de origen: el ciudadano ateniense era un filósofo más o menos charlatán, que vivía en la holganza, reposando sobre el trabajo de 400.000 esclavos; el ciudadano lacedemonio era un rústico guerrero que oprimía y explotaba cruelmente a los desgraciados ilotas, el ciudadano romano era un bandido disoluto y feroz que hacía la guerra a todo el mundo conocido para robar el producto del trabajo y reducir a la esclavitud a los productores, y en el día son ciudadanos el noble, el cura, el militar, el propietario, el industrial, el rentista, el hombre de carrera, el obrero, el labrador, el peón y el gañán, es decir, todo el mare mágnim de la desigualdad más repugnante.

La definición salmeroniana de la palabra pueblo está hecha con arte, brilla con el pulimento, con el afeite, ya que no con la espontaneidad de la sinceridad, como corresponde a la elocuencia del gran técnico de la palabra, que decía brillantemente lo que quería decir, aunque ello no fuera siempre lo que debiera decirse. Así, a creerle por su palabra, su pueblo parece ser el verdadero, el legítimo, no el de «los elementos populares», no el del «cuarto estado». ¡Lástima que Salmerón no hubiera sido académico! A serlo, habría podido reformar o proponer la reforma de la definición a su gusto, y no que ahora, con el diccionario en la mano, aunque se digan disparates, todo el mundo tiene razón.

EL HOMBRE

Lo cierto es que en la nación, en cada nación regida por un derecho legal, igual teóricamente para todos los ciudadanos, ya lo hemos visto, hay clases, cuyas diferencias afectan a las condiciones esenciales de vida, y por tanto, a la participación en los beneficios de ese derecho legal, y que, sólo por el hecho de existir esas diferencias, hay contradicción entre ese derecho amañado

artificialmente por los privilegiados para que sea admitido y respetado y el derecho natural, inmanente, que es de tanto arraigo y de tanta extensión, que sobre él ha podido Pi y Margall escribir estas palabras que la humanidad no olvidará jamás, y que probablemente, cuando todos los libros santos, perdida toda eficacia ética y coercitiva, formen parte del saber humano a título no más de documentos histórico-literarios, se repetirán como palabras de salud y de vida:

«"Homo sidi Deus -ha dicho un filósofo alemán-: el hombre es para sí su realidad, su derecho, su mundo, su fin, su Dios, su todo. Es la idea eterna, que se encarna y adquiere la conciencia de sí misma: es el ser de los seres, es ley y legislador, monarca y súbdito. ¿Busca un punto de partida para la ciencia? Lo halla en la reflexión y en la abstracción de su entidad pensante. ¿Busca un principio de moralidad? Lo halla en su corazón, que aspira a determinar sus actos. ¿Busca el universo? Lo halla en sus ideas. ¿Busca la divinidad? La halla consigo".

"Un ser que lo reúne todo en sí es indudablemente soberano".

"El hombre, pues, todos los hombres son ingobernables. Todo poder es un absurdo. Todo hombre que extiende su mano sobre otro hombre es un tirano. Es más: es un sacrílego"».

TRAS LA IGUALDAD POLÍTICA PERSISTEN LAS CLASES

Sí, hay clases; y siguiendo el estudio que sobre este asunto hace Malato en Las clases sociales, tenemos que medio siglo antes de la Revolución francesa, la sociedad feudal, agonizante entre el peso de la monarquía centralizadora y los esfuerzos de la clase media e inferior para emanciparse, se descomponía en alta nobleza, pequeña nobleza, burguesía, artesanos, obreros y siervos.

La variación ocasionada por la Revolución consiste en la supresión de dos clases de la antigua clasificación, la nobleza y la servidumbre.

Hay nobles todavía, pero como si no existieran; bien es verdad que en las naciones monárquicas dan comparse al trono, servidumbre íntima y

lacayuna a las personas reales y entre si se reúnen para rendir culto a la vanidad, pero sólo a condición de conservar sus riquezas, porque sin ellas toda noble estirpe se disuelve, se liquida, se evapora en la inutilidad social; un noble pobre es un ente ridículo y despreciable, del que nadie hace caso. En las naciones republicanas a la clase noble, como tal clase en decadente descomposición, casi no le queda ya más recurso que proveer de maridos a las millonarias americanas que tienen el capricho de cubrir con blasones y títulos nobiliarios el origen usurario de sus millones, haciendo el mismo efecto que aquellos libros malos que se venden como papel viejo par envolver mercancías de mínimo valor.

Ya no hay siervos; porque libres los ricos con la posesión de si dinero y de su crédito, y mejor organizada la nación para la defensa y el ataque, ya no necesitan el trabajador sujeto al terruño ni el individuo para sus mesnadas; el trabajador, libre por su cuenta y riesgo, aunque careciendo de tierra que pisar, y el soldado regimentado en esa institución férrea llamada el ejército, representan para el rico un gran cuidado menos y una libertad ilimitada, porque sin el coste de la bazofia ni el rancho tienen aseguradas la accesión y la renta, la defensa y la tranquilidad.

Ofuscados ante la realidad y cerrando los ojos a la evidencia, vienen los radicales políticos a negar la existencia de las clases, y a eso tiende la definición antes citada de Salmerón, porque así conviene a la justificación que quieren dar a la supuesta soberanía del pueblo, que es la especie de derecho divino, la ficción democrática, que sustenta el poder político en nuestros días.

Y sin embargo, las clases sociales se definen sencillamente; cada uno conoce la suya, aunque por la hipocresía dominante y por los convencionalismos corrientes quiera disimularla aparentando lo que no es a costa de mayores sufrimientos: son grupos sociales separados por una línea divisoria constituida por la propiedad. A ambos lados hay subclases que responden a las diferencias que pueden existir en el poseer y en el no poseer, dando vida al derecho que formuló Mr. Guizot en el Sinaí burgués con este único mandamiento: «¡Enriqueceos!», y que confiesen los burgueses con este brevísimo credo: «Tanto tienes, tanto vales».

LA RIQUEZA

Bien decía José Selgas:

«"¡La Riqueza! He ahí, en efecto, la deidad definitiva de la edad presente".

"Pero no sólo hemos creado un dios poderoso, sino que también le hemos consagrado el honor de toda una ciencia. No; no es una divinidad empírica, caprichosa, hija de la superstición y de la ignorancia; no es un dios fantástico, quimérico, sino un dios real y positivo; dios cuya teología es la economía política que profesamos, cuyo gran templo es la bolsa, dios al que se le debe el culto de todos los placeres".

"¿Qué promete?... ¡Ah! promete el Paraíso en la tierra, todas las comodidades imaginables, la satisfacción de los más refinados apetitos, el cumplimiento de los deseos más voluptuosos... Promete lujo, prosperidad, abundancia... Contar con él es contar con todo. ¿Qué pide en cambio?... En realidad, nada... Cierta insensibilidad... cierta dureza de corazón... la frialdad del número, la dureza de la cantidad..."

"Ya queda dicho: la teología de este dios práctico, utilitario y positivo es la economía política, esa ciencia nueva, cuyo dogma fundamental es éste: «Lo que no vale dinero, no vale nada»; la ciencia del crédito permanente y de la deuda eterna".

"La Bolsa es el gran templo; más aún, el gran oráculo. «¿Qué dicen los dioses?», preguntaban los antiguos paganos. Nosotros preguntamos: «¿Qué dice la Bolsa?». Puede asegurarse que ella es el centro de la vida, donde palpita íntegro el corazón de la sociedad moderna"».

Sí; rige hoy la religión del dinero, cuyos fieles son los ricos, y ante la cual los réprobos son los pobres, y el conjunto de ellos, confundidos en el pueblo, bajo el peso de la accesión, están como en el verdadero infierno terrenal.

Ya hemos visto que el carácter distintivo de la época, el resultado del predominio de la burguesía, consiste en la simplificación del antagonismo de clase por la absorción de la nobleza en la clase rica y por la fusión de la

esclavitud y la servidumbre en el proletariado, en esa «gente común y humilde» de que habla la Academia; pero de esa simplificación a la abolición de las clases, al establecimiento de la igualdad, a que la sociedad responda por su constitución y organización a la unidad esencial de la especie, hay un abismo infranqueable.

Ved el alma de la burguesía en este pensamiento de Leroy-Beaulieu: «Conviene que haya pobres y ricos, para que los pobres luchen por hacerse ricos, porque así se hace el progreso social, y no de otra manera».

Pero esa guerra perpetua, ¿es un estado normal o un estado patológico? - pregúntanse los que, impulsados por cierto pesimismo, quieren demostraciones experimentales para todo-, más allá del límite racional que ha de tener la experimentación, hasta para aquello que únicamente puede responder el raciocinio.

A esa duda sólo cabe responder que mientras en las costumbres y en las instituciones exista el dualismo social, la usurpación propietaria y el autoritarismo, es decir, en tanto que la causa subsista, durará el efecto: la paz social no existirá. Esto es de sentido común.

TENACIDAD DE LOS USURPADORES

Se ha visto, además, que la tenacidad de los usurpadores es incorregible, quienes, faltos de fe en un porvenir de justicia, a sus propiedades se atienen, y dejan morir sin piedad al que carezca de lo necesario. Pues de ahí ha surgido la idea de abrir paso a la vida, cortando por lo sano con la expropiación, socializando los medios de producción, con lo que se justifica la lucha del proletariado contra los monopolizadores capitalistas, contra la clase media en general, contra sus defensores religiosos, jurídicos y políticos; en resumen, contra todos los detentadores de la propiedad y sus cómplices.

Si, como ya reconoce todo el mundo en teoría, hay un derecho humano inmanente, preciso es aceptar su consecuencia práctica, y no sólo ha de reconocerse que entre un archimillonario y un obrero sin trabajo de nuestra

civilización hay unidad de derecho, sino que es preciso que esos tipos, producto del irracional e inicuo dualismo que impuso la ignorancia y conserva el privilegio, se fundan y confundan en la bella y justa igualdad social.

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA ES EXCEPCIONAL

No se pretenda justificar el hecho de una desigualdad absurda como resultado de la llamada lucha por la existencia, porque, aparte de que el significado de esa frase de sentido figurado, de que tanto han abusado los privilegiados por herencia o por explotación, se halla neutralizado por el de esta otra, la igualdad mutua, resulta que la palabra lucha en sentido recto, que es como ha de tomarse para que tenga valor científico, significa conflicto pasional entre dos inteligencias y dos voluntades, que se resuelve por la fuerza y en que puede aceptarse una solución pacífica o resultar un vencedor y un vencido, lo que indica una anormalidad que puede haber sido precedida y aun ser seguida de un estado normal de paz y tranquilidad.

Lo experimental, lo cierto, lo racional, es que todo lo que vive conserva su existencia acomodando su manera de ser al medio en que se halla, buscando un medio más favorable, adaptándose lo que le favorece y puede alcanzar, y rechazando, si puede, lo que le perjudica; pero eso no es luchar. Luchan dos seres o dos colectividades entre sí impulsadas por el deseo o por la necesidad de obtener una cosa única: una hembra, una comida, una distinción, una ventaja, una hegemonía; no las cosas y los seres por las adaptaciones y combinaciones de lo inconsciente, de lo desapasionado, de lo incapaz de luchar que necesitan y encuentran a su alcance, ni, aunque difícil de alcanzar, logren o no obtenerlo.

Los seres vivientes viven, y no luchan esencialmente por y para vivir, sino excepcionalmente cuando otro ser, rival o concurrente, le disputa algo que considera necesario a su existencia.

La lucha por la existencia es una frase fantasma, no existe en realidad.

NO ES SOBERANO EL PUEBLO, LO ES EL INDIVIDUO

Otra negativa para terminar: Pi y Margall ha dicho: «"La soberanía del pueblo es una gran pura ficción, no existe. La idea de soberanía es absoluta; no tiene su menos ni su más, no es divisible ni cuantitativa ni cualitativamente. ¿Soy soberano? No cabe, pues, sobre mi otra soberanía, ni cabe concebirla. Admitida, por lo tanto, la soberanía individual, ¿cómo admitir la colectiva?"».

"¿No se rebela mi inteligencia a cada paso contra las determinaciones de esa pretendida soberanía de los pueblos? Si las leyes no me dejan la esperanza de poder renovar pacíficamente estas determinaciones, ¿no apelo, acaso, a la violencia? Admitida por un momento la posibilidad de dos soberanías, la colectiva sería lógicamente superior a la del individuo; ¿en virtud de qué principio podría nunca protestar ésta contra la acción de aquélla?"

"Mas hasta la hipótesis es terriblemente absurda; la soberanía nacional no necesita otro golpe; dejémonos de luchar contra un cadáver".

"Entre soberanos no caben más que pactos. El contrato, y no la soberanía del pueblo, debe ser la base de nuestras sociedades"».

¿Lo ves, trabajador? Te llaman pueblo para enaltecerte, te llaman pueblo para explotarte. Unas veces el que te llama pueblo se une a ti con el halago cuando te necesita; otras se separa de ti con desprecio cuando goza; otras veces te amenaza con rabia cuando te teme. Y tú, entretanto, abajo, en la última capa social, olvidado de ti, de los tuyos y del mundo, o te consumes en la mansedumbre, o exhalas doloridas quejas, o aplaudes a tu peor enemigo, que es el ambicioso disfrazado de redentor, que sobre tus sufrimientos y con tus aplausos y tus votos adquiere prestigio e influencia y se eleva remachando tus cadenas.

Ya has leído lo que escribió Pi y Margall cuando no ostentaba más título que el de pensador: tú, tú solo eres soberano de ti mismo, como todos tus compañeros, y la lógica añade como todas las mujeres, y entre soberanos no caben más que pactos. Pero discierne: también Pi fue luego político, y como

tal, a través de radicalismos de oropel, sometió tu intangible derecho al régimen social imperante, y habló del Estado, de la soberanía nacional, del Parlamento, del ejército, del tesoro, de la deuda, del presupuesto, de las ocho horas y del mínimum de los salarios, olvidando la lógica de los principios. No diré de él que fue de esos políticos que empiezan poniéndose a tu lado en mangas de camisa esperando el momento de ponerse el frac para jurar el cargo de ministro; respeto mucho la memoria del autor de *La Reacción y la Revolución*; pero deploro que haya ofuscado el brillo inextinguible de aquel libro con el oportunismo político de su Programa del Partido Federal, utopía del presente que no será jamás la realidad del porvenir (bien alto lo proclaman la vieja Suiza y todas las repúblicas federales de América), y siento que no haya mantenido hasta su último momento, ocurrido en 16 de Noviembre de 1901, el vigor intelectual y la rigurosa lógica sustentada en 1854; no se explotaría hoy su nombre y la austeridad de sus costumbres en contra de los trabajadores que van a la transformación revolucionaria y científica de la sociedad sin dejar tras sí un quinto estado irredento.

CAPÍTULO II

CAUSA Y ORIGEN DE LA DESIGUALDAD

CONCORDANCIA HUMANO-COMUNISTA

El impulso que llevó al animal humanizado a servirse de su ingenio y de su fuerza para satisfacer sus deseos, manifestación de su necesidad, logrado su objeto, no limitó su beneficio al individuo, sino que se extendió a la tribu. Si una vez iniciada así la sociedad no hubiera surgido, por reacción individualista, el antagonismo, que sólo separa e enemista a los hombres, sino que tiende a destruir las actividades y aun las personas enemistadas; si reconocida, practicada y aun arraigada la sociabilidad no hubiera persistido ese pernicioso antagonismo, poderosamente subsistente todavía en nuestros días por el régimen de la propiedad, agravado por el llamado derecho de accesión, que ha venido continuando y promete prolongar indefinidamente la esclavitud, los hombres hubieran trabajado en común; la diversidad de aptitudes, causando la división del trabajo, hubiera creado la variedad de profesiones y oficios; el ingenio, la observación y la experiencia los hubieran perfeccionado; la economía hubiera administrado, cambiado y distribuido racionalmente la producción, y otro marcharía lisa y llanamente por la vía de la igualdad social, concurriendo en detalle y en conjunto todas las maneras de ser a la realización de la belleza y de la justicia absolutas, que no son otra cosa que la realización, dentro de la concordancia de las leyes naturales, de cuantos impulsos volitivos determina nuestro organismo, a pesar de la contradicción opuesta por los relativistas, oportunistas que no dan más extensión a la ética que la que alcanza su pensamiento, quienes en su preocupación contra lo absoluto, y también por esa ambigüedad de las palabras en nuestro idioma, son capaces de negar la fatalidad absoluta que envuelve la idea de lo mismo relativo, ya que no puede extenderse más allá de su significación ni dejar de tocarla; sin contar que como entre los relativistas hay tantos criterios como sectarios, que tal es la característica del error, si se concretaran y sumaran metódicamente los límites señalados por cada uno a la posibilidad de perfección, se vería

probablemente excedido el ideal concebido por los que rechazan en absoluto toda limitación.

RUPTURA DEL COMUNISMO PRIMITIVO

Pero no pudo hacerse al principio lo que había de ser obra de desengaños, experiencia y perfeccionamientos progresivos, sino que, procediendo los hombres por la influencia del medio, del modo que Reclús expresa con profundo conocimiento en esta fórmula: «La geografía es la historia en el espacio, lo mismo que la historia es la geografía en el tiempo»: unos, los facultados por predisposiciones apropiados y por la posesión de territorio a propósito, crearon una agricultura y una industria florecientes; pero otros, menos favorecidos por la capacidad intelectual y quizá influidos por la barbarie primitiva del ejercicio de la caza, sin temor al peligro ni respeto a la personalidad del que no siendo su enemigo podía serlo, y viendo en sus bienes una caza buena y fácil, atacaron a sus semejantes con el mismo furor que si fueran enemigos feroces e irreconocibles.

Después, tribus enteras que no aprendieron a trabajar cayeron sobre los trabajadores pacíficos para usurparles el fruto de su trabajo, matando y exterminando cruelmente a cuantos se presentaban a su paso; mas notando luego que carecían de obreros y que, siendo los fuertes, les convenía obligar a los inteligentes, hábiles y amigos de la paz, a trabajar para sus vencedores, les redujeron a la esclavitud, les humillaron hasta lograr por el hambre y el servilismo la sumisión a tan triste y vil condición.

Dado ese primer paso, la soberanía de los dominadores no tuvo límites: imagináronse seres superiores hasta atribuirse origen divino o llegar hasta la divinidad misma, bien lo demuestra la historia de Oriente y de Occidente, del Antiguo y del Nuevo Mundo, y obligaron a los hombres esclavizados a edificar palacios, fabricar joyas y todas las superfluidades magnificas del lujo, mientras se consumían en la fatiga y la miseria más espantosa. Pero intranquilos todavía, porque los esclavos, harto numerosos, podían ser los más fuertes si llegarán a unir sus fuerzas en un propósito emancipador y en una acción común, recurriendo a la astucia y persuadieron fácilmente a sus esclavos de

que eran sus protectores, y que habían de formar ejércitos para defender su patria, de la misma manera que explotando el miedo y la esperanza vino la religión a remachar la cadena de la servidumbre.

Tal origen tuvo el caudillo y el sacerdote, y como consecuencia natural, porque una iniquidad es causa de otra, se creó el propietario, que vive hoy tan potente y tan arraigado en las costumbres y en las leyes que, a pesar de todos los trastornos históricos, desarrollo de la ciencia y de la influencia reformadora de las revoluciones, permite en nuestros tiempos la existencia del millonario ciudadano de una república democrática frente a esas multitudes de obreros reemplazados por las máquinas, innecesarios para la accesión, declarados sobrantes en el mundo y que se mueren de hambre en medio de la abundancia de la superproducción.

No me atrevería a escribir las afirmaciones anteriores, aunque las tengo por incontestables, si el estudio de la obra póstuma de Reclús, *El Hombre y la Tierra*, no me confirmara en mi convicción y si no pudiera apoyarla con el fragmento siguiente:

«"Se ha pretendido que la universalidad de la inundación en el valle del Nilo y la unidad material de este fenómeno debían producir como consecuencia en el mundo religioso la idea de un amo todopoderoso, y en el mundo político la de un soberano absoluto, que dirigiera las aguas en los campos y reconstituyera los límites borrados de las propiedades particulares. La previsión de un dios que guía el sol en los caminos del espacio, que llena hasta los bordes el lecho del río y modera el ímpetu de las aguas, podría ser admitida como artículo de fe por los ribereños del Nilo y producir de rechazo en el mundo político la fe en la solicitud constante de un soberano; pero resulta que los hechos no concuerdan con esta teoría, inspirada por el deseo de que pase como verídica, y no apoyándose en la historia más que sobre un periodo del desarrollo de los egipcios. Antes que un rey se encargase de administrar la tierra y exigir el diezmo de los productores, fue necesario que un pueblo los crease; se había comenzado el trabajo mucho antes de que un amo hubiese creído necesario dirigir esta obra «en beneficio de todos», como afirmaba el historiador cortesano, o mejor dicho, en su beneficio personal, como lo demuestra la historia".

“En las riberas del Mississippi, en las del Amazonas, lo mismo que en todos los valles fluviales donde vemos a los agricultores conquistar gradualmente sus jardines y sus campos sobre el pantano primitivo, en ninguna parte se manifiesta esa unidad de mando imaginada por los teóricos del poder absoluto. Los iniciadores de la gran conquista económica fueron las familias dispersas que se aventuraron en el fango para procurarse allí una cosecha precaria entre dos inundaciones”.

“Una cosa resulta cierta: la experiencia es madre de la ciencia. Antes que los geómetras y los ingenieros egipcios hubieran imaginado un conjunto de diques y contradiques, de canales y canalículos, de esclusas y de compuertas que diesen al arreglo del valle nilótico un carácter de conjunto y que permitiesen a un amo presentarse como regulador general de las aguas y de los cultivos; mucho antes de esas edades de larga práctica, transformada en rutina bajo la dirección de funcionarios oficiales, se habían hecho a miles y a millones los ensayos de cultivo rudimentario; se habían levantado terraplenes alrededor de innumerables campos, y fosos de desagüe habían ido secando de año en año los charcos y los pantanos. Poco a poco, por la lucha contra las violencias del río y por la utilización de las aguas y de sus fangos, los ribereños aprendieron a resolver el problema hidrológico y agrícola en su conjunto: conservar al Nilo un lecho regular; conducir el agua fecundante por canales y cascadas de riego sobre la mayor superficie posible; regular la duración de la estancia del agua en cada compartimiento lateral; dividir el suelo en una especie de tablero de ajedrez para los cultivos que reciben sucesivamente su parte de inundación siguiendo un orden perfecto; facilitar la corriente por un sistema de canales que funcionan en sentido contrario a su movimiento primitivo; construir instrumentos de uso fácil para todos los agricultores; establecer las residencias sobre islotes artificiales superiores al nivel de las crecidas: he ahí trabajos inmensos que fueron obra de muchos siglos y que innumerables iniciativas personales, unidas a acuerdos colectivos, pudieron llevar a feliz término”».

Si tan admirables trabajos no se hubieran ennegrecido por la sombra de la desigualdad, sino hubieran sido obstruidos por la mentira político-autoritaria y por la mentira mística, que dio origen a la ciencia privilegiada o esoterismo y al fanatismo religioso o exoterismo, habrían continuado una serie ininterrumpida de progresos, consistente en el conocimiento de verdades naturales y de aplicaciones prácticas de incalculable importancia, cuyas consecuencias se

traducirían en la sociedad de nuestros días en la práctica de aquel ideal entrevisto por la sociología.

LAS CASTAS

Pasando a hablar de las castas de la India y generalizando el asunto hasta comprender las de Egipto, se ha pretendido explicar su existencia, por unos como resultado de una medida prudente del legislador, que dictó prescripciones para conservar la pureza de la sangre, la higiene de la raza; pero esta suposición es infundada: a ese propósito, dice Reclús que las naciones más civilizadas son las que han llamado a su seno el mayor número de hombres de origen distinto, y que, por consecuencia, han sido más íntimamente mezcladas, hasta constituir en cada hombre todas las razas del mundo. Otros, dominados por la idea de la existencia de un creador y ordenador del universo, creen que la sociabilidad y sus distintas maneras de organizarse es obra de una voluntad extranatural poderosa y caprichosa, que gobierna como soberano absoluto, más celoso de la integridad de su soberanía que de la coordinación racional de sus decretos. Pero dejando aparte los prejuicios religiosos y patrióticos, si los orígenes de las castas son múltiples, no es menos cierto que en ellas la conquista y el sistema de dominación entró por mucho, y que si los vencedores las iniciaron, la opresión continuada durante los siglos las convirtieron en institución aceptada por los vencidos y hasta en dogma religioso.

Siguiendo a mi autor favorito, veo que las primeras edades de la raza aria en la India no fueron un período caracterizado por la dominación de los sacerdotes. Durante la conquista el poder supremo perteneció a los guerreros, hallándose los sacerdotes que les acompañaban en segundo término, reducidos a implorar la protección de los dioses sobre las armas de sus dominadores; pero con el tiempo los guerreros fueron suplantados por la astucia sacerdotal, y así quedaron constituidas las cuatro castas clásicas: los sacerdotes bráhmanes, los guerreros kshatryas, pastores o agricultores vaishyas, y los sudras, hombres de orden inferior que desempeñaban diversos oficios reputados indignos. Esas cuatro castas, aunque de dignidad diferente, se consideraban puras por haber salido de diversas partes de Brahma, y debajo de ellas existía la casta de

desecho, de los impuros, de los parias, universalmente despreciada y compuesta de todos los desgraciados expulsados de las otras castas por haber violado las leyes civiles o religiosas. Su contacto mancha; no pueden habitar en el interior de las ciudades ni ejercer una profesión decente.

BUDISMO

Las poblaciones esclavizadas eran muy numerosas en la India, y la clase dominante logró, sistematizando la división, imponer su dominación, no sin un movimiento de rebeldía, grande, extenso, generador de la revolución búdica, que tendía a la abolición de las castas y a la realización de un ideal de igualdad, aunque después, tras la paralización que siempre sucede al triunfo revolucionario, reaccionó la actividad atávica de los antiguos privilegiados hasta apoderarse de la situación, y una nueva casta gradualmente constituida, la de los sacerdotes budistas, se esforzara y lograra representar esa revolución como una sombra sin cuerpo, para quitarle todo carácter económico y social, dándole una significación puramente ideal y mística: toda Iglesia tiene piadoso empeño en ocultar sus orígenes revolucionarios. Así llegaron los intérpretes - imitando a los cristianos, que transformaron el Evangelio en el catolicismo dominante- a interpretar de esta manera la igualdad social predicada por Buda: «Así como los grandes ríos pierden sus antiguos nombres cuando entran en el Océano y no tienen otra denominación que la de amar, así también esas cuatro castas pierden el nombre y la raza cuando, conformándose con la ley y con la doctrina proclamada por Buda, renuncian a la patria y se desprenden de la tierra».

Por esa misma sofisticación, todo lo referente a la desigualdad social, a la pobreza y a la enfermedad, lo arreglaron los comentaristas dando una vaga significación moral a los «cuatro deberes», que tienen, no obstante, un significado bien concreto y que pueden presentarse en la actualidad como programa de «la cuestión social», a saber: 1º. «Conocer el sufrimiento»; 2º. «Estudiar sus causas»; 3º. «Querer su supresión»; 4º. «Hallar el remedio».

PATRICIOS Y PLEBEYOS

Y sigo copiando a Reclús:

«Desde los primeros años de la república romana se produjo una ruptura completa entre patricios y plebeyos. Éstos, cansados de la opresión, no habían llegado a rebelarse, pero hicieron huelga, y saliendo de la ciudad, se retiraron al monte Aventino; después fueron aún más lejos, al monte Sagrado, desde donde amenazaron hacer, con ayuda de las tribus vecinas, una ciudadela de ataque contra Roma. Los patricios tuvieron que parlamentar, y como otros en análoga circunstancia, recitaron, bajo forma apropiada a las costumbres romanas, aquella famosa fábula de Los miembros y el estómago, que sería de una verdad perfecta si en el cuerpo social los miembros recibieran del estómago los amplios elementos reparadores que les son debidos. Al fin, mediante buenas promesas, volvieron los plebeyos a la ciudad y se logró satisfacerlos a medias con concesiones políticas, aunque sin ceder en nada sobre el fondo mismo de la cuestión, puesto que los pobres quedaron pobres, sin derecho a la posesión de la tierra. Sin embargo, la institución de dos tribunos del pueblo, magistrados inviolables, armados del derecho de oponer su veto a toda ley que desagradara al pueblo, y aun de proponer otras leyes por vía de plebiscito, hubiera podido ser fatal a la aristocracia romana, si ésta no hubiera tenido cuidado de hacer frente a ese gran peligro poniendo en práctica un método que ha servido en todo tiempo a las clases directoras amenazadas, pero que en ninguna parte ha sido aplicado con tanta constancia ni con tanto éxito como en Roma: prolongar las guerras exteriores, que quitaban al pueblo la flor de la juventud y de los hombres hechos, desviando hacia el extranjero las pasiones de odio y de venganza. En lugar de dar a los proletarios, en el seno mismo de la República, la parte igual que hubieran podido pretender, se les presentaba el espejismo de la embriaguez de los pillajes futuros. Y naturalmente, todas esas guerras exteriores, decretadas por patricios, con ejércitos mandados por otros nobles y destinadas a afirmar su poder sobre la multitud plebeya, fortificaban al partido aristocrático en todo el territorio de las conquistas y hasta más allá de las fronteras en todos los países todavía no anexionados».

Hemos visto el antagonismo de los intereses poniendo en pugna los individuos y las colectividades, tema apenas iniciado, verdaderamente inagotable, y al

que he de volver para hallar recursos suficientes con que desarraigar en la mente de mis compañeros el error del privilegio y favorecer la práctica de la igualdad social.

Ahora me limito a indicar otro antagonismo grande y grave: el antagonismo entre lo que se cree y lo que se sabe, entre la religión y la ciencia, que requiere un sistema de hipocresía insostenible.

El Dios del Génesis, existente en las instituciones y en las creencias por rutina conservadora y por atavismo ingénito, que los privilegiados sostienen en público y reniegan en privado, se disuelve, se aniquila, vuelve a aquella nada que se aparenta creer que sea el germen de todo en una eternidad anterior a la existencia del tiempo y del espacio, cuando se le examina desde el punto de vista de la unidad universal de la materia y de la ley de la evolución.

Ya dedicaremos algunas páginas a este asunto.

LA EMANCIPACIÓN DE SÍ MISMO

Veremos si al fin, trabajador, amigo y compañero, llegas a emanciparte de ti mismo, que eres tu principal tirano; que, hecho esto, lo demás es cosa relativamente fácil, tanto, que si verdaderamente logras esa primera emancipación, convendrás conmigo en esta afirmación que entrego a la contradicción de los filósofos del privilegio: el ideal ha de ser considerado como inmediatamente práctico. Considerarle como lejano, equivale a declararle imposible. Aplácelo tan indefinidamente como quiera el burgués liberal; acepten los sufragistas pobres como únicamente posibles esas reformas sociales propuestas por el socialista Viviani, elevado a ministro del Trabajo en la República francesa, una de ellas la jornada de diez horas, y verán, infelices obcecados, cómo el tiempo pasa, la absorción capitalista crece, el número de accesionistas reemplazados por las máquinas aumenta

horriblemente y el conflicto entre la miseria y la propiedad se agrava en vez de dar el menor paso hacia hacía la realización del ideal.

¿Qué enfermo no aspira a la salud inmediata?

¿Qué desequilibrio no reclama el restablecimiento de las leyes de la estática?

¿Quién no ve que todo lo que no sea la reintegración completa y perfecta de las cosas y los seres en la armonía de las leyes de la Naturaleza ha de traer consigo la creación de *modus vivendi* transitorios que sólo prolongan su existencia a fuerza de transgresiones, cada vez más violentas, de esas inalterables leyes?

Y no quiero ver solamente mala fe en los privilegiados que filosofan sobre la desigualdad social considerándola como indestructible; hay en ellos atavismo e ignorancia, como entre los desheredados que la sufren.

Los míseros desheredados del patrimonio universal no han de dar la razón a sus explotadores: lo impide la sociología, que demuestra el absurdo de la propiedad individual, y la justicia, que no acepta que el holgazán se apropie el fruto del trabajo del trabajador.

CAPÍTULO III

EL DERECHO DE ACCESIÓN

HOMBRE Y PERSONA

Los romanos establecieron gran diferencia entre hombre y persona.

Para ellos hombre era todo ser humano, y persona el hombre considerado en algún estado social que le atribuyera cualidades o circunstancias para gozar de ciertos derechos.

Derechos decían ellos, pero privilegios debemos entender nosotros.

Y si no, veamos:

Lo que llamaban estado lo dividían en natural y civil; el primero era simple y no permitía división alguna; el segundo se subdividía en estado de libertad, de ciudad y de familia, y conforme con esta subdivisión, sentaron como axioma, como verdad evidentísima, este monstruoso error: «El que no goza de ningún estado no es persona, es cosa».

De modo que el hombre-cosa y la mujer-cosa eran cosas apropiables y siempre poseídas, eran esclavos por el hecho, por el derecho legal, por la ley suscrita, y se les contaba entre las cosas enajenables.

HOMBRE-PERSONA Y HOMBRE-COSA

Había, pues, dos clases de hombres y de mujeres: libres, que gozaban de la facultad natural que tiene cada uno de hacer lo que quiera, a no ser que la

fuerza o la ley lo impidan o lo prohíban, y esclavos, que vivían sujetos contra la Naturaleza al dominio ajeno.

Los esclavos, o nacían siéndolo o llegaban a serlo: nacían de las esclavas, porque en éstas, como tales, careciendo de personalidad, el feto pertenecía como accesorio del vientre y por derecho de accesión al dueño de la esclava; y llegaban a serlo: 1º. Por ley llamada del derecho de gentes los prisioneros de guerra conservados con vida por el vencedor; 2º. Por derecho civil, como castigo, los que incurrían en ciertos delitos. El enlace de los esclavos no era considerado como matrimonio, sino como simple apareamiento animal, y a sus frutos se les aplicaba aquel precepto legal: «El nacido fuera de matrimonio legítimo tiene la condición de la madre».

En la esclavitud, el hombre o la mujer no podían procurar su convivencia a su arbitrio, sino que habían de obrar siempre en utilidad de su amo, a manera de una bestia, como un caballo, un asno, un perro, etc.; y así como una cosa no puede lucrar para sí, sino para su dueño, así el esclavo trabajaba y no adquiría, y únicamente vivía por el interés que como cosa útil y utilizable tenía el amo en su conservación.

El autor que me sirve de guía dice: «Nuestras leyes, siguiendo las huellas de la jurisprudencia romana, adoptaron casi todas las disposiciones relativas a la naturaleza de la esclavitud, causas de su constitución, etc., reduciendo además a la esclavitud por la penetración de los delitos que más herían al honor, como el adulterio, rapto, etcétera; pero en el día, las máximas cristianas y los progresos de la civilización han hecho desaparecer la esclavitud de España, conservándose tan degradante estado en las colonias». Cuando esto se imprimió, el año 1873, todavía existían colonias españolas y aun no habían conseguido el triunfo legal los abolicionistas.

Pero abolida la esclavitud, ¿es cierto que han desaparecido de nuestras leyes todas las disposiciones relativas a la naturaleza de la esclavitud?

No; todavía, como recuerdo de la antigua diferencia entre persona y hombre, existen propietarios y asalariados, dualismo absurdo e inicuo, hoy mucha más que ayer, porque si antes existía la desigualdad como constituyente de la sociedad, hoy contamos ya veinte siglos de ese cristianismo que predica el «amaos los unos a los otros» y a todos nos iguala como hijos de Dios y

herederos de su gloria, y ha pasado poco más de un siglo desde que se instituyó esa democracia que declaró que «los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos», y sin embargo, vivimos sometidos al régimen de la accesión, que es para unos privilegio que provee con abundancia a su desarrollo y a su vida, dándoles satisfacción ilimitada de sus necesidades, de sus gustos y de sus caprichos, y para otros miseria, humillación y muerte prematura.

LA ACCESIÓN

Para los romanos, la accesión era el derecho de adquirir lo que se aumenta o une a nuestras cosas, y eso sigue siendo en nuestros días.

Dada la existencia de la propiedad de las cosas, que no deben ser poseídas individualmente por causas que pueden explicarse por la historia aunque no justificarse por la razón, es decir, continuando el sistema de usurpación y de expoliación que nos divide en pobres y ricos, se comprende que todo en la sociedad tendiese a darle carácter preeminente, y como las cosas apropiables y poseídas están sujetas a variaciones que arrancan de sí mismas, de su propia manera de ser, o provienen de acciones exteriores, fue preciso contar con esas variaciones en beneficio del proletariado.

De ahí surgió el llamado derecho de accesión -que es en sí tan inmoral como el antiguo derecho de pernada y más odioso, como causante de mayor daño-, que los doctores dividieron en natural, industrial y mixto, considerando que todo lo que se agrega a nuestros bienes por beneficio de la Naturaleza, por el arte o por la industria, nos pertenece en propiedad.

Dejo aparte, por ajeno a mi propósito, la accesión en lo tocante a aluviones, deltas, desviación del cauce de los ríos, islas accidentales, etc., para atender exclusivamente a la accesión natural y artificial con su carácter de despojo, que beneficia al propietario, sea usurpando las fuerzas naturales, sea explotando o usurpando el trabajo del jornalero.

Sobre esta última forma de la accesión poco tenían que decir los romanos, porque teniendo el poseedor romano a su disposición el hombre-cosa, el hombre sin estado, el no ciudadano, el esclavo, le hacía trabajar, como nosotros uncimos el buey al arado, y no habiendo explotación del semejante, del igual, sino del inferior, nadie tenía nada que reprocharle.

En nuestros tiempos ya es otra cosa: la fraternidad cristiana y la igualdad democrática hubieran exigido la transformación de la propiedad; pero los propietarios no se advinieron a ello, y siendo, como son ellos, los gobernantes, los legisladores y aun los dogmatizantes, hallaron fácilmente el medio de continuar la usurpación de la riqueza social con la adopción de dos sencillas fórmulas: la primera se halla consignada en el artículo 359 del Código civil español y sus análogos o correspondientes en los códigos de todas las naciones, y dice así: «Todas las obras, siembras y plantaciones se presumen hechas por el propietario y a su costa». La segunda la dio Santo Tomás y la sancionó León XIII en su encíclica *Rerum novarum*, diciendo, en resumen, que «los ricos no son ricos, sino administradores de los pobres».

LA ACCESIÓN EN EL CÓDIGO CIVIL DE ESPAÑA

El dualismo romano, fecundo en injusticias, se manifiesta en la accesión. Así, dado que una cosa se aumenta, se extiende o se modifica por la unión de otra, surge la idea de distinguir cuál es la principal y cuál es la accesorio, en virtud de la máxima que establece que lo accesorio es dominado por lo principal.

Hoy, lo mismo que hace veinte siglos, se considera que la propiedad es el derecho de gozar y disponer de una cosa; el propietario de un terreno es dueño de su superficie y de lo que está debajo de ella, y puede hacer o mandar hacer en él las obras, siembras, plantaciones o excavaciones que le convengan; la propiedad de los bienes da derecho por accesión a todo lo que ellos producen, o se les une o incorpora natural o artificialmente.

Es decir, la propiedad es lo principal, la Naturaleza y el trabajo son accesorios, y como tales cosas accesorias pertenecen al propietario los frutos naturales, los frutos industriales y los frutos civiles. Y como en el lenguaje legislativo y judicial conviene anticiparse a las interpretaciones, dando una interpretación

oficial, en punto a la propiedad y para precisar claramente la extensión atribuida al derecho de accesión, el Código dedica un artículo, el 355, a satisfacer esa conveniencia definiendo los frutos que corresponden legalmente al propietario:

«"Son frutos naturales las producciones espontáneas de la tierra y las crías y demás productos de los animales".

"Son frutos industriales los que producen los predios de cualquier especie a beneficio del cultivo o del trabajo".

"Son frutos civiles el alquiler de los edificios, precio del arrendamiento de tierras y el importe de las rentas perpetuas, vitalicias u otras análogas"».

Otra aclaración sobre los frutos establece el art. 357, diciendo:

«No se reputan frutos naturales o industriales sino los que están manifiestos o nacidos. Respecto de los animales, basta que estén en el vientre de la madre, aunque no hayan nacido».

DOCTRINA ECONÓMICA DEL PRIVILEGIO

En concepto de los defensores de la propiedad individual, su legitimidad es indudable, y a este propósito dice un economista resumiendo el pensamiento de la burguesía: «Si el hombre es propietario de su cuerpo, de sus brazos, de sus miembros, de su cabeza, como de las facultades de su alma, porque su alma y su cuerpo es el mismo, por su libre albedrío, por su forma exterior, el hombre se distingue de la masa de sus semejantes, de la masa de las inteligencias. El cuerpo es el resumen, el signo concreto de aquellas fuerzas físicas y morales, el límite material que impide a la personalidad individual confundirse en ese vago universo del panteísmo, donde los hechos del individuo y de la especie no son más que los fenómenos mudables de una inmutable unidad. Así, pues, decir que el hombre es una individualidad distinta, que tiene la propiedad de sus brazos y de sus fuerzas, decir que puede querer y obrar por su cuenta, es como si se dijera que lo que producirá no será

más que una dependencia, una prolongación de su individualidad, y deberá pertenecerle como su mismo cuerpo. Hay algo de nosotros en ese campo que hemos sembrado con nuestro sudor, y en el cual hemos hallado la huella del sudor de nuestros padres; hay algo de nosotros en esa obra que nuestra mano ha fabricado bajo la dirección de nuestra inteligencia».

CONFIRMACIÓN TEOLÓGICA DEL PRIVILEGIO

Coincide con ese concepto de la propiedad el manifestado por León XIII en su ya citada encíclica, fundado en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, y con la aprobación unánime de todos los propietarios del mundo, diciendo:

«El objeto del trabajo, el fin próximo que se propone el que trabaja, es la propiedad privada, pues si emplea sus fuerzas y su ingenio en provecho de otro, lo hace para proporcionarse de este modo lo necesario a la vida, y así con su trabajo adquiere verdadero y perfecto derecho, no sólo de exigir el precio debido, sino de invertirlo según su voluntad. Luego si con sus economías logra constituir un fondo de ahorros y para asegurarlo mejor lo invierte en la compra de un terreno, ese terreno no es, en último resultado, otra cosa que el salario mismo, cambiando de forma, y consecuentemente propiedad suya, ni más ni menos que el mismo salario. Y en esto cabalmente consiste, como todos saben, la propiedad, ya mueble, ya inmueble... De la misma manera que el efecto sigue a la causa, así es justo que el fruto del trabajo sea para el trabajador. Con razón, pues, la universalidad del género humano, sin conmovirse por las opiniones contrarias de un corto número, reconoce, considerando atentamente la Naturaleza, que en sus leyes reside el primer fundamento de la repartición de los bienes y de las propiedades privadas; con razón la costumbre de todos los siglos ha sancionado una situación tan conforme a la naturaleza del hombre y a la vida tranquila y reposada de las sociedades».

CONTRADICCIÓN Y ABSURDO

¡Sofisma colosal, digno de la mentalidad de aquellos salvajes que creen que el mundo es la bola sostenida por un elefante, y no saben responder al que pregunta quién o qué sostiene al elefante!

Los economistas, el Papa infalible, el Espíritu Santa hablando por la boca o por la pluma de los autores de la Biblia, los legisladores cristianos, los legisladores demócratas, todos los funcionarios de la justicia histórica, la masa total de los propietarios, la masa ignorante de los desheredados que cree y acata a los que mandan y usurpan el patrimonio universal y a los que justifican a mandarines y usurpadores; todos, todos incurren en una contradicción, en un absurdo gravísimo; tanto, que por él se ha desangrado la humanidad, se han derramado torrentes de lágrimas, se ha esterilizado la inteligencia de millones de seres humanos, se ha imposibilitado la felicidad, y lo que es peor, vivimos fuera de un centro racional y el progreso sigue vías que no conducen al ideal natural y positivo humano.

Todos esos usurpacionistas hablan del hombre, y sobre su trabajo fundan su derecho a la propiedad; pero ¿no son hombres aquellos a quienes el derecho de accesión despoja del fruto de su trabajo? ¿Acaso son trabajadores, creadores, recolectores y conservadores de su propiedad todos los propietarios?

Los romanos paganos eran lógicos: con su definición del hombre-cosa dejaba base suficiente para que el hombre-persona pareciera propietario digno y honrado; pero los cristianos y los demócratas -y son demócratas para la consideración legal de la propiedad todos los liberales que no aceptan al rey como señor de vidas y haciendas-, los que admiten la igualdad esencial de los hombres ante Dios y las leyes, carecen de dignidad, no son honrados en el sentido íntimo de la palabra, justifican el dicho «la propiedad es el robo», viven en un amasijo social falso, que si hasta ahora ha podido sostenerse por rutina, por ignorancia y por la fuerza, es en sí tan débil ante la razón como ínfima arista ante la fuerza del huracán, y la crítica científica por un lado y la indignación de los despojados por otra combatiendo la rutina, desvanecerán por fin la ignorancia y convertirán la fuerza en debilidad, la injusticia en justicia, el mal en bien, la desgracia histórica en felicidad imperecedera.

Lo asombroso es que ni el Papa, ni con él todos los usurpacionistas inteligentes, ignoran que lo que dicen del hombre como fundamento del derecho de propiedad individual no se aplica a todos los hombres, mienten a sabiendas y toman la mentira como verdad revelada y la injusticia por manifestación concreta y práctica de la ciencia del derecho. Bien lo sabía León XIII cuando lamentaba «el haberse acumulado la riqueza en pocas manos y haberse extendido la pobreza en la multitud», y después cuando exclamaba: «Lo que es vergonzoso e inhumano es emplear a los hombres como viles instrumentos de lucro y no estimarlos más que en proporción del vigor de sus brazos».

Lo cierto es que el dualismo romano, noble al fin en cuanto era declarado, existe entre nosotros hipócrita y vilmente, como lo demuestra entre otras muchas cosas la definición corriente de la palabra pueblo, de que me hago cargo en otro lugar, y el art. 356 del Código civil, que dice así: «El que percibe los frutos tiene la obligación de abonar los gastos hechos por un tercero para su producción, recolección y conservación». Que es como decir: «El propietario, holgazán o no, pero egoísta e inhumano siempre por el medio en que vive, tiene derecho por accesión a desposeer al trabajador, a percibir los frutos producto del trabajo de un tercero, medidor entre el propietario y la propiedad, a condición de abonar a ese productor, a ese tercero, el trabajo de producir, recolectar y conservar».

Uno es el hombre propietario, otro inferior es el hombre tercero jornalero; no hay unidad humana posible ante la religión ni ante la ley, y una mentira es la igualdad civil y la igualdad política de nuestra civilización.

Bien lo expresó Pi y Margall, escribiendo:

«"Hoy el propietario es incondicionalmente dueño de la tierra que ocupa. La goza en vida; la transmite a sus herederos. Puede a su albedrío enajenarla por venta, por permuta, por donación, por cualquier otro título. No la rige ni la ha de regir nunca por el ajeno interés, sino por el propio. La destina a la producción o la convierte en parque de caza; la cultiva o no la cultiva. Ni porque la deje años y años yerma, ni porque totalmente la olvide, ni porque se haya desdeñado de conocerla, pierde nunca el derecho de cerrarla a sus

semejantes. La pierde por prescripción, mas sólo tolerando ajenas intrusiones”.

“¿Se decide a cultivarla? Busca, si es algo extensa, braceros que se la abonen, se la aren, se la siembren, se la escarden, le sieguen y le agavillen el trigo, le trillen en la era las parvas, le planten y le poden los árboles, le rieguen la huerta, le cuiden el ganado, le recojan y amontonen el heno y practiquen las demás labores que la agricultura exige. Retira en recompensa de la dirección de los trabajos todo el fruto, y paga a sus gañanes con salarios que apenas les permiten malvivir en míseros tugurios”.

“Aquí, cuando menos, ha de pensar en su finca y correr el riesgo de las malas cosechas. Si aun esto quiere evitar, la cede en arrendamiento. Sin cuidados de ningún género cobra entonces la mejor parte de los frutos en una renta que no disminuyen ni las sequías, ni el granizo, ni la langosta, ni el oidium. No tiene ya la tierra en su mano, y con todo la posee como dueño; vencido el término del contrato o el de la ley, puede lanzar al colono que más se la fecunde con el sudor de su rostro y el de sus hijos. Su colono, trabajando, no gana nunca poder alguno sobre la tierra, y él, sin trabajar, conserva el que adquirió por su título”.

“Gracias a este régimen, el del dominio, la tierra, que debería haber sido para todos los hombres fuente de libertad y de vida, ha venido a ser para los más origen de pobreza y servidumbre. ¿Cabe en lo humano que se deje tan en absoluto a merced de unos pocos lo que para todos es necesario?».

A MI HERMANO EL TRABAJADOR

Conque trabajador, compañero mío, hermano mío, vuelve a leer, medita, determina racionalmente tu voluntad, y manda en hora mala al que en nombre de una justicia infinita te diga que siempre ha de haber pobres en el mundo, al que en nombre de la patria te usurpa tu participación legítima en el patrimonio nacional y universal y al que en nombre de la república te reduce a la condición eterna de accesionero y sufragista, o sea de creador de riqueza para el amo y de votante para el ciudadano propietario.

Entre trabajadores que van a anular la accesión está tu lugar.

Avergüénzate de ocupar otro.

Y si no, confiésate esquirol impenitente, siervo por atavismo invencible, enemigo de ti mismo, de tus hijos, de tus hermanos; besa la mano del privilegiado que te da pan y derecho democrático de limosna, y sufre el desprecio merecido al que, siendo víctima, se complace en ser cómplice de sus mismos tiranos y explotadores.

CAPÍTULO IV

EL TRABAJO ENVILECIDO Y MALDITO

LA MALDICIÓN BÍBLICA

La tradición religiosa presenta el trabajo como castigo impuesto a la desobediencia, como condigna pena a un acto de rebeldía; en cambio ensalza la ociosidad mística como una virtud.

«"Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mande diciendo: No comerás de él, maldita será la tierra por amor de ti; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida;

"Espinass y cardos te producirá, y comerás hierva del campo";

"Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra"...

"Echó, pues, fuera la hombre"». (Génesis, III, 13 a 24).

«"Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni allegan en alfolíes, y vuestro Padre celestial las alimenta"...

Reparad los lirios del campo cómo crecen; no trabajan, ni hilan";

"Mas os digo que ni un Salomón con toda su gloria fue vestido así como uno de ellos"». (Mateo, VII, 26 a 29).

Con ese concepto de la sabiduría y de la justicia infinitas aplicado al fundamento de la vida social, ¿qué habían de hacer los mandarines y legisladores?

EL HOMBRE SUPERIOR

El que se tiene por superior, claro es que ha de considerar la ociosidad como un bien que corresponde de derecho, y la desobediencia del inferior como un crimen, por el cual el culpable ha de penar y trabajar, por su inferioridad permanente, para la elevación constante e inalterable del superior.

Ese interesado error de los privilegiados se condensó en un mito, se colocó en el supuesto génesis del mundo, formó parte de un dogma, se le consideró de revelación divina y se le rindió culto.

ERROR PERSISTENTE

Y el error persiste con tremendo arraigo: siendo patente que los recursos vitales que tenemos al alcance de nuestras manos sólo son adaptables a nuestras necesidades por el trabajo; que el trabajo roturó los eriales, desecó y saneó los campos, encauzó los ríos, mitigó los climas, doméstico los animales, escogió y perfeccionó las semillas y con su cultivo aseguró la existencia y la multiplicación de la especie humana; que merced a esas primeras ventajas creadas por la agricultura se fundó la sociedad, y con ello la industria, la ciencia, el arte, y fue posible el cambio, y con él la solidaridad humana, el hecho es que el trabajo, al que todos somos deudores de la vida, continúa bajo el peso de la maldición bíblica y del vilipendio de los poderosos, y el trabajador es todavía oprimido y despreciado en el mundo, y únicamente el propietario, el usurpador de la riqueza natural y social, goza de la vida, tanto como se lo permiten la amplitud de su conciencia y las añagazas que le tienden los usurpadores aspirantes, los arrivistas, los que aspiran a ejercer la usurpación contra los mismos usurpadores.

A este propósito, el doctor Giné y Partagás resume en un brevísimo cuadro la situación en los siguientes términos, que reproduzco a título de testimonio imparcial: «El trabajo ha establecido la propiedad; ésta ha ocasionado la guerra; de la guerra se originaron las antiguas categorías sociales de amos y

esclavos, de productores y consumidores. En nuestros días no existe la esclavitud sostenida por la fuerza; pero aun hay una presión de arriba, que pugna fuertemente con una presión de abajo; es la lucha entre el capital y el trabajo. No ha habido más que un cambio de dinastías metálicas: el oro ha reemplazado al hierro. No hay cadenas para el trabajador, pero en cambio vive a merced del poseedor del capital acumulado».

Defínese la industria en general como el arte de utilizar y aun de violentar la naturaleza exterior. Entre las invenciones y descubrimientos de las épocas primitivas de la humanidad, la invención del fuego fue capitalísima. El asombro, la admiración y la alegría que suscitó entre los hombres esa invención se atestigua por las numerosas religiones pirolátricas que han existido y aun existen.

LA DOMESTICACIÓN DEL FUEGO

En efecto, lo que puede llamarse la domesticación del fuego fue para el género humano un acontecimiento de un alcance incalculable: sin el fuego no habría cocina posible; las industrias principales serían inabordables; el hombre se hubiera estacionado en el principio de su evolución; la luz artificial no prolongaría sus días, ni se hubieran fortificado los instintos sociales al mismo tiempo que se desarrollaba la inteligencia.

Convirtiendo el ingenio en la fuerza, suplió el hombre su debilidad física con los instrumentos y las armas, y así vemos que una de las clasificaciones prehistóricas se denomina edad de piedra, porque durante una larga serie de siglos el hombre con la piedra cortaba, perforaba, hería y golpeaba al alcance de la mano y aun a distancia.

Dueño del fuego y armado, podía el hombre ir viviendo, había realizado un gran progreso y con él otros progresos correlativos generadores de otros cada vez más importantes: sabía vestirse, tenía una vivienda y en ella podía almacenar provisiones, dar libre curso al amor y crear una familia.

SOCIEDADES COMPLEJAS

Llegado a este punto, quedó capacitado para fundar sociedades complejas; pero considerando los progresos humanos en lo que realmente tienen de progresivos y sucesivos, no ha de olvidarse que desde el primer momento en que un hombre, el primero que discurrió y practicó el primer descubrimiento de carácter social por el hecho de haber sido utilizado por otros hombres, continuándole o haciéndole servir como generador de otros descubrimientos de aplicación también generalizada, quedaron agrupaciones humanas rezagadas, hasta el punto de poder decir que las hay que viven todavía en el período prehistórico, que no conocen aún el fuego, o si le han visto, ha sido presentado por civilizados conquistadores.

Ha de observarse, además, como dice Reclús, que hay casos en que el ciclo de la historia comienza de nuevo: con el triunfo de los bárbaros, por ejemplo, casi todas las conquistas de la cultura antigua estaban perdidas y la reconstitución de este haber sólo era posible por el trabajo de los siglos; perecía que la humanidad hubiera remontado hacia sus orígenes; pero a su segunda partida el mundo europeo poseía, junto con algunos restos del tesoro literario y científico de griegos y romanos, la ventaja de conservar cierto sentimiento de la unidad humana: su horizonte geográfico era más amplio que el de la gran multitud anónima de los antiguos civilizados.

La agricultura, más que la caza y la pesca primitivas, constituía una condición de seguridad de subsistencia, y sobre ella, y también para atenderla, hubo de aumentarse la presión y la observación, y con ella vino el conocimiento. Una de sus consecuencias hubo de ser conocer por primera vez, si no la abundancia, la excelencia, lo que seguramente inspiraría la idea de cambio entre agrupaciones que por vecindad o por facilidad de vías de comunicación se hallaban en contacto, y aquí entra un nuevo elemento de actividad, la navegación en los ríos entre ambas orillas y a lo largo de las mismas, y en el mar en una misma costa o entre islas próximas.

El descubrimiento y utilización de los metales sería un nuevo impulso de ese movimiento hacia la perfección, y aunque contenido en prácticas casi rituales

para evitar su olvido, contribuyó poderosamente al constante avance progresivo.

Pues todos esos progresos, resumen de las actividades vulgares, aunque aparezcan como obra sintética del genio, simbolizados en Prometeo, encadenado por orden divina a una roca y devorado por un ave de rapiña, son malditos en sus productores, pero ofrecidos como tributo y homenaje, son complacientemente disfrutados por los privilegiados.

MÍO, TUYO Y SUYO; MANDAR Y OBEDECER

El dualismo romano, producto de las ideas de superioridad y de inferioridad, no diré hijo de la maldición bíblica, sino de su hermana la soberbia de los conquistadores y de los dominadores de todas las épocas y de todas las razas, que antes era una consecuencia y hoy es una supervivencia, tiene también su explicación racional: el hombre-persona y el hombre-cosa son una derivación del antagonismo resultante de la distinción entre lo tuyo y lo mío y de las acciones mandar y obedecer, que forzosamente tienen por sujeto el superior y el inferior, el poseedor y el despojado, el ilustre y el maldito.

Es probable que los hombres prehistóricos que vivían en el clan primitivo de la fraternidad comunista se dispersaran por la acción de diferentes causas, y la previsión y la desconfianza, primeras manifestaciones del egoísmo, les inspirara el deseo de apropiarse cosas que aseguraran su subsistencia, y de ahí surgiera la idea exclusiva de lo mío, sin otro respeto ni más consideración a lo tuyo y a lo suyo que la ambición propietaria, la incorporación a lo que he hecho botín mío por la guerra y ganancia mía por la astucia, legalizada o santificada. Así sentida, comprendida y practicada la propiedad desde su origen hasta el presente, tenemos que ella es a la vez causa y consecuencia de la enemistad de los hombres, del antagonismo que carcome la solidaridad social y hasta de esa enormidad llamada la paz armada que en nuestros días arruina las naciones sometidas al error de nuestros estadistas, especie de matonismo y de guapeza internacional que constituye una de tantas vergüenzas que deshonran a la burguesía dominante, como representante y sucesora de las clases tiránicas del pasado, contra lo cual protesta el proletariado, que da forma y vida al antimilitarismo, y por ello se eleva a grande altura progresiva y salvadora.

La historia confirma plenamente las afirmaciones antes expuestas, aunque adoptando ciertas formas exteriores que bajo el aspecto de mejoras progresivas o introducidas por el progreso no alteraban en lo más mínimo lo fundamental. Así hemos visto la esclavitud romana, considerada por muchos autores como un bien, establecida con el pretexto filantrópico de salvar la vida a los prisioneros de guerra, y en realidad para dar vida a la accesión, la cual vive invariable y firme después de haber renacido un comunismo pasajero en las agapas cristianas y haberse practicado la igualdad política en los comicios revolucionarios.

LA ESCLAVITUD TRANSFORMADA EN SERVIDUMBRE

Los godos, al llegar a las Galias y a Iberia, hallaron establecida la esclavitud y la aceptaron modificándola. La esclavitud pasó a ser servidumbre y los hombres se distinguieron en señores y siervos.

La distinción esencial entre los hombres, el hombre-persona y el hombre-cosa, se impuso y quedó subsistente, adaptada a las nuevas condiciones sociales aportadas por aquellos bárbaros, que allá en el Norte, su país de origen, idólatras y paganos, tenían sentimientos igualitarios, y no apropiándose individualmente la tierra, dejaban pacer libremente sus ganados por territorios sin linderos, y los abandonaban con sus familias para establecerse temporalmente en otros.

El cristianismo y la conquista triunfante les hizo propietarios y tiranos: acataron la maldición del trabajo y se repartieron las tierras, cada individuo aceptaba su lote en el reparto como una recompensa debida a su valor, en cuya posesión entraba como señor y hombre libre, la disfrutaba por toda la vida y la legaba a sus hijos: entonces recibió, pues, forma constante y duradera la propiedad territorial, convirtiéndose en alodial, es decir, de libre y absoluto dominio; pero como estos nuevos propietarios no podían cultivarlas por incapacidad técnica y por sus aficiones guerreras, surgió el feudalismo, que conservó el derecho del propietario y dio forma adecuada y apropiada a las circunstancias, a la explotación del trabajador, al siervo del terruño, castigando al vencido con la pena y la deshonra del trabajo.

LOS PAYESES DE REMENSA

Es curioso el caso de castigo por el trabajo y por la servidumbre que se halla en la historia de Cataluña, donde existieron los payeses de remensa, clase infeliz que vivía en la más dura opresión, debido, según la tradición, a que en la época de la reconquista varios catalanes que habían aceptado la dominación sarracena, temerosos de la venganza de los dominadores, se negaron a auxiliar a sus compatriotas que, por menos sufridos, más esforzados o teniendo menos que perder, se lanzaron a la lucha contra los moros. Triunfantes los godos y los francos, dejaron a aquellos campesinos en la misma servidumbre en que habían estado antes, y sus descendientes sufrieron durante mucho tiempo la culpa atribuida a sus ascendientes. Así se explica el origen de la servidumbre de los de remensa, y aunque varios autores niegan esa explicación, no se comprende sin ella cómo pudo prolongarse por tanto tiempo aquel estado entre las libres y populares instituciones catalanas, lo mismo que el odio con que eran mirados aquellos infelices. Su servidumbre consiste en los llamados «malos usos», y se les denominaba: remensa personal, cugucia, xorquia, arcia y firma de espolio forzada. Por ellos el siervo no podía abandonar el territorio del señor sin previo rescate, ni podía vender lo que poseyera; el señor tenía derecho a heredar la tercera parte y aun la mitad de los bienes del siervo; percibía la mitad de la dote o bienes de la sierva adúltera, o la totalidad si el marido era convicto de consentimiento en el adulterio; heredaba también al siervo sin herederos legítimos, próximos y directos; podía obligar a la sierva a ser nodriza de sus hijos, y por último se atribuía el derecho de gozar de la virginidad de las esposas siervas.

Estas humillantes y opresivas prácticas, usadas en aquella época con más o menos rigor y con variedades que no alteraban su esencialidad en toda Europa, tuvo sus naturales oscilaciones, pero siempre revistió el carácter de deshonor del trabajo impuesta al trabajador.

RESUMEN HISTÓRICO DE LA PROPIEDAD TERRITORIAL

«Durante los primeros tiempos -dice Laveleye- el elemento social predominaba en la propiedad territorial. La tierra era un dominio común que pertenecía a la tribu, y de la que los individuos no poseían más que el goce temporal. En Grecia, una gran parte del territorio pertenecía al Estado, y el resto permanecía en relativa dependencia del mismo. En Roma se estableció el dominio quiritario, o sea el derecho absoluto de los quirites o caballeros sobre sus propiedades territoriales. En la Edad Media, en el sistema feudal, la propiedad era una remuneración por ciertos servicios prestados. El feudo no era más que el pago de un servicio. En principio no fue hereditario; el soberano lo confería durante la vida, y el que lo gozaba debía, en cambio, ser guerrero, mantener el orden y administrar justicia. La propiedad indivisible del mayorazgo tiene también un carácter social muy pronunciado: el individuo que la posee no disfruta más que el goce pasajero de la misma; no puede disponer de ella, porque está destinada a conservar la familia que, con sus recuerdos, su grandeza y sus deberes hereditarios, se le considera como el elemento constitutivo de la nación. En esas condiciones impuestas al mayorazgo y en otras análogas se funda la institución y la conservación del hereu en el derecho catalán, que los jurisconsultos catalanistas ensalzan sobre el derecho general español, que abolió los mayorazgos por inspiración revolucionaria, ya que en esto imitó a la Asamblea Constituyente francesa. Hoy la propiedad ha sido despojada de todo carácter social: completamente distinta de lo que fue en su origen, no tiene ya nada de común. Privilegio sin obligaciones, sin trabas ni reservas, la propiedad parece que no tiene otro objeto que asegurar el bienestar del individuo poseedor; así se le concibe, así se le define. Movilizada por la transmisión, pasa de unas manos a otras favorecida por la accesión con los frutos que produce o se le hace producir y los animales que sustenta y cría. Por ir demasiado lejos en esta tendencia se han conmovido las bases de la Sociedad, pero en lo porvenir se dará más ancho campo al elemento colectivo». «Se ha de llegar -dice Fichte- a una organización social de la provincia en que ésta pierda su carácter excesivamente privado para llegar a ser una institución pública. Hasta ahora el principal deber del Estado ha consistido en garantizar al propietario el pacífico goce de su posesión; en lo sucesivo, la Sociedad pondrá a cada uno en posesión de la propiedad a que su capacidad y necesidades le den derecho...».

SOFISMA PROPIETARIO

Los autores que quieren demostrar la necesidad de la propiedad se apoyan inconscientemente en razonamientos que demuestran absolutamente lo contrario de su propósito, a saber: que para ser legítima habría de estar organizada como entre los pueblos primitivos, es decir, de manera que estuviera garantida a todos como un derecho natural e intransmisible. Portalis, tratando de la propiedad en su exposición de motivos en apoyo del Código civil, dice: «El hombre no puede vivir más que de su trabajo; para trabajar ha de poder apropiarse una parte del suelo; luego la propiedad necesaria». Bastiat establece las mismas premisas que Portalis, sin ver mejor sus consecuencias, influido quizás por el atavismo de la división indestructible de la humanidad en clases privilegiadas y clases desheredadas, puesto que dice: «El hombre nace propietario, porque nace con necesidades cuya satisfacción es indispensable a la vida, con órganos y facultades cuyo ejercicio es indispensable a la satisfacción de la necesidad».

Pero estos autores, como ya hice notar respecto del resumen de las teorías propietarias de los economistas y con una cita de la encíclica *Rerum novarum*, cuando dicen «el hombre» no quieren significar «todos los hombres»; establecen una diferencia entre propietarios y no propietarios, y consciente o inconscientemente, dividen la humanidad en dos partes enemigas irreconciliables. Porque si el hombre nace propietario, hombres son también esos millones de trabajadores que carecen de lo necesario para vivir, y por tanto, su argumento, lejos de ser individualista, es perfectamente comunista. Resulta patente que el privilegio les ofusca y son incapaces para comprender el progreso, porque no pueden aceptar la igualdad esencial de todos los individuos que constituyen la humanidad.

Vemos, pues, que una especie de convención utilitaria y exclusivista se tomó como fundamento de derecho. El fuerte, y si no el fuerte en el verdadero sentido de la palabra, el poderoso por su posición abusiva, imponía su voluntad con más o menos ceremonia, pero en el fondo con evidente injusticia y repugnante violencia, ya que ante las fórmulas «la bolsa o la vida» del

forajido, el «cúmplase» del rey absoluto y «la sanción» dada al acuerdo de una asamblea por un rey constitucional o un presidente republicano, siempre se halla la inmanencia del derecho de los individuos ante una fuerza mayor que le obliga a obedecer, a despojarse de lo suyo, a poner la propia persona a la merced del imperante y a acatar el despojo como expresión de la justicia.

Lo cierto es, en resumen, que siendo la necesidad anterior a la idea de unidad de nuestra especie; visto que los elementos naturales no eran utilizables sin previa y penosa preparación, la rebeldía del egoísmo contra la justicia imaginó el dualismo, que si en asuntos científicos es fuente innegable de errores, en sociología es causante de toda iniquidad: Dios y el hombre, superior e inferior, vida de holganza, goce y honor, y vida de trabajo, dolor y deshonra.

¿No lo ves, trabajador? Tus explotadores y tiranos, sobre su cualidad de hombres se atribuyen títulos y dignidades y te usurpan la parte de riqueza natural y social que te corresponde en el patrimonio universal, y tú, rebajado de tu cualidad de hombre a nivel de la bestia de carga, vives condenado a un trabajo maldito y vil.

CAPÍTULO V

EL DERECHO

EL DERECHO SEGÚN EL CRITERIO INDIVIDUAL Y EL COLECTIVO

Para regular las relaciones de los hombres dándoles un fundamento de derecho y una finalidad social, admítense generalmente dos teorías: la que parte de la existencia del individuo y la que se funda en la naturaleza humana. Por la primera se entiende que el derecho, derivado de las costumbres, definido por el legislador y consignado en las leyes, sirve de norma a los gobernantes, a los oficiales de la justicia y a los individuos; por la segunda el derecho humano es ingénito en el hombre, ilimitado y absoluto, se halla en concordancia con las leyes naturales y es anterior y superior a toda ley escrita o consuetudinaria. En un caso el hombre resulta hechura del hombre, moldeado por el Procusto dogmático y autoritario; en el otro el hombre es el Adán, no mítico, sino filosófico, considerado como tipo perfecto y padre de la especie humana.

Las consecuencias de una y otra teoría, que en la sencillez de su enunciación casi se confunden, son diametralmente opuestas.

Afirmando el derecho con relación al individuo, como dependiente del Estado que le define y establece, y de la Sociedad, que le practica, resulta que siendo la parte inferior al todo, el individuo se halla supeditado a la colectividad. Por eso decían los romanos, y después de ellos todos los tiranos: la salud del pueblo, o de la patria, o de la monarquía, o de la república, según los casos, es la ley suprema.

En concepto de antiguos jurisconsultos, el derecho civil es el que cada pueblo establece para su gobierno y es propio de cada nación. El derecho romano se llama también por excelencia derecho civil, así como Roma se llamó también la ciudad. Establécese ese derecho según lo exigen las circunstancias y los

intereses peculiares de cada Estado, y por esta causa el derecho no es único ni universal.

Para los que así juzgan, el derecho es la ley. Como tal ley, se halla bajo el poder de la jurisprudencia, la que se define como la ciencia práctica de interpretar y aplicar bien las leyes a todos los casos que ocurran. Su interpretación, o pertenece al legislador, y entonces se llama auténtica, o al juez, y en este caso se dice usual, o a los jurisconsultos, y se denomina doctrinal. Respecto de su aplicación, se considera que un jurisconsulto ha de hallarse adornado de estas tres cualidades: saber las leyes, interpretarlas debidamente y aplicarlas con justicia; pero la práctica ha demostrado la existencia de los siguientes casos: hay leguleyos que saben las leyes y no las interpretan ni las aplican; jurisperitos, que las interpretan aunque ignoran su aplicación; jurisconsultos, que reúnen las tres cualidades requeridas, y rábulas, que las aplican temerariamente, ocasionando los daños consiguientes.

Para los españoles, el derecho y la ley, sinónimos en el concepto de los autoritarios, como hemos visto, rige desde que en forma de mandato legal se publica en la Gaceta. La ignorancia de las leyes no excusa su cumplimiento, y las leyes sólo se derogan por otras leyes posteriores.

He ahí el hombre aprisionado en el sistema protector.

Fundado el derecho en el adanismo, resulta inmanente y consubstancial con nuestro ser y existe por igual en todos los individuos sin excepción.

Pi y Margall ha escrito en su libro *La reacción y la revolución*:

“Todo derecho natural, sólo por serlo, reúne las condiciones de absoluto, universal, inenajenable e imprescriptible. Cualquiera limitación arbitraria, cualquier atentado contra él, merecen la calificación de crimen. Mi derecho es igual al de todos mis semejantes: ¿quién, pues, podrá nunca decir, sin violar la ley eterna, se sujetará a estas reglas? Hay una sola regla para mi derecho, y es la igualdad del derecho mismo. ¿Deseo, en virtud de mi derecho, algo que haya de ofender el de un tercero? Mi deseo es legítimo, y como tal, irrealizable. ¿Lo cumplo, sin embargo? La Sociedad, establecida para hacer respetar el derecho de todos, está en el deber de obligarme a respetarlo. Mas que, tomando este deber por pretexto, no venga nunca la Sociedad y diga:

«Tienes el derecho, pero no puedes ejercerlo mientras no hayas cultivado tu entendimiento o me pagues un tributo», porque me creeré entonces con la facultad de contestarle: «¿Quién eres tú para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad pérfida y tiránica, te he creado para que los defiendas y no para que los coartes; ve y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada». ¿Podrá con más razón la Sociedad permitirme que ejerza el derecho, pero con sujeción a leyes? «Mi derecho -le podré contestar también- es superior a tus mandatos; tus leyes, pretendiendo salvarlo, le coercen y le matan. No tiene más que una ley mi derecho, y esta ley no necesito que la escribas, porque está grabada en mi corazón y en el corazón de todos. El derecho de los demás, si por un lado limita al mío, por otro lo ensancha y fortalece; tus leyes servirían exclusivamente para limitarlo. Tú, tú eres aún poder, y todo poder oprime; yo soy hombre, y no he nacido para ser tu esclavo»”.

He ahí el hombre en su pretendida libertad natural.

Partiendo del individuo artificial definido por las leyes, pudieron los romanos considerar a los hombres como libres o siervos: los hombres libres eran ciudadanos que gozaban de los derechos particulares de libertad, de connubio, de contrato, de testamentificación, de patria potestad, de familia, de propiedad, de usurpación o dominio de una cosa por el uso y por la prescripción, de tutela y de los derechos públicos de ser inscritos en el libro del censor, de servir en los ejércitos, de pagar tributos, de votar en las asambleas o juntas populares, de obtener los cargos públicos del Estado y los del rito o ceremonias del culto religioso. Los siervos, si eran hombres y también personas con respecto al estado natural, no lo eran para las leyes, que los consideraban como nulos y muertos, por no gozar del estado de libertad, de ciudad ni de familia, toda vez que la servidumbre era una institución por la que una persona se sujetaba contra la naturaleza al dominio ajeno.

Partiendo del individualismo natural, opuesto al concepto jurídico del mismo en todas las naciones, el hombre es soberano; las castas, las clases, las jerarquías, productos de la ignorancia y de la iniquidad, no tienen fundamento racional, porque como dice Pi y Margall: «incoercible, la noción de mi deber irreformable, a no ser por mi propia inteligencia. En vano se me enseña una legislación dictada por Dios, adoptada por cien naciones, sancionada por los

siglos: mi ley moral la juzga y pronuncia sobre ella su inapelable fallo. Si la cree injusta, la condena irremisiblemente».

Como se ve, el antagonismo de las dos teorías no puede ser mayor: de un lado, si se puede admitir rectitud de intención en un legislador y en un jurisconsulto, aunque con las consiguientes limitaciones que ante el amplísimo concepto de verdad y de justicia resulta siempre la inteligencia de un hombre, se halla el error erigido en mandato y la arbitrariedad autoritaria en regla de obediencia, hasta tal punto, que en la antigüedad romana, aunque los magistrados no fuesen legisladores, poco a poco se abrogaron la facultad de ayudar, suplir y corregir el derecho bajo pretexto de utilidad pública, y en nuestros días, prescindiendo de los desastrosos efectos del cohecho, para no citar más que el lado bueno del asunto, tenemos los buenos jueces modernos que sentencian por autoridad propia y con intención reparadora y justiciera contra el espíritu y la letra de la ley.

En el lado opuesto está la idea del hombre y la concepción de la Sociedad como suma de unidades constitutivas de la Sociedad, que Pi y Margall expresó con estas palabras: «La constitución de una Sociedad de seres inteligentes, y por lo mismo soberanos, ha de estar forzosamente basada sobre el consentimiento expreso, determinado y permanente de cada uno de sus individuos. Este consentimiento debe ser personal, porque sólo así es consentimiento; ha de recaer de un modo exclusivo sobre las relaciones sociales, hijas de la conservación de nuestra personalidad y del cambio de productos, porque implica que recaiga sobre lo absoluto; ha de estar constantemente abierto a modificaciones y reformas, porque nuestra ley es el progreso. Busco si es verdad esta aserción, y encuentro que sin este consentimiento la Sociedad es toda fuerza, porque el derecho está en mí, y nadie sino yo puede traducir en ley mi derecho. La Sociedad, concluyo, por lo tanto, o no es Sociedad, o si lo es, lo es en virtud de mi consentimiento».

CONTRADICCIONES Y ABSURDOS

Véase ahora qué contradicciones y qué absurdos resultan de la adopción rutinaria y atávica de un principio falso, mezclado con las aspiraciones más o

menos racionales de justificación inspiradas por la necesidad y por las aspiraciones progresivas. En las sociedades antiguas, antecesoras de la moderna, ciertos individuos se rodearon de cuantas ventajas pudieron a costa de otros individuos, originando para unos y otros situaciones muy distintas; sobre ellas, sancionándolas, se impuso la ley, y aquella serie de injusticias se denominó derecho, palabra altisonante a la que se atribuyen los privilegios de la justicia y la inalterabilidad de la ciencia. Pues en nuestros días, a pesar de los adelantos del progreso y de las protestas revolucionarias, subsisten aquellas mismas injusticias con variaciones accesorias que no alteran su esencialidad, impuestas según las épocas; y así, mientras se exponen ideales emancipadores e igualitarios que suelen ser acogidos con sonrisa escéptica y se relegan a un porvenir indefinido y remoto, si no son rechazados por utópicos, únicamente porque no encajan en nuestra Sociedad, tenemos vigente el rancio y trasnochado concepto de la propiedad de tal modo arraigado y fuerte, que todos los adelantos filosóficos y sociológicos resultan para el día letra muerta, porque o se esterilizan con falsedades y sofismas de interpretación o producen modificaciones aparentes.

Por ejemplo, para presentar un caso concreto que impresione al lector y le determine a juzgar por sí mismo: se han abolido la esclavitud y la servidumbre; tras una revolución grandiosa que derrumbó el antiguo régimen y elevó el derecho del pueblo sobre el extinguido y caduco derecho divino, se formuló una Constitución precedida de una declaración de derechos, cuya primera cláusula establece: «Todos los hombres nacen libres e iguales en derechos; el objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre», pero rige en nuestros días en todo el mundo el llamado derecho de acesión, por el cual el propietario, continuando la antigua categoría de los amos, despoja al trabajador, ayer esclavo o siervo y hoy jornalero, del fruto de su trabajo, y tal gravedad encierra ese pero, que el pauperismo alcanza en el día cifras enormes y sigue en proporción ascendente en todas las naciones, siendo las más ricas y esplendentes las más castigadas por tan terrible plaga, y en Francia, en esa misma Francia democrática, que es academia universal para las ideas y liza donde continuamente luchan lo pretérito y lo futuro, se ha podido decir en la Sociedad de economía política, sin que se conmueva la república, ni en un impulso de ira popular se borre como grosero insulto y sangrienta burla la trilogía republicana que ostentan sus edificios públicos: «A Francia le sobran cinco o seis millones de trabajadores», que es lo mismo que declarar sin rodeos que en esa república,

lo mismo que en todo el mundo civilizado -monarquías autocráticas o constitucionales, o repúblicas federales o unitarias-, el único ciudadano es el burgués inscrito en el Registro de la Propiedad, que en nuestros días representa aquel censo lustral en que los censores romanos inscribían cada cinco años los nombres de sus ciudadanos, de sus mujeres, de sus hijos, la extensión de sus campos, el número de sus siervos y los haberes que cada cual poseía, para imponer la contribución; mientras que los otros, los no propietarios, los reducidos a vivir de un jornal, si no se les necesita para que por accesión den al amo frutos naturales, frutos industriales y frutos civiles, no tienen derecho a vivir. El hecho positivo y brutal en este: se paralizan los negocios, y por tal motivo el burgués, el verdadero ciudadano, pierde o no gana, o gana poco; los almacenes están llenos, no hay pedidos; o bien se ha descubierto una máquina que simplifica el trabajo; pues los trabajadores sobran; para muchos no hay jornal: ¡a la calle, a la miseria, a la emigración, a la muerte; son un estorbo y un peligro; sus manifestaciones en demanda de pan o trabajo constituyen una alteración del orden público que ha de ser reprimida a tiros!

EL HOMBRE PRODUCTO SOCIAL

Hay otra teoría expuesta por Bakunin en su opúsculo Dios y el Estado, incluido en la recopilación de sus obras hechas por James Guillaume, y que presenta a aquel insigne revolucionario bajo un aspecto muy diferente del concepto que de él han hecho concebir ciertos escritores burgueses.

He aquí en extracto la teoría y su fundamento:

La Sociedad ha precedido a todos los desarrollos de la humanidad; es anterior y a la vez sobreviviente a cada individuo humano.

Una rebeldía radical contra la Sociedad es tan imposible y absurda como lo sería contra la Naturaleza. Tan inútil es discutir si la Sociedad es esencialmente buena o mala, como lo sería poner en duda si la Naturaleza, el ser universal, es un bien o un mal, porque es más que eso, es un enorme hecho positivo y primitivo, anterior a toda conciencia, a toda idea, a toda apreciación

intelectual y moral; es la base misma de todo; es el mundo en que fatalmente se desarrolla para nosotros lo que llamamos el bien y el mal.

El Estado es otra cosa: el Estado es un mal que ha sido históricamente necesario al mismo título que la bestialidad primitiva y las divagaciones teológicas de los hombres; surgió en todos los países como resultado de la guerra y de la conquista, y convivió con los dioses creados sucesivamente por la fantasía teológica de los pueblos; ha representado desde su origen la sanción divina y patriótica de la fuerza bruta y de la iniquidad triunfante, y así vemos que hasta en los países más democráticos el Estado es el sostén del privilegio de una minoría y la cadena que sujeta a la servidumbre a la mayoría.

SOCIEDAD Y ESTADO

La Sociedad es natural y vivirá tanto como la humanidad; el Estado es transitorio y pasajero, tiene señalado un límite; vivirá no más mientras dure el privilegio y el consiguiente antagonismo de los intereses, y morirá por incompatible con la reorganización racional y armónica de la Sociedad.

Las doctrinas liberales parten del principio de la libertad individual; presentándose como adversarios del principio fundamental del Estado, dicen de éste que es un mal necesario, y que toda la civilización consiste en disminuir siempre y cada vez más sus atributos y derechos; sin embargo, en la práctica, en cuanto se trata de coartarle en lo más mínimo, se muestran como sus fanáticos defensores.

Esa defensa se explica prácticamente por el interés de clase -sus expositores y defensores son burgueses-, y teóricamente porque parten de la libertad individual, que presentan como anterior a toda Sociedad, y que todo hombre aporta al nacer con su alma inmortal como un don divino, de donde resulta que el hombre es un ser completo, y en cierto modo absoluto fuera de la Sociedad, la cual es creada por los hombres impulsados por necesidades exteriores.

Conocida es la frase sacramental usada por todos los partidarios del Estado y del derecho jurídico: el individuo en posesión de una libertad completa, en estado de naturaleza, es decir, antes de formar parte de ninguna Sociedad, el asociarse sacrifica una parte de esa libertad para que la Sociedad le garantice el resto. Al que pide explicaciones, se le responde: «La libertad de cada individuo humano no debe tener otro límite que el de todos los demás individuos».

Eso en apariencia es justo, pero en ello germina la teoría del despotismo. En efecto, según los idealistas, y en oposición con la realidad, el individuo humano aparece como un ser absolutamente libre únicamente en cuanto se le considera fuera de la Sociedad, de donde resulta que la Sociedad, considerada como institución jurídica y política, es decir, como Estado, es la negación de la libertad.

Por el contrario, los hechos, las demostraciones de lo que sucede en el mundo real, establecen que la libertad individual de los hombres procede de la Sociedad como una consecuencia necesaria del desarrollo colectivo de la humanidad.

Procedente, no de un Adán y Eva, tipos perfectos de la especie, que sin embargo, según la leyenda, se rebelaron pronto contra su señor y creador, sino de un gorila, el hombre no llega sino con dificultad suma a la conciencia de la humanidad y de su libertad; bestia feroz en un principio, se humaniza en el seno de la Sociedad, que es necesariamente anterior al nacimiento de su pensamiento, de su palabra y de su voluntad; de donde se sigue que el hombre no realiza su libertad individual o su personalidad sino completándose con la de todos los individuos que lo rodean y sólo en virtud del trabajo y de la potencia colectiva de la Sociedad, fuera de la cual hubiera quedado reducido a la miseria condición de bestia.

LA SOCIEDAD CREA LA LIBERTAD

La Sociedad, lejos de disminuir y de limitar, crea la libertad de los individuos humanos; es como la raíz y el árbol, la libertad es su fruto. Por consecuencia, en cada época el hombre debe buscar su libertad, no al principio, sino al fin de la historia, pudiéndose decir que la emancipación real y completa de cada individuo humano es el verdadero y supremo fin de la historia.

Lo que sucede es que el concepto Estado ha suplantado a la Sociedad, y ésta vive fuera de su centro natural y racional por la acción de los privilegiados, resultando que en oposición con las teorías racionales del derecho predomina el hecho brutal, y así ha podido decirse que la fuerza es superior al derecho.

Del examen y comparación de estas teorías, junto con la consideración del predominio del Estado como dique opuesto al progreso y defensa de la usurpación privilegiada, el lector obrero, el desheredado, mi compañero y hermano para quien escribo, podrá deducir consecuencias, pensar por sí propio, determinar su voluntad y ejercer su acción revolucionaria contra el poder estacionario de esa burguesía que sólo concibe el progreso como medio de ganancia y como un nuevo motivo de placer.

Estudiando y obrando podrán los trabajadores reunir el saber y el poder, y con ello lograr su emancipación.

CAPÍTULO VI

LO QUE SE CREE Y LO QUE SE SABE

RESUMEN BÍBLICO DE LO QUE SE CREE

Anda en manos de los niños de la escuela un libro titulado La Elocuencia, compuesto de fragmentos escogidos de literatura española y dedicado a los tiernos escolares que han pasado la cartilla y el catón, para que simultaneen su lectura con el estudio mnemotécnico del catecismo, el Fleury, la gramática y la aritmética, y queden bien encajonaditos en la clasificación social que por nacimiento les corresponda.

Es aquel libro un conjunto arlequinesco de retazos brillantes, hermoso cada uno por su forma, aunque discutibles y en casos hasta detestables por su fondo, pero tan inarmónico y chillón como un conjunto de organillos callejeros que tocan a la vez las mejores piezas de la música clásica.

En él llama principalmente la atención un discurso de Donoso Cortés, pronunciado en el acto de su ingreso en la Academia Española, en el que entre una galanura insuperable de frase, se condensan perfectamente las creencias exotéricas, es decir, lo mandado creer por la Iglesia y el Estado al pueblo, a los trabajadores, a los asalariados, a los víctimas de la accesión, y digo exclusivamente a éstos porque no van a la Universidad, donde los privilegiados que a ella asisten pueden tener la suerte de tropezar con catedráticos que se atrevan contra los anatemas del Syllabus.

Tomo este libro, y de él el discurso citado, porque salvando la intención del autor, que dejó fama de sincero y bueno, no creo que exista mejor tipo para servir de pieza demostrativa de la ignorancia a que se pretende tener sometido al pueblo, y que fingen acatar los privilegiados ilustrados, para que los desheredados sufran con resignación la vil condición a que viven sometidos

y esperen tranquilamente aquellas recompensas eternas prometidas en una vida celestial. De él son estas líneas:

«En la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la Divinidad misma, se contiene lo que fue, lo que es y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos... Allí se cuentan o se predicen todas las catástrofes, y por ello están allí todos los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubrementes, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías... Libro prodigioso aquel en que se calcula todo antes de haber inventado la ciencia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos se cuenta la historia; en que sin estudios físicos se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos de la tierra; que cuenta o predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se repliegan sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra, resonando eternamente en las alturas».

El académico indicado no inventó nada; solamente desarrolló con imaginación ardiente y brillante retórica esta afirmación hecha muchos años antes por Tertuliano: «Las Sagradas Escrituras son un tesoro, del cual se desprende toda la verdadera sabiduría del mundo; a ellos le deben todo los filósofos y los poetas; son norma y medida de toda verdad, y lo que no está conforme con ellas es falso necesariamente».

LA JUNTA DE SALAMANCA

Firme en este criterio y dando crédito al Génesis, pudieron los doctores de la Iglesia oponer a las teorías de Colón, en la Junta de Salamanca, estos razonamientos de Lactancio, gran apologista del siglo III, denominado el Cicerón cristiano: «¿Es posible que los hombres caigan en el absurdo de creer que las mieses y los árboles del otro lado de la tierra cuelguen hacia abajo y que las personas tengan los pies más altos que la cabeza? Si les preguntáis cómo defienden estas monstruosidades, cómo las cosas no caen del otro lado de la tierra, responden que la naturaleza de las cosas es tal, que los cuerpos pesados tienden hacia el centro como los rayos de una rueda, mientras que los cuerpos ligeros, como las nubes, el humo, el fuego, tienden por todas partes del centro hacia los cielos. Ahora bien; no sé realmente qué decir de los que cayendo así en el error, perseveran en su locura y defienden un absurdo con otro».

INCENDIO DE BIBLIOTECAS

Ese respeto y acatamiento a los libros santos inspiró a Omar, frente a la Biblioteca de Alejandría, esta estúpida y criminal sentencia: «Si esos libros están conformes con el Corán, que es la palabra de Dios, son inútiles; si no, son perniciosos. Destruyanse, pues». Lo mismo pensaron y ejecutaron los cruzados respecto de la Biblioteca de Trípoli; así también los primeros frailes importados a México arrojaron al fuego las pinturas jeroglíficas americanas, privándonos del conocimiento de la historia de aquel país, y por último, el cardenal Jiménez de Cisneros tuvo el mismo menguado pensamiento cuando hizo quemar en la plaza de Granada ochenta mil manuscritos árabes, siendo muchos de ellos traducciones de autores clásicos.

Unas doctrinas que inspiran a sus apologistas argumentos como el de los hombres cabeza abajo de Lactancio y de los doctores de Salamanca, y el del gran abanico de los cielos de Donoso Cortés, admitido por la Academia, con que los enemigos de la razón quieren acallar y satisfacer a la razón, pueden ir

muy lejos, sirviendo de ejemplo de su funesto alcance, además de la destrucción de bibliotecas y museos, las guerras religiosas, las hogueras del Santo Oficio, la persecución de los valdenses, la matanza de San Bartolomé, etcétera, etc.

Pero por mucho que se empeñen en extender las tinieblas, por grande que sea el número de inteligencias atrofiadas o sacrificadas, no hay apagaluces capaz de extinguir la luz del sol ni medio de impedir que nazcan genios como Colón, Copérnico, Galileo, Newton y Laplace, por ejemplo, que evidencien verdades de aquellas que anonadan revelaciones, dogmas, mitos, religiones y sectas.

Hemos llegado a un punto culminante: lo que se cree, es decir, el error del antropismo, excusable en las edades primitivas, pero utilizado, explotado y santificado por los privilegiados de la época presente, no puede ya subsistir; la ciencia, es decir, lo que se sabe, o sea ese conjunto de conocimientos adquiridos que constituyen el positivo saber humano, lo niega, lo destruye; mejor dicho, lo arranca del entendimiento de las gentes y lo inscribe en las páginas de la historia, como cosa pasada y muerta, reducida a la categoría de documento, de recuerdo, sin otra influencia positiva que la seguridad de no volver a ser acatada ni creída jamás.

EL ANTROPISMO DOGMÁTICO

El antropismo, o sistema de los errores místicos y míticos, según Haeckel, descansa sobre tres dogmas que denomina el error antropocéntrico, el antropomórfico y el antropolátrico.

El dogma antropocéntrico sostiene que el hombre es el centro y el objeto final del universo. Como este error satisface el orgullo y el egoísmo humanos y es la base de las tres grandes religiones mediterráneas (judaísmo, cristianismo y mahometismo), tiene todavía arraigo en la mayor parte del mundo civilizado.

El dogma antropomórfico contiene los mitos relativos a la creación del mundo, considerado como producto de un gran arquitecto, concebido sobre el modelo del hombre, creador, conservador y administrador del universo.

El dogma antropolátrico, resultante de la comparación de las actividades divina y humana, rinde culto a nuestro organismo y produce el delirio de grandezas, originario de la creencia en la inmortalidad personal del alma.

DUALISMO

Sobre esos dogmas se funda el del dualismo, o sea Dios creador y universo creado, y como consecuencia, la doble naturaleza del hombre, cuya alma, que supone inmortal, habita temporalmente el cuerpo, yendo a parar aquélla a una vida eterna de penas o delicias, según la vida se haya acomodado o no a una moral convencional, y éste a una descomposición que ha de resolverse en el absurdo de una recomposición para asistir al juicio final del valle de Josafat.

A ese dualismo, que carece de fundamento científico y es opuesto al más elemental sentido común, Haeckel opone su concepción monista, fundada sobre las grandes verdades de la ciencia: la ley de la conservación de la materia, según la cual la cantidad de materia que lleva el espacio infinito es constante; la ley de la conservación de la energía, según la cual la cantidad de fuerza que obra en el espacio infinito y produce todos los fenómenos es igualmente constante. Estas dos leyes, la una química y la otra física, forman un todo indisoluble. La unidad de estas dos leyes fundamentales se designa por Haeckel bajo el nombre de ley de la sustancia o de axioma de constancia del universo.

MONISMO

He aquí un rápido enunciado de los doce principios sobre que se funda la doctrina monista, tomado de Los enigmas del Universo, que da clara noción del monismo.

I. El universo es eterno, infinito e ilimitado.

II. La sustancia que lo compone con sus dos atributos, materia y energía, llena el espacio infinito y se encuentra en estado de movimiento perpetuo.

III. Este movimiento se produce en un tiempo infinito, bajo la forma de una evolución continua, con alternativas periódicas de desarrollo y desapariciones, de progresiones y regresiones.

IV. Los innumerables cuerpos celestes dispersos en el éter que llena el espacio están todos sometidos a la ley de la sustancia. Mientras que en una parte del universo los cuerpos en rotación van lentamente delante de su regresión y de su desaparición, tienen lugar progresiones y nuevas formas en otra parte del espacio cósmico.

V. Nuestro sol es uno de esos innumerables cuerpos pasajeros, y la tierra que habitamos es uno de los planetas pasajeros que lo rodean.

VI. La tierra ha atravesado un largo período de enfriamiento antes que el agua haya podido formarse en gotas líquidas, realizando así la condición primera de toda vida orgánica.

VII. El proceso biogenético que ha seguido la lenta formación y descomposición de innumerables formas orgánicas, ha exigido más de cien millones de años.

VIII. Entre los diferentes grupos de animales que se han desarrollado sobre nuestro planeta, el de los vertebrados ha pasado finalmente delante de los otros en lucha (en su esfuerzo, diría yo) por la evolución.

IX. En este grupo de los vertebrados, la clase de los mamíferos ha ocupado el primer lugar en importancia.

X. En el seno de esta clase, el grupo más perfecto es el orden de los animales.

XI. En el seno de este orden, la especie venida últimamente y la más perfecta está representada por el hombre, aparecido solamente hacia el fin de la época terciaria y salido de una serie de antropoides.

XII. De donde se deduce que la supuesta historia del mundo, es decir, el corto espacio de algunos miles de años, a través de los cuales se refleja la historia de la civilización humana, no es más que un corto episodio efímero, en medio del largo proceso de la historia orgánica de la tierra, del mismo modo que ésta no es más que una pequeña parte de la historia de nuestro sistema planetario. Y así como nuestra madre la tierra no es más que un pasajero polvo del sol, así todo hombre individualmente considerado no es sino un minúsculo grano de plasma en el seno de la naturaleza orgánica pasajera.

Si el concepto de la inmanencia del derecho humano hubiera descendido de las alturas del pensamiento en que se halla hasta penetrar en las convicciones, en las costumbres y en las instituciones y formar atavismo, como por ley de evolución progresiva ha de suceder, si la ciencia no se hubiera adquirido y no se adquiriera aún hoy como un privilegio y fuera puesta al alcance de todo el mundo por un sistema racional de enseñanza, para que luego tuviera aplicación social práctica y directa, fomentada por las aptitudes individuales; si el privilegio no se sirviera de la ciencia para aumentar sus beneficios, para gozar más y para extremar la opresión de los desheredados, el absurdo existente entre lo que se cree y lo que se sabe habría desaparecido. Pero estamos en camino de ello y el término está todavía lejos.

SUPERVIVENCIA DE LOS ANTIGUOS FETICHES

Si es verdad, como dice Reclús, que los antiguos cultos han continuado sobreviviendo bajo los nuevos, aun entre los fanáticos de la una o de la otra religión; si no hay Dios ni genio protector que no sobreviva en los ritos de los pueblos, a pesar de las maldiciones que los adoradores de las divinidades paganas habían lanzado sobre imanes y sacerdotes, ocurriendo que estos mismos toman parte inconscientemente en las ceremonias hechas en honor de los antiguos dioses; si hasta ocurre que las creencias populares atraviesan sucesivamente varias religiones oficiales sin modificarse profundamente, no es menos cierto que los mitos y los fetiches que de las primitivas concepciones para explicarse la existencia del universo se conservan como fundamento de creencia para los reducidos a la ignorancia, son ya absolutamente insuficientes. Los dogmas han envejecido y entrado en descomposición; el

saber se difunde por todas partes y penetra en los talleres, en las fábricas y en los campos, y los mismos privilegiados, faltos de lógica, mientras se aferran a defender su sistema de apropiación, el llamado derecho de propiedad, cultivan la democracia y el libre pensamiento, colocándose en un término medio insostenible entre las gangas infames de que se aprovechan y las novedades que proclaman.

CONFLICTO SOCIAL

Ya no se trata de un simple conflicto entre la religión y la ciencia, como el presentado por Draper en su libro popular, sino de un verdadero conflicto social, porque ese proletariado internacional consciente que agita el mundo combatiendo al capitalismo, el que desdeñando los vanos derechos políticos no se amasa en los partidos políticos burgueses, ni siquiera en los partidos socialistas dirigidos por jefes que, aunque de procedencia obrera, son burgueses de intención con miras exclusivamente arrivistas, va en línea recta a la desvinculación de la propiedad, a la socialización de los medios de producción y de cambio y a la participación directa de todas y de todos en el patrimonio universal, y ese proletariado no se contenta ya con ficciones democráticas ni librepensadoras, sino que, harto ya de apariencias brillantes que encubren miserias positivas, quiere la sustancia de las cosas, y no sólo protesta con su razón contra todo engaño, sino que tampoco se conforma con dejar en paz a los trabajadores alucinados que siguen cándidamente a los arrivistas socialistas o republicanos que se encaraman a chupar las ubres del Estado.

CIENCIA BURGUESA Y CIENCIA OBRERA

En cierta ocasión, con motivo de la constitución de un Centro de Estudios Sociales, hablé de ciencia burguesa y de ciencia obrera.

Parece natural –decía- que cuantos sean aptos para conocer pueden constituir las unidades componentes del gran todo científico, y poseyendo esa aptitud el género humano, la ciencia debiera ser humana. Esto indica la razón, esto exige la lógica; pero contra la razón y la lógica está el privilegio, que desde la infancia de la humanidad hasta nuestros días, recluyó la ciencia en el templo, en el convento o en la Universidad, reservando a sus favorecidos la explicación de los fenómenos naturales, el conocimiento de la historia, el análisis de las fuerzas físicas, para dar a los desheredados mitos para atrofiar su inteligencia, leyes para rebajar su dignidad, falsa moral y supersticiones para embrutecerlos. Sirvió la ciencia a los privilegiados para hacer trabajar al pobre y arrancarle después el fruto de su trabajo. Por el monopolio de la ciencia llegaron la religión y el Estado a convertirse en máquinas de gran poder absorbente para extraer el jugo de la vida de los trabajadores. Hay, pues, ciencia privilegiada, y si se tiene en cuenta que el privilegio actual se halla vinculado en la burguesía, bien puede decirse que hay ciencia burguesa.

Explicaba después cómo ese monopolio de la ciencia degeneraba en una falsificación, y vi con gusto que mi argumentación estaba apoyada y reforzada por la siguiente, que me suministró Carlos del Río en El Liberal, en un artículo titulado «La ciencia vieja»:

«Recuerdo vivamente la mayoría de mis cursos en el Instituto y en la Universidad, y los recuerdo con el propósito de no utilizarlos jamás. Recuerdo la Psicología puramente fantástica, con su alma y sus facultades inmateriales, todavía en vigor en algunas cátedras, a pesar de que la Fisiología y los trabajos histológicos de Cajal la han localizado en la biología del cerebro, convirtiéndola, de espiritual, en casi palpable, casi visible. Recuerdo la Historia Natural, ajena a las teorías evolucionistas, como sigue siéndolo en algunos centros docentes; recuerdo las historias, la particular y la general, historias de batallas, listas de reyes y emperadores, lo mismo en el bachillerato que en la Facultad, sin una línea de la Prehistoria ni de la Antropología; recuerdo todo el Derecho natural, fundamental de la escolástica más estrecha; la Economía política, ocupándose del Socialismo como de una utopía curiosa; las teorías penales de la escuela italiana, combatidas en clase de Derecho penal por medio de chistes; el Derecho civil y el Derecho político y la Historia del Derecho, sin haber sentido aún la influencia de la Sociología...».

Y no se diga que esto sucede en España por su sistemático atraso, porque según V. de Lapouge en su prefacio al Monisme de Haeckel, en la Francia laica la Geología y la Biología luchan con desventaja con la Biblia. En las universidades francesas la Geología sólo se enseña a los candidatos a la licenciatura y a la agregación de ciencias naturales; está excluida del programa de los estudiantes de medicina y no figura en ningún programa de examen de la segunda enseñanza. Se enseña en los liceos, pero a niños de doce o trece años, al mismo tiempo que el limosnero enseña la creación en seis días... El transformismo está fuera de todos los programas, y no sin exponerse a molestas animosidades se dedican sus adeptos a inspirar sus convicciones a la juventud. Quiero creer que algo habrá variado ese estado de la enseñanza después de la separación... pero no confío demasiado.

En consecuencia, al revés de esa ciencia aburguesada que produce detentadores satisfechos de la riqueza social, la ciencia que adquieren los que no tratan de explotar a nadie y sólo pretenden librarse de la explotación, será verdadera ciencia, ciencia igualitaria y justiciera: ese honor corresponde a la ciencia obrera, y si este calificativo parece poco adecuado, en virtud del estado de ignorancia en que se ha pretendido sumir eternamente a los trabajadores, y también porque denomina una de las actuales clases sociales, tiene en su apoyo la constitución como cuerpo revolucionario pensante y activo del proletariado, de hecho clase inferior en la sociedad actual, pero elemento excepcionalmente activo para la formación de la sociedad futura, donde le esperan las satisfacciones inefables de la justicia, las dulces emociones de la belleza y la contemplación de esa verdad desnuda que se le ocultó siempre bajo las fealdades exotéricas.

La ciencia obrera toma de la ciencia burguesa lo que contiene de verdadera ciencia, pero desecha los sofismas que sirven de base al privilegio, y con criterio despreocupado agrupa conocimientos que sirven para beneficiar a todos los hombres y para impedir que los mixtificadores puedan privar a los trabajadores de sus derechos naturales y arrebatárles el fruto de su trabajo.

Y mientras los sabios discuten si hay o no un criterio de verdad, los trabajadores, para adquirir la verdad con el brillante prestigio de la evidencia, tenemos un criterio de justicia que los privilegiados no pueden tener sino cuando por excepción reniegan del privilegio, lo abandonan y lo desprecian. De los privilegiados puede decirse, no ya que «donde está su tesoro está su

corazón», sino que su tesoro inspira su entendimiento, y si no precisamente su tesoro, sus comodidades, su fama, sus preocupaciones, su atavismo, la blanda y suave huata con que rodean su cuerpo para atenuar cobardemente los choques y los encontrones de las realidades de la vida social.

Los trabajadores, por el contrario, partiendo del principio de que de hombre a hombre va cero, negamos todas las distinciones y las diferencias artificiales y antinaturales que fundó la ignorancia y perpetuó la malicia, y en esa negación va envuelta toda cosmogonía, toda teología, toda filosofía, toda legislación, toda política que contradiga el Homo sibi Deus de Pi y Margall.

Y esa negación es fuente de vida, es afirmación fecunda, porque es criterio de verdad, de belleza y de justicia, principio dignificador de rebeldía y germen vivo de una sociedad justificada en que cada hombre y cada mujer, desde la infancia hasta la ancianidad, darán de sí todo el fruto de inteligencia y de actividad que por su naturaleza les corresponde, sin freno ni cortapisa, libre y espontáneamente.

Así se resolverá el conflicto entre lo que se cree y lo que se sabe.

CAPÍTULO VII

VÍA LIBRE AL PROGRESO

EL DINERO

Encanta leer lo que los economistas escriben acerca de las ventajas producidas por el descubrimiento y uso de la moneda, completado algunos siglos después por el de la letra de cambio y más recientemente por el billete de banco.

Antes, el que quería deshacerse, por ejemplo, de un buey y necesitaba un pan, un pedazo de cinta o un puñado de sal, se vería negro para verificar la transacción, y más de cuatro veces le ocurriría quedarse con su buey, habiendo de alimentarle, además, hasta mejor ocasión, y con la túnica desatada habría de comer sin pan y sin sal los poco succulentos comestibles que tenía a mano; y si esto ocurría al individuo del ejemplo mientras permanecía en su tierra, las dificultades aumentarían hasta lo inconcebible si, esquilmando un territorio, tenía que viajar para hallar nuevos recursos vitales en un terreno viren, imposibilitado como se hallaba de fraccionar y meter en una bolsa los objetos de su propiedad para efectuar los cambios a medida que se presentasen las necesidades, aunque es natural que entonces se tuvieran ideas muy diferentes de las actuales sobre la propiedad, y rigiera el concepto urgentísimo de «tomar donde haya», sin las ceremonias de la compraventa.

Después la cosa varió por completo: con las monedas, chicas y grandes, que sintetizan y fijan el valor, el adinerado pudo comprar lo mismo cosas de valor ínfimo que las más costosas y trascendentales, desde un ochavo de azafrán para sazonar la olla, hasta la salvación de su alma que permitiera al adinerado comprador de indulgencias, misas y sufragios de todas clases asistir eternamente al concierto de la música celestial. Luego, como un descubrimiento trae otro consigo, con el crédito consiguiente a la posesión del dinero y lógica suposición de la solvencia, surgieron multitud de industrias y recibieron gran impulso las ciencias y las artes: pero con la facilidad del cambio

vino lo que no se había previsto, y aunque se previera, no pudo evitarse: el tráfico, el negocio, el agiotaje, la explotación, la usura y el monopolio, o sean las operaciones gananciales inspiradas por el egoísmo, exclusivismo, individualismo o como quiera llamársele.

Y he aquí como la moneda, positivo progreso, facilitó al rico la vida temporal y eterna, quitándole el cuidado consiguiente a la posesión a la antigua, por ejemplo, de grandes rebaños, que necesitaban mucho espacio y grandes cuidados -sobre todo si se le compara con un millonario de la libre América, cuya firma es siempre dinero en todas partes- y tranquilizando su católica conciencia con su importante y oportuno legado a la Iglesia, mientras que en forma de salario deja a los trabajadores en la duda de si su estado es mejor o peor que la esclavitud y la servidumbre antiguas.

CALLEJÓN SIN SALIDA

De hecho, a la vista está, toda la riqueza natural y la producida se halla (acaparada iba a decir, pero la Academia califica de bárbaro y afrancesado el verbo acaparar) monopolizada precisamente por los que, dueños de la tierra, de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los laboratorios, de los almacenes y de los medios de comunicación y transporte, alquilan mediante el jornal o sueldo a los que con sus brazos, su inteligencia o ambas cosas a la vez les sirven o convierten la primera materia en producto adaptable a las necesidades, a los caprichos y aun a los vicios humanos, y distribuyen la producción por todas partes. De modo que los que menos títulos racionales ostentan para el caso, aunque en posesión de los títulos legales, porque tienen dinero y lo acumulan sin cesar con sus ganancias, son los amos, mientras que los provistos de más legítimos derechos, los positivamente productores, se consumen en el abismo de la privación.

Y no se califique de exagerada esta consideración, porque ahí están los economistas, sosteniendo que el origen de la propiedad es el trabajo, y en tanto que los holgazanes son los propietarios, los trabajadores carecen de tierra que pisar. Más aún: para disimular esa iniquidad, Santo Tomás, el llamado ángel de las escuelas, y más tarde León XIII, ilustrado por los

economistas burgueses, siguiendo a aquel angélico doctor y al Espíritu Santo, proclamaron que se ha equivocado el alcance y significación de la moneda, la cual no da derecho a la posesión absoluta y exclusiva de las cosas adineradas o adquiridas por el dinero, porque nadie puede poseer de sobra aquello de que los otros carecen y es indispensable para su subsistencia, y por tanto, los ricos no son poseedores con derecho al uso y al abuso, sino como tutores y administradores de los pobres; y sin duda en previsión de que hubiera ricos que en eso de la tutoría y administración barriesen hacia dentro, según la gráfica expresión del padre Coloma, se dijo aquello del camello y del ojo de la aguja, que por sí solo pondría piel de gallina al creyente, si los hubiera de veras, si pudiera haberlos, si no hubiera venido la ciencia a última hora a llenar la conciencia de los ricos, quienes siempre salen ganando, a negar la posibilidad de una vida ultraterrena y espiritual, y si hubiera positivamente quien antepusiera la salvación de su alma a la posesión del céntimo extraído por la explotación.

Y resulta que bien quisiera el pobre dar amplísima instrucción a sus hijos, aplicar a sus enfermos la asistencia de la eminencia científica o el uso de las aguas de la estación balnearia reconocidamente útil, pero lo impide la exigüidad del jornal.

Quisiera el pobre dar satisfacción cumplida a sus necesidades morales y materiales y darse el tono correspondiente a su jerarquía en la escala animal, compartiendo sus derechos con todos los demás individuos de su especie; ¿pero dónde va el que sólo cuenta con el jornal, y a veces sin él siquiera, cuando se inventa una máquina o cuando no hay pedidos y están llenos los almacenes?

Por último, todo aquello que el pobre produce por un jornal irrisorio, en análogas condiciones a todos los trabajadores, lo encuentra en el mercado recargado con el tanto por ciento destinado a formar la fortuna del industrial, del almacenista, del propietario, del tendero, del rentista, y además con la parte correspondiente del presupuesto que se dedica a alimentar y a sostener la vida, las necesidades y los vicios de toda clase de funcionarios civiles, religiosos y militares, por lo que le cuesta carísimo y ha de reducirse a lo preciso, a la privación sistemática, que causa debilidad física y moral, y por último, tras una vida limitadísima y deficiente, acaba en una muerte prematura, en tanto que todo lo que sirve para lujo, comodidad y refinamiento

del gusto lo disfrutaban los otros, los adinerados, lo que no trabajan, los que, careciendo de productos propios que cambiar, poseen en abundancia el signo de cambio. Y por contera nos quieren hacer creer que lo absoluto cabe dentro de lo relativo, que lo infinito de halla contenido en lo limitado, como quien arroja la casa por la ventana, diciéndonos que un Dios hecho hombre... ha dicho que ¡siempre habrá pobres en el mundo!

Y resulta en resumen que el dinero, que se inventó para facilitar las transacciones y no debió tener nunca más significación que la que legítimamente le corresponde de signo de cambio, algo así como el cartón o la chapa con el número acreditativo de propiedad en un guardarropa, se halla en poder de los improductivos, que poseen chapas a millones, y por esa posesión, racionalmente inadmisible e injustificada, se convierten en señores de vidas, honras y haciendas.

Y he aquí que en vez de seguir la humanidad libre y amplia vida progresiva, como seguiría si sólo entendiéramos a la razón, por habernos desviado por un falso utilitarismo, nos hallamos en un callejón sin salida... entendámonos, sin salida fácil, ya que salida progresiva no ha de faltar, porque la cosa ha de reventar por un lado o por otro mientras la humanidad subsista, si no de manera cómoda y corriente, atropellada y revolucionaria; ello es que se han de allanar los obstáculos por separación o extravasación de la fuerza contentiva, cayendo privilegios y errores haciendo práctico e indestructible el unitarismo social, complemento lógico, necesario, fatal, del monismo científico.

EL DERECHO ROMANO

Sí; en un callejón sin salida nos hallamos, y no de hoy. Léase esta cita de Reclús, de El hombre y la tierra, apoyada en otra de Duruy, de La historia de los romanos: “La fuerza de Roma no se gastaba por completo en el acrecentamiento de su imperio, sino que empleaba gran parte de ella en disensiones intestinas. Los diversos pueblos que se habían reunido en la ciudad del Tíber no se distinguían únicamente por el origen, diferían también por las condiciones de fortuna y la posición social; constituían otras tantas clases que, por la fuerza de las cosas, se fundieron gradualmente en dos sociedades de

intereses distintos y necesariamente hostiles, los patricios y los plebeyos. La historia interior nos refiere ciertas peripecias de la continua lucha. La usura agravaba las relaciones entre las dos clases, porque el deudor se convertía en la presa, en la cosa del acreedor. La terrible ley de las Doce Tablas, destinada a dar a las costumbres locales un carácter de eternidad, demuestra cuán fácilmente caía el pobre plebeyo en las manos de su acreedor. «Que el rico responda por el rico; por el proletario quien quiera... Al tercer día del mercado, si hay varios acreedores, que corten el cuerpo del deudor. Si cortan más o menos, que no sean responsables por ello. Si quieren, pueden venderle al extranjero, al otro lado del Tíber». El Shylock de Shakespeare no era más que un resucitado de la antigua Roma. Esa ley atroz, que puesta en acción en el teatro nos espanta, es nuestra ley, es nuestro «derecho romano»”.

LA BURGUESÍA

Al trabajador cándido que en la cita anterior no vea más que la afirmación y la negación que en ella se hallan contenidas, y sin comprender bien su sentido confíe todavía en la burguesía republicana radical, expongo, únicamente a título de ejemplo demostrativo, porque al fin se trata de un parlamentario, los siguientes datos y razonamientos suministrados por un inteligente socialista francés, Allemane, antiguo combatiente de la Commune, deportado a Nueva Caledonia y actual diputado:

«Nuestra burguesía, por avanzada que se suponga en política y en filosofía, se muestra pusilánime y reaccionaria en cuanto se trata de la menor reforma económica».

A ese miserable estado mental se debe que la Francia republicana sea casi la única nación, en el mundo industrializado y con tendencia a civilizarse, que ignore que los Municipios y el Estado pueden proporcionarse recursos sin recurrir constantemente al impuesto. De ese modo se llegará, por exigirlo la fuerza de las cosas, a que los presupuestos del Estado, de los Departamentos y de los Municipios alcancen proporciones tan inquietantes que amenace la bancarrota.

Más de 7.000.000.000 (¡siete mil millones en números redondos!) se extraen anualmente al trabajo en Francia por los Municipios, por los Departamentos y el Estado, sin que se piense en la reorganización autónoma de los servicios públicos. La república, como la monarquía y el imperio, se opone a toda innovación que perturbe lo más mínimo el agio del gran capital, la apropiación por algunos privilegiados de la riqueza nacional, social, humana. En vano algunas plumas independientes y aun desde la tribuna se ha clamado que la república, precisamente porque pretende ser la emanación libre del país, era doblemente culpable por entregarle indefenso al Moloch capitalista; nada... el monstruo continúa hartándose de carne y sangre de trabajadores, hasta el punto de amenazar con el fin de la raza... La tisis por sí sola causa más de trescientas mil víctimas anuales, debido al estado de miseria y de falta de higiene en que viven las multitudes laboriosas, y a pesar de tan espantosa hecatombe, nuestra egoísta burguesía no se conmueve. ¡A qué hablar de humanidad a Shylock!

EL MURO CONTENTIVO

La Cámara, el Senado y la mayor parte de las asambleas municipales y departamentales se oponen a toda reforma esencial que modifique la vida económica del país, que le alivie de sus cargas, que aumente algo su bienestar; no quieren más que el statu quo, el dominio de la bancocracia...

Ved ahí claro el muro contentivo del Impase, el atasque del Progreso. ¿Quién le romperá? ¿Quién dejará vía libre?

LA BURGUESÍA

No será la burguesía, representada en el inhumano símbolo de Shylock, porque se halla incapacitada para progresar. He ahí su imagen, admirable de verdad y de oportunidad, trazada por Proudhon hace ya más de cuarenta años:

«"No hay ya energía en su conciencia, no hay ya autoridad en su pensamiento, no arde ya su corazón, no hay ya en ella más que la impotencia de la senectud y el frío de la muerte. Y nótese bien lo que voy a decir ahora. ¿A quién debe la burguesía contemporánea ese esfuerzo sobre sí misma, esas demostraciones de vano liberalismo, ese falso renacimiento que nos haría tal vez creer la minoría parlamentaria, si no se conociera su vicio de origen? ¿A quién hay que atribuir esa luz de razón y de sentido moral que no ilumina ni es ya posible que resucite al mundo burgués? Sólo a las manifestaciones de esa joven conciencia, que niega el nuevo feudalismo; sólo a la afirmación de esa plebe de jornaleros, que ha tomado decididamente la delantera a sus antiguos patronos; sólo a la reivindicación de esos trabajadores, a quienes ineptos políticos de oficio niegan la capacidad, precisamente cuando acaban de recibir de ellos su mandato político".

"Que la burguesía lo sepa o lo ignore, su papel ha concluido: no irá ya más lejos, ni es posible que renazca"».

¿Habrá todavía quien niegue que la emancipación social de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos?

Cuando Hernán Cortés, en la famosa noche triste, seguido de su reducido ejército, hubo de abandonar la capital de México, muchos soldados cargados de riquísimo botín perecieron ahogados en el foso por no abandonar su tesoro. Así es la burguesía en general: antes morirá en la conflagración revolucionaria que despojarse de su ambición y de su soberbia ante el progreso y la justicia.

Pero la burguesía dista mucho de ser la humanidad; no es sino una fracción hasta cierto punto mínima, una especie de secta dominante por la usurpación, y su dominio se funda tanto en los recursos poderosos que acumula como en el atávico servilismos de las multitudes dominadas, y eso no ha de durar siempre, ni siquiera mucho; los desaciertos de los usurpadores y la conciencia y energía de los revolucionarios despojados indican ya un término relativamente próximo.

EL HOMBRE NUEVO

A despecho de tanta injusticia social, la ciencia labora con independencia, y no ha producido esa abstracción que Malato denomina el Hombre Nuevo, capaz de medir una milésima de milímetro, de comunicar su pensamiento por el espacio sin aparato visible, de levantar sin esfuerzo pesos de millones de kilos, de recorrer en un día más de dos mil kilómetros, de romper istmos, de taladrar montañas, de intentar el dominio de la atmósfera y de los polos, de analizar la composición de los astros, de hacer tabla rasa de lo sobrenatural; sabe, además, que todo es materia sólida, líquida, gaseosa o radiante; que calor, fuerza y luz son distintas maneras de ser de la materia en vía de perpetua transformación con arreglo a leyes fijas, y se da cuenta de que él mismo es un producto del conocimiento parcial de esas leyes de transformación, que hace funcionar según sus necesidades a medida que avanza conscientemente en el campo del inmenso Desconocido. Por ello ha alcanzado un poder grandioso, esterilizado aún por los errores tradicionales, pero del cual ha de salir la sociedad racional y justa, inspirada en este criterio de economía perfecta: realizar, con el mínimun de esfuerzo, el máximun de ventajas posibles en vista de la mayor felicidad de todo el mundo.

La acción social, la vida social es un engaño infame si el patrimonio universal, compuesto de todo lo que da la Naturaleza y sabe aprovechar la humanidad, no alcanza a todos sin distinción y no procura a cada uno la mayor suma de bienestar realizable en cada época; porque materialmente el Hombre Nuevo puede producir al presente alimento para todos se harten; vestido y calzado para que nadie sufra desnudez; habitaciones cómodas, alegres e higiénicas para habitación de todos; ciencia y arte para que todas las inteligencias y todos los sentimientos se desarrollen en la amplitud propia de su ser. La humanidad ha adquirido una facultad nueva que no tuvo en ninguna otra época de su evolución: posee la facultad de producir la abundancia.

En ese Hombre Nuevo renace la humanidad sin dualismo posible.

DECLARACIÓN CIENTÍFICO-RACIONAL

El hombre envilecido, el trabajador maldito se levanta, rechaza todos los vilipendios, se purifica, se coloca en el grado natural de la igualdad social, anula todas las distinciones que servían de fundamento artificial al privilegio y se constituye en núcleo de regeneración y de nueva vida, a su nivel se van elevando los humildes y van descendiendo los soberbios, y esa agrupación selecta, adaptándose el pensamiento de grandes pensadores que coinciden en sus conclusiones, después de haber estudiado el mundo a través de sus poderosas inteligencias desde diversos puntos de vista y diferente orden de ideas, declara:

- 1º. Que en el presente régimen social, el progreso no corre por igual para todos, sino que es causa de mayor desigualdad (Carlos Marx);
- 2º. Que la esclavitud ha renacido por la absorción capitalista (León XIII);
- 3º. Que nuestra organización social ha quedado en estado de barbarie (Ernesto Haeckel).

Debido a que:

- 1º. Existe la propiedad individual de la tierra y de los medios de producir (Congreso obrero internacional de Bruselas 1868);
- 2º. Existe la transmisión hereditaria de la propiedad individual (Congreso obrero internacional de Basilea 1869);
- 3º. Como consecuencia existe el salariado (Congreso obrero internacional de Ginebra 1866).

Y partiendo de estos principios:

- 1º. La emancipación social de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos;
- 2º. Los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios para sí mismos ni para nadie;
- 3º. La emancipación de los trabajadores es un problema internacional (Estatutos de la Internacional).

Reconoce que la Sociedad ha de fundarse en la reciprocidad del derecho y del deber, expresada en este conciso aforismo que desde la Internacional ha adoptado el proletariado emancipador: «No hay deberes sin derechos, no hay derechos sin deberes».

He ahí en profecía, como visión anticipada o ineludible de la evolución progresiva, roto el muro de contención del progreso y afirmados los cimientos de la sociedad racional y científica.

Confirma la anterior afirmación este pensamiento de Paúl Deschanel en un discurso en la Academia francesa:

«Las causas profundas de los grandes cambios humanos no se hallan en los círculos de letrados: radican en las aspiraciones de los sencillos. Son los desheredados de la tierra quienes han perseguido más enérgicamente el ideal y quienes han elaborado el bien en que vivimos. Son los infinitamente pequeños, en lo profundo del sombrío mar de los pobres, quienes fundan el porvenir».

Sólo falta que una minoría obrera prepare suficientemente su inteligencia y determine su voluntad para que la profecía se convierta en ese rápido momento presente iniciador del futuro que transformará en pasado, en evolución cumplida, el comunismo anarquista, que ha de dar efectividad mientras la humanidad exista al derecho inmanente, inalienable e ilegislable del individuo.

CAPÍTULO VIII

DE LA RESPONSABILIDAD POPULAR

PROTESTA CONTRA UNA INJUSTIFICADA CULPABILIDAD

Siempre que he oído hablar de los males que nos agobian y se ha echado la culpa sobre el pueblo que los sufre, como parte de ese mismo pueblo, me ha parecido pesada o injusta la carga de esa responsabilidad.

Cuando después esos mismos censores han formulado sus aspiraciones y sus planes considerados como remedio, y en su múltiple variedad de juzgado su incongruencia con las causas, cuando los he visto desempeñando el pobre papel de arbitristas desconocedores de la relación natural de causa a efecto, me he sentido aliviado, pero la insistencia es tanta, su repetición es tan tormentosa, que me ha parecido conveniente y necesario hacer un llamamiento al buen sentido de mis compañeros de trabajo.

No inspira mi asunto un simple movimiento de protesta, no es mi móvil la indignación; quiero reforzar el carácter redentor del proletariado y aun el de exclusivo progresista que le da la incapacidad progresiva de los privilegiados, censurando y corrigiendo a la vez un arraigadísimo defecto en que incurren los propagandistas en general, sin exceptuar los anarquistas, y de que yo mismo que le expongo no siempre me he librado.

Cada apologista, casi sin excepción, en su afán de persuadir, considera a un público, compóngase de lectores o de oyentes, como formado por individuos en posesión de su libre albedrío, capaces de tomar y dejar por libre y espontánea voluntad. Sin embargo, todos siguen la tradición del legendario y simbólico Procusto, que igualaba la estatura humana cortando o estirando los individuos para formar su hombre ideal; todos quieren modelar el hombre por su preocupación, y cuando ven que tras los fuegos fatuos del entusiasmo

encendido por la elocuencia, sigue la pasividad humana su indiferencia corriente, o por mejor decir, la actividad humana no ha salido de su natural cauce, se desesperan y acusan, soliendo caer en la necia y soberbia vanidad de considerarse cada uno de ellos como una excepción honrosa que sobresale entre la estulta multitud.

Por otra parte, los propagados, que ven a los propagandistas presentarse como héroes de saber y fortaleza, que dan como resueltos problemas que aun no lo están, que manejan la historia y la ciencia de una manera acomodaticia y alardean de condiciones de carácter que no poseen en mayor extensión que el vulgo, desconfían de sí mismos y se retiran, porque no se sienten con fuerzas para elevarse a tal altura. Y no digamos el efecto que causa la decepción de uno de esos supuestos héroes. Cuando claudica uno de ellos suele arrastrar al abismo de la más escéptica indiferencia a sus propagados, a sus simpáticos, y suministra arsenal de argumentos a sus adversarios.

EN APOYO DE MI PROTESTA

Para tratar asunto tan delicado recurro a mis autores, y entresaco datos importantes como el siguiente, que extracto de El hombre y la tierra, de Reclús:

“Las poblaciones dominadas eran muy despreciadas en la India, y la clase dominante, sistematizando la división por castas, había impuesto la sumisión a los vencidos, según la leyenda, Buda, perteneciente a la familia de los Cakya o de los «Poderosos», permaneció hasta los veintinueve años gozando el bienestar aparente de una existencia suntuosa; pero la vista de las desigualdades sociales a que él mismo contribuía por su posición, le roía como un remordimiento, y un día despidió a todos sus servidores, vistiéndose pobremente y abandonó su palacio y su país y fijó su residencia en un bosque lejano, en medio de los desterrados y perseguidos, y allí vivió en la meditación y la pobreza. Algunos discípulos le acompañaban, pero en vano buscó la paz durante algunos años; hasta que al fin comprendió que el hombre no se debe a su tristeza y que rumiar sus pesares, sus virtudes, su orgullo, su propia justicia y saborear cómodamente una melancolía poética, olvidando a sus hermanos que padecen y sufren, es una forma vergonzosa y cobarde de egoísmo.

Entonces abandonó las selvas, y solo, porque sus discípulos escandalizados continuaron en su aristocrático desprecio del género humano -¡ya eran superhombres hace veinticinco siglos!-, apareció en la gran ciudad de Benares predicando en las calles, en las plazas públicas y en las gradas que descienden hasta el río la buena nueva de la fraternidad: «No más reyes, príncipes, jefes ni jueces; no más bracmanes ni guerreros; no más castas enemigas que se odian recíprocamente. ¡Hermanos todos, camaradas, compañeros de trabajo en común! Cada uno sólo debe ambicionar el bien para todos. Nadie debe enorgullecerse, nadie ha de humillarse, cada uno está en su lugar, toda jerarquía queda suprimida; ya no queda misión para la autoridad, ese hecho brutal que los amos consideran como un principio»”.

Y sucedió lo único que podía suceder: que muerto, enfriado el entusiasmo de los adeptos, tras el trastorno producido por aquellas predicaciones, la idea quedó lanzada para fructificar a su tiempo, pero la sociedad recobró su equilibrio, poco diferente del que había precedido a la crisis, y la fuerza conservadora de los sacerdotes con la no menos conservadora de la credulidad popular convirtieron la figura de Buda en un mito que reforzó aún más el privilegio dominante.

Por su parte, Büchner, en *Fuerza y materia*, expone:

«Así como el carácter y la historia de los pueblos dependen, por punto general, de las relaciones de la naturaleza del país y del estado social de donde han tomado desarrollo, así el individuo, por su parte, es también producto, resultado de efectos exteriores e interiores de la Naturaleza, no sólo en cuanto a su existencia física y moral, sino también en todos los momentos de su acción. Ésta depende, en primer lugar, de su individualidad intelectual. Pero ¿cuál es esa individualidad intelectual que obra de una manera absoluta sobre el hombre y determina su conducta, sin hablar de las circunstancias exteriores que en ella intervienen, de modo que el libre albedrío no hace sino un papel muy subordinado? ¿Es otra cosa esa individualidad intelectual que el resultado necesario de las disposiciones corporales e intelectuales por la educación, la instrucción, el ejemplo, la posición, la fortuna, el sexo, la nacionalidad, el clima, el suelo, la época, etcétera? El hombre está sometido a la misma ley que las plantas y los animales, y esa ley se manifiesta con rasgos muy marcados en el mundo primitivo. Así como la planta depende del suelo donde ha echado raíces, no sólo con relación a su existencia, sino también con respecto a su

magnitud, forma y belleza; así como el animal, enjaulado o salvaje, es pequeño o grande, hermoso o feo, según sus relaciones exteriores; así como el entozoario cambia de forma según el animal en que vive y reside, así el hombre, en su ser físico e intelectual, es también producto de las mismas relaciones exteriores, de los propios accidentes, de iguales disposiciones, y no es, de consiguiente, el ser espiritual independiente y libre que pintan los moralistas».

LA URGENCIA DE VIVIR

No sólo la naturaleza moral del hombre, sino también cada una de sus acciones, a menos que no emanen de esa misma naturaleza, están en parte determinadas y dominadas por influencias físicas que limitan el libre albedrío. ¿Quién no conoce la fuerza que ejerce el influjo del clima y de la temperatura sobre nuestro espíritu, y quién no lo ha experimentado en sí propio? Nuestras resoluciones varían con el barómetro, y una porción de cosas que creemos haber hecho por nuestra voluntad, han sido resultado de esas condiciones accidentales.

Las disposiciones corporales ejercen también un influjo casi irresistible sobre nuestras disposiciones intelectuales y nuestras resoluciones. «El joven -dice Krahmer- tiene otras ideas que el anciano; el hombre que está acostado piensa de distinto modo que el que está de pie; el que tiene hambre piensa diversamente que el que está harto; el que está alegre, de otro modo que el que está triste o irritado, etc.». Hablando del funesto influjo que ejercen las enfermedades orgánicas sobre la inteligencia y las acciones de los hombres, hay que reconocer que muchas veces se han cometido horrorosos crímenes sin la voluntad de sus autores, y sólo por las disposiciones corporales anómalas en que se hallaban. Hasta nuestros días no ha esparcido la ciencia alguna luz sobre estas singulares relaciones, encontrando enfermedades donde antes se creía ver el libre albedrío del individuo.

De una conferencia de Valentín Brandau sobre el determinismo, en el Ateneo de Santiago de Chile, inserta en la revista Panthesis, de dicha ciudad, tomo las consideraciones siguientes, perfectamente pertinentes a mi objeto:

«Todas las ciencias que tratan del ser humano, individual o colectivamente - dice Hamon-, encuentran en su base esta pregunta: El ser humano, ¿es libre o determinado? Según el concepto que se tenga de la libertad o de la no libertad, se sigue una concepción diferente a todos los fenómenos y de todos los sistemas sociales».

Estas dos teorías en lucha no han cesado a través de la historia, llegando hasta nosotros como dos corrientes paralelas.

A pesar de la nunca interrumpida coexistencia de esas dos doctrinas dentro del campo de la filosofía, es necesario confesar, sin embargo, que habiendo prevalecido entre el común de las gentes, tanto en la antigüedad como en la época moderna, la teoría del libre albedrío, ésta ha influido casi exclusivamente en el criterio con que los hombres han emprendido la edificación de cuantos sistemas idearon tanto filosóficos como sociales. Así, por ejemplo, las páginas del derecho civil, desde la primera a la última, trasudan libre albedrío. Lo mismo digo del derecho mercantil, del derecho político y del derecho internacional. En cuanto al derecho penal, la expresión acto voluntario, indicadora de la teoría que abiertamente domina en sus disposiciones, puede verse desde luego aparecer en su misma portada y correrse en seguida a través de todo él como una columna vertebral. Lo propio sucede, con raras excepciones, tratándose de los sistemas educativos prácticos, ya sean familiares, escolares o carcelarios, como lo prueba el hecho de que padres y maestros emplean con suma frecuencia la represión y el castigo como medios adecuados para encarrilar por vías de su gusto la conducta del alumno, al cual consideran como un ser abstracto, pletórico de principios y normas por él desconocidos casi siempre, y no como una viva y particularísima individualidad cuyas idiosincrasias se hace preciso penetrar a fondo al emprender la tarea de educarle.

Y por último, las relaciones todas de los hombres entre sí están saturadas del libre albedrío. Corrobora este aserto, hasta el punto de hacerlo indiscutible, la diaria observación de los hechos individuales y sociales. Baste un solo ejemplo: cuando los gobernantes, que viven, según ellos, preocupados exclusivamente

del bienestar común, promulgan centenares de leyes y decretos, encaminados a proteger la propiedad individual contra los ataques de los miserables, ponen de manifiesto su creencia ciega en el libre albedrío y su desconocimiento completo de los principios del determinismo. Si conocieran estos principios, sabrían muy bien que estos ataques son las resultantes necesarias, inevitables, de un vasto fenómeno sociológico que se llama miseria, alcoholismo, degeneración, locura, crimen o incapacidad para el trabajo continuo y ordenado, según el punto de vista desde el cual lo consideremos. De aquí deducirían que la única manera racional y científica de evitar aquellos ataques, es suprimir doquiera y ante todo las formas morbosas de la miseria. Mientras esto no suceda, es evidente que tanto el miserable vulgar como el distinguido, con la misma facilidad con que la piedra cae y el globo sube, irán por encima de gobernantes, leyes y decretos, a la conquista de la propiedad ajena. «El medio más seguro para impedir la perpetración del asesinato y del robo -dice Guillermo De Greef-, es suprimir ante todo la miseria; la pobreza material o psíquica es mucho más destructora del orden, de la familia, de la sociedad, que las aldeas condenadas como subversivas».

Letourneau afirma sin contemplaciones con estas palabras: «No he de discutir aquí la vieja cuestión del libre albedrío: no se pierde ya el tiempo en esa antigua concepción cuando se ha roto toda relación con las ilusiones metafísicas. La psicología, de esencia escolástica, nos dice claramente en su borroso lenguaje que la voluntad es una facultad distinta del espíritu inmaterial, que no ha sido originada, sino que produce actos originados. Dígase lo que se quiera, la voluntad no se distingue del deseo, que es visiblemente originado, puesto que resulta, sea de una necesidad orgánica, sea del recuerdo de una impresión. Sábese también que en el hombre abundan los deseos, y necesariamente se contrarían y se estorban, y por consiguiente, cuando siente simultáneamente dos o más escoge el más enérgico de ellos, y este deseo deliberado es el llamado voluntad. La libertad es, pues, opuesta a ese deseo-volición; pero un hombre -y sobre esta afirmación de Letourneau llamo la atención de los que sienten ansia de proselitismo- es tanto más noble y tanto más útil socialmente cuanto los deseos que dominan en su conciencia son de calidad más elevada. A la educación y a las instituciones corresponde formar en el mayor número posible hombres en quienes el móvil más fuerte sea ordinariamente el más noble; pero esos tipos humanos superiores no son en realidad más libres que los animales, pues que la idea de libre albedrío no es más que una quimera metafísica».

De Los enigmas del Universo, de Haekel, tomo este golpe decisivo:

«La lucha ardiente entre los deterministas y los indeterministas, entre los adversarios y los partidarios del libre albedrío, está hoy, después de dos mil años, definitivamente resuelta en favor de los primeros. La voluntad humana es tan poco libre como la de los animales superiores, de la cual difiere por el grado, no por la naturaleza. Mientras que en el siglo XVIII se combatía el dogma del libre albedrío con argumentos generales, filosóficos y cosmológicos, el siglo XIX, por el contrario, nos ha suministrado, para su refutación definitiva, armas muy diferentes, esas armas poderosas de que somos deudores al arsenal de la fisiología y de la embriología comparadas. Sabemos hoy que todo acto de voluntad está determinado por la organización del individuo que quiere bajo la dependencia de las condiciones variables del medio exterior al mismo título que cualquiera otra función psíquica. El carácter del esfuerzo está determinado de antemano por la herencia, procede de los padres y de los antepasados; la decisión en cada acto nuevo procede de la adaptación a las circunstancias momentáneas, por cuya causa el motivo más fuerte da el impulso, conforme a las leyes que rigen la estadística de las pasiones. La ontogenia nos enseña a comprender el desarrollo individual de la voluntad en el niño, la filogenia el desarrollo histórico de la voluntad a través de la serie de nuestros antepasados vertebrados».

De conformidad con lo expuesto en otro lugar acerca de la ciencia burguesa y la ciencia obrera, dejo anotado los anteriores datos científicos, que el lector apreciará en lo que valen.

Ahora he de agregar consideraciones más o menos propias o adaptadas, que juzgo útiles a los que se dedican a la propaganda de las ideas en general y al proselitismo.

Cada ser humano tiene una existencia que se siente obligado a conservar, y cuya conservación es difícil, acechada como está a cada instante por la necesidad, por muchos peligros y mayor número de enemigos.

Respiramos, comemos, trabajamos, funcionan nuestros órganos, nos relacionamos con nuestros semejantes y con el mundo todo, evitamos los peligros, rechazamos nuestros adversarios como podemos y vamos viviendo y

conservándonos; pero nuestra vida tiene cuerda para muy poco tiempo, su continuidad está expuesta a constantes y graves contingencias, de tal modo, que breves instantes separan uno de otro todo movimiento respiratorio; pocas horas separan la comida de la digestión; el descanso y el sueño reparador se imponen por cortas alternativas con el trabajo, y la necesidad, seguida de la muerte, reclama incesantemente su parte, entregándonos sin piedad a su acompañante, especie de brazo secular que hiere brutalmente si no se le da satisfacción inmediata.

A la premura de lo que podemos denominar necesidad fisiológica se une por la fuerza de la preocupación la idea de la opinión de cuantas personas forman el círculo de nuestras relaciones, y aun el concepto de la legalidad, junto con la necesidad de los que por razón de familia dependen de nosotros, y todo ello son obstáculos insuperables a la voluntad.

¿Con qué razón, pues, se acusa al pueblo por indolente de los males que sufre? ¿Quién no le ve en medio del despojo a que vive reducido, desheredado del patrimonio universal, ignorante, y por tanto, abúlico por insuficientemente determinado, vacilar entre la prudencia y la cobardía? ¿Qué otra cosa puede hacer? Sin embargo, ¿no se ha visto surgir en nuestros días el proletariado emancipador?

INCONSECUENCIA DE LOS SABIOS DEL PRIVILEGIO

Hablando del progreso de las ciencias y de su poderosa y gloriosa influencia para lo futuro, surge una duda en la inteligencia de los sabios burgueses. Letourneau la expresa en los siguientes términos: «¿No habrá y más que asistir pacíficamente al reino indisputable de la verdad científica, cada vez más resplandeciente? Figurárselo así sería una gran ilusión. La masa del género humano, aun en las naciones que más se glorían de su civilización, está aún muy por bajo del horizonte científico. Aun son posibles los retrocesos».

¡Oh, no, sabios evolucionistas, que con todo vuestro monismo científico tenéis arraigado en lo más hondo de vuestro ser el dualismo social! La ley de la evolución corre para todo el mundo, y si vosotros la creáis limitada a la

convivencia del hombre-persona, el hombre-cosa, tan hombre como vosotros, y por tanto, igualmente evolutivo y ya además revolucionario, en el sentido de facilitar la evolución determinado por la más enérgica de sus aspiraciones, se ha propuesto establecer el monismo social, muy diferente de esa igualdad democrática que vosotros predicáis unificando bajo la falsa denominación de ciudadano al usurpador capitalista y al accionero trabajador.

No, privilegiados; vuestra sabiduría está impregnada de ignorancia, como vuestra justicia de iniquidad.

Insultáis al pueblo achacándole por ignorante y cobarde los males producidos por vuestros malos gobiernos, por vuestra tolerancia con el privilegio, por vuestra egoísta interpretación de la lucha por la existencia, al mismo tiempo que en un resumen de los adelantos científicos os admiráis de que la Sociedad se halle en estado de barbarie, y no sabiendo relacionar esos hechos, manifestáis el temor de que las preocupaciones inveteradas convertidas en instintos, las supervivencias mentales tan vivas aún puedan declarar la guerra al progreso científico y aun detenerle por algún tiempo y por todos los medios.

EL PROGRESO ES INTANGIBLE

Pues no. El privilegio es el amenazado, no el progreso en ninguna de sus manifestaciones, puesto que el pueblo consciente va a la transformación de la propiedad en el comunismo y a la enseñanza racional generalizada por la destrucción de la Universidad reservada a los ricos.

Un medio de justificación y la seguridad contra esos temores queda a los privilegiados científicos, si son capaces de hacer de él el más enérgico de sus deseos, según la expresión del mismo Letourneau: imitar a Reclús, uniéndose al proletariado, no para dirigirle como jefes, sino para ilustrarle como sabios; haciendo como él, que alternaba la redacción de la Geografía universal con la defensa de la Commune de París y la colaboración en la prensa obrera.

Si de esto no son capaces, el proletariado, capacitado como principal agente progresivo, seguirá aprovechando lo útil de la ciencia burguesa y despreciando

lo mismo las acusaciones injustificadas que las profecías absurdas inspiradas en la soberbia de clase privilegiada.

CAPÍTULO IX

LA EVOLUCIÓN COMUNISTA

HOMBRE Y SOCIEDAD

El hombre y la Sociedad se forman y se transforman simultáneamente, según la necesidad y el medio.

Si suponemos al hombre primitivo aislado, viviendo sin solidaridad ni sociedad, reduciendo la satisfacción de sus necesidades a la posibilidad de una inteligencia desprovista de conocimientos, a una voluntad falta de estímulos determinativos íntimos y a una potencia débil y escasa, no hubiera salido de la animalidad, nada hubiera aprendido, nada hubiera transmitido a sus sucesores, nada hubiera progresado. Allá, en ciertos territorios y climas a propósito, se vería una especie de monos con tales o cuales semejanzas con los existentes en la actualidad, en estado de ascendientes y no de descendientes de la legendaria pareja del paraíso terrenal; pero la humanidad no hubiera empezado aún.

Admítase racionalmente que sin ser hombres todavía, ni siquiera antropopitecos, sino antropoides, ciertos monos se avendrían a hacer vida común, asociándose para la conservación de sus crías, para la defensa, para la pesca si eran vecinos del mar o de ríos caudalosos, para la caza si vivían en el bosque o para ambos casos si el medio lo permitía; como ampliación de su fuerza y del alcance de sus manos se servirían de palos, piedras y huesos como armas e instrumentos, que primeramente reemplazarían por otros en cuanto se inutilizaban o perdían su utilidad primitiva, pero que después, por escasez de materiales o por un destello racional, se componían y arreglaban de nuevo, y he ahí, con el transcurso de miles de siglos, formado el hombre, constituido el clan e iniciado el progreso industrial.

Hallo la confirmación de ese desarrollo evolutivo, generalmente mal comprendido por el darwinismo burgués, en esta cita de L' Entr' aide, de Kropotkin: «Aunque el mismo Darwin, para las necesidades de su tesis especial, haya empleado el concepto «la lucha por la existencia» en su sentido restringido, advertía a sus continuadores el error y el peligro de exagerar el alcance de esta significación restringida. En La descendencia del hombre escribió algunas páginas muy expresivas para explicar su sentido propio, el sentido amplio, señalando cómo en innumerables sociedades animales desaparece la lucha entre los individuos aislados, cómo se reemplaza la lucha por la cooperación y cómo esta sustitución produce el desarrollo de facultades intelectuales y morales que aseguran a la especie las mejores condiciones de supervivencia; declara, además, que en semejantes casos los más aptos no son los más fuertes físicamente ni los más hábiles, sino los que mejor aprenden a unirse y a someterse mutuamente, sean fuertes o débiles, para la prosperidad de la comunidad».

Ruego al lector medite sobre el pensamiento contenido en esta cita y la compare y relacione con cuanto, exagerando la idea de la preponderancia de los más fuertes, ha opuesto la burguesía a las reivindicaciones proletarias apoyadas en la solidaridad.

De la constitución del clan y de ese primer invento, consiste en la reparación, compostura y arreglo de sus instrumentos, arranca la humanidad.

En el clan se formaron los rudimentos de las lenguas, de los mitos y de la industria; sus habitantes, ligados por imprescindible fraternidad, perfeccionaron la caza y la pesca, utilizaron el fuego, apacentaron ganados y fueron sucesivamente agricultores, alfareros, obreros inteligentes en la industria y llegaron a ser artistas y sabios.

PROBLEMA SOCIAL

Así considerada la humanidad y metodizado su estudio, resulta éste una ciencia fisiológica de la Sociedad, análoga a la fisiología de las plantas o de los animales, o su racional constitución, cuyo objeto es el conocimiento de las

necesidades del hombre, del animal o de la planta, y de los medios más ventajosos de satisfacerlas, y se presenta lógicamente el problema que plantea Kropotkin en La conquista del pan: «Somos seres humanos reunidos en sociedad: todos necesitamos, por ejemplo, casas higiénicas; ya no puede satisfacernos la cabaña del salvaje, sino que exigimos albergue sólido y confortable; dada la productividad del trabajo humano, ¿podrá cada uno tener su casa? En caso negativo, ¿qué lo impide?».

Y podemos responder: la humanidad es rica; el hijo del hombre civilizado halla en su cuna resumido a su servicio, acumulado por sus predecesores y ascendientes, un capital inmenso, y por consiguiente, cada familia podría tener su casa o su habitación correspondiente en parte de una casa; sabemos que los productores, aun en el mismo sistema actual de trabajo, producen lo suficiente en variedad y cantidad para que el producto alcance para todos, y que, dados los últimos adelantos científicos y como su expresión máxima hasta el día la famosa profecía de Berthelot («en el año 2.000 no existirá la agricultura»), el hombre acrecienta su fuerza productiva mucho más rápidamente que lo que él mismo se multiplica.

Pero las nueve décimas partes de los trabajadores del mundo civilizado no habitan una casa saludable porque se han visto forzados a trabajar al día para enriquecer a los gobernantes y a los propietarios; porque todo lo necesario para la producción ha sido monopolizado por algunos en el transcurso de la larga historia de saqueos, éxodos, guerras, ignorancia en que ha vivido la humanidad antes de aprender a utilizar las fuerzas naturales; porque fundados en supuestos derechos adquiridos en tiempos pasados, se usurpaba la mayor parte del producto del trabajo; porque reduciendo al pueblo a la mayor escasez, le retienen sometido a la miseria económica, mientras le halagan con la falacia de las promesas celestiales o políticas.

El trabajo individual aislado, dado lo variado y complejo de nuestras necesidades, aun reducidas a un minimum, es absolutamente insuficiente; es más, es imposible.

EL TRABAJO PERSONAL

No sólo no puede uno por sí solo proporcionarse asistencia, instrucción, alimento, vestido, albergue, etc., sino que aquello mismo que le parece función o trabajo propio, lo hace mediante conocimientos que le han sido suministrados y con instrumentos que es incapaz de fabricar por sí mismo, sin los cuales nada sabría ni podría hacer.

El campesino que cree producto del trabajo propio o de su familia el trigo de sus campos y las vestiduras confeccionadas con la lana de sus rebaños tejidas en su cabaña, nada haría sin conocimientos tradicionales e instrumentos apropiados, y sin caminos, puentes, desecación de pantanos, roturación de eriales y otros muchos trabajos de beneficio común, y el sabio que se vanagloriara del poder de su genio investigador, no hubiera quizá pasado de medianía, y nada hubiera adelantado ni descubierto, si hubiera nacido algunas generaciones antes, cuando todavía no se había llegado al grado de conocimientos que le sirvieron de impulsión y estímulo determinantes.

En la trabazón inmensa de la industria moderna, en que cada rama de la producción necesita del concurso de las otras es, no sólo insostenible, sino hasta ridícula, la pretensión de dar origen individual a los productos; las observaciones, los estudios y los descubrimientos científicos, el desarrollo de numerosas industrias más o menos similares, la extensión de los ferrocarriles, la navegación, la destreza de los trabajadores y los trabajos especiales y particulares de cada país, crean un fondo de riqueza y de facilidades que utiliza con mayor o menor acierto la solidaridad humana.

Y si ya que no como ser aislado puede considerarse el hombre, porque como tal ni podría ser hombre ni siquiera viviría, tomemos el hombre como ser social, como productor: veremos que para participar en la producción tiene un derecho que le da su propia actividad avalorada por la inmensa riqueza intelectual acumulada por las generaciones anteriores, representada por todos los tecnicismos, por todo el instrumental, y de origen más reciente, por toda la maquinaria, y que nadie en justicia puede monopolizar.

EL MONISMO SOCIAL

En una Sociedad que haya de armonizar el individuo con la colectividad, estableciendo el monismo social que exige la igualdad de la especie, después de la expropiación de todo lo usurpado y de la abrogación de toda ley justificadora de la usurpación, habrá de reconocerse que todos tienen derecho a la participación en la riqueza social, no según sus obras, sino según sus necesidades.

No quiero hacer mención de los argumentos que la preocupación de los egoístas opone al comunismo. La mejor refutación consiste en la exposición clara y racional de la aspiración comunista del proletariado, como continuador de la vía progresiva verdadera y racionalmente humana, obstruida y desviada por los privilegiados de todos los tiempos.

ESENCIALIDAD SOCIAL DEL COMUNISMO

La humanidad vive y la sociedad se conserva por el fundamento comunista que les vivifica, a pesar del individualismo inhumano y antisocial que nos consume.

Ese comunismo es prehumano, creó la humanidad, la conserva a pesar del inmenso obstáculo opuesto por el egoísmo creado por la ignorancia y dará a nuestra especie paz y felicidad; es fundamental, puesto que por él y sólo por él ascendimos en la escala zoológica, y no puede restringirse a suponerse obra de circunstancias secundarias, como lo sería si se el supusiera obra del amor o de la simpatía, porque si esos sentimientos tienen valor y se les supone eficacia comunista, débese a que radican en nuestra especie después de haberse constituido como tal, no antes, y además, lo que el amor y la simpatía pueden edificar, el odio y la antipatía, sus naturales antagónicos, lo pueden destruir, y lo que es más, pueden impedir que se edifique.

No es amor a una persona desconocida en peligro lo que mueve a otra a arriesgar su vida por salvarla y lo que le reprocha la cobardía como un crimen si ha pasado de largo sin prestar ayuda a la víctima; tampoco tiene ese

fundamento el impulso que nos mueve a arrostrar los peligros y aun a dar generosamente la vida en un incendio, en una explosión, en un naufragio o en un terremoto por el salvamento de los siniestrados; es algo semejante a lo que impulsa a una agrupación de rumiantes o de solípedos a formar un círculo para resistir el ataque de los lobos, o a los lobos a formar cuadrilla para cazar, a los corzos diseminados por extenso territorio a formar rebaño para atravesar un río por un punto dado, o a las aves de paso a formar bandadas con organización admirable para emprender sus excursiones, o a las abejas y a las hormigas a formar sus admirables organismos sociales; el amor y la simpatía tienen gran parte en el desarrollo progresivo de nuestros sentimientos morales, pero no bastan para la constitución de la Sociedad; el odio de raza, de patria y de secta, los celos, la envidia y el fanatismo, que son el consiguiente negativo del amor y de la simpatía, tienen por lo menos un poder destructor equivalente al constructor de que estos dos sentimientos están dotados. La Sociedad está basada en la conciencia de la solidaridad humana, sobre el sentimiento más o menos consciente de la fuerza que da a cada uno la práctica de esa solidaridad en la forma de ayuda mutua, sobre el sentimiento de la estrecha dependencia de la felicidad de cada uno con la de todos y sobre una idea de justicia y de equidad que induce al individuo a considerar los derechos de cada uno como iguales a los suyos.

La fuerza atávica de la rutina obliga a creer que la sociedad es obra autoritaria, y no se observa que existen multitud de agrupaciones humanas libremente constituidas que realizan fines superiores a las instituciones que viven bajo la tutela gubernamental.

Aunque con individuos desviados de la verdadera y racional vía humana de progreso y estancados en los errores tradicionales, vense organismos sociales antiguos y modernos que mantienen viva la idea comunista como una salvación de momento y como una esperanza firme de reorganización social futura, tales como el clan, la tribu, la familia, la nación, el municipio, el almind, la guilda, la artela, el mir, la hermandad, el sindicato, etc., que aunque desvirtuados en gran parte por la falsedad de las creencias, la rutina de las costumbres y el antagonismo de los intereses, conservan siempre la parte esencialmente humana que presidió a su formación. La misma caridad, tomada como fundamento social del cristianismo, aunque por lo mismo falseada hasta merecer la censura epigramática del famoso Juan de Robres, constituye un sentimiento que, racionalmente educado, aumenta el fondo comunista

humano, y que, inspirado en el conocimiento de la economía, puede ser origen de las más bellas iniciativas para la creación de instituciones para el bien y para la felicidad.

TÉRMINO DEL ANTAGONISMO DE INTERESES

Por otra parte, el antagonismo entre lo existente, hijo de los errores pasados, y lo que arraiga, como resultado del saber moderno, produce, no un problema de solución difícil, puesto que la sociología ha dado ya solución teórica que sería práctica sin la terquedad autoritaria del privilegio, sino un conflicto gravísimo que exige término urgente: el capitalismo eleva su poder absorbente hasta la constitución de los trusts, que representa la usurpación de toda la riqueza social y de toda la actividad humana por media docena de millonarios; el salariado, relegado al último extremo de la miseria, que reduce al trabajador a la muerte en su buhardilla o en las inhospitalarias tierras de la emigración.

Tal estado, consecuencia de no haber sabido o no haber podido poner el fiel de la balanza en su punto regular unificando lo que se cree y lo que se sabe, no puede durar, es absolutamente insostenible: la explotación capitalista, la usurpación de la parte correspondiente en el patrimonio universal, alcanza ya a los mismos privilegiados, porque, como decía Voltaire en *El hombre de los cuarenta escudos*, si dado el número de los habitantes y la suma de la riqueza total del mundo tocamos a cuarenta escudos cada uno, cuanto mayor número de veces se halle comprendido el número 40 en el capital poseído por los millonarios, cienmillonarios y milmillonarios (diez de estos últimos existen en la república norteamericana, según recientes estadísticas), mayor será el número y más deplorable el estado de los que por tan estupenda absorción quedan desheredados y despojados; y como el estado mental de éstos difiere tanto del de los explotados de los tiempos pasados, no sólo no hay la resignación, sino que hay conciencia de la propia fuerza, solidaridad práctica, relación intelectual para el estudio, para la fijación de un ideal, para la determinación de la voluntad revolucionaria y hasta plan de campaña con éxito triunfal asegurado por la huelga general.

¿Quién no lo ve? -exclama recientemente Malato en un interesante artículo-. Hace pocos años había todavía gentes de regular cultura que sonreían con indulgencia cuando les hablábamos de la refundición económica, de donde surgirá una sociedad nueva; apenas podían reprimir una carcajada cuando asegurábamos que este viejo organismo, el Estado político, y con él las fronteras, serían absorbidos por la federación económica. Para ellos éramos evidentemente unos soñadores que vivíamos fuera de toda realidad. Hoy esos mismos burgueses, poco antes tranquilos, se sienten sobrecogidos de espanto y creen impedir lo inevitable pidiendo a los gobiernos leyes represivas y sistemas de acuerdo policiaco internacional, en su completa ignorancia de las leyes naturales que presiden a la evolución y a la revolución de las sociedades.

A pesar de la interesada negativa de todos los privilegiados, todo tiende a la formación de una sociedad compuesta de individuos iguales entre sí, que emplearán su saber y sus capacidades de análisis y de síntesis, de sus facultades productoras, en un organismo social constituido de modo que se combinen los esfuerzos de todos para procurar a todos la mayor suma posible de bienestar.

¿A qué detallar cómo? Pasaron ya, como tocados del vicio autoritario, los sistemas icarianos y falansterianos, contra los cuales tronó la elocuencia de Bakunin en el Congreso de la Paz de Berna en 1868; sólo a título de recuerdo mencionaré la felicísima inspiración de Zola expresada en su concepción de la Sociedad regenerada de El Trabajo.

La Sociedad futura, según la más racional inducción, se compondrá de multitud de asociaciones unidas entre sí para todo aquello que reclama un esfuerzo común: federación de productores para todos los géneros de producción, agrícola, industrial, intelectual y artística, que se impondrán como finalidad la provisión de cuanto concierne a habitación, alumbrado, calefacción, alimentación, vestido, higiene, asistencia, enseñanza, transporte, etc.; federación de localidades en sus formas de ciudades, caseríos, granjas, colonias o habitaciones aisladas, que se comunicarán por los medios de comunicación frecuente y constante que puedan producirse por nuevas invenciones que prometen los actuales ensayos de aviación o navegación aérea o por los medios actualmente en uso; por último, agrupaciones más extensas aún, que comprendan comarcas o países según conveniencias o

circunstancias geográficas, y compuestas de personas que trabajen en común a la satisfacción de necesidades económicas, intelectuales y artísticas.

LA SOCIEDAD FUTURA

Todos esos grupos combinarán libremente sus esfuerzos para convenios recíprocos, a semejanza de lo que practican actualmente las compañías de ferrocarriles y las administraciones de Correos de diferentes países, que se entienden y combinan perfectamente para todos los efectos del servicio; o mejor aún, como los observatorios meteorológicos, los clubs folclóricos o deportivos, las estaciones de salvamento, etcétera, que unirán sus esfuerzos para el cumplimiento de obras de todo género de orden intelectual o de simple recreo.

La libertad más amplia presidirá al desarrollo de nuevas formas de producción, de invención y de organización; la iniciativa individual recibirá desconocidos impulsos y quedará anulada toda tendencia a la uniformidad, a la reglamentación y a la centralización.

Por último, esa Sociedad no se fijará en formas determinadas e inmutables, sino que se modificará incesantemente en busca de lo mejor, de lo más bello y de lo más justo, porque será un organismo viviente y en evolución constante.

He ahí, trabajador amigo y compañero, en resumida síntesis lo que, según los estudios e investigaciones de grandes pensadores que he procurado reunir y resumir, es la ley de la vida social y su ideal más positivo: continúa el estudio por ti mismo, emancipándote de toda tendencia doctrinal que pretenda mantener en tu cuello el dogal de la accesión.

CAPÍTULO X

LA MUJER: PARTE I

LA MUJER EN LA LEY

En la legislación vigente en España se halla expresado el derecho de la mujer en los siguientes términos:

«La mujer está obligada a obedecer al marido».

Según el art. 57 del Código civil, «el marido debe proteger a la mujer y ésta obedecer al marido», cuya disposición concuerda con el art. 603 del Código penal, que castiga con la pena de cinco a quince días de arresto a los maridos «que maltratasen a sus mujeres y a las mujeres desobedientes a sus maridos que les maltratasen de obra o de palabra».

Por el art. 58 del Código civil, «la mujer está obligada a seguir a su marido dondequiera que fije su residencia. Los tribunales, sin embargo, podrán, con justa causa, eximirla de esta obligación, cuando el marido traslade su residencia a Ultramar o extranjero», y naturalmente, considerado el hombre como superior y protector y la mujer como inferior sumisa, no puede haber otro artículo que afirme recíprocamente una obligación contraria. Un señor puede viajar llevando la sierva que le sirva, pero no se concibe que la sierva viaje por derecho propio llevando el señor que la tiranice.

Sí la mujer es propietaria de una finca y en los capítulos matrimoniales no se expresa que ella es la administradora, «el marido es el administrador de los bienes de la sociedad conyugal».

Tan importante es la omisión mencionada en que puede incurrir la mujer propietaria, que puede ocurrir el caso de que el marido sea menor de diez y ocho años, entonces intervienen en el asunto el suegro, la suegra si es viuda, o

el tutor si tampoco hay suegra, y sin el consentimiento de una de esas personas no puede el marido tomar dinero a préstamo ni gravar ni enajenar los bienes raíces, y a todo esto, la mujer, por más propietaria que sea, como si no existiera.

De modo que sí la mujer va al matrimonio por amor y descuida ciertas precauciones de interés, el marido, que puede ser un tronera, si es mayor de edad, pasada la luna de miel cobra las rentas y dispone de ellas a su voluntad, quedando la pobre mujer esclava y víctima de su misma fortuna. Ser rica y enamorada, y hallarse envuelta en tal horrenda realidad... ¡qué hermosa perspectiva!

No puede la mujer, sin licencia o poder de su marido, adquirir por título oneroso ni lucrativo; ni enajenar sus bienes; ni obligarse, sino en ciertos casos y con limitaciones legales; ni entablar pleitos; ni comprar joyas, muebles y objetos preciosos, pudiendo aquél, en el caso de haberse realizado una compra, deshacerla y embolsarse su importe, aunque ese dinero pertenezca al peculio particular de la mujer; ni aunque sea sabia y escriba un libro, publicarle, si al marido, que puede ser un gazzápiro, no le parece bien. Por donde se llegan a reproducir en nuestra civilización, y tal vez en un palacio, escenas propias de las cavernas de la edad de piedra.

No puede la mujer pedir el divorcio fundada en el adulterio del marido, si éste se arregla de modo que no resulte escándalo público; pero el marido sí puede pedirle aunque la mujer adultere sin escándalo.

El art. 452 del Código penal dice sin rodeos: «El marido que tuviere manceba dentro de la casa conyugal, o fuera de ella en escándalo, será castigado con la pena de prisión correccional en sus grados mínimo y medio», o sea de seis meses y un día a dos años y cuatro meses, o de dos años, cuatro meses y un día a cuatro años y dos meses. Pero sí no hay escándalo... y como tampoco está bien definido y concreto qué es escándalo, siempre resulta favorecido el hombre.

Si la mujer encuentra al marido en relaciones íntimas y deshonestas con la criada, por ejemplo, tiene la esposa el derecho de despedir la criada y reprender al marido, pero si se propasara a maltratarles sería castigada, teniéndose sólo en cuenta la circunstancia atenuante del arretrato.

En cambio véase lo que dispone el art. 438: «El marido que, sorprendiendo en adulterio a su mujer, matase en el acto a ésta o al adúltero, o les causare lesiones graves, será castigado con la pena de destierro. Si les causare lesiones de otra clase, quedará exento de pena».

Tal es en su expresión más sencilla y clara el abismo de desigualdad y de injusticia que entre el hombre y la mujer establecieron los legisladores que fundaron esta civilización en que vivimos, análogo al que produjo la división de pobres y ricos, que hemos estudiado en otro lugar, y cuyas consecuencias son, tras siglos y siglos de existencia y de arraigo atávico, una muralla altísima opuesta al progreso y una espesa nube que ofusca las inteligencias, viéndose por ello la humanidad forzada a sufrir y a retardar indefinidamente el día glorioso de su liberación.

LA MUJER EN LA FILOSOFÍA

Como es natural, semejante situación no ha de ser definitiva ni eterna, y el pensamiento ha investigado, juzgado y criticado con diferentes criterios, según las épocas y las doctrinas dominantes, y deseando dar un concepto lo más preciso posible del derecho de la mujer, como parte integrante del pueblo, con cuyo concurso ha de contarse imprescindiblemente para la gran obra de la realización del ideal, como sujeto y objeto que es la mujer al igual que el hombre de la sociología, expongo en este trabajo ideas propias y adaptadas que contribuyan a la realización de un fin que tengo por noble y grande.

He aquí diversas opiniones de antropólogos de gran reputación acerca de la mujer:

Para Lombroso, la mujer es mucho menos delincuente que el hombre, y la mujer delincuente presenta muchas menos anomalías que el hombre criminal.

Según Tarde, las mujeres son cuatro veces menos inclinadas al delito que los hombres, y como consecuencia puede decirse que son cuatro veces más inclinadas al bien.

Tocqueville ha dicho:

«Si se me preguntara a qué atribuyo principalmente la prosperidad inmensa y la fuerza siempre creciente del pueblo norteamericano, sin vacilar respondería que a la superioridad de sus mujeres».

Pascal Duprat cree que el fracaso de nuestras más generosas revoluciones y la lentitud de nuestro progreso político se debe a «que nuestras madres, nuestras hermanas y nuestras hijas, nuestras compañeras sobre todo, no participan de los sentimientos y de las ideas que han provocado esos grandes movimientos. He ahí la causa principal de tantos fracasos políticos: hemos dejado a la mujer en la superstición y en la ignorancia».

En concepto de Bordier, la mujer, que es nuestra compañera, no es nuestra colaboradora, no es la mitad activa del género humano. Al revés, y como consecuencia de ese error de la educación femenina, en vez de ayudarnos a avanzar, emplea todas sus energías en dificultar nuestra marcha. ¡Qué esfuerzo no se imprimiría a la civilización si la mujer colaborara en beneficio de las ideas modernas! Por eso lo que más importa, si se quiere que la educación influya de una manera decisiva en los destinos de un país -y quien dice de un país dice de la humanidad, generalizando la aplicación del procedimiento, constituyendo el medio social por excelencia-, es fijarse seriamente en la educación de la mujer. Esa es la gran obra del porvenir.

La igualdad de la mujer y el hombre ante la educación, a pesar de las diferencias sexuales, que no afectan esencialmente al saber ni al poder, se halla establecida por la enseñanza racionalista, y tiene en su apoyo, además de las razones de fisiología y de derecho, esta importantísima conveniencia señalada por Condorcet: «Cuando se instruye a un niño se prepara un hombre instruido, pero cuando se instruye una niña se elabora la instrucción de una familia».

Según resúmenes estadísticos, no puede admitirse que la mujer sea menos criminal que el hombre sólo por tener menor energía, porque la verdad es que la mujer aplica la suya al trabajo en una tercera parte y su criminalidad no alcanza a la sexta. Fundados en estos datos, Tarnovsky y Morselli afirman categóricamente que la mujer tiene los instintos morales más desarrollados que el hombre, y en ella domina el altruismo, del cual, cuando la mujer sea socialmente igual que el hombre, ha de venir el fin del militarismo y la

completa pacificación del mundo. Los cuidados y la práctica de la maternidad, que preparan e interesan el ánimo en la defensa de los débiles y desenvuelven el sentimiento de piedad, son antiquísimos en la hembra y relativamente modernos en el varón.

Estas ideas han contribuido poderosamente al desarrollo del movimiento emancipador de la mujer, no tanto por lo que en sí tienen de justificante y estimulante, como por el demoledor contraste que ofrecen con las doctrinas de los definidores de los dogmas anticuados y caducos, que han llegado a nuestros días en estado de descomposición y ruina.

LA MUJER EN LA RELIGIÓN

En efecto, he aquí lo que fray Luis de León pide a la mujer en La perfecta casada: «Por más áspero y de fieras condiciones que el marido sea, es necesario que la mujer lo soporte, y que no consienta por ninguna ocasión que se divida la paz. ¡Oh! ¡que es un verdugo! ¡pero es tu marido! ¡Es un beodo! ¡pero el nudo matrimonial lo hizo contigo uno! ¡Un áspero, un desapacible! ¡pero miembro tuyo ya, y miembro el más principal!».

He aquí como botón de muestra, según citas no desmentidas que corren por periódicos y revistas, la opinión de dos Padres de la Iglesia:

Según San Buenaventura, «la mujer es un escorpión pronto siempre a picar: es la lanza del demonio».

Para San Gregorio, «una mujer buena es más rara que un cuervo blanco: la mujer tiene el veneno de un áspid y la malicia de un dragón».

En términos parecidos y excesivamente groseros se expresan muchos otros santos varones, cuyas efigies se veneran en los templos católicos y reciben aún idolátrica veneración por parte de muchas mujeres y hombres ignorantes.

A pesar de tener tan pésimo concepto de la mujer y de afirmar que no existe una sola buena, el catálogo de las santas es grandísimo; baste recordar que, acompañando a un santo a quien sin duda por imposición de las circunstancias

se le pone el nombre en aumentativo, San Hilarión, se canonizaron de un golpe once mil vírgenes.

Los católicos no brillaron jamás por la lógica.

EL ADULTERIO

Letourneau, hablando del adulterio en el pasado y en el porvenir, expone los siguientes interesantísimos datos indispensables al estudio del derecho y de las reivindicaciones de la mujer.

«"Como todas nuestras investigaciones etnográficas, ésta, haciéndonos pasar del salvajismo a la barbarie, de la barbarie a la civilización, afirma la ley del progreso. Demuestra que el adulterio fue en un principio castigado como un robo, pero un robo execrable, castigado principalmente en la mujer, considerada como una propiedad en rebeldía. Para ella sola era obligatoria la fidelidad; el marido adúltero sólo era castigado, cuando se le castigaba, como culpable de haber abusado de la propiedad de otro hombre, no por haber faltado a la fe conyugal. Poco a poco, sin embargo, la equidad fue adquiriendo ciertos derechos al mismo tiempo que se humanizaban las costumbres; el matrimonio fue perdiendo el carácter que tenía para la mujer de «contrato de servidumbre», y a pesar del retroceso causado por el cristianismo, el progreso adquiere su fuerza y ya se entreve el tiempo en que el matrimonio, instituido sobre bases más racionales y justas, haga desaparecer, o poco menos, de nuestras costumbres el adulterio".

"Ciertamente ese tiempo es todavía lejano: de tal modo se halla impregnada nuestra conciencia de la moral rancia, que nuestra opinión pública y nuestros jurados absuelven fácilmente al marido asesino de su mujer adúltera, a la vez que se muestran muy indulgentes para los extravíos extra-conyugales del tremendo y cruel justiciero. El concepto de que la mujer es una propiedad servil perteneciente al marido continúa existiendo en muchas cabezas; pero irá desapareciendo, y el contrato matrimonial acabará por ser un contrato como otro cualquiera, libremente aceptado, libremente conservado, libremente disuelto, y llegado este caso, donde toda imposición y coerción desaparece, el

engaño se convierte en una indigna felonía, sin razón de existir, y cuando existiera sería como una excepción rarísima. Tal será, según toda probabilidad, la opinión de una humanidad futura más elevada moralmente que la nuestra, y quizá no será más indulgente que lo somos en el día con el adulterio disimulado por lo que tiene de engaño vil, pero en cambio, no excusará al marido asesino”».

Desarrollando la indicación hecha acerca del gran adelanto en que se halla la mujer norteamericana, y para que sirva de término de comparación con el atraso de la mujer española, incluyo la siguiente noticia acerca de los clubs femeninos:

LA MUJER NORTEAMERICANA

La gran cultura de la mujer en los Estados Unidos llevóla a crear la asociación femenina, libre de toda influencia masculina, donde pudiera consagrarse al desarrollo de su mentalidad. De ahí la creación de clubs femeninos dedicados al cultivo de las ciencias, de las artes y de la propaganda de la emancipación de la mujer, existentes lo mismo en las grandes ciudades que en las poblaciones de menor importancia.

Hace algunos años -porque la presente información ya ha envejecido algo y carezco de datos respecto de los progresos recientes- se celebró un congreso de clubs femeninos en Chicago, con representación de delegadas de 192 sociedades, formadas por más de veinte mil asociadas. Creerán los que rutinariamente se burlan en Europa de la capacidad intelectual de la mujer que allí reinaría el barullo, la confusión y el desorden, semejando el acto en un congreso de parleras cotorras: pues no sucedió así, sino que en todo dominó el orden y el método más admirables, y los temas tratados, después de la lectura de informes, que se hicieron por Estados geográficos, se discutieron con lógica y concisión con arreglo a las más prudentes prácticas parlamentarias. En aquel senado las faldas tenían la severidad de togas, patentizando la elevación intelectual y moral de la mujer.

Es de notar que en esas asociaciones femeninas y en esa obra de emancipación no forman parte única, aunque sí la principal, las graves matronas de cuarenta años, masculinizadas por el razonamiento con las realidades de la vida y conocedoras, acaso por experiencia personal y comparativa con sus respectivos maridos, de lo poco o nada, o menos que nada, que aventaja el hombre a la mujer en poder intelectual en aquel país; en el movimiento femenino y en sus clubs figuran, y no son las menos entusiastas, señoritas y niñas todavía que laboran con actividad y conciencia para derrocar el exclusivismo masculino.

Para el triunfo de ese ideal mucho han de contribuir y ya contribuyen esos clubs de mujeres, en los cuales se amaestra el entendimiento, se aprende a pensar con lógica y a discutir con método, y en resumen se prepara a la mujer para que pueda disfrutar ampliamente de sus derechos naturales y sociales, desconocidos por la ignorancia y el egoísmo, amparados, como tras vetusta fortaleza, por esas instituciones arcaicas que convirtieron la injusticia en ley y permanecen como obstáculos constantes que obstruyen la vía del Progreso.

RIDÍCULA PREOCUPACIÓN

Cuando se presentaron en Europa las primeras mujeres solicitando su admisión al estudio del derecho o de la medicina, surgió su movimiento masculino de sorpresa y de protesta: «¡Una mujer defendiendo a una acusada o curando una enferma! ¡Qué absurdo!», decían.

Se comprende que un hombre venda encajes y cintas, pero es inadmisibles que una mujer defienda el derecho de una abandonada por un seductor y que la asista en las enfermedades de la maternidad: así anda la lógica por el mundo del privilegio.

La insigne escritora Concepción Arenal resumió esta lógica con terrible ironía y severa crítica en estas palabras:

«"Una mujer puede llegar a la más alta dignidad que se concibe: puede ser madre de Dios; descendiendo mucho, pero todavía muy alta, puede ser mártir

y santa... y el hombre que la venera en el altar y la implora, la cree indigna de llenar las funciones del sacerdocio... ¿qué decimos del sacerdocio? Atrevimiento sería que en el templo osara aspirar a la categoría del último sacristán. La lógica sería aquí escándalo e impiedad”.

“Si del orden religioso pasamos al civil, las contradicciones no son de menos bulto. ¿Cómo la mujer ha de ser empleada en aduanas o en la deuda, desempeñar un destino en Fomento o en Gobernación? Sólo pensarlo da risa. Pero una mujer puede ser jefe del Estado. En el mundo oficial se le concede aptitud para reina y para estanquera; que pretendiera ocupar los puestos intermedios, sería absurdo. No hay para qué encarecer lo bien parada que aquí sale la lógica”».

Y no es que los que protestan contra el avance de las mujeres se opongan a que la mujer trabaje; nada que iguale a esas protestas han producido esos protestantes para censurar la posición que tantas infelices mujeres ocupan en las minas, en los campos, en las fábricas o en las miserables buhardillas con la aguja en la mano o ante la máquina de coser.

LA MUJER TRABAJÓ SIEMPRE

Recientes investigaciones históricas y prehistóricas demuestran que la mujer ha trabajado siempre. Antes de la existencia de toda agrupación humana, y por consiguiente de la familia, que apareció ya muy entrada la humanidad en la vida y después de la desintegración del clan y de la tribu, la mujer atendió por sí sola con su trabajo a su subsistencia y a la de sus hijos pequeños, dando origen al matriarcado, de que quedan vestigios en países y razas que caminan rezagados en la vía del Progreso.

Las mujeres se dedicaron y tal vez fundaron la agricultura, mientras los hombres se dedicaban a la pesca, a la caza o a la guerra; poco a poco fue esclavizada por las primeras agrupaciones, y últimamente llegó a ser la esclava del hombre en la poligamia y en la monogamia.

Esclava de un hombre que, sin consultarla sus sentimientos, muchas veces era el vencedor de un rival sacrificado en su presencia, embellecía y hacía agradable la cabaña, dedicándose a ella a aquellos trabajos más necesarios que, desarrollados después, han llegado a la gran industria, la cual, sí en un principio la retenía en su vivienda, hoy la saca de ella para encerrarla en la fábrica y someterla a la explotación capitalista.

CAPÍTULO XI

LA MUJER: PARTE II

INTELECTUALIDAD DE LA MUJER

Destruída la leyenda de la debilidad de la mujer y de la incapacidad para el trabajo, la historia desvanece igualmente la de su inferioridad intelectual, ya que, a pesar de habersele negado sistemáticamente la instrucción, de la existencia en todo tiempo de tantas preocupaciones sobre este asunto y hasta del sangriento ridículo con que se ha perseguido a la pobre mujer que se acercaba a las fuentes de la ciencia, pueden citarse innumerables ejemplos de mujeres que han brillado en todos los ramos del saber, y para no poner aquí una lista de nombres que, por poco generalizados por el exclusivismo masculino, causarían poco efecto en la mente del lector, me limito a repetir lo que he dicho en otra ocasión: «Mad. Roland bastaría por sí sola para borrar la mancha de incapacidad injustamente atribuida a la mujer», y a repetir esta afirmación de la señora Sanjuán y Martínez: «Nada está negado a la mujer: ella ha manejado con encanto la lira de Apolo, con heroísmo la espada de Marte, con superior sabiduría la ciencia de Minerva, con perfección el cincel de Fidias y con asombro el pincel de Apeles».

Paréceme oportuno e interesante el siguiente dato:

No hace muchos años murió en Washington la señorita Ella Carrol, hija del difunto gobernador del Maryland, Tomás King Carrol. Era una dama de educación esmerada, distinguida escritora, y sobre todo tan entendida en el arte de la guerra, que formó el proyecto y trazó el plan de la campaña del Tenesse que, con la toma de Vicksburgo, abrió el paso de la América del Sur a los ejércitos de Sherman.

El hecho se supo al final de la guerra de Secesión, y se tuvo por increíble, hasta que lo confirmó solemnemente el presidente Lincoln.

El tiempo pasa, el mundo marcha y el progreso se impone, a pesar de los más lentos y torpes tardígrados, y el feminismo ha ganado ya brillantes triunfos. De tal manera se impone la justicia en punto a la emancipación de la mujer, que es grande el número de las que, saltando sobre leyes y preocupaciones, han asaltado la misma ciudadela del privilegio, la Universidad, convirtiéndose las más osadas en privilegiadas, en virtud del grado de doctor, noble y valerosamente obtenido, que no puede compartir con su marido, pobre hombre que queda reducido al papel de inferior e ignorante, aunque conserve el poder de matar a su mujer en un arrebató de celos, de privarla que haga uso de su sabiduría y de tenerla sometida a constante protección y obediencia.

Juzgo conveniente aquí esta cita de la doctora Aleu, tomada de su tesis de doctorado: «La organización masculina y la femenina no se distinguen en los primeros tiempos de la vida intrauterina, ni en la niñez se ven diferencias entre niños y niñas en punto a la capacidad de sus facultades. Estas diferencias se marcan precisamente cuando viene a modificar las respectivas aptitudes la instrucción, tan distinta en uno y otro sexo. Hágase si no la prueba: póngase al niño y a la niña en las mismas condiciones, tanto de instrucción como de educación, tanto del medio como de los alimentos, tanto de los hábitos como de las preocupaciones sociales, y encontraremos que unas saldrán buenas y otras resultarán inútiles; lo mismo que pasa con los hombres. Las habrá que alcanzarán poco provecho con todos sus esfuerzos; en cambio las habrá que con menos trabajo lograrán hacerse notables».

Confirma la afirmación de la doctora Aleu la teoría y la práctica de la enseñanza racional, instaurada por la Escuela Moderna de Barcelona, objeto de las iras clericales por su insignificación y alcance emancipador.

Además, contra todo lo sostenido por las leyes, las costumbres, el vulgo ignorante y aun la vulgaridad de los sabios, los experimentos científicos comparativos del cerebro del hombre y de la mujer, lo mismo de razas bárbaras o semibárbaras que de las naciones civilizadas, demuestran que no hay diferencia esencial entre ambos sexos, y las diferencias que se notan son única y exclusivamente resultado de las condiciones del medio en que uno y otro se hallan colocados. Los trabajos sobre el cerebro del hombre y de la mujer, efectuado por Broca y otros fisiólogos y antropólogos eminentes, no demuestran desigualdad esencial en la intelectualidad de los dos sexos; no son

las dimensiones absolutas del cerebro, sino sus dimensiones relativas y el desarrollo de sus circunvoluciones, lo que denotan su valor positivo. El cerebro del parisién es menos pesado que el del polinesio, ¿y quién osará sostener la superioridad intelectual de éste sobre la de aquél? Y a este propósito recojo un dato que casualmente llega a mis manos, y que suscita dudas sobre el valor de ciertas observaciones. El profesor Bischoff, catedrático de la Universidad de San Petersburgo, era encarnizado enemigo de la emancipación de la mujer, y sostenía que su cerebro era físicamente incapaz para el estudio de las ciencias, fundándose en que el término medio del cerebro femenino era de 1.250 gramos, 100 gramos menos que el del hombre. Para confirmar su teoría dispuso en su testamento que a su muerte se le extrajese y pesase la masa encefálica, seguro de que había de sobrepasar al término medio de 1.350 gramos. Se cumplió su voluntad, y se halló con gran sorpresa que los sesos de aquel sabio pesaban cinco gramos menos que los de cualquier mujer iliterata.

LA PROSTITUCIÓN

Hablemos de la prostitución.

La prostitución, y damos a esta palabra la acepción vulgar, no es debida a causas individuales, como suelen decir muchos moralistas de vida fácil y que con mucha menos causa que la generalidad de las más desgraciadas prostitutas hubieran caído en el abismo; la prostitución es un mal social, como lo fueron la esclavitud y la servidumbre y como lo es actualmente el salariado; resulta fatalmente de la organización de nuestra sociedad, dominada por el privilegio fundado sobre la usurpación del patrimonio universal. Lo prueba la idea que manifiestan los mismos reaccionarios o estacionarios burgueses, diciendo que la prostitución es una garantía de la castidad y del honor de las mujeres en general. Es además, según Letorneau, una supervivencia de las edades pasadas.

A este propósito dice el doctor Regnault en su libro La evolución de la prostitución: «El rufián, como la prostituta, el alcohólico y el tuberculoso, son frutos de un estado social perverso. Mejórense las habitaciones obreras; dénselas aire y luz; disminúyase la duración del trabajo, tan excesiva en

muchas industrias; instrúyase al obrero, mejor aún, edúquesele, y al mismo tiempo que desaparecerán la miseria física y moral, desaparecerán sus consecuencias, el rufián y la prostituta, y con ellos esas enfermedades venéreas que infectan los gérmenes de la vida humana».

Conformes en la exposición del hecho; pero ¿quién aplicará el remedio? Lo cierto es que lo que gana la mujer obrera en París, en Londres y en todas las grandes capitales, no le basta para vivir honradamente, y la burguesía, lejos de sentir impulsos altruistas sobre este asunto, cuenta con ello para realizar la ganancia que le da vida, hasta el punto de haberlo públicamente declarado un burgués parisién en nombre de la clase, contestando a las reclamaciones de las obreras, en ocasión de pedir aumento de jornal, con estas infames palabras: «Si con lo que ganáis de día no tenéis suficiente, sois libres por las noches de buscaros un suplemento».

Además, hay que entenderse sobre el significado de la palabra prostitución. Guyau dice a este propósito:

«Es natural que entre ciertas gentes las mujeres gusten poco de ser madres; es, en efecto, el único trabajo que les queda que realizar, y esta última tarea les es tanto más pesada cuanto que la fortuna las ha librado de todas las otras. No han de criar a sus hijos, el seno de la nodriza mercenaria les reemplaza; no han de pensar en educar ni en instruir, para eso hay colegios y profesores; pero nadie puede parir en su lugar, y en medio de su vida de frivolidad, sólo ese acto han de cumplir, y protestan. Naturalmente. La ambición de las mujeres del gran mundo consiste muchas veces en copiar las costumbres de las mujeres del demi-monde, contra cuya concurrencia han de luchar, y es regular que las imiten en eso como en otras muchas cosas, y que entre el matrimonio y la prostitución exista esta nueva semejanza: la infecundidad».

Para Max Nordau sólo hay dos clases de relaciones entre el hombre y la mujer: o bien se fundan en la atracción recíproca y tienen por objeto consciente e inconsciente la reproducción, o sólo se proponen la satisfacción del egoísmo bajo cualquier forma; las primeras son justificadas y morales, las otras forman la gran categoría de la prostitución.

La criatura depravada que se ofrece al transeúnte por una moneda, se prostituye; el joven que galantea a una vieja verde mediante su cuenta y razón,

se prostituye también, y la misma vileza cometen el que sin amor corteja a una rica heredera, el entretenido por su querida y la casta doncella que da su mano ante el altar al individuo que la ofrece una brillante posición, con la circunstancia agravante en este último caso de que la madre suele ser la arregladora de la boda, haciendo las veces de repugnante proxeneta.

Toda alianza contratada entre un hombre y una mujer con objeto de satisfacer miras egoístas es pura prostitución, tanto se ha sido autorizada por un cura o un funcionario civil, como si en el acto ha mediado una celestina. El resultado de tales uniones es la procreación de seres degenerados, poco aptos para la vida física y faltos absolutamente de toda aptitud para las grandes aspiraciones de la vida moral.

Como se ve, hay que andar con cuidado acerca del significado de la palabra prostitución, que, según un diccionario que tengo a la vista, es «acción y efecto de prostituir; uso vil y criminal que se hace de una cosa», y por tanto, lo mismo puede haber mujeres prostitutas que hombres prostituidos, y aun más de éstos, ya que por el predominio masculino es enorme el número de los «que hacen uso vil y criminal de las cosas». Piense el lector, si quiere desarrollar el tema, en el uso que se hace del patrimonio universal, de la riqueza social, de las creencias, de la autoridad, del producto del trabajo, tanto por parte de los que de esas cosas se benefician, como por la de aquellos que a consecuencia de tales beneficios sufren opresión y tiranía.

Y en cuanto a la palabra prostituta o ramera aplicada a «la mujer que comercia con su cuerpo, entregada por interés al vicio de la sensualidad», como dice el diccionario, no arrojen la primera piedra de su desprecio la mayoría de los hombres que ofrecen a la prostitución las primicias de la virilidad, ni el hombre maduro y respetable por su posición que alterna entre el hogar y el gabinete de la entretenida, ni tantos y tantos padres de familia de todas las clases sociales que terminan sus francachelas en las casas de la deshonor, ni la pura doncella ni la casta matrona burguesas, que practican la virtud fácil en medio de la comodidad y la abundancia, proporcionada por la explotación, el agio, la usura, el fraude y demás medios de acumular ganancia, discreta y legalmente empleados por su papá y su esposo. ¡Quién sabe lo que tan pudibundas mujeres harían el día que les faltase, no ya el pan y el albergue, sino la posibilidad de satisfacer algunos de sus muchos caprichos, convertidos en necesidades por la frivolidad de su manera de vivir!

Para exponer algunos datos positivos, recurro a una estadística de París que me viene a mano, en que sobre 5.183 mujeres inscritas en el registro, unas 4.000 tenían, no ya como excusa, sino como causa justificada, el horror a la muerte, el amor filial, el amor maternal, el amor fraternal, el amor a secas y hasta la caridad, todo revuelto en una confusión extraña de ideas y sentimientos debida a la ignorancia y a un conjunto desordenado e inverosímil de circunstancias imposible de desentrañar, del cual lo mejor que puede decir toda mujer que goza de la consideración de la honradez es felicitarse con alegría egoísta de no haber caído en él.

A este propósito escribió el doctor Giné y Partagás:

«No tenemos por absolutamente incurable la prostitución; antes al contrario, creemos que tiene una terapéutica tan eficaz como radical. Mas lo que aquí conviene es no limitarse a la medicación del síntoma, esto es, a extinguir las mujeres públicas sin mejorar la crisis social que a la prostitución conduce; lo que importa es cumplir una verdadera indicación etiológica que destruya o a lo menos disminuya la intensidad de las causas predisponentes y ocasionales de esta enfermedad. Pero ¿es esto posible? No, con los groseros medios hasta el presente empleados; sí, con otros de acción más directa, más radical y moralizadora: todo consiste en perfeccionar la educación higiénico-moral de la mujer y ennoblecerla por medio del trabajo. Dese a la mujer el derecho, decimos mal, la facultad de trabajar para su provecho propio, y aspirará a la propiedad, tendrá su derecho, será independiente, y como tal, ennoblecida y honrada. La prostitución será entonces sólo un vicio pegado a seres envilecidos por sus apetitos sensuales, y no la ultima ratio de la miseria y el abandono».

Ni por esas: el radicalismo burgués, en este caso como siempre que examina llagas sociales, recurre a la plegaría estéril e inútil: «Dese a la mujer el derecho». ¿Quién lo ha de dar? Cuando la mujer carece de recursos y trabaja para vivir, el patrón no le paga más por su trabajo, ni el tendero le da más baratos los artículos de consumo, ni el propietario le da habitación de balde, sino que todos de común acuerdo aprietan las clavijas que la oprimen, y cuando demacrada, desaliñada y de pobre y mísero aspecto anda por el mundo, ni siquiera obtiene del hombre la caballeresca cortesía que por educación rutinaria concede a la señora.

Aun hay para el vulgo mujeres y señoras. Vedlo en u tranvía completo: subirá una mujer, nadie se mueve; se presentará una señora, el hombre más inmediato, cualquiera, se siente caballero y le cede galantemente el puesto. No se dirá con verdad aquel antiguo refrán «el hábito no hace al monje», porque el mismo que ve a las mujeres que ama, madre, hermana, esposa e hija, vestidas de algodón o de lana, se humilla ante la seda, los encajes y el sombrero emplumado de la burguesa emperifollada. El germen de la desigualdad está muy arraigado y produce naturalmente absurdos e injusticias sensibles y trascendentales.

Además, ¿quién, sino el anarquista, que abarca en toda su grandeza el concepto de la humanidad justificada, piensa en el doloroso aspecto del problema social que presenta el estado de la mujer aislada, vieja, enferma o fea? ¡Estas infelices sí que son verdaderos desechos sociales que carecen de cubierto en el banquete de la vida!

Desechos se les llama, y lo son en realidad; pero así como la química industrial recoge los desechos de todo género, extrae todas las sustancias aprovechables y las convierte en productos utilizables y presentables al mercado, la caridad católica -no la cristiana, que todavía contiene bellezas de solidaridad con su amor al prójimo-, recoge aquellas pobres mujeres, las somete a la explotación, las obliga a hacer ruinoso competencia al trabajo asalariado, y producen oro, que atesoran numerosas comunidades religiosas dedicadas a la odiosa tarea de obstruir la vía del Progreso.

EL AMOR

El hombre que ama a una mujer y recibe de ella correspondencia, se cree su propietario, la posee; pero si ella cesa de amar, reivindica su independencia y dispone de sí por una nueva inspiración amorosa, el amante decaído se siente robado, y en un arranque de rabia celosa, mata. Ya hemos visto lo que acerca de este punto dispone nuestra legislación; ahí está escrito con sangre el atávico art. 438 de nuestro Código penal, que parece inspirado por un legislador contemporáneo del hombre de las cavernas.

¿Y a esa soberbia de propietario se llama amor? ¿Qué posee el hombre en la mujer? ¿Qué posee la mujer en el hombre? Recíprocamente se dan mucho amor cuando mutuamente se lo inspiran, y cesa la reciprocidad cuando cesa la mutualidad de la inspiración; porque el amor no es cuestión de lealtad ni de virtud, sino de sentimiento individual y de concordancia dual, y es inútil cuanto digan en contra legisladores, moralistas, poetas, hipócritas y vulgo rutinario.

La muerte de Berthelot, sabio eminente cuyo cerebro supo condensar en una unidad científica verdades más o menos seculares diseminadas, hallándose en la plenitud de salud relativa a la avanzada edad de más de ochenta años, a la vista de su esposa que acababa de morir, ha inspirado estas consideraciones:

«"Si un hombre ha sido grande en la vida, si esta vida ha podido ser consagrada por completo a un ideal de ciencia o de arte, débese muy frecuentemente a que logró hallar una compañera abnegada y cariñosa que, en derredor de sus meditaciones y de sus ideales, creó la atmósfera de calma propicia al desarrollo de su genio; a que halló la mujer amante y protectora que separó de su lado los cuidados mezquinos, le estimuló al estudio y le recompensó con su amor; a que fue su consejera, en muchos casos su colaboradora y su guía, y quizá en un momento de decaimiento y vacilación quien le libró de hundirse en la sima moral del escepticismo".

"¿Quién sabe a costa de cuántas privaciones, de olvido de sí misma, de sacrificio de sus gustos y de sus inclinaciones, pudo el genio crecer como un árbol y extender esa frondosidad tutelar a cuya sombra las generaciones futuras gozarán de la inefable dicha de vivir en paz y en la plena y libre satisfacción de sus necesidades morales y materiales? ¿Quién puede apreciar la participación de esa colaboración discreta en la obra que la fama atribuye solamente al hombre?"

"Rechacemos, sí, la propiedad en el amor; reconozcamos el amor como nuestro ser físico y moral lo concibe y lo siente; manifestémoslo y practiquémoslo libremente, sin coerción ni coacción de ninguna especie; despojémonos de la idea retórica más que real que hace del amor una cadena, para no haber de pensar siquiera en romper cadenas de preocupaciones; pero hay que reconocerlo, y me complazco en trazar estas líneas en mi vejez achacosa, contemplando esta compañera y esta familia que me rodea; yo admiro el amor que, iniciado en la juventud y sentido con intensidad

constante, llega a la ancianidad; de ese amor que ilumina y fecunda todos los momentos de la vida dando hermosos frutos de descendencia, de ciencia, de arte y de justicia, que a partir de esa pareja que forma núcleo, se extiende en bellas ondulaciones para beneficiar a las generaciones futuras, y que no puede mancillar la duda expresada por aquel autor que dijo: -Afortunadamente para la sinceridad del amor, Romeo y Julieta y los Amantes de Teruel murieron muy jóvenes-”».

Tengo por absolutamente cierto este aforismo de Haeckel: «El hombre y la mujer constituyen, en efecto, dos organismos esencialmente diferentes que no llegan a dar perfectamente la noción genérica de hombres sino completándose mutuamente». Creo que esa verdad se cumple en todos los estados y manifestaciones del amor, pero sus efectos se facilitan y se acrecientan cuando con toda naturalidad y sin el menor asomo de violencia, se forman esas parejas felices, relativamente a nuestro estado social, que son tan frecuentes entre trabajadores, cuya felicidad sería perfecta si no hubiera de sufrir las asechanzas de la sociedad injusta, del privilegio dominante y del autoritarismo tiránico.

CAPÍTULO XII

LA MUJER: PARTE III

LA LIBERTAD DEL AMOR

Las ideas modernas acerca de las dos abstracciones denominadas libertad y amor, despojadas por la crítica racional de todo su bagaje rutinario y tradicional y llevadas por la lógica a su verdadero terreno, llegan a establecer para la mujer a lo menos toda la libertad que se concede el hombre a sí mismo, y apurando el asunto se va mucho más lejos.

Desprecian profundamente todo lo que respecto de las relaciones amorosas significa coerción y obligación; atribuyen a la mujer, antes y después del acto de unión, el derecho de pertenecerse, permaneciendo dueña física y moral única de su persona, contra todas las servidumbres carnales, morales, sociales y sentimentales de que se le ha cargado, que representan otras tantas cadenas, frecuentemente disfrazadas bajo la forma de adornos simbólicos, collares de perlas, pulseras y sortijas; le permiten darse libremente a quien le plazca y quiera tomarla, reservándose siempre su propiedad y su libertad para conceder sus favores a otro. El hecho de haber sufrido por un momento y con placer la seducción de un hombre no significa en manera alguna donación de su persona ni título de posesión para el hombre; no hay en ello más que el acto fisiológico, de importancia secundaria individual por mucha que sea su trascendencia social, que no entraña ni mucho menos la donación del ser en su grandeza total ni justifica la vergüenza que la vieja tradición del pecado original ha inculcado en los atrasados creyentes; en esa donación de su cuerpo no hay más que un préstamo efímero, un regalo superficial, algo no más importante que un cumplimiento o un apretón de manos.

La consecuencia para el raciocinio de un atávico y de un preocupado es el desenfreno del vicio, mas para la persona de recto juicio no tiene nunca la libertad semejante resultado. Además, ese concepto de la libertad, si no es adaptable a la mujer mentalmente atrofiada de nuestros días, lo es para la

mujer futura: la libertad va acompañada de la conciencia y de la dignidad, y una mujer ilustrada y libre, contenida como ha de hallarse por el respeto de sí misma, el conocimiento de la higiene y el propósito de la conservación de su salud, junto con la necesidad de la propagación de la especie, sólo puede aceptar el homenaje del hombre que al atractivo físico junte una naturaleza generosa, amplitud de ideas, rasgos de sacrificio y de energía y una poderosa inteligencia.

LOS HIJOS

Queda la cuestión de los hijos. Pero a esto, que es una objeción fundada en el error de considerar como inmejorable y eterna la Sociedad presente, la sociología responde: En un régimen racional, el hijo debe criarse y educarse a cargo y a expensas de la Sociedad. La educación y desarrollo de la infancia, que interesa a todos, no son cosas que hayan de quedar reducidas a la estrechez de recursos materiales e intelectuales de la familia. No es, no puede ser la familia el órgano que ponga a disposición de la infancia los inmensos beneficios del patrimonio universal, porque el padre de familia, cortado por el patrón del derecho romano, con su despotismo y su derecho de propiedad, o imposibilitado por la vida jornalera, por bueno e instruido que sea, es una cosa ínfima ante la bondad y la ciencia que puede y debe ofrecer la Sociedad entera a la infancia por los órganos que con sublime arte pedagógico cree el efecto.

Bien se demuestra en la práctica de la misma Sociedad actual, sometiendo la enseñanza al cargo o a la vigilancia del Estado, aunque, como toda cosa autoritaria, sea esa enseñanza sencillamente antiprogresiva o estacionaria, cuando no regresiva.

Refuézase la demostración con la necesidad que ha inspirado la fundación de la enseñanza racional, destinada a desvanecer todos los absurdos tradicionales, a contrariar y destruir los atavismos y a equilibrar las creencias con los conocimientos, la verdad demostrada como fundamento de las creencias, como lo demostraron anteriormente pedagogos tan insignes como Froebel y Pestalozzi, que dieron a la instrucción primaria y a la educación la

extensión requerida, incompatible en absoluto con los medios paternos, a la vez que con los sistemas de enseñanza místico-dogmática.

Este importante asunto no puede dejarse pendiente al tratar de la mujer; pero antes de fijar la vista en el ideal inspirado en la razón y en la ciencia, veamos algunos hechos sociales de actualidad, que desgraciadamente pueden generalizarse hasta tomarlos como característicos de lo que nuestra civilización da de sí respecto de la infancia.

Considérese la mujer desamparada: en ella, su hijo, desde el momento mismo de la concepción, desde aquel instante preciso en que las fuerzas vitales inician una vida más, que debiera tomarse como un acrecentamiento de riqueza humana y como un nuevo objeto del amor de la gran familia, comienza el nuevo ser a padecer la miseria de su madre; padece la infeliz por su hijo, por ese paria más al que sabe ha de legar los estigmas del trabajo servil, de la miseria y del desprecio social. Bien sabe que hay una higiene particular para la mujer que se halla en su estado, pero la higiene es cara y se halla fuera de su alcance. ¿De qué sirven los consejos higiénicos a nuestras proletarias, a nuestras obreras, a las que aman, paren y crían siguiendo irresistibles impulsos naturales, no contenidos por artificios y convencionalismos?

Estúdiense la vida de la viuda obrera con hijos menores, reducida al trabajo rudo e insoportable de lavandera y de ayuda doméstica de varias familias, por pagas mínimas y mezquinas, intercalando sus tareas con el cuidado y la educación de sus pequeñuelos, y se verá que a aquel abandono inmenso, que merece las más acerbadas censuras contra la Sociedad, corresponde la elevación de la mujer hasta las sublimes alturas del heroísmo, grandiosidad inconcebible para las gentes rutinarias que adoptan la moral de la mujer diferente y más severa que la del hombre y son incapaces de juzgar tales enormidades sociales.

Pero las faltas a la higiene respecto de la maternidad y la infancia y del abandono de la viuda pobre, las salda de mortalidad infantil, como lo demuestra, por ejemplo, el siguiente dato, que expongo como muestra: «M. Dejeante decía un día en la tribuna de la Cámara francesa que la mortalidad de la infancia en París se elevaba a 60 por 100 entre los trabajadores y a 6 por 100 en las clases acomodadas».

Considere el lector la gravedad de esa horrible diferencia en una ciudad que ostenta el título de cerebro de Europa y del mundo; que si eso sucede allí, ¿qué sucederá en infinitas poblaciones donde sin pomposos títulos se desarrolla el régimen social con todas sus brutales consecuencias?

«Se comprende -exclama León Legavre- que el siglo de acero que desmenuza el alma y el cuerpo de los hombres en el infierno de las fábricas, haya requerido las mujeres a su vez para el duro y sórdido trabajo de la gran explotación capitalista. Y cuando estremecidos de horror y de rebeldía sentimos en toda su inmensa angustia la agonía del proletariado -pueblo soberano en boca del ambicioso político, ínfimo esclavo en concepto del avaro burgués-, todavía no habíamos apurado la infamia social cobijada bajo el amparo de nuestro derecho civil; hay algo más terrible para el corazón de la mujer y para vergüenza de la humanidad atascada en la sociedad de nuestros días. «¡Tomad los niños!», dijo Pitt, estadista inglés, a sus compatriotas industriales, preocupados con la idea de producir barato, excitación que atendió la burguesía inglesa haciendo venir de lejos a las fábricas niños de nueve años, a quienes se despabilaba a latigazos».

Horroriza lo que sucede respecto a la infancia.

Pitt debía conocer su país, y con aquella excitación quiso sin duda hacer una buena acción, avalorando con la demanda la oferta de niños acostumbrada en alguna comarca de su país: no conozco la extensión de esa costumbre.

En Les va-un-pieds (los descalzos), de Hécctor France, se lee:

«Entre Spitalfields y Bethnal Green, en una calle formada por el aumento de la población, se celebra los lunes y los martes, durante dos horas por la mañana, un mercado de niños, un espacio abierto, donde concurren niños de ambos sexos acompañados de sus padres, para ser alquilados por semanas o por meses. Cuando los negocios van mal vense unas trescientas criaturas; cuando los negocios se activan no bajan de cincuenta o sesenta. Allí se oyen estas solicitudes: «¿Quiere usted un niño? ¿Una niña para el servicio de la casa?». Los aficionados examinan, como si se tratara de comprar un animal de trabajo; tocan los brazos, el pecho y las piernas, y preguntan... Causa horror ver un padre y una madre que pregonan su hijo como una mercancía, que le exponen a las miradas de los transeúntes, le dejan palpar su cuerpecito y le entregan

para ser explotado al que ofrezca más, sin la menor garantía acerca del trato ni de la moralidad...».

El doctor Burgraeve, exponiendo el resultado de una investigación sobre la condición de los trabajadores y del trabajo de los niños en Bélgica (1846-1848), dice en nombre de la Academia de Bélgica: «"El niño de fábrica tiene una organización poco desarrollada en proporción a su edad; es raquítico y presenta todos los signos de un estado de degradación física, caracterizada por síntomas cloróticos, con exposición a las escrófulas. La cara pálida y flaca tiene la expresión del sufrimiento; los músculos apenas se hallan dibujados; el vientre es prominente e hinchado; las digestiones son laboriosas y reemplazadas por acideces; se queja de dolor de cabeza y de diarrea; su crecimiento es lento, frecuentemente interrumpido y estacionario, y su estatura definitiva queda siempre menor de los límites normales".

"En las jóvenes púberes, los órganos generadores sufren también los tristes efectos de esa degradación física general. Aunque tengan de diez y ocho a veinticuatro años, la debilidad de su constitución las incapacita para la maternidad; ¡triste garantía contra el estado de desorden en que suelen vivir! Ordinariamente sucumben a la escrófula, a la clorosis y a la tisis pulmonar"».

Esas líneas, escritas hace más de medio siglo, lejos de haber perdido su característica oportunidad, son pálido reflejo de cuanto, a pesar de las leyes protectoras sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, sucede en el día. No insistiré: podría hacer una exposición larga y abominable que equivaldría, respecto a la infancia en nuestra sociedad, a algo semejante a la matanza herodiana de inocentes de que habla la leyenda cristiana.

Apartemos la vista con horror y dirijámosla hacia el ideal, y al efecto hallo una explicación que, sin presentarla como solución definitiva, de lo que me guardaría mucho, acepto y traslado, porque me ahorra trabajo y también porque parece como una previsión del porvenir, acerca de la situación de los niños en Oneida, colonia comunista hoy disuelta, que floreció de 1848 a 1879, y que hallo en la interesante revista L' Ere Nouvelle:

«"En Oneida existía el «matrimonio plural», una suerte de «procreación consciente y limitada», donde los niños eran considerados como hijos de la comunidad, y como tal educados. La madre podía participar en la primera educación, pero no se le pedía más. Las nurserías o departamentos destinados

a las nodrizas y a los niños de la primera infancia, se hallaban dispuestos con esplendidez y ciencia, y allí los niños respiraban la salud y reflejaban la alegría, siendo creados en condiciones tan excepcionalmente apropiadas, que el individuo que en ellas no prosperara revelaba por eso sólo graves taras paternas. Había extensas salas de recreo para el invierno; todas las precauciones contra los peligros de infección estaban tomadas; era de rigor una alimentación sana y sencilla, y allí no había madre ni abuela que perjudicara la digestión ni la constitución moral y física del niño con golosinas ni concesiones de caprichos irracionales; las educadoras no eran mercenarias ni podían serlo viviendo en régimen comunista, en que no hay ganancias, renta ni salario, sino donde todo es de todos”.

“La madre se ocupaba únicamente de su hijo hasta el destete; una vez destetado, el niño entraba en la primera sección infantil, donde todos los niños eran de la misma edad, y de quienes se ocupaban las educadoras desde las ocho de la mañana, que los tomaban de las madres, hasta las cinco de la tarde, que volvían a éstas, pasando con ellas la noche. Al año y medio o dos años, según su desarrollo, pasaban a la segunda sección, donde permanecían día y noche, quedando la madre en libertad de ver a su hijo, de llevarle a paseo o de tenerle un tiempo consigo; pero desde su entrada en la sección la madre no se preocupaba para nada del alimento, del aseo, del vestido ni de la cama del niño, y podía con plena libertad escoger su plaza en las industrias que fueran más de su agrado. Existía una tercera sección, donde pasaban los niños desde tres a catorce años, edad en que salían de la casa de la Infancia, y en la que la madre no quedaba enteramente separada de su hijo. De hecho la comunidad se ocupaba de sus hijos según las exigencias de la conciencia más racional e ilustrada, dejando una parte equitativa a los sentimientos humanos; porque si las madres hubieran de ocuparse exclusivamente de sus hijos, la práctica del comunismo sería, no solamente muy laboriosa, sino que traería consigo gran derroche de fuerzas. Cuanto más puede asegurarse separadamente el funcionamiento de un servicio tan especial como el de la educación, más beneficioso resulta en concepto de economía, de energía. Conviene realizar economías de este género para que el comunismo no degenere. La idea de hacer la educación de los niños una función común no es compatible con la posibilidad del trato frecuente de padres e hijos, y tiene en cambio la inmensa ventaja de poner a disposición de la infancia, para su desarrollo físico y racional, todo el poder perfectamente solidarizado de la comunidad”.

“Según el concepto de una mujer de la colonia, el comunismo da a la mujer, sin que ella se cuide de reclamarlo, el lugar deseado por toda mujer consciente como verdadera compañera libre y honrada del hombre, exceptuándola de los cuidados roedores que en la sociedad individualista consumen a la madre y a la esposa en la estrechez del hogar; la estimula y la impulsa a conseguir el desarrollo de su inteligencia y de su sentimiento, de modo que la eleva infinitamente sobre cuanto puede alcanzar en la sociedad individualista del privilegio. Libre de la maternidad forzosa, siente un amor puro y noble por la infancia. Aquí ninguna mujer derrama la sangre de inocentes y pequeños seres, como por un falso concepto del honor hacen nuestras hermanas del exterior. Gradualmente, y como por efecto de una evolución natural, las mujeres de la comunidad se han elevado a una posición en que, por el trabajo de la mente y del corazón, han obtenido mucho más que todo cuanto reclaman las mujeres cuando hablan de sus derechos”».

Vense ahí rotos los prejuicios tradicionales de la obediencia femenina, de la protección masculina y de la autoridad paternal, y sobre todo reconocido y practicado el derecho a la maternidad libre, y como consecuencia, desquiciada y amenazando inminente ruina la familia, indebidamente considerada por todos los antiprogresivos como la célula social; pero sobre todas esas ruinas, la ciencia promete una sociedad nueva, no conforme a una abstracción llamada justicia y de concepción plástica y sujeta a nuevos prejuicios, sino de perfecta adaptación de los hombres al medio, regida por una economía racional y matemática que, lejos de despojarla de belleza y poesía, abrirá nuevas vías al sentimiento que, libre de todas las contrariedades de la vida que inspiraron el drama y la tragedia, hallará inspiración sublime en los idilios de la felicidad.

CAPÍTULO XIII

LA MUJER: PARTE IV

LA ESCLAVITUD DEL LUJO Y LA DE LA MISERIA

La ciudad del porvenir no podrá elevarse sobre las ruinas del pasado sino cuando la igualdad social entre el hombre y la mujer exista tan completamente como la Naturaleza lo permite y lo exige. La sumisión de la mujer al hombre, con su consolidación en el matrimonio, como existe hace tantos siglos, es uno de los males más graves que hemos hallado como legado de las generaciones pasadas.

Para que la procreación humana no sienta sobre sí la pesadumbre de tristeza, de dolor y de coerción que la entenebrece, es necesario que la mujer se ilustre, se dignifique y sea libre, redimiéndose de la esclavitud del lujo o de la miseria, extremos que se tocan.

En efecto, en las grandes ciudades se ha podido ver como suntuosas visiones esas mujeres a quienes la fortuna y la ociosidad han permitido desarrollar hasta un extremo ideal la gracia y la elegancia, transformadas en creaciones de arte y de lujo, entre naturales y artificiales, como flores de invernadero; pero también se ve al lado de esas mujeres privilegiadas otras infelices a quienes las exigencias de la vida en un medio hostil les roban la gracia, la belleza y hasta el deseo de agradar, marchitándose rápidamente las rosas de la juventud y marcándolas con los estigmas del trabajo servil.

Al tocar este punto se presenta a mi memoria el tipo de la mujer minera, el de la fabril, el de la campesina en general, el de la que pesca el art en la costa catalana, el de la que tira de la sirga en Bilbao, y me renueva la intensa y dolorosa sensación que sufrí un día viendo en un periódico la reproducción fotográfica de una vergonzosa realidad, de un hecho que revela el fondo de miseria moral y material que existe en esta España que el patriotismo enaltece

con vanidades retóricas, cuando no son hipócritas declamaciones. En las llanuras de la Mancha se procedía a la operación de labrar la tierra, no a la manera que la iconografía católica representa a los ángeles conduciendo el arado mientras Isidro el labrador rezaba postrado ante el icón de su devoción, sino unidos al arado una mujer y un asno, conducidos por otra mujer. No tenía aquello la disculpa de la carencia prehistórica de medios, sino que se agravaba con la consideración de la abundancia de medios creada por la civilización. En los remotos tiempos primitivos o en los presentes, en aquellas agrupaciones humanas que no han salido del estado salvaje, se hace lo que se puede y como se sabe; pero que se trabaje de esa manera primitiva en un pueblo que vive en el concierto y la solidaridad de la civilización, y que ese hecho sirva de base al estado de esplendor y ostentación de la familia rica; que a costa de la degradación, de la fealdad y del hambre de mujeres uncidas con asnos haya mujeres que deslumbren de hermosura y de riqueza en los salones, en el paseo, en el palco de la ópera; que mientras sean despreciadas aquéllas, reciban éstas homenaje de admiración y respeto; que, según seculares creencias, unas, por una blasfemia proferida en momento de desesperación, puedan ser condenadas a penas eternas, y otras, con una virtud que no pasa de tranquila y rutinaria adaptación al medio, reciban absolución periódica, y que por la práctica de una caridad que es sólo sport recreativo y muchas veces no representa más que ostentación de orgullo, por la absolución postrera y por la bendición papal, transmitida por el telégrafo, pagada a precio de tarifa y con abundante propina para el dinero de San Pedro, suban al cielo a continuar las dulzuras terrenales con las eternas bienaventuranzas, según el concepto católico-burgués de la justicia, es cosa terrible, capaz de destrozar el corazón del hombre sensible que no ve más allá de la moral oficial, dogmática y rutinaria, pero que activa la inteligencia y la energía del hombre racionalmente equilibrado que por el estudio de la sociología concibe la realidad del ideal y por el conocimiento de la resistencia antiprogresiva del error y del privilegio organiza y fomenta el poder revolucionario emancipador.

LA CONCURRENCIA FEMENINA

Continuando tras esa digresión, hallo que desde que la humanidad entró en el período de civilización actual, la mujer apenas había iniciado la concurrencia al

hombre, pero en la actualidad, y repitiendo lo expuesto en otro lugar, el camino de las pretensiones femeninas se ha ensanchado notablemente al mismo tiempo -su concurrente masculino lo consigna con sorpresa- que sus aptitudes. Una nueva vida económica la obliga a procurar su subsistencia sin la ayuda del hombre, debido en gran parte al egoísmo masculino, toda vez que nuestros jóvenes arrivistas no se casan o esperan alcanzar una sólida situación para declarar su amor a una heredera.

Los misoneístas, los que odian lo nuevo por arraigado atavismo, y son, por tanto, enemigos de la emancipación de la mujer, claman indignados contra esa concurrencia; consideran que haría penar a los hombres entre sí para salir adelante, y la intervención de la mujer hará la vida más difícil, más ruda, más angustiosa.

Lamentos inútiles: si vienen a la ciencia, al arte, a la industria, a todas las manifestaciones de la actividad humana, inteligencias femeninas que la sociedad había relegado a la ignorancia, a la frivolidad, el egoísmo del espíritu burgués puede ver en ello inconveniente, no el hombre recto y bien equilibrado; el intelectualismo habrá adquirido nuevos y valiosos servidores, y con ello se aumentará el capital intelectual humano.

Además, dado el régimen de salariado en que vivimos, aunque el salario sufriera por ello alguna disminución, téngase en cuenta que el hombre no trabaja solamente para sí, sino para su familia; de su jornal apenas consumirá personalmente una tercera parte, de modo que la temida concurrencia femenina todavía podría tomar aspecto de beneficio, considerando como una ayuda el salario de la mujer; con otra ventaja más positiva en el caso de viudez de la mujer y en el de la desunión o divorcio más o menos legal, en que la mujer podrá valerse dignamente por sí misma.

Por otra parte, no son las causas indicadas las únicas ni siquiera las principales de la entrada de la mujer en el salariado; existe la presión de las leyes económicas, resultado del industrialismo internacional, las que han permitido al capital erigirse en potencia de primer orden en los Estados modernos, y que como contrapeso de equilibrio han dado origen al socialismo contemporáneo.

Esos mismos misoneístas, buscando pretextos y argumentos especiosos de defensa, creen haber probado con estadísticas que en los países donde la

industria es doméstica, donde la mujer no ha de salir del hogar, el jornalero gasta menos, ahorra más, tiene menos vicios, goza mayores comodidades, vive más feliz y contento, es más razonable y sencillo, y además se observa que la moralidad general y particular es mayor en otras comarcas. Afirman que la mujer no habría de tener más profesión que los cuidados domésticos, añadiendo que la utilidad de la economía resultante sería mayor que el jornal que pudiera ganar trabajando fuera de su casa. Añaden que separado el matrimonio todo el día, fatigados el hombre y la mujer de cuerpo y de ánimo, cuando se reúnen terminada su tarea, cada cual lleva cierta dosis de malhumor, que estalla con el menor motivo o pretexto. El marido, que no encuentra en su casa ni el atractivo de un interior limpio y bien ordenado ni el consuelo de una esposa paciente y cariñosa, busca en el café o en la taberna una pasajera distracción, y en el alcohol un narcótico que calme sus pesares. Los hijos si existen, son una carga y un estorbo.

Pero aun admitiendo esos argumentos como positivos, ello es que las leyes económicas antes indicadas saltan sobre todo, y países hay que durante siglos han vivido en cierta calma de aspecto patriarcal y por diversas causas se modifican, se convierten en industrias y sufren las modificaciones inevitables en tales casos.

Y ha resultado que la mujer, despojada hoy en general, como lo ha estado siempre parcialmente, del carácter de ídolo celebrado por la literatura, ha formado clase, ha tomado parte en la lucha de clases y ha constituido esa entidad denominada el feminismo, que, entre vacilaciones y tanteos, va formulando sus doctrinas y su ideal, abriéndose paso hacia las reivindicaciones justicieras y racionales de lo porvenir, despreciando las burlas de los necios y recibiendo con mezcla de gratitud y de duda el apoyo de ciertas entidades masculinas.

FEMINISMO RACIONAL

He aquí como hallo definido el feminismo por una persona competente, la escritora María de Belmonte:

«"El feminismo, como principio de justicia, ilustrando a la mujer y recabando derechos para ella, no va contra el hombre, sobre el cual pesan hoy todas las cargas y todas las responsabilidades de la vida, sino a su favor. Trata de repartir estas cargas y estas responsabilidades entre los dos sexos, dando participación a la mujer en aquellas funciones que en armonía con sus aptitudes y sin perjuicio de la raza puede desempeñar".

"Si las mujeres, atendiendo a sus especiales condiciones, no deben dedicarse a arrancar a la tierra -fuente de toda primera materia para el trabajo- sus múltiples productos, ancho campo les ofrece la industria, que transforma esos productos, y el comercio, que los cambia, para sustituir, y en algunos casos ventajosamente, a muchos hombres que, libres de esos cargos, se ocuparían, con mayor beneficio para sí y para la sociedad, en explotar la madre común, estéril en gran parte por falta de iniciativas y de brazos. No sólo en la industria y en el comercio, sino en las artes, en las ciencias y de otros mil modos puede la mujer concurrir con el hombre al bienestar y progreso de los países, y como el trabajo intelectual y material tiene un valor que constituye parte principalísima de la riqueza de las naciones, aun suponiendo que una mujer produzca sólo la mitad que el hombre, el concurso de las mujeres aumentaría de manera considerable la riqueza pública, circunstancia muy digna de ser tomada en cuenta"».

Paralelo a ese concepto del feminismo se presenta otro más ruidoso, más agitador, pero no más razonado ni de efecto más seguro, el feminismo político, que se propone alcanzar el derecho de ciudadanía que dé a la mujer intervención directa en la gobernación del Estado, siendo electora y elegible, que agita más o menos a las mujeres en Inglaterra, en Francia y en todas las naciones sometidas al régimen parlamentario, y que ha llegado hasta presentar candidata a la presidencia de la República norteamericana, cosa, por otra parte, que no tiene nada de particular si se considera que si hay y ha habido reinas absolutas y constitucionales al frente de algunas naciones, no hay motivo racional para que no haya presidentas.

RESUMEN

En resumen: el problema del feminismo consiste en hallar el modo de que la mujer sea dichosa, siéndolo necesariamente también el hombre, ya que el problema de la felicidad designa en toda su integridad la famosa cuestión social.

Para esto ha de reconocerse que la mujer y el hombre son y deben ser unidades equivalentes e iguales para formar la organización anárquica de la sociedad.

Cuando inspirado en mi amor me decidí a hacer el trabajo sobre la mujer que aquí termina, satisfecho por no haber galanteado en mi vida de modo que pudiera hacer infeliz a ninguna mujer, pensé en mi madre, en mis hermanas, en mi compañera, en mis hijas, en diversas buenas mujeres que he conocido y con quienes me he relacionado; me encanta la consideración del gran amor y amistad que he sentido y siento aún, y lo hago constar aquí con el vivísimo deseo de interesar a la lectora que me honre con su atención para que estimule la energía emancipadora de su compañero, para que inculque emancipadores pensamientos a sus hijos, para que extendiendo benéfica influencia en el círculo de sus relaciones y para que desmienta a aquel cínico fraile que desde el púlpito del templo llamado Nuestra Señora de París lanzó al mundo esta afirmación, triste por la verdad que encierra, grosera y repugnante como jactancia de criminal: «Entre laicos y clericales existe esta diferencia respecto de la mujer: vosotros poseéis su cuerpo, nosotros poseemos su alma».

Que esa infamia y todas las consiguientes pasen a ser recuerdo histórico es mi más vehemente deseo.

CAPÍTULO XIV

EL ESTADO

¿QUÉ ES EL ESTADO?

Decía Bakunin que la llamada ciencia jurídica ofrece gran analogía con la falsa ciencia teológica.

El principio fundamental de la teología es la revelación; el de la jurisprudencia, la apropiación: el primero es una invención absurda; el segundo, un hecho positivo, pero inicuo.

Fundadas en el absurdo y en la iniquidad, ambas supuestas ciencias recurren a la lógica, y obrando a semejanza de operación aritmética fundada sobre datos falsos, llegan a resultados que, sí materialmente son exactos, racionalmente son inadmisibles por la falsedad del principio admitido, y sobre tales cimientos se edifican el sistema teológico con su organismo la Iglesia y el sistema jurídico con su organismo el Estado, que sí son lógicos respecto de sus principios fundamentales, se derrumban en cuanto la crítica racional examina sus fundamentos.

A lo dicho en otro lugar sobre lo que se cree y lo que se sabe me remito para juzgar el fundamento de la Iglesia, y acerca de su origen he de consignar esta nota de Reclús, tomada de El Hombre y la Tierra: «La meseta del Irán, Judea, Babilonia, Egipto y Grecia suministraron a los romanos y a los bárbaros entremezclados los elementos de la fe cristiana. Del mismo modo la India envió a todo el Oriente, al otro lado de los montes, misioneros para predicar su nueva creencia a los desengañados sectarios de las religiones antiguas. Siempre en las mismas condiciones de paralelismo histórico, el budismo no logró conquistar parcialmente las poblaciones de la China hasta algunos siglos después de haber tenido su desarrollo inicial en su patria de origen, y cuando no se asemejaba ya a sus formas primitivas. La diferencia principal en la

marcha victoriosa de las dos religiones se explica por las dificultades que opone el medio geográfico al vaivén de los hombres: la palabra de Jesús tardó cinco o seis siglos en recorrer las comarcas mediterráneas y en llegar a las orillas del Océano; la de Buda empleó diez o doce en pasar desde la península hindú hasta el imperio del Medio y el archipiélago del Japón. El cristianismo perseguido no triunfó hasta después de haber llegado a ser la religión de sus perseguidores...».

Tócame ahora hablar del Estado.

Ante todo, ¿qué es el Estado? Para Bastiat, «es la gran ficción por medio de la cual todo el mundo se esfuerza en vivir a expensas de todo el mundo»; para Renán, «es un autócrata sin igual que tiene derechos contra todos y nadie los tiene contra él».

Tras estas afirmaciones de carácter negativo, tienen interés estas dos contradictorias: «No es posible que el Estado se encargue de nivelar, en los diversos casos de la vida, el esfuerzo y la satisfacción de las necesidades de cada uno. No dispone de medios para tal colosal empresa... Los artificiosos medios de la acción coercitiva del Estado, y aun de sus procedimientos humanitarios en apariencia, son ineficaces». Pedregal. «Todos los proyectos, todas las leyes que dicte el Estado podrán ser discutidos en su utilidad y en su eficacia, pero no podrá sostenerse que son contrarios a los fines del Estado, a su poder y capacidad. Todo se puede hacer y se hace en todas las naciones, bajo todos los regímenes de tutela del Estado». Azcárate.

Pi y Margall escribió en *La Reacción y la Revolución*, hallándose libre y en todo su vigor intelectual, este grandioso pensamiento: «Dios, poder, propiedad, expresan una sola idea: la de imposición, de autoridad, de mando; y he aquí por qué la especie conspira a la vez a la negación de la propiedad, los dioses y los reyes». Después, oficiando de jefe político, dijo: «El Estado es el que por sus códigos mantiene la monstruosa desigualdad de condiciones que hoy existe, móvil e incentivo de la guerra; él es el que debe irla amenguando a fuerza de corregir leyes que tienen su origen en el egoísmo de los patricios contra los plebeyos de la antigua Roma».

El verbo mantener, aunque usado en presente en esta definición, no se refiere sólo a la época actual, sino que es presente en todas las épocas pasadas y en

las futuras, mientras la institución exista; y siendo agente de la desigualdad de condiciones, ¿ha de amenguarla por medio de leyes?

Un jurisconsulto francés me suministra respuesta adecuada en el fondo, aunque no del todo pertinente en la forma. «Cuando la ignorancia domina en el seno de las sociedades y el desorden en los espíritus -dice Dalloz-, las leyes alcanzan un número infinito. Los hombres esperan todo de la legislación, y como cada ley nueva es un nuevo desengaño, piden sin cesar a los legisladores lo que no pueden esperar más que de sí mismos, de su educación y de la moralidad de sus costumbres».

Dos hombres eminentes del siglo XIX, que ocuparon lugares diametralmente opuestos, coincidieron en la significación del Estado con respecto al individuo. León XII dijo: «No existe razón para recurrir a la providencia del Estado, ya que antes de que se formara la sociedad civil tenía por la Naturaleza el derecho de proveer a sus necesidades». Y Renán expuso este sencillo y grandioso pensamiento: «El hombre es anterior y superior al ciudadano».

Consultado Salmerón acerca de las amenazas y de los temores suscitados al iniciarse el movimiento de 1º de Mayo, dijo: «Antes, por la imposición de unas clases sobre otras, pudo haber Estado teocrático, Estado aristocrático, Estado mesocrático. El Estado que se funde con el advenimiento de los obreros a la plenitud de la vida social y política será por fuerza un Estado democrático en que, integrada la sociedad con la racional y legítima representación de todos sus miembros, haya poder de todos, gobierno de todos y no predominio de unas clases sobre otras ni imperio de la masa».

Los anarquistas españoles tenían negada, con anterioridad a esa manifestación, la posibilidad del Estado democrático en su manifiesto de Febrero de 1886, con el siguiente párrafo: «La democracia (gobierno del pueblo por el pueblo) es una ficción irrealizable; nunca el pueblo, tomando esta palabra en la acepción de los trabajadores asalariados, privados de instrucción y de medios de subsistencia, llegará a gobernar. Mienten los que le quieren hacer demócrata, los que le predicán democracia, porque los que tienen el monopolio de la ciencia y de la riqueza nunca se dejarán gobernar por su criado, por su zapatero, por su sastre, por su arrendatario, por ninguno de los que proveen a su holganza».

Considerando la pluralidad de los Estados y sus relaciones mutuas, dijo Proudhon: «De Estado a Estado, el único derecho común es el de la fuerza».

Y en concordancia con ese pensamiento, y teniendo en cuenta su consecuencia natural el patriotismo, dijo Valtour: «La popularidad de un hombre de Estado en su país se suele medir por el mal que ha hecho al resto de la humanidad».

Tan contradictorias definiciones del Estado, de que es pequeña muestra lo expuesto, debieron inspirar a Bastiat al hacer la siguiente proposición: «Quisiera que se fundara un premio, no de quinientos francos, sino de un millón, con corona, cruces y cintas, en favor de aquel que diera una buena, sencilla e inteligible definición de esta palabra: Estado. ¡El Estado! ¿qué es? ¿dónde está? ¿qué hace? ¿qué debería hacer? Todo lo que sabemos es que es un personaje misterioso y seguramente el más solicitado, el más aconsejado, el más invocado y el más provocado que pueda haber en el mundo».

Cautelar dio una idea del Estado en conformidad con la fraseología democrática, que habla de libertad sin consideración a las condiciones político-sociales que la niegan o la imposibilitan. «Toda la historia moderna -dice el célebre orador- se reduce a convertir en funciones de la Sociedad aquello que antes parecía función del Estado. Y como lo más social entre todas las funciones sea el trabajo, el Estado deja de regirlo por medio de reglamentaciones, como las que suponían los gremios o las leyes suntuarias, y lo regula completamente la Sociedad por medio de la libre asociación y de la libre concurrencia».

¿Es cierto que por desinteresarse el Estado de regir las funciones del trabajo, lo regula la Sociedad con las libertades de asociación y de concurrencia? Podrá serlo de burgués arriba en la esfera del monopolio y del privilegio, no para los trabajadores desheredados del patrimonio universal, porque ahí está el derecho de propiedad legal, que es para unos apropiación y para otros expropiación, subsistente mientras haya Estado que conserve el Código, hasta que la Revolución social, en su moderno sentido de evolución realizada, practique la expropiación de todo lo que signifique usurpación.

QUÉ REPRESENTA EL ESTADO

Visto que no hay facilidad de entenderse sobre qué es el Estado, probemos de indagar qué representa, sirviéndonos de guía el método y lógica inflexible de Bakunin.

El Estado representa el conjunto de las negaciones de las libertades individuales de todos sus miembros, o el de los sacrificios que hacen todos sus miembros, renunciando a una porción de su libertad en pro del bien común. Según la teoría individualista, la libertad de cada uno es el límite o la mutilación de la libertad de todos. Sobre esa limitación o mutilación se basa el Estado, y por tanto, donde comienza el Estado cesa la libertad individual.

Cuanto se diga para justificar tal atentado a la libertad, es puro sofisma. Se dirá, por ejemplo, que el Estado democrático, basado sobre el sufragio universal, no puede ser negación de la libertad; mas aparte de cuánta falsedad existe en la supuesta justicia e igualdad de esa manifestación de la soberanía nacional, resulta que en el Estado democrático la voluntad de la colectividad gravita con toda la enormidad de su peso sobre la libertad de cada uno. Se añade que el Estado restringe la libertad de sus individuos para evitar el mal y la injusticia; les impide defenderse, robarse, matarse, y en general, practicar el mal, dejándole libertad para el bien; pero ¿qué es el bien? Antes, cuando cada individuo quedaba sumergido en el aislamiento de su libertad, no podía existir la distinción entre el bien y el mal, y las únicas consideraciones que había de guardar respecto de los otros eran las que le aconsejaban su debilidad o su fuerza relativas, es decir, su prudencia o su interés propio. Consiguientemente, juzgando según el criterio individualista dominante, el egoísmo era la ley suprema, el único derecho; el bien, pues, era determinado por el éxito; el mal, por el fracaso, y la justicia era la consagración del hecho realizado.

La distinción del bien y del mal para los individualistas, se funda en la supuesta celebración del contrato social: cuando todo lo considerado de interés común se proclamó bueno, y todo lo que le contrario, malo. Los contrastes, convertidos en ciudadanos unidos por un compromiso más o menos solemne, contrajeron por eso mismo el deber de subordinar sus intereses al bien común, cuyo representante el Estado quedó investido del poder de reprimir todas las

rebeldías del egoísmo, a la vez que con el deber de proteger cada uno de sus miembros en el ejercicio de sus derechos.

Tal fundamento se atribuye al Estado moderno, no todavía práctico, sino como aspiración progresiva, como sueño futurista, como utopía de hoy que no puede ser la realidad de mañana.

El Estado laico más o menos emancipado del yugo de una Iglesia, por el antagonismo de intereses con los otros Estados, se emancipa, también de la moral religiosa, y por consecuencia, rechazando el principio de la moral universal o cosmopolita, no ya de una Iglesia, la católica como cualquier otra, sino puramente humana, se coloca en el terreno de la inmoralidad.

Y esa inmoralidad resulta mayor si se tiene en cuenta que en las naciones cultas los gobernantes y los privilegiados en general, según su abolengo católico o protestante, se someten al cristianismo sin convicción, sin fe, únicamente con el fin de conservar y fomentar la ignorancia pública, para alucinar a las masas populares con el misterio y el prestigio similoresco de la Biblia o del Catecismo, para que los que creen y no saben se sometan a la obediencia y a la explotación.

Queda como base fundamental de la moral individual el interés del individuo, y de la moral social de interés del Estado. De ahí han partido siempre los estadistas: todo lo que sirve o se considera conveniente a la conservación, grandeza y poder del Estado, es el bien, y todo lo contrario, por racional y justo que sea, es el mal.

La existencia de un solo Estado supone necesariamente la de otros, por ser natural que los que se hallan fuera de él y por él amenazados en su existencia y en su libertad, se asocien contra él; y así tenemos la humanidad dividida en gran número de Estados hostiles y amenazadores los unos respecto de los otros.

Entre los diferentes Estados no existe derecho común, porque si existiera cesarían de ser Estados independientes. Existen tratados que regulan las relaciones de los Estados entre sí; pero esos convenios son siempre contratos leoninos, impuestos por los fuertes a los débiles y que se conservan o se

rompen según las circunstancias que hacen oscilar la fuerza o la debilidad de los Estados contratantes.

Ese Estado único de que hablan sin convicción los políticos radicales cuando quieren arrancar un aplauso o acallar la propaganda anarquista, fantaseando sobre la anulación de fronteras, destrucción de aduanas y fraternidad universal, se halla negado por su espíritu autoritario, por su sistema de monopolio y de usurpación de los bienes y las riquezas sociales, por su acatamiento a aquella legislación romana que consideran imperecedera, conjunto de errores y absurdos que trae consigo toda la caterva de obreros de la iniquidad de manto, frac, toga y uniforme.

Todo Estado tiene contra sí la hostilidad latente o declarada de todos y cada uno de los demás Estados, y por su propia naturaleza y obedeciendo la ley de su existencia procura ser fuerte, el más fuerte de todos: ha de devorar para no ser devorado; ha de conquistar para no ser conquistado. Para arreglarlo todo, para sacar adelante su interés contra el interés de los demás Estados, tiene diplomáticos, almirantes y generalísimos que derrochan insidias, fuerza, sangre y riqueza en cantidades asombrosamente enormes y en pura pérdida para la humanidad, hasta el punto de haber puesto sobre la libertad, igualdad y fraternidad que soñaron los revolucionarios el infame y repugnante *si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz, prepara la guerra).

El Estado es, pues, la negación de la humanidad; rompe la solidaridad universal; cubre con su protección exclusivamente, aunque con relación a los privilegios de que disfrutan, a sus súbditos; no reconoce ningún derecho fuera de sus límites, y en ellos él solo, que no es nadie, tiene derecho contra todos. Como consecuencia lógica, cuando llega el caso, y ese caso está llegando siempre, porque no hay día que no truene el cañón en un punto cualquiera del mundo, hace alarde de más feroz crueldad contra todas las poblaciones extranjeras que puede saquear, exterminar o someter, y cuando se muestra generoso, no es nunca por reconocimiento de un deber, sino por un refinamiento de crueldad, por la esperanza de obtener después un beneficio mayor, que naturalmente ha de considerarse como mayor perjuicio para quienes son las víctimas.

Sobre esa negación evidente de la humanidad se funda el patriotismo, del que ha dicho Bakunin:

«Ofender, oprimir, expoliar, saquear, asesinar o esclavizar al prójimo, según la moral ordinaria de los hombres, es criminal. En la vida pública, por el contrario, cuando tales acciones se ejecutan para glorificar al Estado, para conservar o para ampliar su poderío, es virtuoso, es patriótico; y esa virtud es obligatoria para cada ciudadano patriota, no sólo contra los extranjeros, sino contra sus mismos conciudadanos cuando lo reclama el Estado. Esto nos explica por qué desde el nacimiento de los Estados el mundo de la política ha sido siempre teatro de la alta picardía y del sublime bandidaje; bandidaje y picardía altamente reverenciados como imposición del patriotismo, del interés supremo del Estado. Así se comprende que la historia de los Estados antiguos y modernos sea una serie de crímenes repugnantes; que todo mandarín y gobernante, juzgados desde el punto de vista de la simple moral, sean la inmoralidad en acción, porque no hay crueldad, perjurio, impostura, transacción acomodaticia, traición, que no realicen diariamente y que no estén dispuestos a perpetrar, siempre excusados por la razón de Estado, definida por Maquiavelo».

La lección más culminante de la historia consiste en la demostración de que el Estado ha sido siempre patrimonio de un autócrata o de una clase privilegiada cualquiera: un rey, la nobleza, el clero o la burguesía. Podrá el Estado llevar una vida lánguida o floreciente, según las circunstancias; pero es inevitable, siempre hay un dominador, sea individuo o sea clase privilegiada.

TRASFORMACIONES POLÍTICAS EN ESPAÑA

Desde la adopción por España del liberalismo han regido en ella las siguientes Constituciones: la de 1812, restaurada en 1820 y en 1836; la de 1837, la de 1845, la de 1855, la de 1869, la de 1873 y la de 1876. El catálogo de nuestros pronunciamientos, conspiraciones, guerras civiles y revoluciones triunfantes durante el curso del pasado siglo es aterrador, en el cual, a excepción de los últimos años, y por efecto del escepticismo dominante, no pasó un período de veinte años sin que el gobierno establecido no fuera derribado por el triunfo de una rebelión, como lo demuestran los siguientes datos:

En 1808 fue destronado Carlos IV por el motín de Aranjuez. Proclamado Fernando VII, fue pronto depuesto y desterrado por el ejército francés. Entronizado José Bonaparte y sostenido por los invasores, duró su reinado tanto como la invasión. Restaurada la Constitución y la dinastía española en 1813, el primer acto del rey, que en el extranjero felicitó al invasor por sus victorias, fue anular la Constitución en Valencia, proclamándose rey absoluto. En 1820 fue establecida la Constitución por el alzamiento revolucionario de Riego. En 1823 fue suprimida la Constitución, dominando en España durante catorce años el terror clérico-realista. En 1837 se restableció otra vez la Constitución, y poco después, en el mismo año, otra rebelión triunfante despojó de la regencia a Cristina. En 1843 cayó del poder Espartero por el triunfo de otra rebelión. En 1854 triunfaron los progresistas por el pronunciamiento de Vicálvaro. Otro pronunciamiento dio el poder a unionistas y moderados. En 1868 fue destronada Isabel II, y tras el gobierno provisional, la regencia y la monarquía de Amadeo, vino la República y la Restauración.

En el siglo XIX ejercieron el poder soberano en España Carlos IV, Fernando VII, José Bonaparte, Cristina, Espartero, Isabel II, Serrano, Amadeo I, Figueras, Salmerón, Pi y Margall, Castelar, Alfonso XII, otra Cristina y quedó en preparación para comenzar el siglo XX Alfonso XIII.

Durante la preparación de cada cambio de personal gobernante, necesitándose al pueblo como elemento de fuerza que se retira de lo que ha de derribarse y como instrumento y sostén de lo que ha de levantarse, se perfeccionó el arte de los programas o de las promesas sugestivas, de las que deciden y entusiasman a las multitudes, y el resultado fue siempre el que obtiene el que, como vulgarmente se dice, saca las castañas del fuego.

LA DESAMORTIZACIÓN

Un hecho notable y de gran efecto social ocurrió entre las revueltas españolas del siglo XIX: el conocido con el nombre de desamortización.

La guerra civil ardía en las provincias del Norte y del Nordeste; el pretendiente tenía un ejército tan numeroso y disciplinado como el del poder central, y la solución del conflicto, abandonada a la suerte de las armas, era dudosa y se consideraba lejana. En tal situación, Mendizábal tuvo la inspiración salvadora:

viendo que el clero era el elemento prestigioso de la facción, atacó al clero en su parte sensible, en la flor de sus privilegios, en sus riquezas, amasadas tras siglos de dominio y de propagación de fanatismo; de una plumada declaró bienes nacionales cuanto constituía la riqueza inmobiliaria poseída por ese conjunto de individuos denominado el clero, y anunció su venta a los particulares en condiciones de suma facilidad y ventaja. La Iglesia protestó, anatematizó y excomulgó, pero los creyentes adinerados o simplemente astutos acudían como moscas a las subastas, y desamortizaban o se apropiaban aquellos bienes amortizados, que cambiaban de usurpador, desequilibrando por la expropiación y nueva apropiación las fuerzas en lucha. Muchos neutros y hasta apasionados absolutistas y cristianos viejos, convertidos en propietarios, modificaron sus convicciones según sus intereses y se hicieron liberales, terminando aquella guerra civil de siete años con un convenio-farsa que aplazó la lucha hasta futuras ocasiones más propicias. Como resultado, se creó esa burguesía conservadora o revolucionaria, según las conveniencias, impulsora de los negocios que fomentan la riqueza de clase por la explotación industrial y la sisa comercial, y el pueblo vio una vez más una revolución liberal consumada en su nombre y que no obstante le dejaba en la eterna miseria.

Quedó realizada aquella expropiación que Pi y Margall expresó, en su discurso en favor de La Internacional, en los siguientes términos:

«¿Qué era la propiedad antes de la Revolución? La tierra estaba en su mayor parte en manos de la nobleza y del clero. En manos de la nobleza estaba amayorazgada, en manos del clero amortizada, en unas y otras manos, fuera de la general circulación. Como quedaban todavía grandes restos del antiguo feudalismo, sucedía que la propiedad, ora estuviese en manos del clero, ora en las de la nobleza, llevaba en muchas provincias aneja la jurisdicción y el cobro de tributos, así reales como personales, a pueblos enteros”.

“¿Qué hicisteis vosotros, es decir, qué ha hecho la Revolución? Por un decreto devolvió al Estado la jurisdicción que había sido entregada a los antiguos señores feudales, y declaró abolidos los derechos señoriales; por otro declaró libre la mitad de los bienes amayorazgados en manos de los que entonces las poseían, y la otra mitad en manos de sus inmediatos sucesores”.

“Después de haber ahuyentado con la tea en la mano las comunidades religiosas, declaró por otro decreto nacionales los bienes de esas comunidades, y no satisfecha con esto, se fue apoderando de los bienes del clero secular, de los de beneficencia e instrucción pública, de los de los municipios y las provincias”».

La lección es buena, y el pueblo, la clase baja, el proletariado, la ínfima clase social, ha de aprovecharla y la aprovechará en su día. Entretanto los trabajadores neutros y los políticos, principalmente los que elevan candidatos a las alturas del parlamentarismo y del poder, se quejan y no comprenden por qué no se tienen en cuenta sus sentidas reclamaciones.

LO QUE TIENE EL PUEBLO

Tiene ese pueblo gobernantes que, una vez en el poder y dueños de todas las fuerzas vivas y de todos los recursos nacionales, le abandonan y le desprecian;

Tiene un ejército, salido de su misma clase y de su misma sangre, que representa la fuerza en defensa de las instituciones y de la propiedad, y que le amenaza con sus armas al menor signo de violencia que de a sus reivindicaciones;

Tiene el clero a quien paga, a quien cree y al que los gobernantes toleran para que enerve la voluntad popular y se deje esquilmar tranquilamente;

Tiene una Universidad que vincula la ciencia oficial con los herederos de los ricos, que no por ese monopolio se libran de la ignorancia;

Tiene magistrados encargados de juzgarle y de aplicarle un código arcaico y absurdo;

Tiene representantes que desde el día de su elección dependen sólo de su ancha conciencia;

Tiene gobernadores que dependen del ministro;

Tiene diputaciones y ayuntamientos que dependen del gobernador;

Tiene polizontes que le espían y le apuntan en la lista de sospechosos;

Tiene patronos que al menor conato emancipador le asedian con el pacto del hambre;

Tiene propietarios de su inteligencia, de su actividad y de su fuerza por el goce del derecho de accesión.

Y en tal situación, grande como la humanidad y débil como un niño, se admira de que no se cumpla su voluntad soberana.

LA POLÍTICA

La política, pues, promete el triunfo de la justicia social como resultado de estos dos milagros: 1º, que de las urnas electorales salga una colección de hombres que representen las necesidades y la voluntad del pueblo; 2º, que esos hombres extraordinarios no encuentren delicioso aprovechar para sí propios el estado excepcional en que se les coloca.

Desengañémonos: hay que buscar las causas en lo más profundo. La mala fe de los políticos de oficio podrá agravar el mal, pero no lo crea. Malo es que un gobierno dé órdenes reaccionarias, pero peor es que haya gobiernos.

Nuestra suerte está en manos de los que nos gobiernan, porque el Estado es todo y la nación nada.

Sea cualquiera el nombre del que manda y la etiqueta que se ponga a la forma de gobierno, no cambia el fondo de las cosas, y el Estado tendrá siempre todo en sus manos y dependeremos de las voluntades, de las preocupaciones, de los caprichos y hasta si se quiere de la honradez que por chiripa conserve algún jefe político; estaremos a la merced de una intriga parlamentaria cualquiera, y

bastará un cambio de personal, hoy liberal, mañana conservador, para obligar a la nación a avanzar o a retroceder.

A la frase de Luis XIV: «El Estado soy yo», todos nuestros liberales se indignan; pero cuando el Estado moderno dice: «Yo soy la nación», y obra en consecuencia, ¿qué diferencia existe?

Y el Estado tiene razón: le habéis dado todo; él es el más fuerte, y aunque protestáis diciendo que sois el pueblo soberano, lo cierto es que los os gobiernan, los que os racionan la libertad, la existencia, el aire respirable, vuestros derechos, los que legiferan sobre todo, contra todo, y particularmente contra vosotros, de vosotros mismos han recibido el poder.

Es verdad que se os concede el derecho de cambiarlos, pero es sólo en teoría, porque de hecho sois impotentes contra el encasillado y el caciquismo; eso sin contar que cuanto más se cambian, el mal persiste del mismo modo, porque tiene raíces más profundas y porque es un error creer que cambiando la investidura del poder se cambia su esencia.

Que el poder de ejerza en nombre del derecho divino y hereditario, o que se le haga derivar de la soberanía popular y del derecho electoral; que sea ungido por el óleo santo, por la pólvora de las barricadas, por el tumulto de la cuartelada o por la candidatura de los comicios; que sea representado por un hombre o por una asamblea, siempre tiene las mismas prerrogativas, la misma omnipotencia, y desde el momento que habéis sancionado con más o menos conocimiento de causa, con más o menos libertad moral o material, el poder que sale de vosotros ya no es vuestro, no os pertenece, es vuestro enemigo.

La teoría de la soberanía delegada es la que informa la política democrático-liberal, y quien estudia el asunto despreocupada y racionalmente ve con toda evidencia que el Estado no es ni puede ser liberal ni democrático, porque quien manda no obedece; en él no se hallará nunca la libertad ni la igualdad, porque es la autoridad, y por consecuencia, el privilegio, o sea la negación de la libertad y la igualdad; no se encuentra en él tampoco la justicia y la seguridad, porque la justicia no existe donde la libertad y la igualdad son atropelladas, ni la seguridad donde los oprimidos y los desheredados levantan incesante protesta, que es como amenaza permanente.

A cada desengaño político se os dice: «Elegid mejores representantes». ¿Luego habéis escogido siempre mal? No; es que es imposible escoger mejor.

Todo el sistema dictatorial, autoritario y gubernamental -tres sinónimos, notadlo bien- se basa en la insensata idea de que el pueblo puede ser representado por otros que no sean él mismo; nadie puede representar al pueblo porque nadie conoce mejor que él sus necesidades y sus aspiraciones. Pueden representarse intereses circunscritos, definidos, limitados, no una abstracción; se representa una sociedad, un grupo económico, una corporación productora; el pueblo nunca.

El Estado, pues, no os representa; él no representa más que a sí mismo, es decir, a los que tienen la sartén por el mango, a los que constituyen las llamadas clases directoras; luego él y vosotros sois dos entidades, y dos no pueden ser uno.

Pues si el Estado, en sentido contrario a su etnología, es mutable en su manera de ser, a pesar de la permanencia que debe a la iniquidad y a la tiranía; si no se acomoda en la práctica a ninguna de las infinitas teorías que con fin laudable se han inventado para justificar su existencia, sí, bien concuerda únicamente con aquellas que inventaron los cínicos que en el mal se complacen porque a su sombra viven; si ha de perecer, como aseguran sus mismos partidarios y como lo prueba su misma decadencia, ¿qué es la política? Si pretende ser ciencia, es falsa, porque carece de principios fijos y de objeto racional; si se le considera como arte, como la definen muchos, hay que convenir en que es poco artística, y más bien es una artimaña para someter a los hombres, y por eso estuvo muy en lo firme aquel que dijo que sólo hay dos maneras de gobernar a los hombres, por la fuerza o por la farsa, o aquel otro que definía la política diciendo que no es ciencia, ni arte, ni oficio, sino artificio: luego, políticos, no hay escape: o embaucadores o cándidos, eso sois; escoged según el estado de vuestra conciencia o de vuestra ignorancia.

Hay una analogía que me parece perfecta para dar a conocer la política, y es ésta: la alquimia era una falsa ciencia que buscaba la piedra filosofal, o sea el secreto de convertir en oro todos los metales, y la panacea universal que curase todas las enfermedades; la astrología pretendía conocer por la situación de los astros el destino de las personas, y tanto la una como la otra eran pura charlatanería; pero del estudio y de las observaciones hechas por alquimistas y

astrólogos nacieron la química, ciencia que estudia la Naturaleza y las propiedades de los cuerpos simples, la acción molecular de esos cuerpos los unos sobre los otros y las combinaciones debidas a esta acción, y la astronomía, que enseña a determinar la posición relativa de los astros, su configuración, y a determinar la ley de sus movimientos. Lo mismo sucede con la política, especie de alquimia y de astrología, cuyos errores de principio y locuras de ideal en busca del buen gobierno se desvanecerán, dejando cantidad de elementos para la sociología, ciencia nueva, pero de la cual sabe ya todo el mundo que trata de las relaciones humanas en lo pasado, lo presente y lo porvenir, y que ha de determinar racionalmente y de acuerdo con la Naturaleza las bases de la futura sociedad.

En vista de este dato importantísimo, yo conjuro a cuantos tengan sana razón que dejen de pedir remedio a sus males y solución a los conflictos presentes a la política, vana ciencia y torpe arte, y de la misma manera que consultan sus enfermedades con el médico y rechazan la supersticiosa intervención del curandero, acudan a la sociología, ayuden si es necesario a su desarrollo y progreso en aquello que aun carezca de solución, y sólo de este modo se obtendrá el resultado apetecido.

SUPOSICIÓN PREVISORA

Si de la noche a la mañana se disolviera el Estado y nos quedáramos sin gobierno, suposición a la que hemos de acostumbrarnos para hacer frente a los acontecimientos que nos depara el porvenir, ¡qué lamentos lanzarían los obstinados autoritarios! ¡Estamos sin gobierno! ¡Cómo viviremos ahora! Faltos de poder ejecutivo, legislativo y judicial; sin un ministerio que asuma todas las iniciativas porque reúne en sí todos los poderes; sin una magistratura y sin tribunales que hagan funcionar la balanza de la justicia y la espada de la ley; sin un ejército que con sus coloreados uniformes y sus brillantes armas ostente con majestad nuestra bandera y ametralle de cuando en cuando a sus compatriotas descontentos; sin esa multitud de funcionarios, desde guindilla hasta rey o presidente, que por un trabajo mínimo en lo que pueda tener de útil, si algo tiene, consumen millones infinitos, ¿qué haremos? Pues sencillamente: nosotros mismos nos defenderemos, nos administraremos,

reformaremos a voluntad los abusos que dificulten nuestro adelanto, trabajaremos, consumiremos nuestra producción libremente sin pagar diezmos ni primicias a privilegiados holgazanes, sin consultar en nuestras decisiones más que nuestros propios intereses y nuestra propia razón, exentos ya de todo interés ajeno, sea de gobierno, sea de razón de Estado.

Suponed, en consecuencia, que ya no existen explotadores parásitos y ociosos: ¿qué perderemos con ello los que trabajamos y producimos? La tierra y sus riquezas naturales y apropiadas estarán ahí siempre permanentes, sus bosques que nos suministran madera, sus minas repletas de carbón y hierro, sus feraces campos, sus ríos, sus mares, rodeada con su benéfica atmósfera, iluminada con su esplendente sol y entregada a ese conjunto de armonías universales que viven por sí sin tener en cuenta los errores, las preocupaciones ni los crímenes de nuestros tiranos. No morirá la humanidad de hambre, de sed, de frío ni de calor; únicamente habrían variado las condiciones de trabajo.

¿ES NECESARIO EL ESTADO?

¿Para qué se necesita el Estado? ¿Qué servicios nos presta que no podamos hacer todos mejor y más barato?

Dícese que nos defendería contra una invasión extranjera: ¡ah! Francia, en 1793, con sus obreros y campesinos ignorantes, casi desarmados, faltos de organización y disciplina, pero inspirados por la idea de redención humana, rechazaron la coalición europea. Esos mismos franceses aguerridos, disciplinados, valientes, ensoberbecidos por la victoria, pero dominados por un emperador soberbio, sucumbieron más tarde ante los guerrilleros españoles, ante la fuerza genuinamente popular en el Bruch, en Madrid, en Gerona, en Zaragoza, en Bailén, mientras el rey Fernando y sus cortesanos, es decir, el Estado, felicitaban a Napoleón por sus efímeros triunfos. Eso demuestra que nunca un ejército vale tanto como un pueblo, y siempre que un Jerjes vaya con sus legiones infinitas contra un pueblo libre y que quiere serlo, encontrará nuevas Termópilas, donde trescientos hombres que hayan jurado su muerte y asistido previamente a sus funerales les cierren el paso.

Dícese que con sus códigos y sus tribunales defiende la vida y la honra de los ciudadanos, pero léase esta cita de autor competente en la materia:

«Me es demasiado familiar la historia de los procedimientos judiciales para mirarlos con supersticiosa veneración. Los jueces son hombres y han mostrado siempre, como tales, su debilidad. Sí; los mayores crímenes han sido perpetrados por los tribunales de justicia. La sangre de infinidad de mártires les grita y emplaza desde la tumba». (Summer, senador de los Estados Unidos).

Véase esta afirmación de Lombroso:

«No merece fe una justicia que, imponiendo pesadas cargas a las personas honradas, castiga apenas al 20 por 100 de los criminales, los cuales no suelen ser más que unos imbéciles, mientras deja a los restantes libres y con frecuencia admirados y obedecidos en medio de los débiles y de los inocentes, destinados a servir de víctimas».

Se invoca también la sabiduría y la rectitud de nuestros legisladores, pero gente de oficio dice de sus colegas: «De 750 representantes del pueblo hay 700 que votan inconscientemente, obedeciendo la orden del gobierno o de los malos jefes de los partidos, y sólo 50 saben lo que traen entre manos, aunque no por eso voten a conciencia».

Kropotkin ha dicho: «La historia de la segunda mitad del siglo XIX ha dado la prueba viviente de la impotencia del gobierno representativo para cumplir las funciones que se le habían confiado. Un día se citará ese siglo como fecha de fracaso del parlamentarismo».

Un diputado francés ha dicho lo siguiente, que no es nuevo para nadie que se entere algo de los sucesos políticos: «Los hombres políticos, en su sed de riquezas, además de abusar del presupuesto y de emplear los medios más repulsivos para arrastrar al rebaño electoral, han adquirido la costumbre de mezclar sus intereses personales con la política, de intrigar en la Bolsa, en las sociedades bancarias, en las adjudicaciones de contratas, etcétera. De ese modo exhala el Parlamento hedor insoportable de inmundicia».

También de un diputado francés es la siguiente verídica y conocida afirmación respecto de la ignorancia de nuestros legisladores y gobernantes: «En cada

asamblea legislativa una treintena de diputados, todo lo más, entienden algo de los asuntos sometidos a su resolución».

Según estadísticas oficiales, en Inglaterra, en el período transcurrido desde el estatuto de Merton hasta fines de 1872, se dictaron 18.100 disposiciones legislativas, de las cuales se derogaron en todo o en parte cuatro quintas partes; del 70 al 72 se enmendaron 3.532 de éstas y se derogaron 650 del reinado de la reina Victoria y muchas de las de otros reinados. Unas leyes fueron derogadas por perjudiciales, otras por innecesarias y no pocas por moda, o si se quiere por cambio de opinión de los legisladores.

En España no tenemos estadísticas para apreciar estos hechos, pero se comprende que han de ser más graves, porque las causas de desbarajuste son aquí mayores y más perturbadoras.

No teman, pues, los autoritarios, porque, como muy oportunamente dice Spencer, no se debe al Estado esa inmensa multitud de inventos útiles, desde la azada hasta el teléfono; los grandes descubrimientos científicos, los sorprendentes mecanismos debidos a la producción, las transacciones mercantiles que facilitan el cambio de productos en todo el mundo, el perfeccionamiento artístico, hasta el mismo lenguaje de que nos servimos, todo se ha hecho por la actividad espontánea de los individuos o de las colectividades, a pesar de los gobiernos.

LA PREOCUPACIÓN AUTORITARIA

Existe, por desgracia, y como consecuencia natural de errores tradiciones, la preocupación autoritaria, que supone absolutamente necesaria la acción providencial del gobierno enfrente de la supuesta incapacidad ingénita de los gobernados para regirse por sí mismos, sin caer en la cuenta de que gobernantes y gobernados son seres de la misma especie, y que si éstos necesitan de un guía y un freno, aquéllos, por su situación privilegiada, carecen de freno y de guía, y necesariamente han de cometer los males que a sus subordinados se atribuyen, aumentados con los abusos que su ventajosa situación les permite.

Toda nuestra educación y todas las ideas predominantes fomentan la creencia en la necesidad de un gobierno. Religión, filosofía, métodos históricos, teorías jurídicas, todo conspira al fin de hacer aceptable la servidumbre, de donde resulta que nos acostumbramos a creer que el Estado y los estadistas son todo, y nos pasa desapercibido que millones de ciudadanos pasan su vida entera sin conocer del Estado otra cosa que las cargas que les impone. En el comercio, en la industria, en el arte, en la ciencia, en la amistad, en el amor, se realizan multitud de actos y operaciones sin la intervención del gobierno, o si interviene es para dificultar, gravar y perjudicar de mil maneras. En los montes, en los valles, en las pobres viviendas de las orillas del mar y en las barcas que apenas resisten las embestidas de las olas, viven muchas familias con las cuales el gobierno carece de relación. En el interior de las poblaciones existe considerable número de habitantes que viven años y años sin tener nada que ver con los poderes públicos.

El Estado, a pesar de las infinitas definiciones teóricas que de él se han dado, tiene de hecho como principal misión mantener el orden, es decir, sostener la inmovilidad contra el progreso, asegurar la obediencia a las leyes existentes, o lo que es lo mismo, oponerse a toda reforma. De donde se sigue lógica y evidentemente que su objeto único, o si no el resultado más positivo que produce, consiste en impedir que los vasallos o ciudadanos alcancen el bienestar ideal a que a todos nos impulsa nuestra propia naturaleza.

Disuélvase el Estado, suprimase la dictadura gubernamental, y ya los trabajadores no tendríamos frente a frente más que hombres, fuerzas económicas cuyo equilibrio se restablecería inmediatamente por la fuerza misma de las cosas, por la gravedad, por la estática, sin lucha ni desavenencia de ninguna clase. No teniendo el capitalista un ejército que le guarde las espaldas, ni el trabajador enfrente, detrás y a los lados legiones de beneméritos y polizontes, la partida se nivelaría racionalmente y la resolución sería forzosamente justa.

Fourier decía: «Tómese una cantidad de chinasy guijarros, póngase en una caja, agítense después y por sí mismos se arreglarán en un mosaico mejor que lo haría un artista».

Kropotkin hace notar brillantemente la tendencia constante hacia la ampliación del campo de la iniciativa privada y el reciente aumento de grandes organizaciones como resultado del espontáneo y libre acuerdo, a pesar de la preocupación gubernamental y de los obstáculos que oponen los gobiernos: la red de ferrocarriles europeos, que por simples contratos de las compañías permiten el tránsito de viajeros y mercancías sin retrasos ni entorpecimientos; el Beurden holandés, que extiende su organización sobre los ríos de Alemania y la navegación del Báltico; las innumerables asociaciones amalgamadas y los sindicatos franceses; las asociaciones federadas de salvamento; las innumerables sociedades benéficas, científicas, artísticas, recreativas y de otra índole que se extienden por todo el mundo civilizado, prueban que por todas partes los hombres se sustraen a la tutela del Estado para desarrollar sus aptitudes y satisfacer sus aspiraciones al calor de los principios de libertad y de solidaridad.

Esos hechos tan numerosos y conocidos son uno de los rasgos más salientes de nuestra época. Esos organismos brotaron espontáneamente, se extendieron con rapidez, se agregaron con facilidad, son resultados inevitables de las necesidades del hombre culto, sustituyen perfectamente la intervención del Estado y demuestran que son un nuevo factor de nuestra vida, de tal modo que la asociación libre de individuos libres lleva por sí, aparte de otros elementos de acción más enérgica, a la anulación del Estado.

¿DURARÁ EL ESTADO?

Además, contra el egoísmo antinatural desarrollado por el Estado y sostenido por la insolidaridad y antagonismo de intereses que el Estado crea y su protegido el Privilegio conserva, hay en el fondo del sentimiento humano una tendencia altruista que en más o en menos en todos se manifiesta, gracias a la cual la Sociedad subsiste, y que en todos tiempos ha dado héroes a la historia.

¿Es sostenible la situación actual de los Estados?

Para dar una respuesta satisfactoria a esta pregunta he de recurrir una vez más a los estudios de Kropotkin, quien en su libro Palabras de un rebelde expone

con verdad los siguientes pensamientos en su capítulo «La descomposición de los Estados»:

«"Si la situación económica de Europa en un caos industrial y comercial y bancarota de la producción capitalista, la situación política es la descomposición y la quiebra de los Estados".

"Todos, desde la autocracia soldadesca de Rusia hasta la oligarquía burguesa de Suiza, corren hacia la descomposición, y por consiguiente, a la revolución".

"Viejos impotentes, consumidos por achaques constitucionales, incapaces de comprender ni asimilarse la oleada de ideas nuevas, viven a expensas de sus años ya contados y aceleran su caída arañándose mutuamente".

"El Estado, esa organización en la cual se deja en manos de unos pocos la gestión en globo de todos los asuntos de todos, ha cumplido, no su misión, sino su tiempo. La humanidad elabora ya otros modos de agrupación".

"Los viejos Estados de Europa, pasado ya su apogeo, ruedan por la pendiente de la decadencia, sobre todo en las naciones latinas, que quieren a todo trance libertad y autonomía, sin otros lazos que los unan más que los contratos mutuos libremente consentidos".

"Tal es la fase histórica en que hemos entrado, y no hay poder capaz de impedir su realización".

"Si las clases directoras y privilegiadas tuvieran conciencia de su situación, se apresurarían a anticiparse a esas aspiraciones; pero envejecidas en las tradiciones, cegadas por la avaricia y cargadas con el bagaje de la usurpación, incapacitadas moral y materialmente para el progreso, se oponen tenazmente a la corriente de las ideas y nos conducen a una conmoción violenta, cuyo resultado será la realización del ideal humano sostenido en el día por el proletariado consciente que aspira a la correspondiente participación de todas y de todos en el patrimonio universal"».

RESUMEN

El Pueblo, en su acepción de clase ínfima de la Sociedad, destinado en las sociedades históricas y en la presente, por un trabajo envilecido y maldito, a acrecentar con el derecho de accesión la posesión de los usurpadores de la riqueza social, alcanzará la integridad de su derecho, nivelará lo que se cree con lo que se sabe y abrirá libre vía al progreso, demostrando su intangibilidad y restableciendo al fin la evolución comunista.

En ese movimiento ascendente del Pueblo, los privilegios se desvanecerán sucesivamente; la Mujer, paria de los parias, explotada hasta por los más explotados, adquirirá la consideración de verdadera compañera y colaboradora del Hombre y con él participará sin tasa ni excepción del patrimonio universal.

El Estado, superposición de la Sociedad, perderá su causa, sus sostenes y sus efectos y llegará a convertirse en recuerdo histórico, falto en absoluto de ambiente y de condiciones de estabilidad.

La Humanidad, ni peor ni mejor que ha sido y que es, por la educación, por las costumbres y por las instituciones, practicará el bien, será inteligente, activa y equilibrada, y una multiplicidad inmensa de iniciativas en que tendrán representación todos y cada uno de los individuos, dará a esta tierra llamada valle de lágrimas por los místicos los esplendores de un verdadero paraíso.



Federica Montseny

VIDA Y OBRA DE ANSELMO LORENZO

1977

ORIGEN Y FORMACIÓN MORAL

El hombre que tanta influencia ejerció sobre el proletariado catalán, cuya muerte fue llorada por todos los trabajadores de Barcelona, que acudieron al entierro de Lorenzo en multitud sólo vista, hasta entonces, en el de Luisa Michel, nació en Toledo.

Destaco el hecho para demostrar el carácter ibérico del movimiento obrero de Catalunya. Mientras unos se han complacido en presentarlo como extraño a esta tierra, como importado de fuera, otros se han empeñado en darle un carácter nacionalista y específico regional igualmente falsos y dañinos. El anarquismo en España es español por excelencia. Y de ahí que se proyecte de una región a otra, indistintamente, de acuerdo con su universalismo. Anselmo Lorenzo, toledano de vieja cepa, con todas las características raciales — austeridad, seriedad, sencillez, abnegación, sentimiento heroico de la vida— de la raza castellana, marcó con su sello inconfundible treinta años de movimiento obrero y anarquista catalán. Juan Montseny (Urales), hijo del corazón de Catalunya, y casi de la misma generación, ocupó, durante veinte años, el centro de las actividades anarquistas en la capital de España.

Y este intercambio de hombres de región a región no se ha limitado solamente al anarquismo. Pi y Margall vivió en Madrid su larga y ejemplar vida, irradiando su influencia y su acción constante desde la meseta al resto de España. Y Guimerá, patriarca de las letras catalanas, era hijo de Canarias.

España es un mosaico, un conjunto de pueblos, una federación de hombres que aparece unida firmemente, con perfil propio e inconfundible, cuando salimos de la geografía política y de la política sin geografía y entramos en el vivero de las ideas. Todas surgen del mismo suelo, del mismo magnífico abono que hace rebeldes, inquietos, sedientos de libertad y de justicia a los mismos hombres de toda la compleja y misma España.

Anselmo Lorenzo nació en Toledo, de familia humilde. Su infancia transcurre en el claroscuro de penalidades y de privaciones de una familia obrera en la primera parte del siglo pasado y prosigue, con atenuantes menguados, en la segunda parte del ochocientos.

Vino al mundo el 21 de abril de 1841. Contaba unos once años cuando sus padres le enviaron a Madrid, a un establecimiento de cerería de un tío suyo. Pensaron los progenitores que con ello aseguraban el porvenir del muchacho,

ya que allí, trabajando, conseguida la confianza del pariente, se abriría para él un camino de cierto bienestar material y holgura económica.

Mas el espíritu inquieto del mozuelo pugnaba contra la monotonía de aquella existencia y el trabajo comercial a que debía dedicarse. Lorenzo era ya el hombre que debía ser siempre: estudioso, tenaz, sediento de saber, con gran rectitud de alma y tesón suave y obstinado.

Por encima de presiones y disgustos familiares, Anselmo abandonó la cerería y entró a trabajar de aprendiz en una tipografía madrileña. El oficio le gustaba. En él podía proyectar su afán curioso, su anhelo constante de descubrir nuevos horizontes. ¡Días difíciles estos, en que, solo, con un salario exiguo, Lorenzo tuvo que hacer frente a la vida cuando aún apenas había transpuesto los umbrales de la adolescencia! Como tantos obreros españoles, como todos los pensadores y los renovadores de la raza, Lorenzo salió del pueblo y debió autoformarse, ser un autodidacta por excelencia.

Muy pronto su espíritu abierto, vivo, con enorme poder de captación, fluctuó entre las ideas políticas y sociales de la época. Lógicamente había de atraerle la que, en aquellos momentos, representaba el máximo adelanto, y que, en España, unía al radicalismo político un hondo contenido social y filosófico: me refiero al federalismo de Pi y Margall.

Como casi todos —por no decir todos— los anarquistas españoles, Anselmo Lorenzo fue federal demócrata, pimargalino mejor, quizá, ya que Pi y Margall era el que daba al federalismo su profundidad filosófica y su inquietud revolucionaria. Y fue el propio Pi y Margall el que proyectó la atención del joven tipógrafo hacia el estudio de los problemas económicos, a donde lleva, fatalmente, toda crítica a fondo del sistema social reinante y toda política analizada hasta sus últimas consecuencias. Y fue el propio Pi, con la traducción de las obras de Proudhon, el que preparó el terreno que habían de pisar, mañana, las ideas de Bakunin y la Internacional, el que preparó el hogar donde se hicieron populares y grandes, con fuerte arraigo en la conciencia española, vinculándose por siempre más al porvenir de la raza.

Decía Lorenzo que fue un artículo de Pi y Margall, haciendo la crítica de sus propias ideas políticas, mostrándolas como incompletas si a la igualdad ante la ley no añadíamos la igualdad económica, lo que le abrió los ojos hacia el anarquismo naciente, apenas formulado.

Desde aquel día, todos los escasos ahorros del aprendiz tomaron el camino de las librerías de viejo. En vez de frecuentar la taberna y los teatros, en vez de concurrir a los lugares de expansión propios de su edad y de sus tiempos,

Anselmo compraba libros que leía con pasión y detenimiento los domingos. Proudhon y Fourier fueron su fuente política y social, y entre el dedalo de ideas sembradas en su mente inquieta, se buscó Lorenzo el oriente propio.

Esta construcción interior no se hizo en un día ni en un mes. Fue el producto de una lenta formación, en la cual el padre del movimiento obrero español se hizo ante todo a sí mismo. Es decir, mucho antes de que llegara a España Fanelli, y, con él, la proyección directa de Bakunin y del movimiento obrero que agrupaba a los trabajadores del mundo en una asociación internacional, Lorenzo había fijado su voluntad y su vocación: sería un organizador de masas. Había comprendido la enorme fuerza que representaba el proletariado organizado, convertido en una potencia formidable, y se había propuesto firmemente trabajar en ese sentido. Y empezó por abajo, por allí donde actuaba y se movía.

FANELLI EN ESPAÑA

Anselmo Lorenzo contaba veintisiete años cuando se produjo en su existencia un acontecimiento de fundamental importancia: llegó a España Giuseppe Fanelli, delegado por Miguel Bakunin para organizar en nuestro país una sección de la primera Internacional, fundada el año 1864 en Londres, unidos por esa obra gigantesca Marx y Bakunin.

Llega Fanelli a España; se traslada a Madrid y se pone en contacto con los elementos republicanos federalistas de tendencia más extremada. Entre ellos se destacaba José Rubau Donadeu, tipo originalísimo, muy inteligente, quizás algo chiflado, que se convirtió en el introductor de Fanelli en los medios más propicios a las ideas de la Internacional. Y Anselmo Lorenzo formó parte del grupo de hombres elegidos que, después de escuchar atentamente a Fanelli y de encontrar buena la idea de construir en Madrid, con carácter nacional, una sección de la organización que debía agrupar para sus reivindicaciones de clase a todos los trabajadores del mundo, constituyeron el primer núcleo de esta sección. En él estaban, como figuras destacadas, además de Lorenzo, José Pasyol, Angel Cenagorta, Enrique Borrel, Francisco Mora —que después fundó la Unión General de Trabajadores, inclinándose hacia el marxismo— y González Morago, figura interesantísima, que necesitaría muchos capítulos aparte.

Estos hombres, obreros todos, de ideas republicanas, bastantes tipógrafos -aunque se agruparan en la misma sección diversos oficios—, dieron vida, virtualmente, a la Federación Obrera Regional Española, sección de la I Internacional y antepasada gloriosa de la Confederación Nacional del Trabajo. La UGT aún no existía. No fue fundada hasta 1888, agrupándose bajo esa denominación común las sociedades obreras de diversos oficios que actuaban en España, separadas de la Federación Regional, afecta al bakuninismo, como fracciones o escisiones en los oficios y organizadas por la gestión directa de Lafargue, cuando vino a España, en 1871, enviado por Carlos Marx. En realidad, la Unión General de Trabajadores se constituyó aglutinando nacionalmente la serie de organismos locales que vivían en forma aislada, con merma y detrimento de la única organización nacional que entonces existía —la Federación Regional—, alimentados por la desdicha rivalidad histórica entre Marx y Bakunin, que dividió en dos ramas al proletariado mundial.

Anselmo Lorenzo fue el depositario más celoso de los planes de Bakunin en España. Además, aquella actividad organizadora encuadrada perfectamente en su carácter. La Internacional realizaba, universalmente, el sueño de organización del proletariado, hasta convertirlo en una potencia formidable mediante la práctica del principio “La unión hace la fuerza”, que era una de las teorías y de las prácticas fundamentales de la gloriosa Asociación, y que el joven Lorenzo había acariciado tantas veces, desde el día que su cerebro se abrió al estudio de los problemas económicos, tan estrechamente ligados a la filosofía, a la moral y a la política.

La Sección, constituida en Madrid por veintiún hombres entusiastas y abnegados, fue creciendo y extendiéndose por toda España. En Barcelona, las ideas de la Internacional encontraron un hogar espléndido: el grupo de tipógrafos ilustrados que rodeaba a Farga Pellicer. ¿Quién no ha oído nombrar, siquiera una vez, a la famosa “La Academia”, la imprenta que fue escuela de cajistas y vivero de revolucionarios?

Existía además, en Catalunya, una fuerte organización de oficio: la célebre Unión Manufacturera, adherida a la Federación Regional el año 1871 y uno de los más fuertes puntales del naciente movimiento obrero de Catalunya. Digo naciente movimiento obrero porque con la Internacional y la influencia bakuniniana, las sociedades de resistencia adquirieron el carácter combativo, de mejoras materiales y de finalidades morales, que antes no habían tenido, limitándose a ser, mejor que sociedades, cajas de resistencia, mutuas que agrupaban a los obreros para el apoyo recíproco en los casos de enfermedad, de paro, de despido, etcétera.

Con la venida de Fanelli a España, con la constitución de la Sección, que luego, conforme lo acostumbrado en la Internacional, se transformó en Federación Regional dentro del concierto universal de federaciones que constituían la Asociación, el movimiento obrero se convirtió en acción de multitudes con perspectivas y tácticas revolucionarias. Los antiguos gremios, las viejas sociedades, evolución de las hermandades de la Edad Media, alcanzaron categoría de organización de masas para la manumisión completa del proletariado. Quedaron algunas sociedades que continuaban manteniendo su carácter moderado, tibio, de asociación pacífica, más solidaria que reivindicadora. Así las Tres Clases de Vapor, de Catalunya, fundada casi al mismo tiempo que la Unión Manufacturera, se adhirió a la joven Federación, constituida por los elementos conservadores del proletariado textil, que se alarmaban ante el carácter revolucionario y los principios sociales defendidos por los internacionalistas. Este nombre se dio, en aquellos tiempos, a todos los miembros activos de la Federación, a los que, con su acción entre los trabajadores, en los lugares de trabajo y en los centros políticos, por su prestigio entre las masas y ante la opinión pública, consiguieron organizar rápidamente un movimiento de carácter nacional de tal fuerza y envergadura que, inmediatamente, los gobiernos pensaron en reprimirlo.

Se creó la Sección en un período propicio. Días del 68, preñados de inquietudes y de posibilidades. Revolución popular, culminada por la proclamación de la primera República. Hervir de pasiones, choque de principios encontrados. Las multitudes asalariadas, hasta entonces juguete de la política, llevadas a los motines y a las guerras civiles por unos bandos o por otros, empezaron a pensar en problemas y en soluciones propios. La explotación capitalista, la injusticia social, la desigualdad económica, que ningún credo político abarcaba ni resolvía, fueron percibidas por un gran número. Y en este terreno abonado, la semilla internacionalista había de cuajar necesariamente.

Artífice principal de la obra, lo he dicho ya antes, fue Lorenzo. En 1870 fundó el periódico Solidaridad, en donde se explicaron por primera vez en España las ideas anarquistas. Este periódico tuvo bastante venta e influyó considerablemente en la formación de la conciencia obrera, que se iba definiendo y afirmando. A iniciativa también de Lorenzo se organizó el primer Congreso de Sociedades Obreras adheridas a la Federación Regional, congreso que se celebró en Barcelona el 29 de junio del mismo año 70. A este congreso asistió Lorenzo como delegado por la sección de Madrid.

Lorenzo contaba entonces 29 años. Su talento estaba en pleno desarrollo, y su voluntad lo centuplicaba, dándole la perseverancia en el trabajo, la tenacidad para la acción, que es el rasgo distintivo de todos los organizadores. Ante este congreso presentó una memoria que acabó de consagrarle como figura esencialísima en el movimiento obrero español. Con Farga Pellicer y Tomás González Morago constituyó la trilogía que ha de reverenciar la masa obrera española agrupada en torno de la concepción bakuniniana de la lucha social, como precursores esclarecidos del actual movimiento obrero español.

Destaquemos un hecho, interesante y curioso: tanto la sección española de la I Internacional, que se convirtió luego en la Federación Obrera Regional Española, como la famosa sección madrileña de tipógrafos de la Internacional, que dio vida a la Unión General de Trabajadores, por la figura y la obra de Pablo Iglesias —Paulino Iglesias entonces—, tanto una como otras ramas del movimiento obrero español —marxistas y bakuninistas—, estuvieron constituidas, en su mayor número, por tipógrafos. Formaban éstos lo que se llamaba la aristocracia del proletariado. Eran la parte más ilustrada y más inquieta. Y entre ellos, como era lógico, debían encontrar sus hombres Marx y Bakunin en España.

ANSELMO LORENZO EN LONDRES. CARLOS MARX Y SU FAMILIA

Lorenzo fue enviado a Londres delegado a la conferencia que se celebró en la capital de Inglaterra en septiembre de 1871. En esa conferencia conoció personalmente a Carlos Marx y a Federico Engels.

Las discrepancias entre socialistas ácratas y socialistas demócratas en el seno de la Internacional se evidenciaron con violencia en este congreso, penúltimo celebrado por la gran Asociación antes de dividirse. Ahora, contemplando a distancia los hechos, nos damos cuenta de qué modo el temperamento dinámico de Bakunin y de Marx contribuyó poderosamente a hacer inevitable el choque y la bifurcación de las dos tendencias. Las interpretaciones del problema básico que se debatía —utilización o no del arma política; toma o destrucción del poder como objetivo revolucionario— encontraban en los dos colosos dos almas apasionadas y dos actividades verdaderamente diabólicas. Si Bakunin envió a España, en 1868, a José Fanelli, con la misión específica de organizar la Internacional y con el encargo secreto de constituir núcleos de la

Alianza de la Democracia Socialista —el movimiento político sin acción electoral que había de dar un pensamiento filosófico y una finalidad social al movimiento obrero—, Carlos Marx atraía hacia sus doctrinas estatistas a las organizaciones obreras de Alemania, de América del Norte y de Inglaterra, sin descuidar la relación con los países donde tenía menor predicamento: Italia, Suiza, Bélgica, España, Francia, Rusia.

El eco de toda esta lucha interna en el seno de la Internacional, y disputándose el dominio espiritual de las masas, había llegado ya a España. Resonaba en las sesiones del propio Consejo Federal y en los comicios de la Federación Regional, agitada por los fragores de la contienda y por la acción y la influencia ejercida a distancia por Carlos Marx, ya meses antes del viaje de Lafargue. Y Lorenzo aprovechó su estancia en Londres para visitar a Marx y rogarle que desistiera de toda acción escisionista en España, donde el proletariado se iba agrupando en una gran organización de tipo nacional y de finalidades internacionalistas, alimentada por los principios y los propósitos de la gran Asociación.

Marx estaba informado ampliamente acerca de la personalidad firme y acusada de Lorenzo. De ahí que fuera esperado y recibido con curiosidad y con el derroche de simpatía seductora que sabía desplegar como nadie el fundador del socialismo demócrata.

Lorenzo se halló amablemente acogido en el seno de una familia judía que reunía todos los atractivos imaginables. La manera avasalladora e insinuante de producirse del padre; la gracia indecible de las hijas, cuya belleza produjo honda impresión en el joven español; la cordialidad con que se le recibió, demostrándosele que se le esperaba; todo, en fin, contribuyó a producir la mayor perturbación de su vida en el alma de Anselmo Lorenzo. Salió vencedor de aquella prueba, aun cuando guardó siempre el recuerdo de sus emociones y de sus sorpresas. En conversaciones íntimas con viejos amigos explicó más de una vez, pasado el tiempo, las horas gratísimas en aquella casa vividas y la admiración apasionada que dedicó a Laura Marx (Mme. Lafargue), con la que tuvo relación y amistad durante los meses que vivió en Madrid, junto a su esposo.

Anselmo Lorenzo cumplió la misión que se le había encargado. Habló a Marx de hombre a hombre, mostrándole los inconvenientes y las consecuencias de aquella acción escisionista dirigida por él desde Londres. En nombre del Consejo Federal le rogó que desistiera de su empeño y que esperara ocasión más propicia para fundar en España la organización política obrera que

ambicionaba. Carlos Marx le escuchó con atención y después se desbordó, justificando con ímpetu su proceder.

Si él pugnaba por crear un partido político afecto a sus concepciones en España, con ello no hacía más que imitar la conducta de Bakunin, que, de manera encubierta, y desde el año 68, estaba haciendo lo propio en todos los países donde tenía amigos e influencia. Se habían podido sorprender circulares secretas de Bakunin, enviadas a los núcleos de Amigos de la Alianza de la Democracia Socialista, que era el partido secreto —creado al margen de la Internacional y con el propósito de dirigirla espiritualmente, intrigando en el seno de ella— afecto a las concepciones políticas bakuninianas. ¿Acaso no estaba en su derecho él al organizar partidos socialistas en todos los países, sin exclusión de España, donde la hegemonía de Bakunin era absoluta porque se anticipó a todo acuerdo y envió a un incondicional suyo para organizar la Sección de la Internacional, primero, pero inmediatamente los núcleos de la Alianza Secreta?

Lorenzo tuvo que enmudecer, durante varias horas, bajo el chaparrón de la elocuencia de Marx, tocado en lo vivo. Después, con calma, intentó convencerle de lo perjudicial y de lo inútil del empeño, asegurándole que toda iniciativa que produjera una división en las filas obreras y que tendiera a la organización de un nuevo partido político, estaba sentenciada al fracaso.

Cuatro meses más tarde, esto mismo debía oír Lafargue de labios de hombre tan inteligente y observador tan fino como Pi y Margall. Cuando el emisario de Marx visitó al jefe del Partido Democrático Federal, para hacerle partícipe del propósito que le animaba, Pi y Margall le escuchó atentamente y le pronóstico:

—Fracasará usted. Las masas obreras españolas están fatigadas de las luchas políticas. No quieren ningún partido. Ni aun el mío.

Fracasó de momento, en efecto, ya que hasta 1888, es decir hasta diecisiete años después, no pudo constituirse en España el Partido Socialista Obrero, al mismo tiempo que se fundaba la Unión General de Trabajadores, recogiendo, como he dicho antes, la serie de sociedades de oficio que existían al margen de las federaciones locales de la Federación Regional, dirigidas por los socialistas y en constante lucha sorda contra las sociedades orientadas por los bakuninistas, sujetas al vaivén de las persecuciones y de las leyes represivas dictadas por los gobiernos de la restauración borbónica.

Pero en septiembre de 1871 ni Carlos Marx convenció a Lorenzo, ni Lorenzo a Carlos Marx. Regresó Anselmo a España, lleno de tristeza por la inutilidad de

sus gestiones y previendo la pugna fratricida que se aproximaba, y continuó Marx la línea que se había trazado, convencido de que la razón le asistía y de que hacía uso de un derecho otorgado, según él, por el propio proceder de Bakunin.

EL VIAJE HISTÓRICO DE LAFARGUE

Tres meses después llegaba a Madrid Pablo Lafargue, yerno y embajador extraordinario de Carlos Marx, con el propósito de entrevistarse con los miembros del Consejo Federal de la Región Española, y buscar, entre ellos, al hombre que fuera el depositario, en nuestro país, de los proyectos del gran pensador alemán.

Carlos Marx le dio un nombre y una indicación. El nombre fue el de Anselmo Lorenzo. La indicación, la siguiente:

—Es joven, ambicioso, inteligente, activo. Y miembro del Consejo Federal.

Lafargue visitó a Lorenzo. Lorenzo le escuchó con atención. Y cuando supo el motivo del viaje, no sólo se negó a ser el realizador de los planes que estimaba divisionistas, sino que los criticó duramente.

Lafargue, que era hombre de inteligencia, quedó gratísimamente impresionado por la persona del joven Lorenzo. Y aunque éste hubiera rechazado sus ofrecimientos y combatido sus proyectos, por estimar contraproducente el plan y sentirse alejado de las ideas socialistas de Marx, le dedicó una estimación profunda, que duró a lo largo del tiempo.

Pero si el socialismo de estado, que Lafargue importaba, no cuajó en el medio socialista libertario, de origen e influencia federalista, en que Lorenzo se desenvolvía, no quiere decir esto que no encontrara eco y adeptos. El hombre que Lafargue buscaba lo halló encarnado en un joven tipógrafo, de fina barba rubia y rostro pálido de Cristo, de espíritu observador y frío y tenacidad paralela a la de Lorenzo. Era Paulino Iglesias, entonces miembro también del Consejo Federal.

Lorenzo, haciendo honor a su rectitud y a su nobleza, sirvió de introductor de Lafargue en los medios obreros, poniéndole en contacto con los que después fueron adversarios políticos y los fundadores del Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores: Iglesias, Mora, Mesa, Pauly.

Lafargue llegó a Madrid desorientado, sin más relación que la de Lorenzo y algunos federales conocidos en su viaje a través de España; viaje accidentado y lleno de peripecias, perseguido por la policía y sometido a constantes cuarentenas, como apestado. Venía de Francia, donde acababa de caer vencida la gloriosa Comuna, y había debido franquear la frontera por las montañas de Huesca. Si Lorenzo no le hubiera puesto en contacto con todos sus amigos, la labor de Lafargue en los meses que van de diciembre del 71 a julio del 72 —fecha en que se ausentó de nuestro país— no hubiera sido tan fructífera.

Pero entre los dos hombres —aparte la discrepancia de ideas— se cimentó una amistad profunda. Lafargue y Lorenzo trabajaban juntos —el dictamen acerca de “La Propiedad” que se presentó al Congreso de Zaragoza de 1872 era obra de ambos—, paseaban juntos y conversaban largamente. La relación y la amistad prosiguió, tanto con Pablo como con Laura, la esposa de Lafargue e hija de Marx, mujer de gran atractivo personal en la que se reunían la belleza y la inteligencia, auxiliar precioso de su padre y de su marido en sus planes políticos y en la labor incesante a favor de sus ideas.

Y cuando Pablo y Laura murieron, Lorenzo les dedicó una página conmovedora, la oración fúnebre que no oyeron de labios socialistas españoles y que les ofrendó el amigo lejano de unos días de lucha, de inquietud y de miseria, adversario en el terreno de las ideas, hermano en la comunión humana de las afinidades y de los afectos.

LA DIVISIÓN DE LA INTERNACIONAL. ANSELMO LORENZO EN BARCELONA

La querella personal entre los dos gigantes del pensamiento socialista había comenzado. Tuvo el fin que fatalmente se esperaba: la división profunda de la Internacional en el Congreso de La Haya, el votarse la famosa resolución política.

Al Congreso de La Haya asistieron, como delegados de España, Farga Pellicer y Gaspar Sentiñón. La Federación Regional fue fiel a Bakunin y siguió a los jurasianos, a los italianos, a los belgas y a los rusos, al producirse el desgraciado cisma.

Pronto empezó el período álgido de las persecuciones contra los internacionalistas. En 1871, Sagasta comenzó la represión, que continuó bajo la República —represión de los cantonalistas— y que alcanzó su grado máximo

en 1874, al ser disuelta la Federación Regional. No obstante, continuó existiendo clandestinamente, celebrando conferencias y congresos secretos y votando resoluciones sobre todos los problemas que afectaban a la clase obrera.

Lorenzo, totalmente entregado a la organización y a las ideas, no pudo ya separar su vida de los avatares de la luna y de las otras. Fue detenido en numerosas ocasiones, sin que su ánimo desmayara ni su acción se debilitara. Por aquellos años se trasladó a Barcelona, donde habitó normalmente el resto de su vida. En 1876 contrajo matrimonio con Francisca Concha, mujer admirable, de gran corazón y clara inteligencia, compañera completa, a la que dedicó Lorenzo profundo respeto y tierno cariño. Francisca —Paca, como la llamaban familiarmente todos los compañeros— era viuda con un niño de seis años cuando se unió a Lorenzo. (Este niño fue luego el orador sindicalista Francisco Miranda). De su unión con Anselmo nacieron tres hijas —Marina, Mariana y Flora—, en las que revivieron las virtudes y las bondades de la madre y el espíritu emprendedor y recto del padre.

El hogar de Lorenzo fue un hogar modelo. La pasión con que quería a sus hijas y a su compañera se transparentaba en todos sus actos. Vivía sólo para ellas y para las ideas. Sin un vicio, de costumbres modestas y austeras, de alma cordial y noble, su figura realiza ese milagro de superhombria que sólo se halla entre los grandes místicos anarquistas: Reclus, Salvochea, Luisa Michel.

La actividad de Lorenzo, saliendo del marco orgánico, se completó con la creación intelectual. La aparición de *El proletariado militante* colocó su figura en el plano de la actualidad española. Era el primer libro de historia del movimiento obrero organizado, en el que de manera clara se exponían conceptos atrevidos sobre la lucha de clases y la evolución política. Después de *El proletariado militante* siguió trabajando, produciendo con la constante fecundidad propia de su carácter.

Además, esta etapa de su vida se caracteriza por la agitación que le llevó incesantemente de un extremo al otro de España, a Portugal —a Lorenzo se debe la organización de la Internacional en el país vecino— y al resto de Europa. Tomó parte en muchos mítines, siendo el más importante el que puede calificarse de histórico, celebrado en Madrid cuando en las Cortes se discutía la legalidad de la Internacional, elevándose en su defensa las voces más autorizadas y de mayor prestigio: Pi y Margall, Lostau y Nicolás Salmerón, que hicieron la apología de la Asociación, justificando su existencia y el derecho de los obreros a organizarse en organismos propios. En aquel mitin,

que obtuvo gran resonancia por el momento crítico en que se celebraba, y que acabó de atraer el terror de las clases pudientes contra la Federación Obrera Regional Española por el número realmente extraordinario de público que se congregó en el local, Anselmo Lorenzo terminó con estas palabras que consiguieron celebridad como frase lograda: “Si a la Internacional se le declarara fuera de la ley, la Internacional declarará a la ley fuera de la razón y de la justicia”.

A fin de prever las persecuciones que iban a desencadenarse, el Consejo Federal acordó constituir grupos de defensa de la Internacional en todas las comarcas. De la organización de estos grupos se ocupó Lorenzo en buena parte, realizando incesantes viajes por la Península. En el curso de ellos, tuvo ocasión de conocer a Fermín Salvochea en Cádiz, donde fundara el periódico *El Socialismo*. Desde entonces hasta la muerte del gran presidiario del Hacho, les unió una amistad entrañable, entretenida por la prolongada correspondencia. Había comenzado en todo el mundo la lucha entre el anarquismo y los poderes constituidos. El asesinato, en Chicago, de cinco obreros condenados a muerte por el capitalismo americano acusados del crimen de haber tomado parte en un mitin donde por primera vez se habló de la jornada de ocho horas de trabajo, produjo enorme efervescencia entre las masas obreras, ya divididas, pues el año 1876 terminó, de hecho y de derecho, la vida de la I Internacional. Pero fue tan tremendo el crimen cometido, que todas las organizaciones proletarias se movilizaron, lo mismo las ácratas que las demócratas. Y a partir de 1886, cada primero de mayo era un conato de revolución en numerosos países. Las multitudes se agitaban, persiguiendo ya objetivos concretos: la jornada de ocho horas y una serie de reivindicaciones materiales y morales que servían de programa anual, ampliándose a medida que las finalidades se alcanzaban. ¡Pero cada mejora arrancada al estado y a la burguesía, cuántos ríos de sangre costó!

En España, los diez primeros de mayo que se suceden de 1886 a 1896, en que la persecución culmina, son un escalonamiento de martirios, de luchas, de represiones cruentísimas. No es posible hacer mención detallada de ese largo y riquísimo período de agitación social revolucionaria en España: La Mano Negra, Jerez —levantamiento campesino—, huelgas de Barcelona, repercusiones locales del terrorismo a que recurrió el movimiento libertario en Francia, siguiendo los pasos del nihilismo ruso y para hacer frente a la barbarie de las lois scélérates.

En todo este período, Lorenzo, con los hombres surgidos de “La Academia”, orientó y dirigió espiritualmente el movimiento obrero en Catalunya.

Su nombre ya había franqueado los medios obreros y era conocido de los lectores de la prensa burguesa, donde colaboraba tratando siempre temas de carácter social y filosófico.

Durante los años que van de 1876 hasta 1896 —bomba Cambios Nuevos— habitó normalmente en Barcelona. Todos los viejos militantes del movimiento obrero recuerdan aquel piso de la calle Tellers, donde Paca, la compañera de Lorenzo, acogía maternalmente a todo el mundo.

¡Cuántos exiliados extranjeros, víctimas de las leyes excepcionales en Francia, de las persecuciones zaristas, de las represiones italianas, pasaron por aquel hogar, modesto y acogedor, en el que la mano y la ternura de la mujer ponían dulzuras y resplandores de tierra prometida! Allí crecieron las hijas: Marina, estudiosa y seria; Mariana, de gran voluntad y firme carácter; Flora, con su silueta espigada de mujer del Norte. Y Lorenzo era el patriarca de aquel hogar honrado y pulcro, en el que todos trabajaban para los demás, sin pensar nadie en sí mismo. Las hijas, excelentes modistas más tarde, sólo pensaban en los padres; el padre y la madre partían su pan con cuantos a ellos se acercaban en demanda de solidaridad y apoyo. Y para cuantos denigraban al anarquismo, el nombre de Lorenzo era la mordaza que enmudecía todas las bocas.

EL PROCESO DE MONTJUICH

Pero de nada sirvió tanta fuerza moral, tanta austeridad, vida tan ejemplar y tan recta. Cuando el gobierno de Cánovas, al servicio de la plutocracia catalana, se propuso desencadenar la persecución contra el anarquismo —proscrito en Francia, en Alemania, en Rusia, en Italia—, acabando con el movimiento obrero revolucionario agrupado alrededor de la Federación Regional Española, tres veces muerta y otras tantas resurgida de sus cenizas, uno de los primeros anarquistas españoles que emprendieron la ruta fatídica de Montjuich fue Lorenzo. Allí se reunió la flor y nata del movimiento obrero y libertario. Tarrida de Mármol, Teresa Claramunt, Juan Montseny, Gurri, Testard, Pedro Corominas, José López Montenegro, Sebastián Suñé, Cayetano, Juan Bautista y Baldomero Oller, entre centenares de obreros presos en el castillo, en los docks, en Atarazanas, en la cárcel vieja, en los barcos, en todas partes. De un extremo al otro de Catalunya, en los más apartados rincones del territorio catalán, se arrancaba a los hombres de sus hogares para ser conducidos, entre tricornios, a Barcelona. Bastaba la denuncia de un vecino, la

declaración de un alcalde, el testimonio de un cura, para que la Guardia Civil invadiera la casa, registrándola minuciosamente y llevándose como piezas acusatorias las cosas más curiosas y extraordinarias. Un libro anarquista, el cuadro reproduciendo la imagen de los mártires de Chicago, un objeto raro, que les pareciera susceptible de adquirir forma de bomba, todo, en fin, se lo llevaban e iba a engrosar el sumario gigantesco del terrible proceso. Ya se cuidarían luego los jueces, como Marzo, y los torturadores, como Portas, de encontrar culpables entre aquellos millares de inocentes.

Anselmo Lorenzo estaba aquejado de la dolencia cardiaca que le llevó a la tumba. Contaba 45 años, pero parecía envejecido por su vida agitada. Era un hombre de prestigio intelectual, como Corominas, como López Montenegro, autor de *El botón de fuego* y ex coronel del ejército español. Mas la persecución se dirigía principalmente contra los elementos intelectuales que actuaban mezclados con el elemento obrero y que lo valorizaban y ayudaban a su capacitación. Todos los maestros laicos de Catalunya fueron a parar a Montjuich. La inquisición resucitó, con su furor y su saña multiplicados contra el libre pensamiento. Y es que, junto a los curas denunciadores, se hallaba el odio de casta de militar profesional y del aristócrata, y las cajas de caudales de los burgueses.

El pobre Lorenzo, enfermo y quebrantado, subió la cuesta de la montaña fatídica esposado en una larga cuerda de candidatos a la muerte. Allí estaban Tarrida, Montseny, Molas, fusilado más tarde. Y junto con el desgraciado Molas salió del calabozo donde los tenían encerrados en montón. Los presos sabían el fin que esperaba a los que eran llamados “con todo” en las aglomeraciones: el espantoso “cero”, donde se aplicaban los tormentos, y el muro después. La impresión que recibió Lorenzo al ser sacado junto con Molas fue tan terrible que su pobre corazón, resentido, acabó de recibir la herida mortal que debía llevarle a la tumba.

Sin embargo, Lorenzo se salvó del “cero” a que fue llevado su infortunado compañero. Después de un largo encierro en el castillo maldito —como llamaba el pueblo barcelonés a la fortaleza de Montjuich— se le deportó a París.

EL EXILIO Y LA REPATRIACIÓN

En París, Lorenzo trabó relación con las figuras más significadas del anarquismo y del movimiento liberal burgués. Era entonces la época de L'Intransigeant, vibrante y protestatario. La época en que el nombre de Rochefort, el fugitivo glorioso de la Caledonia, galvanizaba las masas.

El proceso de Montjuich había levantado en vilo a toda la conciencia europea. Los periódicos de izquierda, las organizaciones obreras, la intelectualidad avanzada, multiplicaban las protestas y las presiones indignadas contra los verdugos que asesinaban en masa a los obreros, aplicando los más horribles y refinados tormentos. Tarrida de Mármol, escapado milagrosamente de las garras de Portas, agitaba al mundo, explicando con su verbo fogoso y su pluma elegante y fácil lo que estaba ocurriendo aún en Montjuich. La figura de Tarrida, ingeniero químico, incorporado al movimiento obrero y anarquista despreciando las comodidades de su clase y los intereses familiares, orador elocuente, por lo menos en tres idiomas, hombre de cultura enciclopédica y de gran atractivo personal, amigo de Kropotkin, de Ramsay Mac-Donald, colaborador del Nineteen Century de Londres e internacionalmente conocido por sus estudios científicos, constituía el centro de atracción de todos los amigos de la España martirizada, de la España proletaria y gloriosa, que forjaba, una vez más, su historia entre raudales de sangre.

Y el verbo de Tarrida el que congregaba a las multitudes británicas en Trafalgar Square, narrando los horrores de Montjuich. Fue luego Tarrida el que paseó por Europa las espaldas en carne viva, los pies sin uñas, los testículos retorcidos, el miembro viril abrasado de Francisco Callís, otro de los supervivientes del proceso y del martirio.

Lorenzo convivió en París con Malato, con Charles Albert, con Jean Grave, con Sebastián Faure, con Agustín Hamon, con Jean Jaurès y el grupo de jóvenes socialistas revolucionarios de la escuela de Julio Guesde. Desde Montjuich, enviando artículos a toda la prensa simpatizante de España y del extranjero, narrando lo que ocurría en el castillo y apelando a la conciencia humana para que interviniera a favor de las víctimas, había hecho célebre el seudónimo de Abdón Terradas. Esta estancia en París, relacionándose con lo más selecto de la intelectualidad socialista, liberal y libertaria, acabó de consagrarle como hombre representativo del movimiento obrero español.

Al concederle la amnistía, Lorenzo regresó a España, dedicando tres años a una producción intelectual intensiva. Entonces escribió El banquete de la vida, que,

aparecido después de El proletariado militante, alcanzó gran éxito, siendo discutido y comentado vivamente. A este volumen siguieron Hacia la emancipación, Vía libre, El pueblo, Criterio libertario, Vida anarquista y la novela Justo Vives, además de multitud de trabajos periodísticos y de folletos, producidos incesantemente.

EL PENSAMIENTO SOCIAL Y FILOSÓFICO DE ANSELMO LORENZO

Lorenzo no se limitó a ser un interpretador de doctrinas construidas y expresadas por los otros.

Su producción y su trabajo, a lo largo de una serie de libros, de folletos, de manifiestos, de memorias y ponencias de los congresos obreros, de conferencias y de mítines, tiene una originalidad profunda, un valor fundamental.

Él fue, por así decirlo, el primero que valorizó la personalidad de las masas obreras, que reconoció inteligencia y sentido constructivo al pueblo trabajador, dándole la importancia decisiva, la acción determinante que hasta entonces no se le había reconocido.

Su concepto de las multitudes asalariadas como valor propio, como energía en potencia y como movimiento en marcha hacia la emancipación social, significa la antítesis del concepto desdeñoso y autoritario que de las masas obreras tuvieron y tienen otros sectores proletarios.

Fue un educador de multitudes y de individualidades. Su apostolado no despertó la voluntad mesiánica, sino el sentimiento de responsabilidad consciente y activa.

En cierto modo, sus concepciones y sus propósitos, al servicio de los que puso su voluntad y su vida, pueden sintetizarse en un principio de dinámica individual expresado en ese pensamiento suyo, que campea como imperativo categórico en las máximas escritas en los carnets de la Confederación Nacional del Trabajo, su hija espiritual y su creación material y moral: “Si la sociedad está mal constituida, ahí estás tú para corregirla”.

Constantemente, la invocación al sentido de responsabilidad colectiva e individual, la llamada insistente a la acción directa y personal contra la esclavitud, la justicia, la imperfección y el mal, sale de la boca de Lorenzo.

En la conferencia “A la masa popular”, dada en el Teatro Español de Barcelona el día 13 de junio de 1913, organizada por el Ateneo Sindicalista, dice:

“Quisiera inculcarles de modo persistente la idea de que en el mal social que nos agobia no estamos exentos de responsabilidad; o, en otros términos, que si de él somos víctimas, también seremos culpables si a su extinción no dedicamos el pensamiento, la voluntad y la acción que a cada uno nos corresponde. Pensamiento, voluntad y acción grandes y poderosos en el individuo, como lo demuestran tantos grandes descubrimientos, obras trascendentales e instituciones generalizadas en todo el mundo por la iniciativa de un hombre”.

Este sentimiento activo de la lucha y de la acción individual adquiere contornos de finalidad social, de credo político, de movimiento de masas hacia su emancipación en el libro que mejor sintetiza las ideas sociales de Lorenzo: Hacia la emancipación. Así define Lorenzo los principios y los propósitos de la I Internacional y del esfuerzo emancipador del proletariado universal.

“Los trabajadores, antiguamente esclavos y siervos y en la actualidad jornaleros, se han dado cuenta, al fin, de que son tan hombres como sus tiranos y explotadores, de que tienen igual derecho que ellos a la participación en el haber social, y aun mejor derecho por su mayor contribución a la formación de esa riqueza producida por el trabajo, la observación y el estudio de trabajadores, observadores y pensadores de todos los tiempos, de todas las razas y de todos los países, y que por esa misma extensión y generalidad de origen no deben, ni pueden, ser monopolizados unos bienes que en justicia son de todos.

“Ese primer sentimiento de la igualdad impulsó a los iniciadores del movimiento emancipador del proletariado a la creación de la Internacional, asociación obrera de todas las naciones, que se anunció al mundo declarando: “Que la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos;

“Que los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender a constituir nuevos privilegios, sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes;

“Que la sujeción del trabajador al capital es la fuente de toda esclavitud política, moral y material;

“Que la emancipación económica de los trabajadores es el gran objeto a que debe subordinarse todo movimiento político;

“Que los esfuerzos emancipadores anteriores fracasaron por falta de solidaridad;

“Que la emancipación de los trabajadores no es problema local ni nacional, sino internacional, estando su solución subordinada al concurso teórico y práctico de todas las naciones;

“Que el actual movimiento obrero emancipador inspira esperanzas, enseña a no incurrir en nuevos errores y aconseja combinar todos los esfuerzos hasta ahora aislados;

“Que esta asociación, como cuantas sociedades e individuos se adhieran a ella, reconocerán, como base de su conducta para todos los hombres, la verdad, la justicia y la moral;

“No más deberes sin derechos, no más derechos sin deberes”. Y prosigue, acabando de redondear su profundo pensamiento:

“¡Oh! Cuando, tras la declaración de la reciprocidad de los deberes y los derechos, se dijo al mundo: la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, se quiso decir: tú, labrador, minero, tejedor, carpintero, trabajador asalariado de cualquier oficio, obrero al servicio de la máquina o desocupado por el avance mecánico industrial, desheredado, jornalero, mísero unemployed o abyecto paria, tú mismo, libremente asociado con tus compañeros de trabajo y de desgracia, tan explotados como tú, tan despojados como tú de la riqueza social, has de salvarte, librando de la usurpación propietaria la tierra y los medios de producir para poner esa tierra y esos medios a la libre disposición de todo el mundo, como libre es la luz, el aire, el agua, las fuerzas naturales más o menos coercibles.

“Todo hombre puede ser tu colaborador; pero ninguno tu director, absolutamente ninguno, ni el mejor, ni el más sabio, ni el más elocuente, ni el más valiente; porque, aunque reuniera en sumo grado todas esas cualidades juntas y muchas más, siempre sería inferior a la totalidad de los hombres y de las mujeres a cuyo frente se pusiera, y como su superioridad limitaría la de sus dirigidos, habría de ser un tirano. Por eso se ha dicho que el señor Todo-el-Mundo sabe más que todos los sabios”.

A través de estos breves retazos, creo que queda dibujada la concepción social y filosófica de Lorenzo, viva, personal, robusta, con sello inconfundible y propio, que debían darle grandeza profética y eterna repercusión en el tiempo, haciendo de él el creador, el impulsor, el animador del más importante y universalista movimiento de masas y de ideas.

LAS CAMPAÑAS A FAVOR DE LA HUELGA GENERAL

Después de ese período de trabajo intelectual, de nuevo le tomó la vorágine de las luchas sociales en Catalunya y en España, caso de que hubiera dejado de estar sumido constantemente en ella. Fue detenido en numerosas ocasiones, siguiendo el vaivén de las agitaciones políticas y de los movimientos huelguísticos.

Pero, en esta época, la obsesión de Lorenzo por constituir una gran organización obrera iba tomando cuerpo. La Confederación Nacional del Trabajo aún no había nacido, pero se estaba forjando. Y, además, el instrumento adecuado, el arma certera que había de utilizar el proletariado en sus luchas contra el capitalismo y los poderes constituidos.

Esta arma era la huelga general, que preconizaron en España, en una serie de campañas apasionadas, tres hombres igualmente interesantes: José Montenegro, Anselmo Lorenzo y Francisco Ferrer Guardia.

López Montenegro y Lorenzo escribían La Huelga General, el periódico propagador de la nueva táctica, que Ferrer financiaba merced a la fortuna que le había legado la señorita Meunier, para que prosiguiera su labor librepensadora y revolucionaria. En La Huelga General y en Tierra y Libertad (fundado en Madrid por Federico Urales), de los años 1900 a 1902, antes de la primera huelga general de hecho que se vio en España —la de los metalúrgicos, en el año 2, en Barcelona—, se encuentran frecuentemente artículos firmados con las iniciales F. F. y el seudónimo “Cero”, tras los que se escondía la personalidad del fundador de La Escuela Moderna.

FERRER GUARDIA Y ANSELMO LORENZO

Uno de los acontecimientos más importantes, sin duda, de la vida de Lorenzo, fue la amistad anudada con Ferrer, que hizo de él su colaborador más eficaz y su hombre de confianza. Si Ferrer fue el alma de La Escuela Moderna y su editorial, puede decirse, sin temor a equivocarse, que Lorenzo fue el cerebro de aquella obra gigantesca, ensayo cultural y pedagógico nunca visto en España y que costó a Ferrer la vida.

Lorenzo conoció a Ferrer en París, en el medio de intelectuales libertarios con que convivió durante el exilio. Francisco Ferrer era profesor de español. Estaba unido a una joven, profesora también, muy inteligente y de gran simpatía personal —Leopoldina Bonnard—, con la que tuvo un hijo, Riego. Leopoldina Bonnard era la señorita de compañía y la amiga de Mlle. Meunier, una dama solterona, filántropo y librepensadora, que legó su fortuna a Ferrer y Leopoldina para que crearan e impulsaran la obra de La Escuela Moderna en España, sueño de Ferrer, que logró ver convertido en anhelo y finalidad de su financiadora.

Ferrer era íntimo de Malato y de Lorenzo Portet, al que legó luego, al ser condenado a muerte, la fortuna y la misión de continuar la obra de La Escuela Moderna. Y fueron los tres que prepararon en París el famoso atentado de Sempau contra el siniestro capitán Portas, atormentador en Montjuich de los obreros indefensos que caían en sus garras. Sempau vino a Barcelona; atentó contra Portas, que salvó la vida, y fue encarcelado. Lorenzo Portet y Carlos Malato, quijotesco siempre, tenían preparada la fuga del vengador de los torturados del castillo maldito, cuando Ramón Sempau fue puesto en libertad, obligados los jueces a sobreseer la causa por el clamor unánime levantado a favor suyo y contra el verdugo de Montjuich.

Al regresar Lorenzo a Barcelona, la amistad con Ferrer estaba establecida. Ferrer vino a España poco tiempo después. Y cuando, fundada La Escuela Moderna, buscó un hombre para dirigir la editorial creada a su calor, pensó inmediatamente en Lorenzo. La relación entre ambos había sido continua desde que se conocieron en París. La Huelga General, dirigida por José Claritá —muy conocido en aquellos tiempos, herido gravemente durante la huelga de metalúrgicos de 1902 y después emigrado de las filas anarquistas hacia los partidos políticos—, la escribía casi toda Lorenzo apoyado económicamente por Ferrer y con la colaboración asidua de López Montenegro, el primero que defendió y propagó la idea de los movimientos huelguísticos de carácter total. La obra realizada por Lorenzo en La Escuela Moderna y su editorial le absorbió casi por completo durante los últimos años de su vida, sin que por ello dejara de escribir artículos, manifiestos y cuanto le pedían los compañeros para la prensa y el movimiento. A él se debió la traducción de El hombre y la tierra, de Eliseo Reclus; de La gran revolución, de Kropotkin; de Cómo haremos la revolución, de Pataud y Pouget; de Tierra libre, de Grave; de Sicología étnica... Cuando se produjo en Barcelona la tantas veces citada huelga general de 1902, sangrientamente reprimida —el bellísimo cuadro de Ramón Casas, La carga, que tiene relieve sombrío y acusado de una escena de represión rusa, después

de la revolución de 1905, es una visión de la Plaza de Catalunya, invadida por la muchedumbre de huelguistas, barridos a sablazos por la Guardia Civil—, Lorenzo estuvo encarcelado varios meses, considerado como “autor moral” de la huelga por sus campañas periodísticas. A pesar del carácter cada vez más intelectual de sus actividades, Lorenzo no se salvó de ninguna razzia. Su casa era allanada constantemente por la policía. Y como el movimiento obrero catalán se hallaba entonces en pleno proceso de ebullición, disputándolo diversas fuerzas políticas —el nacionalismo naciente; la acción disolvente de Lerroux, enviado por Moret para contrapesar la influencia de los catalanistas y de los anarquistas—, se multiplicaban los conflictos de orden público y las persecuciones.

¡Período sinuoso, que necesitaría muchas páginas para ser descrito! En breve espacio de tiempo se multiplicaron los acontecimientos y los hechos extraños. Las bombas de Rull, terrorista al servicio de la policía pagado directamente por el duque de Bivona, a fin de justificar los registros y las detenciones de los elementos más significativos del movimiento obrero; el atentado de Morral contra los reyes, en la Calle Mayor de Madrid, con su secuela obligada de encarcelamiento; los esfuerzos de unidad nacional catalana realizados por todos los partidos, que dieron vida a la famosa Solidaridad Catalana, que unió a Salmerón con Prat de la Riba, y la réplica brutal de los militares que asaltaron y devastaron la redacción de Cu-Cut; la lenta maduración de las masas obreras, que, después de la terrible represión del 2, volvían a recobrase, tendiendo a buscar también la unidad a través de un organismo de tipo nacional que resucitara nuevamente a la gloriosa Federación, hija de la Internacional, creando Solidaridad Obrera; el sarampión del lerrouxismo, que pasó el pueblo barcelonés lo mejor que pudo, hasta que la semana sangrienta desenmascaró totalmente al intrigante, incubado y encaramado al socaire de la campaña pro revisión del proceso de Montjuich...

Y, por fin, la terrible semana, roja de fuego y sangre, y que deslumbró por un momento los ojos cansados de Lorenzo.

LA SEMANA TRÁGICA Y LA MUERTE DE FERRER

Una carta de Lorenzo, dirigida a Tarrida y fechada el 31 de julio de 1909, empieza así:

“Querido hermano Fernando:

“¡Esto es asombroso! Se ha iniciado en Barcelona la revolución social, y la ha iniciado un ente tan mal definido, comprendido y delimitado como lo es eso que algunas veces es vil escoria y otras Su Majestad el Pueblo. ¡Nadie ha impulsado! ¡Nadie ha dirigido! Ni liberales, ni catalanistas, ni republicanos, ni socialistas, ni anarquistas... Los delegados no discutieron, ni menos formularon proposición alguna... Al separarse y decir: «¡Salut, noi!», se apretaban la mano convulsivamente, relampagueaban las miradas y añadían: «¡Dilluns, la general!»”

¡Semana de embriaguez, de furor santo, ya que la furia de las masas está justificada por cien siglos de miseria, de opresión, de sufrimientos! Y aunque se haya calumniado de la manera más impúdica a las multitudes barcelonesas, como se ha calumniado a las masas asturianas de octubre, ningún hecho vandálico, ninguna brutalidad, ningún crimen. Las monjas fueron respetadas por las masas; se cometió la candidez de invitar cortésmente a los frailes a abandonar los conventos. Si un pobre epiléptico como Clemente bailó con una momia, presa de excitación nerviosa, ese hecho aislado sirvió para todo un proceso moral de acusación furibunda contra el pueblo, loco de contento y lanzado a la calle con alegría jocunda y verbenera, completamente inofensiva... ¡Y el despertar luego! Otra carta de Lorenzo nos da una impresión fulminante, instantánea, del momento. Esta carta está también dirigida al inolvidable Tarrida:

“Barcelona, 4 de agosto de 1909. “Querido hermano Fernando:

“Apelo a tus conocimientos y a tu bondad; te escribo como escribe un hombre angustiado a un hermano cariñoso y bueno, a un hombre sabio y enérgico, pidiéndole ayuda.

“Lo que ha pasado en Barcelona durante la semana revolucionaria ha sido admirable; lo que sucede ahora no puedo calificarlo; por lo que pronto es misterioso y puede ser sanguinario. Nada se sabe. En Atarazanas, en la cárcel Modelo, en Montjuich, ¡otra vez Montjuich!, hay mucha gente, no se sabe cuánta...

“Te confieso ingenuamente que estoy contento, porque he visto al pueblo distanciado de sus directores y aun abandonado cobardemente por ellos, y, sin embargo, ha obrado con orientación revolucionaria.

“Trabaja por las víctimas. Toma la pluma de Los Inquisidores de Montjuich. Tu hermano, Anselmo Lorenzo”.

La he reproducido íntegra porque ella es un retrato moral del alma de Lorenzo, entusiasta y generosa, pensando en los demás, olvidado completamente de sí mismo.

¡Y cómo la tragedia había de rozarle de cerca! Ferrer, por prudencia, pero sin temor determinado alguno —tenía la conciencia tranquila, no había tomado parte en los sucesos, limitándose a escuchar los discursos y las incitaciones a la revolución de Lerroux, promotor de los mismos, con complacencia platónica—, se había ido a Masnou a pasar unos días en su Mas Germinal. La policía fue a casa de Lorenzo y le detuvo, como detuvo a buen número de empleados de La Escuela Moderna. Esto alarmó a Ferrer, que tomó la resolución de guardarse, en espera de las derivaciones de la represión. Y la denuncia infame de otro lerrouxista, pasado a la historia con el inri de los Judas sobre la frente, lo entregó a sus verdugos.

Empezaron las deportaciones y los fusilamientos. Anselmo Lorenzo, viejo, achacoso, atacado de disnea, fue deportado a Alcañiz primero y a Teruel luego, junto con Soledad Villafranca, entonces compañera de Ferrer Guardia, que se había separado amistosamente de Leopoldina Bonnard. Aquello, seguido luego de la muerte alevosa de Ferrer, aceleró su muerte. No recobró la salud moral ni física. El corazón cada día fue marchando peor, a pesar de los cuidados que le prodigaban las hijas y la compañera, que por él se desvivían. Francisco Ferrer hizo su ejecutor testamentario y su heredero a Lorenzo Portet, amigo de largos años, hombre muy inteligente, aunque de vida un tanto aventurera. Algunas veces uno se pregunta cómo, teniendo a Lorenzo al alcance de la mano, Ferrer pensó en Portet y olvidó al que hubiera sido el más fiel y capaz continuador de la obra. Sea como sea, Portet concedió a Lorenzo la misma confianza, manteniéndole en su puesto y dejando en sus manos, de hecho, toda la dirección de La Escuela Moderna, muy reducida de volumen y de actividad al faltar Ferrer, que era su impulso y su alma, y al haberse convertido en el blanco de las iras gubernamentales.

Sin embargo, el asesinato de Ferrer fue el más tremendo error político cometido por Maura. La campaña internacional que se produjo como protesta contra el crimen, exaltando la figura de Ferrer como un mártir de la libertad de enseñanza, la reacción espiritual causada en el interior, movilizando las conciencias y atrayendo la atención de los espíritus superiores sobre las ideas pedagógicas y sociales que en la persona de Ferrer se sentenciaban a muerte, hizo más a favor del anarquismo que la acción constante de cincuenta años de lucha y de organización de masas.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA VIDA DE LORENZO

En Alcañiz estuvo en compañía de los suyos. Su hija Flora permanecía a su lado constantemente. Los otros miembros de la familia se turnaban en el amparo espiritual al anciano, destacándose la abnegación constante y animosa de Paca.

La figura de la compañera de Lorenzo resume y simboliza ese valor moral, ese heroísmo oscuro de tantas compañeras de luchadores que nadie conoce, aunque buena parte de la vida y de la obra de esos hombres estuvo condicionada al estímulo, a la ayuda, a la compenetración profunda encontrada en sus compañeras, que, en lugar de ser un lastre, fueron el acicate, el sostén moral, la confianza y la seguridad en el hogar y en el calor afectuoso creado en torno suyo. No se puede disociar la figura de Lorenzo de la Paca —muerta hace apenas un año, a los noventa cumplidos, con la mente ágil y el cuerpo arrugadito, graciosa y acogedora como fue siempre—, centro espiritual de sesenta años de combates por la manumisión del proletariado y por el anarquismo.

Lorenzo Portet, heredero de Ferrer, mantuvo a Anselmo en su puesto, como he dicho antes, otorgándole confianza ilimitada. Puede decirse que La Escuela Moderna vivió mientras existió Lorenzo o mientras Lorenzo tuvo bastantes energías para estar constantemente vigilando la obra. El carácter desordenado de Portet y su tendencia a la vida aventurera hubieran acabado rápidamente con lo que tantos desvelos costara a Ferrer, llevándole, a la postre, a la tumba. Lorenzo era la vestal que mantenía el fuego sagrado, fiel a la memoria del que fue un amigo e identificado con la finalidad perseguida por el antiguo profesor de español en París, y por quien le legara su fortuna para realizar el sueño de una escuela libre de la influencia religiosa en España.

Y cuando Lorenzo Portet murió, la viuda y los hijos vendieron todas las ediciones de La Escuela Moderna y los derechos de publicación en España de obras tan preciosas como El hombre y la tierra a Manuel Maucci, que, con el usufructo del material tan laborioso, suprimiendo despiadadamente y destrozando las obras mejores, acabó de redondear una fortuna fabulosa, empezada con una barraca de libros viejos...

Pero esto pertenece a la historia menuda, que alguien escribirá algún día con más conocimiento de causa que yo.

Lorenzo continuó trabajando con entusiasmo y con ahínco en lo que había sido el sueño constante de toda su vida: la creación de una gran organización de carácter nacional, que agrupara a todos los trabajadores de España en un organismo único, convirtiéndose en una fuerza decisiva, de enorme peso e influencia en toda la vida social, política y económica del país.

La idea ya estaba madura. En el Congreso de Barcelona del 30 de octubre de 1910 se acordó sustituir la denominación de Solidaridad Obrera, dada a la federación de sindicatos agrupados en Catalunya bajo este nombre, con un organismo de tipo regional y nacional que fuera articulado por regiones federadas a todos los sindicatos de oficio que eran fieles a las ideas de la I Internacional y de la Alianza de la Democracia Socialista. Estos sindicatos subsistían como tales al margen de la Unión General de Trabajadores, a pesar de la persecución desencadenada contra el anarquismo desde 1896 y que aún duraba, no habiendo sido todavía derogada la famosa ley de represión presentada por Cánovas y aprobada por las Cortes, con las protestas de Pi y Margall y de Salmerón —que ya habían defendido a los internacionalistas en 1871— y de Pablo Iglesias, el primer diputado socialista que tuvo España. Este organismo comenzó a llamarse Confederación Nacional del Trabajo, constituido a base de organismos regionales. Entonces no existía, federada regionalmente, más que la Confederación Regional del Trabajo de Catalunya, matriz de la CNT. Poco tiempo después se creó la Confederación Regional Galaica, y a renglón seguido fueron fundándose las demás confederaciones regionales que habían de formar el cuerpo, pronto gigantesco, de la Confederación Nacional.

Pronto gigantesco, porque los años de la guerra ayudaron considerablemente a la organización de las masas. La escasez y la carestía de las subsistencias, el desnivel de los salarios con el tipo elevado de la vida, creado por las contingencias y las repercusiones de la contienda, todo movió a los trabajadores a agruparse, de forma que sus reivindicaciones fueran escuchadas, y en una organización nueva y de carácter revolucionario, no atada a conveniencias ni consideraciones de orden político, como estaba la UGT.

Pero todo esto pertenece, por así decirlo, a la poshistoria de Lorenzo. Porque Anselmo Lorenzo, como el Cid Campeador, ganó batallas después de muerto. ¿Acaso no es ganar una batalla conseguir que la idea que se ha perseguido con ahínco a lo largo de una existencia se vea realizada, dé sus frutos y consiga el resultado que un día soñamos?

LA MUERTE

Sin embargo, a pesar de estas satisfacciones morales, los últimos años de Lorenzo fueron tristes. La enfermedad cada día iba haciéndose más dolorosa y más pesada. Se ahogaba. Vivían entonces en la calle Casanovas —donde murió y donde ha muerto su compañera—, en un piso cuarto, y el subir y bajar aquellas escaleras era un suplicio para el autor de *El proletariado militante*. Debía sentarse un rato en cada rellano, donde ex profeso colocaron unos banquillos. Y salía lo menos posible de casa, trabajando en su domicilio. Allí acudían cada día muchos amigos que con él conversaban de sobremesa, informándole de todas las novedades del movimiento, aportándole el aire de la calle y el consuelo de una verdadera filiación espiritual.

Mas todo esto no bastaba a apartar de la mente del anciano la sombra de la muerte, que ya iba rondando. En una carta a Fernando Tarrida, con el que sostuvo constantemente una correspondencia asidua, carta llena de tristeza y en la que siente aproximarse el fin, le dice:

“Estoy cada vez más achacoso; no puedo salir de casa; paso horas y horas sentado a mi mesa de trabajo, dedicando el resto de mi actividad al servicio de las ideas; descanso poco por las noches; me levanto generalmente de tres a cuatro de la madrugada, y entonces me pongo a leer o escribir, según lo permite una disnea casi constante que me atormenta con más o menos intensidad, algunas veces hasta las puertas de la asfixia... ¡Y vamos pasando!”

Esta misiva está fechada el 26 de diciembre de 1910.

Aún vivió cuatro años más, trabajando sin cesar, animoso siempre. El hogar lo sostenían las tres hijas, modistas excelentes. La mayor, Marina contrajo matrimonio y quedó viuda con dos hijos, Anselmo y Roberto. Las dos menores, Mariana y Flora, permanecieron solteras, absorbidas por la diaria tarea y por la voluntad de entregarse totalmente a la ayuda de los padres.

El estallido de la guerra europea, con las disensiones producidas internacionalmente en el anarquismo, al marcarse dos tendencias: la de Kropotkin, partidario del apoyo a la causa de los aliados, y la de Malatesta, que sostenía la necesidad y la conveniencia de mantener la actitud de pacifismo y de oposición a la guerra, considerando que en ella se ventilaban solamente los intereses capitalistas de dos grupos de naciones, causó un nuevo sufrimiento a

Lorenzo. Con el criterio de Kropotkin coincidían Malato, Mella, Grave, Tarrida, Urales. Con el de Malatesta coincidió la parte más joven del movimiento.

Lorenzo se mantuvo al margen de la contienda, que llegó a términos de gran actitud, produciéndose el rompimiento de amistades tan largas y profundas como la cimentada entre Kropotkin y Malatesta. La prudencia de Lorenzo conservó el afecto entrañable que le uniera a Tarrida. Las cartas cruzadas entre ambos fueron realmente el alimento espiritual del viejo luchador proletario, que las esperaba con impaciencia, sufriendo, cuando llegaban con algún retraso, como si se tratara de una correspondencia de enamorados.

El 2 de septiembre de 1914 aún escribía a Tarrida:

“Soy viejo, estoy cada día más achacoso, hasta el punto de hacérseme más difícil salir de casa; pero deseo vivir, porque frente al impulso que ha producido a la humanidad la gente que manda, tengo la seguridad de que el proletariado emancipador, tal como yo lo entiendo, ha de hallar e imponer la solución radical y práctica, y deseo manifestar esa seguridad y sugerirla al mundo”.

Conservó el entusiasmo, la fe y la voluntad de trabajo hasta el último instante. En nueva carta a Tarrida, enviada pocos días antes de su muerte, le contaba, animoso:

“A pesar de mi estado he emprendido, acompañado de dos compañeros a quienes conoces personalmente, uno viejo, Boix, tipógrafo barcelonés, otro joven, Negre, a quien conociste en el Congreso Sindicalista de Londres, la publicación de una revista obrera de orientación emancipadora, en la que pienso desarrollar las ideas emitidas en mi librito Hacia la emancipación... Me propongo marcar bien la separación que existe entre las ideas estado y sociedad, que la generalidad confunde. El estado es transitorio, y la sociedad permanente; debe aniquilarse aquél y regenerarse ésta. Quiero poner en evidencia a la propiedad como causa predominante del mal social y causa de todos los fracasos libertadores y revolucionarios de la historia. Ayúdame, hermano Fernando... que tengo mucho que hacer y poca vida a mi disposición, y me veo casi solo para mi tarea”.

Tiene esta carta el tono de honda emoción del moribundo que lucha a brazo partido con la muerte, que pretende alejarla, olvidándola y llamando en su

auxilio a todas las fuerzas de la vida, sumergiéndose en la acción, que la produce y la expande...

¡Pobre Lorenzo! Pocos días después, un ataque furioso de disnea, al que no pudieron resistir sus pulmones fatigados y su corazón agotado, le llevó al sepulcro. Su larga y ejemplar agonía, que duró cerca de diez años, representa el milagro de la voluntad de vivir, del anhelo de ser útil, del afán desesperado de prolongar la existencia “¡porque tenía mucho que hacer!” y “¡se veía casi solo para la tarea!”

El 30 de noviembre de 1914 —tres meses después de la declaración de la guerra que había de desangrar a Europa— murió Anselmo Lorenzo, el hombre que llenó con su obra y su figura más de medio siglo de movimiento obrero español, de honda raíz universalista. A su entierro concurrió el pueblo barcelonés en masa, saludando en el viejo apóstol la idea de la unidad obrera y el anhelo de la emancipación humana, principios fundamentales a los que Lorenzo dedicara su vida...

Vida señera, recta, pura, ejemplar y heroica, que se proyecta hacia el mañana, reviviendo en los frutos de su pensamiento y de su esfuerzo. Porque Lorenzo no fue solamente un precursor: fue un realizador y un constructor por excelencia, ya que elaboró un mundo, puesto en marcha hacia la libertad y la justicia, mediante la potencia de las masas obreras por él organizadas.

Fue también un sembrador, que abrió profundo surco y ha dejado fecunda semilla, tan rica en el presente en energías vitales que por ellas se sostiene la titánica lucha del pueblo español en defensa de su libertad y de su independencia, de la cultura y de la civilización...

Lenin duerme el sueño eterno en medio de la Plaza Roja. La humilde tumba de Lorenzo se pierde en el olvido. Pero él dio personalidad y conciencia a la fuerza destinada a transformar la sociedad y a variar el curso de la historia.